

ARTE MEDIEVAL NAVARRO

Biblioteca CAJA DE AHORROS DE NAVARRA

JOSE ESTEBAN URANGA GALDIANO Y FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH

ARTE MEDIEVAL NAVARRO

Volumen Primero

ARTE PRERROMANICO

EDITORIAL ARANZADI

1971

© Caja de Ahorros
de Navarra - 1971



*Editado por la Caja de Ahorros de Navarra
en sus BODAS DE ORO.*

Siempre ha sido deseo de esta CAJA DE AHORROS DE NAVARRA fomentar la cultura privativa de la región, tan rica como ancestral, y divulgarla convenientemente para general conocimiento de los naturales y extraños, y además facilitar el oportuno estudio a quienes estuvieren interesados en la misma; cumpliendo con ello una de sus finalidades de promoción intelectual que le viene a resultar tan característica.

En aras de este propósito, el Consejo de Administración de esta CAJA DE AHORROS DE NAVARRA, en sesiones celebradas los días 2 de noviembre y 6 de diciembre del año 1968, decidió encargar a personas de prestigioso relieve y reconocida fama científica, la realización de algunos trabajos que hicieran referencia a los valores intelectuales y morales de nuestra tierra, conmemorando con ello las Bodas de Oro de la fundación de esta Entidad, a celebrar en este año 1971.

Dichos autores y trabajos han sido los siguientes:

A D. Julio Caro Baroja, «Etnología Histórica de Navarra».

A D. José Esteban Uranga Galdiano y D. Francisco Iñiguez Almech, «Arte Medieval Navarro».

A D. José María Lacarra de Miguel, «Historia política del Reino de Navarra, desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla».

La CAJA DE AHORROS DE NAVARRA se complace en editar estas valiosas obras que dejarán un recuerdo imperecedero en la bibliografía del país, felicitando efusivamente a sus autores por la perfección de los trabajos realizados, y a la vez desea quede constancia escrita de los señores Consejeros de esta Entidad, promotores y realizadores de tan loable propósito, y que fueron los siguientes:

PRESIDENTE: Excmo. Sr. D. Félix Huarte Goñi †

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. D. Amadeo Marco Ilincheta

VOCAL: D. Julio Asiain Gurucharri

D. Jesús Fortún Ardaiz

D. Francisco Elizalde Goldáraz

D. Javier Escudero Arévalo

D. Juan Echandi Indart

D. Santiago Ferrer Galdiano

D. Alejandro Adrián Garde †

D. Francisco Uranga Galdiano

Secretario, Director-Gerente: D. Juan Luis Uranga Santesteban

Pamplona, julio 1971

PROLOGO

Cuando recibimos el encargo de la Caja de Ahorros de Navarra, como pocos tentador, de acometer el estudio del Arte Medieval Navarro, no contábamos con la magnitud de su alcance real, pues aun siéndonos bien conocida su extensión y profundidad quedamos admirados ante matices de novedad insospechada, que transformaron lo pensado en principio como una obra de mera exposición ordenada de tanto ejemplo conocido, en un trabajo de investigación desde los comienzos de un prerrománico casi enteramente ignorado y negado incluso, para seguir por un románico precisado de ordenaciones en tiempo y escuelas, hasta un gótico nuevo en fechas fundamentales, desconocidas algunas, otras puestas en trance de juicio, sumando entre todo ello dificultades inesperadas; pues la calidad indiscutible de los buenos estudios precedentes, dignos de la reconocida categoría de sus autores, o eran obras con el mérito de todo descubrimiento, como las generales de Madrazo y Lampérez, o bien reducían los límites a un estilo, como Biurrun, Gudiol Ricart y Gaya Nuño, y Torres Balbás, o se dedicaron a bien cuidadas monografías el último autor, Gómez Moreno, Lambert, Gaillard, Vázquez de Parga y tantos otros, sin olvidar los importantes datos históricos aportados desde el mismo Madrazo, por Iturralde y Suit, Altadil, Arigita; o los modernos Lacarra, Ubieto, Goñi Gaztambide, Castro, Martín Duque y tantos y más, ya en precisiones puntualizadas, colecciones documentales o monografías de lugares o personas, hasta sumar una bibliografía ingente, pero deshilvanada, como es natural, porque nunca fue su propósito reunir el conjunto completo y organizado, pues cuando más quedó reducido a unos capítulos dedicados a Navarra en obras generales y a la Navarra provincial de hoy, además, no al Reino de los años medievales.

Entonces pensamos con verdadera obsesión en reducir el texto lo más posible, para no caer en la inevitable pesadez y monotonía de las interminables descripciones y discusiones técnicas, necesarias y buenas, pero insoportables. Por compensación fue preciso el aumento de láminas, que du-

plicó la extensión pensada en un principio, con la complicación subsiguiente de orden y presentación para conseguir queden expuestas las ideas del modo más claro, conciso y gráfico posible.

¿Lo habremos conseguido? Con todo nuestro mejor empeño creemos honradamente debe ser negativa la respuesta. En primer lugar faltan muchos datos, aunque hay tantos; después, la verdad y la historia siguen dos vías paralelas que, contempladas de lejos, parecen unirse allá, en una lejanía imposible de alcanzar, según acertado pensamiento de Porter; porque lograrlo exige un cúmulo de conocimientos, síntesis, relaciones y acciones mutuas de tal empaque y altura, que son inaccesibles por completo. Nuestro propósito y empeño, por tanto, queda reducido a presentar una serie lo más ordenada posible así en fechas como en escuelas y grupos, convencidos de que, pasados algunos años, nuevos datos y hallazgos impondrán revisiones de mayor o menor grado.

Nunca fue propósito nuestro el catálogo de todos los ejemplos de cada estilo. Pretendimos agotar cuantos parecieron fundamentales o típicos. El inventario completo, sobre todo en el románico, hubiera impuesto la inclusión de cuantos poblados subsisten y de bastantes amortados en la Media y Alta Navarra, pues raro es el lugar donde una pequeña puerta o ventana no indiquen hubo allí una iglesita, que los años alteraron o perdieron.

La colaboración entre los dos autores fue intensa y constante, gracias al profundo conocimiento y asombroso archivo fotográfico del Sr. Uranga, de quien son la casi totalidad de las fotografías. Algunas pocas pertenecen a las restauraciones acometidas en mis tiempos de arquitecto de la zona de monumentos, cuando fueron realizadas las obras en S. Millán de la Cogolla, S. Juan de la Peña y S. Pedro de Lárrede, y acometidas las de Sta. María de Sangüesa, Leyre, Iranzu, La Oliva, Tudela y algunas más, continuadas después por la Institución Príncipe de Viana. No se hará distinción de unas a otras y sólo se hará constar nombres del fotógrafo en los casos restantes. De los mismos años proceden los planos sin designación de autor; han sido los más nuevamente delineados en la oficina de proyectos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura por la señorita María del Carmen Gómez Daroca, alumna de dicha Escuela. Todos los demás proceden de la Institución Príncipe de Viana y muchos fueron dirigidos y se unen al recuerdo, tan grato para nosotros, del inolvidable amigo y para mí maestro, D. José Yáñez Larrosa.

La redacción final, a cargo de quien suscribe, fue realizada con cuidadoso esmero; si algo en ella falla, sólo a él cabe la responsabilidad.

En cuanto al orden de presentación pareció el más adecuado seguir las materias por capítulos, con grabados de línea en el texto y, al fin de cada uno la bibliografía, nunca exhaustiva, sino más bien justificadora de las citas incluidas en el texto y de interés para cuantos deseen ampliaciones o aclaraciones. Va después la lista de fotograbados correspondiente al capítulo y éstos a seguida en láminas en negro y color, cuando fue conveniente, numeradas por separado. Los índices generales de personas, lugares e ilustraciones irán en el volumen último.

Debemos hacer constar nuestra gratitud hacia todos, Entidades o personas que facilitaron el estudio; en primer lugar al consejo de la Caja de Ahorros de Navarra, a los Directores del Museo y del Archivo de Navarra, y catedráticos Sres. García Larragueta y Martín Duque; de fuera de la región a los directores y personal técnico del Museo Arqueológico, Archivo Histórico, ambos Nacionales, y al Instituto Amatller, de Barcelona, dejando para último lugar la Institución Príncipe de Viana, precisamente por el carácter fundamental de su apoyo constante, sin él nuestra tarea hubiera sido imposible. También merecen mención aparte el Sr. Cardenal-Arzbispo como el Cabildo Catedralicio, tanto por el apoyo y autorizaciones del primero como por haber puesto en nuestras manos las maravillosas piezas de su tesoro y el de la colegiata de Roncesvalles. Contrastan con este buen deseo de facilitar cuanto es posible, las dificultades insuperables del monasterio de S. Millán de la Cogolla, en el cual si bien es verdad pudimos examinar los marfiles y una preciosa tela, fue imposible de todo punto el examen de otras dos, apenas entrevistas hace unos años y no vueltas a ver.

FRANCISCO IÑIGUEZ

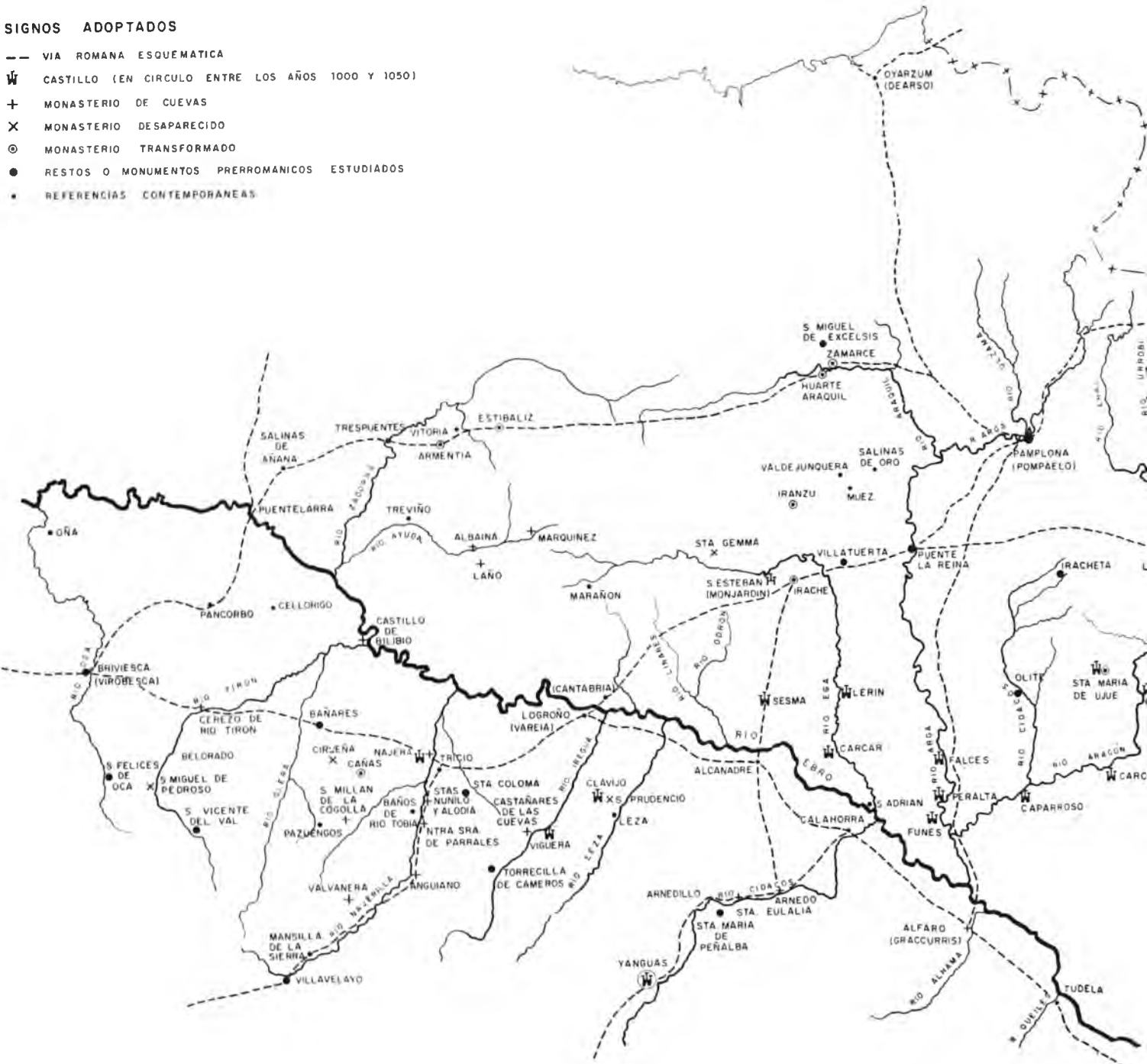
Pamplona, julio de 1971

CONSIDERACIONES GENERALES

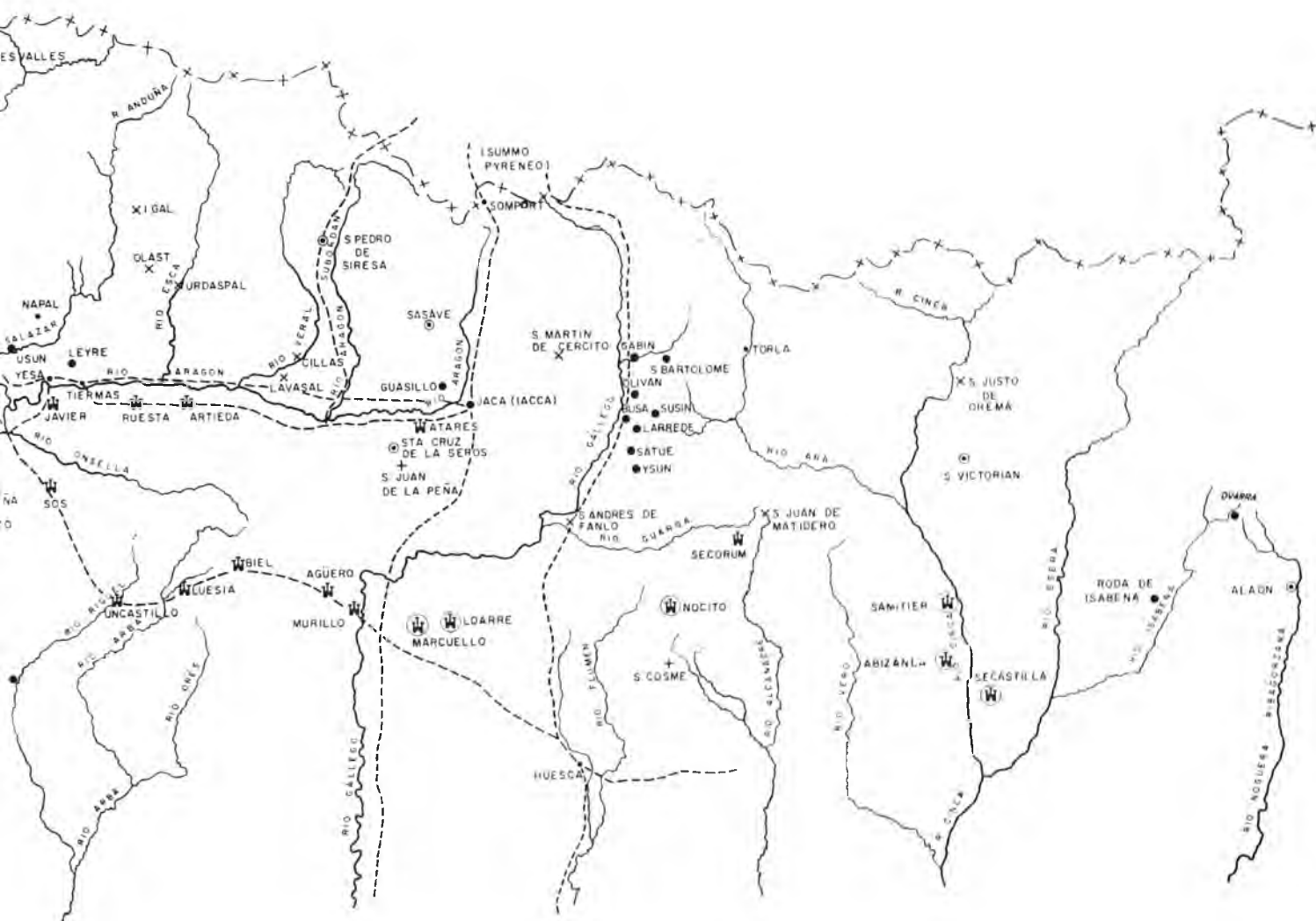
Más allá de la zona media de la cuenca del Ebro, hacia la parte de la Provincia Tarraconense constantiniana por donde anduvo situado el ducado visigodo de Cantabria, está la comarca llamada Navarra un milenio después de la predicación del cristianismo en los valles de intensa colonización romana, tendidos por ambas márgenes del río y limitados de modo impreciso a Sur y Norte hacia las cordilleras riojanas y estribaciones pirenaicas; dudas algo aclaradas por las vías romanas, que por todas partes penetran, manteniendo viva la encrucijada de caminos característica desde la Edad del Bronce. Como tienen trascendencia posterior interesa un rápido análisis; y así, perpendiculares al eje longitudinal de la calzada de Tarragona y Zaragoza, por el mismo río navegable hasta Vareia, junto a Logroño, a Briviesca, León y Astorga, tenemos primero la de Somport, Jaca y Zaragoza, proseguida por el Jalón a Toledo y Mérida, ramificada en las otras ya secundarias del Gállego hasta Sallent, todavía visible, y la del Aragón Subordán, por Hecho y Siresa en busca del puerto de Palo hacia Lescún. Más arriba Pamplona es centro del cual parten: la del «Summo Pyrineo», de Roncesvalles e Ibañeta; la de Cantabria y Vareia, Tricio, Leiva y Cerezo de Río Tirón a Briviesca; otra por Alfaro, camino de Zaragoza, dejando entre ambas el ramal que atraviesa el río por el puente de Alcanadre, Arnedo y puerto de Oncala para morir en Numancia, donde también conducen las de Alfaro y Tarazona; como de Tricio seguía otra la cuenca del Najerilla, puerto de Anguiano, Canales de la Sierra, Lara y Clunia, con otro u otros ramales por San Millán y Valvanera; una tercera vía salía de Pamplona por Huarte-Araquil, pasaba junto a la Vitoria de Leovigildo a Briviesca; la cuarta éntrase por los valles serranos de Oyarzun, camino del mar; y aún han de añadirse, una más, por el Aragón a Jaca y tal vez Lérida, más otras secundarias a Sádaba y a Huesca. Tales vías, según quedó enunciado, aparte de los datos concretos de romanización, sinónima de cristianización a partir de los siglos III y IV, tuvieron misiones fundamentales durante toda la

SIGNOS ADOPTADOS

- VIA ROMANA ESQUEMATICA
- W CASTILLO (EN CIRCULO ENTRE LOS AÑOS 1000 Y 1050)
- + MONASTERIO DE CUEVAS
- X MONASTERIO DESAPARECIDO
- ⊙ MONASTERIO TRANSFORMADO
- RESTOS O MONUMENTOS PRERROMANICOS ESTUDIADOS
- * REFERENCIAS CONTEMPORANEAS



NAVARRA EN TIEMPO DE
SANCHO GARCÉS II ABARCA (970 - 994)



Edad Media, llevando gentes, influjos y artes de un lado para otro, con la consiguiente creación de tipos y escuelas, integrantes de la rica variedad de formas características de Navarra. Ahora bien, si vista la región en conjunto aparecen ciertamente cristianos los valles y llanos junto al Ebro, «La Ribera», según el típico nombre, que incluye la Navarra llana y las Riojas de Logroño y Alava, las zonas montañosas del Sur y Norte debieron ser cristianas sólo en los parajes próximos a las vías y sus poblados.

Por desgracia desconocemos hasta el momento restos de mansiones rurales, análogas a las «villae» cristianizadas, citadas por Gregorio de Tours en el Garona: la de Sulpicio Severo, convertido en el año 389; las de San Paulino, de Ausonio, el poeta, y la cercana, conocida por los anatemas suscitados cuando los arrianos celebraban en ella sus ritos. Las laderas suaves hacia el mar de Barcelona y Gerona dejan ver los restos de otras, construídas sobre los frogones de hormigón romano. Nada conocemos de todo el primer período cristiano en Navarra; por el contrario, en los textos de algaras e incursiones musulmanas de los siglos VIII y IX aparecen citas de las «peñas de los adoradores del fuego» que parecen referirse a cultos paganos. Sin duda hubo cristianización intensa; bien cerca están las ruinas cristianas de Sádaba, el estupendo sarcófago de Castilliscar (ambas localidades en Zaragoza), o las tumbas con banda de mosaico, en Coscojuela de Fantoba (Huesca) y la «villa» de Santervas del Burgo (Soria) para poder afirmar su existencia en el período inmediatamente anterior a las invasiones bárbaras, que llevó consigo la destrucción de los grandes monumentos romanos y el abandono de las ciudades, bien conocido por los textos de Aurelio Prudencio e Idacio; quizá todo más duro en la zona de paso navarra; quedan parados entonces los talleres de sarcófagos e interrumpida la tradición artística de aquella España, que pretendió unir la potente y dura organización romana, sin tiempo para lograr una fusión ni aun imperfecta entre razas y provincias; como tampoco fue conseguida por los visigodos, entrados como aliados romanos a principios del siglo V; impuesta oficial, pero no realmente la unidad en el VII y desaparecida en los comienzos del VIII: espacio bien corto para empresa tan árdua. Por tanto aquí como en el resto de la Península, los restos llegados hasta nosotros acusan la continuidad de constructores y maneras locales, seguida bajo dominio musulmán; lo mismo que por las zonas norteñas donde sólo marcaron su presencia las correrías, o «aceifas» de sus ejércitos.

De por estos tiempos hubo muchos templos diseminados, pues ya el Concilio toledano del 400 hace alusión a las iglesias «in castello, aut vico, aut villa»; es decir, en todos los núcleos de población incipientes.

¿Qué resta de cuanto existió en el período de dos a cuatro siglos romanos, tres visigodos y otros tantos más de silencio documental? Cuando en los X al XII rehacen la documentación sobre fuentes o tradiciones, surge un mundo fantástico de mártires heroicos hasta límites inconcebibles; de taumaturgos, que pasan los días de su vida en milagro continuo; de predicadores incansables, medio solitarios en ásperas cuevas, medio apóstoles itinerantes sin reposo ni en el andar, ni en frutos de conversión, ni tampoco en portentos. Y como son los únicos datos conocidos a ellos hemos de atenernos.

Las noticias de tiempos apostólicos traen por aquí a Santiago y San Pablo. El primero atestiguó su presencia, según el candoroso juicio del P. Anguiano, en su Compendio Historial de la Rioja, por la ingente cantidad de «conchas de peregrino y bastoncitos», que llenan las peñas de los lugares de su predicación, aún reconocida su calidad de fósiles. Además en Viana existía un oráculo de Diana (Viana-Diana, paralelismo demasiado facilón); cayó pulverizado ante su presencia y situó en su lugar un ara, que dedicó a San Miguel. El mismo P. Anguiano discurre con erudicción pulida y esmerada, que no debió ser Santiago el facedor de tal prodigio, sino San Pablo, porque «se detuvo más por aquí». Santiago dejó un discípulo, San Lucio, según Argaiz, obispo y mártir en Cantabria, seguido de otro, por nombre Ossualdo, también mártir por los años 97 y 111.

Gran renombre local alcanzó San Saturnino, asociado a San Dionisio por los apóstoles para la evangelización de las Galias. Vino por Pamplona, donde convirtió 40.000 personas en dos años de predicación. Vuelto a Tolosa dejó aquí a Honesto, catequizador de San Fermín, primer obispo de Pamplona, luego de larga estancia en Tolosa. Pasa ulteriormente a las Galias, tendiendo su apostolado hasta Normandía, Borgoña y Bélgica, parajes todos donde quedó acopio abundante de su paso fecundo: arruinó templos, estallaron los ídolos en pedazos, expulsó demonios, curó enfermos, paralíticos y ciegos...; en Amiens sólo el primer día logró 3.000 conversiones y allá fue martirizado en fecha incierta, pues hay bastantes autores que lo llevan a los años de Diocleciano.

San León, de menor fama, pero no de prendas menos elevadas, era originario de Rouen, según autores dignos de crédito; de Navarra, en opinión de otros no menos graves; diverso del obispo de Catania (670-716?) lo fue de Bayona, «civitas» antes del siglo VI y país de misión por entonces, continuada por Saint-Amand tanto en Guipúzcoa y Navarra como en el Labourd, seguido poco después de Saint Ouen, de Rouen, por Aquitania y el Norte de España.

Extraordinariamente popular por su culto entre los visigodos fue San Félix, llamado el Africano, por venir de allí con San Cugat, cantado por Gregorio de Tours con toda clase de recursos dramáticos. De Arabia dicen llegaron por tierras de Huesca, Santos Cosme y Damián, quienes tuvieron su cueva en guisa de morada por la sierra de Guara: dato, por cierto, desconocido de sus apologistas próximos en fecha.

De otros lugares llegan algunos más; personalmente a las veces; traída su memoria y culto en aras de la fama los más. Así Santos Julián y Basilisa, mártires de Diocleciano (308) y su tirano cruel Marciano, que prendió fuego a una iglesia de Antioquía donde se refugiaron en unión de sus discípulos. Salvados milagrosamente, así como de los más fieros tormentos, fueron degollados al fin como recurso final y supremo, tantas veces consiguado, de inacabables suplicios ineficaces. En la quemada iglesia oyeron todos por muchos años las notas de música divina y angelicales cánticos. Del mismo modo Santa Columba, o Coloma, con fiesta visigoda el 21 de diciembre, dudosa por el frecuente nombre, por lo cual Ambrosio de Morales la confundió con la cordobesa de tiempos de San Eulogio. Parece por su vida la mártir de Aureliano recordada en los escritos de Beda, defendida por una osa en un lupranar, donde fue llevada, y devorada por las fieras en Sens (Senonas, de tiempos romanos), aunque los agiógrafos españoles ejerciten sus talentos para demostrar cómo Trício se llamó también Senonas, justificando así la presencia de su cuerpo en Santa Coloma de Rioja. No paramos aquí la serie; pues la relación de grandezas del obispado de Auca y del monasterio de Valvanera llevan y traen varones apostólicos y discípulos directos: Sancho y Zacarías, mártires de Marco Aurelio, en Lyón; San Indalecio, primer obispo de Urci; a media legua de Almería, mártir de Nerón; Xantipe y Polixena, conversas de San Pablo, viajeras por Grecia, de las cuales ni el Martirologio Romano ni tampoco el Menologio griego cuentan su viaje a Valvanera; Hieroteo y Onésimo, respectivamente obispos de Segovia y Efeso por el mismo tiempo...

De tanto trasiego, increíble para tan remotas fechas, da fe bastante, además de su antiquísimo culto, aquel relato del P. Flórez acerca de un llamado Cynegio, español, prefecto en Oriente bajo Teodosio, fallecido el año 388 y traído su cadáver a pie hasta su patria por su valerosa consorte Achantia, según testimonio de Idacio (378-469), autor del cronicón mencionado por San Isidoro, y obispo de Acuas Flavias: viajero por Siria trató a San Jerónimo y a los obispos de Jerusalem, Cesárea y Alejandría; narrador de la entrada violenta de los Suevos en España el año 409, del paso al Africa de los vándalos el 429, y así sucesivamente, alcanza la etapa de

dominio godo, también fecunda en santos y prodigios, pero de tipo diverso, porque sin dejar un punto la predicación, ni los constantes milagros tienen todos un carácter eremítico, a las veces solitarios, en cuevas o chozas (monasterios, según las Etimologías de San Isidoro), otros más formando comunidades (Cenobios, a fe del mismo autor).

De la traza y maneras varias de los lugares vividos por los monjes, y que duran hasta la segunda mitad del siglo XI, da idea clara un documento copiado por el P. Risco. Se trata de una donación suscrita por Servando, más tarde obispo de León, en el año 1010: «ofrezco y os doy a vosotros, la ya nombrada domna Salomona, confesa, y a sus compañeras... la peña labrada por el interior llamada de San Miguel, que se yergue sobre la glera del río Turiu, con sus edificios y posesiones». Monasterio de cuevas bien definido, en contra del descrito por otra donación del obispo Froilán, también leonés, el año 1002 a la catedral: «Ofrezco... las villas (sic) que pertenecieron al monasterio de sorores de Mataplana... patio cerrado con edificios, molinos, tierras, viñas y cuanto pertenece a dicha villa». Ejemplo de «villa» cristianizada en la cual se considera fundamental el patio, no llamado en el original peristilo, ni claustro tampoco, sino «corte»; sin duda el nombre romano era muy lejano y el monacal no había nacido.

Los monasterios constan desarrollados en el concilio de Zaragoza (380) para esta zona y tienen canon especial en el tarraconense poco posterior. Las diócesis de la comarca, limitándonos a las suscripciones de Concilios eran: Pamplona (Concilios toledanos, III, 589; XIII, 683, y XVI, 693); Tarazona (Concilios toledanos, IV, 633; VI, 638, y XIII, 683); Oca (Auca, concilio lucense, 503), Calahorra y Huesca (no precisados de menciones por su certeza) y los de ultrapuertos de Bayona y Magalona; la primera conserva muchos años los arciprestazgos de Fuenterrabía, Irún, Oyárun, Rentería, Lezo, San Sebastián y Pasajes, las Cinco Villas de Navarra y el Baztán. En cuanto al interés monástico de aquellos años baste decir, que al Concilio VIII de Toledo asisten doce abades en nombre propio (653) y el XIII (683), nueve titulares y otros doce como vicarios de obispos.

El anacoreta más antiguo parece ser un ignoto San Formerio, cuyas reliquias disputan Bañares, en Rioja, que las tienen guardadas en arca esmaltada del siglo XIII, y una ermita sobre alto picacho alavés, donde veneran su sepulcro, con buen yacente del siglo XVI, en hábito de monje y cayado abacial, Las vidas le suponen mártir de Aureliano, gran predicador y facedor de sublimes milagros. En Venancio Fortunato hallamos el nombre de Victoriano, fundador tradicional del monasterio Asanense por los años

de 520, y San Braulio, obispo de Zaragoza († 651), escribió la vida de San Millán, o Emiliano de la Cogolla († 562 a 568) a instancia de su hermano Fruminiano, monje del monasterio Emilianense, sobre relatos de testigos presenciales, terminándola el año 638. En ella encontramos otro solitario, San Felices, cuya cueva talló junto al castro de Bilibio, con fecha de nacimiento por el año 416 y larga vida, pues se marcha del mundo hacia 493; y varias religiosas, Potamia la más destacada y al cuidado de San Millán cuando era casi centenario. También cita un obispo Dydimio, de Tarazona, dentro de cuya jurisdicción está el monasterio; el mismo que, «según cronistas fidedignos» a juicio de Argaiz, Marieta, etc., consagró Valvanera, fundada por el ex-bandido Nuño (Munio también), anacoreta, luego de convertido en Anguiano, con su hermana Coloma y el presbítero Domingo. No contento con la vida cenobítica de Valvanera escóndese arriba, en lo alto de la sierra en lóbrega y húmeda cueva, que impone terror.

Podemos agregar Santa Estéril, de Tricio, retirada muchos años en las cuevas de Baños de Ebro, y muerta el año 553; San Saturio, el famoso de Soria († 568), que vio a un mozo atravesando el Duero sobre las aguas y bajo su cueva: era San Prudencio, discípulo durante siete años, eremita, predicador y obispo de Tarazona, retirado después a Monte Laturce, al pie de Clavijo († 586), acompañado de su sobrino San Pelayo. En el cenobio se refugia San Félix, obispo, asistente al Concilio XVI de Toledo (693), y allí muere por el año 730. El año 956, según Ambrosio de Morales, los siete monjes del cenobio de Monte Laturce van al famoso de Albelda, fundado (quizá repoblado) por Sancho Garcés I el año 924, «Según la regla de San Benito y lo que hubieren aprendido de los Santos Padres», según el P. Serrano.

La llegada de los musulmanes mermó el florecimiento monástico, pero no lo ahogó. Muchos cenobios: Irache, Santa Coloma, Monte Laturce, la Cogolla, Albelda quizá, más dudoso Valvanera, tenían vida cuando Sancho Garcés I conquista la Rioja en los comienzos del siglo X. También produce la invasión un corte vivo, no preciso, entre Ribera y Montaña, la primera dominada; sometida sólo a correrías y algaras de castigo más o menos frecuente, la segunda; por ello la zona baja vive de recuerdos y en los ejemplos subsistentes perdura lo tradicional visigodo, aun en los repoblados en el primer cuarto del siglo X, con documentación segura de los primeros años de García Sánchez, mientras siguen otro rumbo los serranos, conocidos gracias a la carta de San Eulogio (851) al obispo de Pamplona Wilesindo como consecuencia de su viaje frustrado a Francia (848) por las guerras de Septimania y Aquitania, muy duras en aquellos años. En sus intentos

de pasos no frecuentados del Pirineo elogia los monasterios de Leyre, San Martín de Cillas, San Zacarías de Siresa, Igal y Urdaspal. La riqueza de libros le permite una selección de los no existentes en Córdoba: la Ciudad de Dios, de San Agustín; la Eneida, de Virgilio; las Sátiras, de Juvenal; Obras Retóricas, de Porfirio; otras de San Adelhelmo; las fábulas, de Rufo Festo Albino; Poemas, de Aurelio Prudencio; una vida de Mahoma, muy poco musulmana;... Pero sobre todo elogia con asombro la obediencia y observancia de los monjes, sobre todo de los cien de Siresa, en lo cual se adivina un influjo de las reformas contemporáneas de San Benito de Aniano, en la próxima Septimania, según opinión fundada de Lacarra.

Por otra parte las entradas de Luis el Piadoso contra Huesca (800), sin lograr su conquista, la misma de Carlomagno, aunque fuese coronada con la derrota de Roncesvalles; y las de Luis el Piadoso (810) reconciliado con los pamploneses desde 806, como afirma la crónica del «Astrónomo», y su larga estancia pacífica, por el mismo autor narrada, sin omitir sus miedos finales en la retirada exigiendo rehenes, indican relaciones carolingias, no tan potentes como las catalanas pero superiores a las de Asturias, con el solo dato de los presentes de Alfonso II a Carlomagno el año 798. En realidad existen restos monumentales con analogías claras carolingias: San Miguel de Excelsis, monumento capital; restos de muros, en San Pedro de Usún, murallas de Pamplona y Javier, unido todo a las plantas de cimentación de Leyre, correspondientes a la iglesia destruida por Almanzor; y nada más, por ahora.

Por el sur la reconstrucción de monasterios acoge pronto las novedades musulmanas, según la corriente iniciada por Sancho Garcés I en San Millán de la Cogolla, que sigue por la modificada iglesia de San Miguel de Villatuerta, junto a Estella, las ampliaciones del siglo X en San Juan de la Peña y las iglesias de la colonización del Gállego, comenzadas en el siglo X y seguidas por Sancho el Mayor y Ramiro I, en los primeros tercios del XI.

Parece, por ende, quedar ceñido a la montaña lo carolingio, mientras los influjos musulmanes penetran por la zona de fricción entre Alta Navarra y Ribera, alcanzando el condado de Aragón.

Las correrías moras dan lugar a nuevas oleadas de mártires: Santos Felices y Dimas, en Tricio, por el año 718; otra Santa Coloma, hija de Mahomad Zaqueto, señor de Senonas, y volvemos al supuesto nombre de Tricio, ligada la mártir a los portentosos en milagros y suplicios no igualados de San Vitores, en Cerezo de Río Tiron y fecha incierta (931, 950 los extremos; 840 para Garivay, que lo enlaza con Santas Nunilo y Alodia); Columba recoge la cabeza cuando al final de múltiples tormentos le deca-

pitan (falso Luitprando, con todo detalle); tiempos aquellos de amplios rebrotes de predicadores andantes, bautismos multitudinarios, estupendos milagros y sobrehumanos heroísmos, parejos y aún superiores a los narrados para los primeros mártires de las persecuciones imperiales. De algunos, San Vitores, como ejemplo, consta su martirio durante una de las «aceifas» de Abderrahmán y las fechas asignadas van bien con ellas. Existe otro motivo para no adjudicarlos a los valíes de la «marca», o frontera superior musulmana, porque son todos descendientes de cristianos, emparentados con los caudillos pamploneses y mucho mejor avenidos con ellos, que respecto de los lejanos andaluces; por tanto no fueron muy dañinos en este aspecto. En cambio reunidas ambas fuerzas, provocan las periódicas correrías de castigo musulmanas, lo cual tuvo una consecuencia obligada: la fortificación por castillos y torres de las vías y pasos de penetración, convergentes hacia Pamplona; y como los asturianos y leoneses hicieron otro tanto apenas alcanzan la Tierra de Campos por sus «marcas» orientales, queda entre ambas filas de fortalezas amplia zona libre, y allí nace Castilla, nueva entidad con la cual han de contar todos en el siglo X en paz y guerra; con armas y asonadas, o enlaces matrimoniales; según vinieron practicando con los valíes moros, los reyes asturianos, los condes montañeses de ambas laderas pirenaicas y ahora con los caudillos cordobeses, sin excluir el propio Almanzor.

La nueva corriente artística musulmana, refuerza el mundo fantástico creado entre cielo y tierra, dándole forma definida, traducible tanto en los versos de la Divina Comedia como en las miniaturas de los códices, que tanto han de influir en el Románico; e introducen, quizá mejor agigantan, otro mundo de monstruos infernales: serpientes, alacranes, centauros, unicornios, dragones, arpías y tantos más sueltos por el mundo, en contrapunto constante del otro, repleto de constantes prodigios.

De todos estos varios ambientes quedan monumentos adjudicables a la dominación visigoda, o a los años posteriores, antes de la expansión del arte cordobés: San Felices de Oca (Burgos); Santa Coloma, cerca de Tricio; restos de Albelda, en cuevas o cimentaciones; San Felices, en el castro de Bilibio, cerca de Haro; lo viejo de San Juan de la Peña y San Millán de la Cogolla (todos de Logroño, a excepción de San Juan, en Huesca), y multitud de monasterios de cuevas en la Rioja, Navarra y Alava. Por ello creeríase limitada por el sur la zona de influjos visigóticos y hasta se justificaría por la repetición casi constante de luchas con los vascones, destrucción de Cantabria, etc. Sin embargo, un pie de altar hallado

en las proximidades de Sangüesa y varios cementerios, echan por tierra la teoría y confirman la dificultad de sentar principios geográficos comarcales a base de lo llegado hasta nosotros de tan lejanas fechas. Siempre hubo mucho más y hemos de contar con ello antes de formular teorías, que resultan falsas ante nuevos hallazgos de lo mucho todavía ignorado. Entre lo citado no aparece Olite, ciudad de Leovigildo en tantas historias. Lo que allí existe, y bien a la vista, es un castro romano. Pudo servir a dicho monarca y hasta que la repoblase, pero lo subsistente fue construido varios siglos antes. Acaso alguna torre pueda ser visigoda. También quedó citada Vitoria en concepto de localización de la vía Pamplona-Briviesca. En ella ocurre lo contrario: no existe nada visigodo y la fundación, precisamente como lugar de camino, con el trazado típico, es muchos siglos posterior.

Lo carolingio quedó ya citado, pero hemos de agregar una salvedad: Sancho Garcés I (905-925) conquista Roda de Isábena en unión de los condes catalanes. Acaso no sea el primero en mantener estos contactos; y una parte de lo adjudicable al grupo carolingio pudo llegar por Cataluña. Más adelante insistiremos en este punto. El grupo es del norte y parece bien juzgarlo así; pero ignoramos si unas excavaciones en otros viejos monasterios: Irache, Santa Gemma, Ujué, por ejemplo, darían trazas de plantas dentro del mismo tipo. Más abajo es ya muy difícil, pues en el siglo X, que es la fecha de dominio seguro en la Ribera no es posible la persistencia de tal arte.

Por el contrario lo es de influjos asturianos, por el matrimonio de Alfonso III (866-910) con una vasca y por la presencia de Ordoño II (914-924) por la Rioja y en la batalla de Clavijo, según C. Sánchez Albornoz. Conocemos un ejemplo muy claro, consecuencia de tales contactos, el hórreo de Iracheta, único hasta el momento netamente asturiano, así como las estructuras del grupo citado en el Gállego. Lo musulmán conocido se reduce a unos restos de Tudela, cajas de marfil y telas importadas; de su influjo quedaron reseñados los ejemplos y grupos principales, ampliables a la producción literaria de Albelda y San Millán, pródiga en miniaturas deliciosas, y también a fragmentos de castillos: Javier, restos de San Esteban de Deyo (Monjardín), Clavijo y Viguera (Logroño), acaso con más ejemplos perdidos por las crestas o convertidos en torres de iglesias lugareñas, pues muchas fueron primero fortalezas, aunque las conocidas sean ya románicas.

Quizá extrañe que, al principio y durante todo el proceso de los «siglos oscuros», hayamos acumulado datos tradicionales, históricos, legendarios y

fabulosos mezclados y revueltos como en cajón de sastre, sin discriminación ni aclaraciones respecto de unos u otros; la Alta Edad Media es así; lo que para nuestro purismo crítico resulta dudoso y aún incuestionablemente falso, era para ellos verdad incontestable; vivían en su mismo ambiente y de su propia sustancia; los heroísmos exaltados eran estímulo eficaz y la dificultad de los tiempos de luchas y persecuciones, era propicio ambiente para todas las exaltaciones posibles, ya fueran de santidad auténtica, o bien elucubraciones imaginativas de visionarios; mas tan real todo, que los propios contemporáneos históricamente indiscutibles: Venancio Fortunato, Aurelio Prudencio, Gregorio de Tours o San Braulio de Zaragoza se dejaron arrastrar por aquella realidad viva y nos legaron relatos repletos de idénticos prodigios, heroísmos, luchas diabólicas y de cuantos recursos conmovedores pudieron echar mano.

Sin este ambiente, repetimos, de realidad viva entonces; sin la predicción consignada en los fósiles de la sierra de Cameros, no sería concebible Santiago de Compostela; como sin las predicaciones de San Saturnino y San León, sin sus vidas extraordinarias, no existirían ni Saint Sernin de Toulouse ni la diócesis de Bayona, metida en Navarra durante tantos siglos; con San Felices de Bilibio y San Millán de la Cogolla solos, y casualmente conocidos por la vida de San Braulio, tendríamos dos cuevas cenobíticas, en lugar del inmenso conjunto nacido de un ignoto San Formerio, para colmo con dos cuerpos; o de Santa Estéril y Santos Prudencio, Nuño y Coloma, Cosme y Damián, etc., etc. y de sus monasterios abundantísimos, y éstos seguros, aunque por desgracia no de fecha, por causa de la etapa dilatada del monaquismo, afirmado dentro del siglo IV (Concilio de Zaragoza) y proseguido hasta el XI, con Santo Domingo de Silos, al parecer solitario en Falces y cenobita cierto en la Cogolla; San Iñigo, en San Juan de la Peña y luego en Oña; Santa Aúrea, en San Millán, y Santo Domingo, primero en Cerezo de Río Tirón y después en la Calzada, con otro monumento señero y excepcional.

Además nos dan muchos datos de interés: la erección de una capilla por San Saturnino en Summo Pyrineo de Roncesvalles, será muy difícil de compaginar con lo que sabemos de templos en aquellos tiempos de los Varones Apostólicos, pero señala una vieja tradición, comprobada por el hallazgo de peniques (pennies) ingleses de los siglos IX al XI, según Mateu Llopis, y seguramente no lo más viejo de aquella capilla visitada por los peregrinos de Santiago. El internacionalismo de predicadores y cultos es una realidad indiscutible, aunque se traigan por aquí personajes tan imposibles como San Indalecio, Santos Julián y Basilisa o San Zacarías;

y buscando las fundaciones del primero dimos con monumentos visigodos; los segundos son titulares de otro monasterio viejísimo, desaparecido por desgracia, de una iglesia en Oviedo y de otro monasterio en Samos, sin olvidar el de San Juan de la Peña, del cual eran también titulares; del tercero queda Siresa, con advocación cambiada de San Pedro, hasta culminar en la fantasía de otra gran figura, por entero inventada según parece, del cardenal obispo de Ostía, San Gregorio, predicador riojano y taumaturgo insigne, que salvó la Rioja de una terrible plaga de langosta en tiempo de García Sánchez, hacia la mitad del siglo XI, venerado en su gran templo de Sorlada; y de otro internacionalismo muy primitivo, ya no de idas y venidas, sino de fama extendida con rapidez increíble, cosa muy de considerar ante fechas, que nos parecen fantásticas, tenemos entre mil el ejemplo de San Pelayo, mártir de Córdoba (el 25 de junio de 925), cantado hacia 962 por la monja Rosvita de Turingia.

Quien dude por un instante del ambiente ultrahumano y milagroso, lea los relatos contemporáneos de la «invención» y traslado de las reliquias de San Isidoro a León desde Sevilla (1063); de San Indalecio desde Almería, en 1084, a San Juan de la Peña, relatado por el monje Hebrethme poco después de 1094; o las de San Felices de Bilibio a San Millán de la Cogolla (1094), según el relato coetáneo de Grimaldo, y encontrará en todos músicas y purísimos cantos celestiales, las apariciones y sueños inspirados, los resplandores brillantes como estrellas, señalando con sus avisos y luz inefable los lugares de la buscada sepultura, de todos ignorada; y aspirará el aroma de santidad, tan pronto la tumba se abre; aroma de leyenda, de peregrina empresa, como lo era en el siglo XI aventurarse hasta Sevilla o Almería; o como San Eulogio de Córdoba siglos antes por Zaragoza y Pamplona, sin parar a seis o siete monasterios pirenaicos y volver por Zaragoza, Sigüenza y Alcalá de nuevo hasta Córdoba; fue puesto en duda el viaje, pero trabajos recientes de investigadores tan dispares como el Padre Madoz y Sánchez Albornoz, escribiendo simultáneamente y sin comunicación ninguna, probaron con toda eficacia la realidad del viaje y autenticidad de la carta.

Remata el período prerrománico e inicia el románico Sancho Garcés III, el Mayor (1005-1035), figura tan real como legendaria, digna en todo del período en el cual vivió, tanto por sus lacras, no pequeñas ciertamente, como en sus grandezas, tampoco menudas, ni raquílicas. Por suerte nos competen tan solo las obras arquitectónicas de tan discutido personaje, grande sin

duda ninguna, en sus hazañas de todo tipo y fundamental para la nueva etapa, culminada en el nacimiento del primer gran arte occidental europeo.

El proceso de sus obras va de la catedral de Palencia, en arte asturiano avanzado y casi ciertamente integrada por las tres iglesias características de toda catedral en los siglos IX a comienzos del XI (Oviedo, Compostela, Tarrasa, Vich, Seo de Urgel; ¿cómo serían las de Pamplona, Calahorra y Tarazona?), para seguir en manera característica de nuevas estructuras, sumando las tradicionales de León, Compostela y el Pirineo, por la reconstrucción de San Millán de la Cogolla, luego del incendio de Almanzor, el castillo de Loarre y el comienzo de la reconstrucción de Leyre, terminada por su nieto y jalón del románico navarro; trayendo además las primicias del catalán lombardo, que aportó el abad Oliva de Ripoll, obispo de Vich, continuadas en las torres de Abizanda, Yanguas y varias iglesitas por Aragón y Navarra, cerrando todo aquel período tan fecundo en creaciones iniciales, germen de las siguientes, que han de rivalizar entre sí en tamaño y riqueza.

Aparte de las obras citadas seguras y conocidas de Sancho el Mayor, por fortuna conservadas, hay varias más posibles con bastante certeza y, sobre todo, empeños de reforma, cuajados los menos durante su vida y logrados otros por sus hijos en plazo próximo. Algunos aparecen como consecuencia del gran avance de los dos Sanchos de Pamplona del siglo X cuando agregaron a sus títulos la Ribera, los pasos a la Castilla incipiente, por Agreda, camino de Gormaz, y los montes de Oca, salida para la Bureba, más la capitalidad en Nájera; todo ello al sur, mientras al oriente afirman la dependencia del condado de Aragón y los de Sobrarde y Ribagorza, en occidente la llanura de Alava y las montañas intermedias hacia Oviedo, y al norte varios dominios; todo convertido en reino por Sancho el Mayor y en unidad entre los sueltos núcleos de la primera reconquista, con visión española y aportaciones francas; tales son los tenentes de fortalezas (aceptados un siglo antes) y el concepto feudal de monarca supremo y reyes vasallos, echado al traste por las ambiciones de sus herederos, que no supieron o desdeñaron este camino tan fecundo.

La tesis de A. Ubieto Arteta en este sentido y contra la partición testamentaria de los estados reunidos, la creemos verdadera por entero.

No es el aspecto político para nosotros, historiadores del arte, lo capital del siglo X y de Sancho el Mayor, ni tampoco el concepto religioso afirmado para la reconquista y organizado en diócesis nuevas o titularmente continua-



das en el exilio, que tal terreno es muy resbaladizo, aunque conozcamos de hecho los obispados de Aragón y Ribagorza, y los de Nájera y Alava, continuando el de Oca en los primeros años de las fluctuaciones de la Rioja entre Pamplona y Castilla: perdida con la muerte de Sancho, el de Peñalén; recuperada por Alfonso el Batallador; invadida por Alfonso VII, de Castilla-León; otra vez conquistada por Sancho el Sabio, durante la turbulenta minoría de Alfonso el VIII, e incorporada por éste definitivamente a Castilla. Por esto en los siglos prerrománicos hemos de considerar navarra toda esta zona, porque lo era, y contribuye a explicarnos los otros dos impulsos creadores del mismo Sancho el Mayor: la organización del Camino de Peregrinos de Santiago y los grandes santuarios de los diversos estados.

El trazado del Camino de Peregrinos, la «Calzada» o bien «Camino Francés», está muy estudiado y es bien conocido, aunque ofrezca dudas parciales. Los dos viejos iban o por los montes de la costa o nacían en Roncesvalles a Pamplona y Zamarce, al pie de San Miguel de Aralar, Huarte-Araquil, a salir por Estíbaliz y Armentia, Pancorbo, Briviesca, Monasterio de Rodilla y Tardajos, más allá de Burgos. Sin abandonar éste irá el nuevo desde Pamplona, y luego de incorporar el venido de Jaca en Puente la Reina, por Vareia, Nájera (la capital ejerciente), Oca (la episcopal castellana) y la reciente población de Burgos, «Cabeza de Castilla»; pero con la variante hasta los años de Santo Domingo de la Calzada y de San Juan de Ortega, desde Nájera por la vía romana de Bañares, Leiva y Cerezo de Río Tirón a Briviesca; sin citar los enlaces de Alava, sólo interesantes porque dejaron monumentos en San Vicentejo, Laguardia y el puente de Briñas, atribuído a San Juan de Ortega; como el de Vareia, o Logroño, a éste mismo en unión de Santo Domingo, ambos posteriores a los tiempos estudiados ahora; dejando atrás el de Puente la Reina, que pudo muy bien ser obra de doña Munia, o Mayor, la esposa de Sancho Garcés III.

La elección de santuarios de categoría nacional para cada uno de los diversos estados, elegidos de modo constante por sus límites, como avanzadas de carácter espiritual, así como exaltando devociones añejas, lleva de la mano a dudas y suposiciones por lo menos discutidas y en tela de juicio. Sin entrar en pormenores, que se analizarán para cada uno, los preferidos son los siguientes: para el de Nájera, San Felices de Oca y San Millán de la Cogolla (la situación próspera de Valvanera es castellana y posterior); en el de Pamplona, Leyre; San Juan de la Peña, en Aragón; San Victorián hacia las montañas de Sobrarbe, y Obarra, en Ribagorza, dejado luego a trasmano, con Alaón.

Entran los de Nájera muy pronto en conflicto con Castilla, complicándose la documentación, llevada nada menos que a los primeros condes, protectores de San Felices de Oca mediante donaciones que, según el abad Serrano y el P. Pérez de Urbel, elevarán con los años el pequeño cenobio hasta brillar entre los castellanos más poderosos; muriendo absorbido por San Millán, creciente desde Sancho Garcés I y en agria competencia con Santiago de Compostela desde su incorporación a Castilla, en el siglo XII, incluso inventándose unos «votos», que supusieron anteriores a los de Santiago, para lo cual imaginaron la batalla dada en Clavijo por Ramiro I a mitad del siglo IX. La documentación navarra recoge dos consagraciones del siglo X, de Sancho Garcés I y Sancho Abarca, la destrucción por Almanzor, bien deducida por Dozy del relato de la última de sus campañas anuales de castigo, encauzada por la vía romana de Lara por «Canalix» (Canales de la Sierra) y el «Cenóbio», así como la restauración de Sancho el Mayor; todo ello confirmado por las ruinas del propio monasterio; así como el interés castellano queda demostrado por donaciones de Fernán González (autor real de los «votos») y de Ordoño de León entre los correspondientes a los dos monarcas pamploneses citados; además de una carta de inmunidad para los peregrinos castellanos concedida por Sancho Abarca, transcrita por Moret y Yepes (1968). La elección queda pues justificada por la tradición iniciada por San Braulio y la rivalidad de la devoción con los castellanos, aunque más tarde haya de compartirla con el santuario elevado a la imagen aparecida en Nájera por la mitad del siglo XI.

De los otros santuarios extremos, nada queda viejo de San Victorián, sino es unas cuevas, que poco dicen, y el recuerdo de otro monasterio de Santas Justa y Rufina distante de Ainsa tres leguas, al cual «dicen» se trasladaron los monjes cuando la invasión musulmana. Alaón es románico y en Ovarra existe un menudo templo, semejante a otros del Gallego y de Navarra, poco expresivo, y ruinas viejas, a los pies de la iglesia reconstruida en el románico lombardo-catalán, que por su estructura bien pueden ir a los años de Sancho el Mayor. Leyre sólo mostró la cimentación citada poco antes de su planta y la reconstrucción emprendida, pero no terminada, por este gran monarca. Su elección tampoco resulta dudosa, si tenemos en cuenta las tradiciones añejas, la gran acumulación de reliquias, su carácter de sede y corte provisionales; bastante todo para que, de hecho, sean monjes de Leyre todos los obispos de Pamplona del siglo XI: verdad ésta recogida por Lacarra, quien lógicamente no acepta la realidad del Concilio celebrado para tomar este acuerdo. Queda San Juan de la Peña. Hasta no hace muchos años fueron verdad patente para todos los orígenes del cenobio en tiempos de los nobles godos huídos de Zaragoza, recién conquistada por los musulmanes, y

reunidos al calor de la vieja edícula, cuna de la Reconquista casi al par de Covadonga. Hoy, por el contrario, crece por días el opuesto empeño, que niega la existencia en años anteriores al siglo XI, no faltando quien atribuya la fundación a Sancho Ramírez, confundiendo la creación y la reforma clunicense (1071); el engrandecimiento progresivo, hasta poseer la casi totalidad de los monasterios del reino, y la mera existencia. Son tan excesivas las exaltaciones anteriores como las negaciones actuales, como veremos en el estudio de cuanto allí subsiste, mucho y estilísticamente claro, por fortuna.

Ahora interesa la razón de por qué fuera elegido por Sancho el Mayor como gran santuario aragonés y las causas del impulso dado por los sucesores, hijo y nietos, para continuar el camino emprendido y convertirlo en panteón real. Por la carta de San Eulogio sabemos, la prosperidad de San Zacarías, de Siresa, hoy San Pedro, que le asombra y admira, destacándolo entre los monasterios visitados. Además en Siresa existe la puerta del hastial oeste y parte de los pies del templo, muy probable obra de Sancho el Mayor, por su aparejo análogo a San Pedro de Roda, consagrado en 1021. Sin embargo de todo esto permanece como capilla real solamente, mientras que San Juan triunfa en donaciones, encumbramiento y hasta ensayos cluniceses, muy poco definidos tanto allí como en Oña (Burgos), que también conoce su ascensión entre los castellanos, al occidente del reino, por los mismos años. Los intentos de reforma son conocidos por la estancia en Cluny de monjes de San Juan, atestiguada por su contemporáneo Raul Glaver, quien afirma fueron allí conservando su propia liturgia en los tiempos del abad San Odilón (elegido entre 990 y 994; † 1049). También sabemos de la petición de la vuelta de los monjes al abad Odilón y su cariñosa carta, ya del reinado de Ramiro I, al abad Paterno, de quien hay también documentación concordante por fechas entre Sancho y Ramiro, dudosa y aun falsa para quienes ponen tachas incluso a su existencia.

Por tantas complicaciones, nos vemos obligados una vez más, al recurso de la tradición fundacional y las leyendas de Santos Voto y Félix, acompañados de su fama, fuesen o no históricos. No de otro modo nacieron San Marcial, en Limoges; San Trófimo, en Artés; Santa Foy, en Conques; Santa María Magdalena, en Vezlay; San Lázaro, en Antún; etc. por citar una serie francesa tan incierta históricamente como nuestros anacoretas pinatenses, traducida en monumentos capitales románicos, reconstruídos encima de los primitivos, adivinados algunos por excavaciones y rebuscas; otros ni aún eso. Igual hemos de juzgar para San Juan de la Peña: la leyenda tiene allí fuerza de historia y las «huídas a la cueva, la atracción de sus anacoretas a la edícula de San Juan, todo aquello no comprobado por la crítica, lo avalora la fantasía y un raciocinio de credibilidad se impone».

Cuando M. Gómez Moreno esbrició lo entrecomillado, sólo era visible una parte de la obra realizada en los comienzos del siglo X y estaban ocultos tanto los restos anteriores como las ampliaciones de Sancho el Mayor. Ahora determinan en conjunto una estratigrafía prerrománica sólo emparejable con San Millán de la Cogolla; con la diferencia de tener para el último conservada, por caso único, la vida escrita por San Braulio de Zaragoza sesenta y pocos años después de su muerte; así como una documentación aceptada por todos para las etapas constructivas, de acuerdo con los restos monumentales. En San Juan concurren los mismos pasos continuados en la edificación, pero nos falla el testimonio histórico de aquel Juan edificador de la edícula, sin fecha ni constancia aproximadas tan siquiera. Como tampoco existen para los posteriores, Voto y Félix o Felicio, Benedicto y Marcelo. Los documentos de los años 856 y 964, publicados por Oliver en su ingreso en la Real Academia de la Historia, están tachados de falsos, aunque Gómez Moreno diga no hallar «fundamento para negar autenticidad» al primero; y los muchos de fechas poco posteriores o simultáneas adjudícanse a otro monasterio de San Juan, no «al mítico colocado debajo de la famosa roca», según A. Ubieto Arteta.

En estas condiciones, sin faros orientadores y sumergidos en la enmarañada selva de leyendas medievales, dentro de la oscura noche de las dudas insolubles suscitadas por los viejos documentos, sin olvidar nunca el «algo de verdad», que nos guardaron, según el mismo Ubieto, hemos de acudir al otro proceso de investigación arqueológica y artística mostrado en el propio monumento y confirmado en San Millán, porque sus permanentes y seguros datos puramente objetivos nos llevarán por buen camino; dejadas aparte las verdades consignadas en documentos inseguros o tradicionales, transmitidas de unos a otros, y entonces, repetimos, tenidas por ciertas e inmovibles, incluso en los adornos exuberantes y fantásticos nacidos de la imaginación medieval, acrecida en España por la oriental islámica.

Esto es lo afirmado por el edificio y a sus resultados nos atenemos, reconociendo que, hasta Sancho el Mayor, era diminuto, perdido en la montaña, sin fechas iniciales aún medio seguras; ni entronques con el naciente obispado aragonés del siglo X, como Sasave; ni enlazado a los sabios, abundantes y cumplidores monjes de Siresa; ni tampoco asentado en la tradición de un real y cierto visigodo fundador, como San Victorián. Sin embargo fue desde por entonces el señero de Aragón, según quedó enunciado, panteón real con Ramiro I y poco a poco, mediante donaciones sucesivas, absorbió todos los otros monasterios y monasteriolos de la región; prueba evidente de su fuerza evocadora; y esto si es indiscutible, sólo con precedentes en lo visigodo,

«ya que no hallamos indicios ni analogías en aparejos de otros países ni tiempos» (Gómez Moreno).

Quedan sólo para este prólogo retazos del período, que debemos consignar: ritos y reglas monásticas, ornamentos de culto e imágenes *aparecidas*, supuestas de fechas muy anteriores.

Antes vimos en varios lugares la regla benedictina; con la salvedad de que la tenida por tal siempre, la triunfante con la reforma clunicense, no se implanta de facto hasta 1071; un conocimiento anterior está fuera de duda: J. M. Lacarra lo supone para el monasterio de Siresa visitado por San Eulogio, pero asignando su influjo a San Benito de Aniano; y en documentos del siglo X creídos originales por el mismo Lacarra y Millares, se citan en el «Becerro» de Irache; el abad Serrano los incluye dentro de su «cartulario» de San Millán; de nuevo en la escritura fundacional de Albelda, y así podríamos continuar, excluyendo los dudosos con o sin fundamento. Ahora bien, el éxito indiscutible de la reforma clunicense, implantada por fuerza o de grado, creó una indudable confusión no aclarada por los cronistas posteriores, sino aumentada, por cuanto la llevan a los orígenes monásticos de todos, lo cual es enteramente falso.

Las reglas monásticas de los viejos cenobios fueron orientales, africanas y muy varias, tanto que la ruta laberíntica formada por las múltiples alusiones contemporáneas no parece tener salida clara y estamos aún como en los tiempos de los Padres Flórez y Risco, abundantes en alusiones al medio griego, a San Leandro, San Martín de Braga, San Victorián o los obispos bizantinos emeritenses, así como a las semejanzas litúrgicas anotadas por la monja gallega Eteria en su peregrinación a los Santos Lugares; o a las cartas de San Agustín, los influjos de San Macario, San Pacomio, Cesáreo de Arlés o los capítulos de la «regula tartaniensis» reflejados en la redactada por San Isidoro, y la defensa del abad Eutrofio, fallecido hacia el 400, cuando le acusan de severidad excesiva con sus monjes, alegando como suficiente descargo, la enseñanza recibida de «los Padres del Desierto»; al igual San Martín de Braga († 580) inspiró su regla en los santuarios de los padres egipcios (*Sententiae aegiptorum patrum*).

Desde luego la dureza era característica y nos asombra el juicio de San Braulio sobre la regla de San Isidoro, un poco despectivo, porque «a las almas débiles se acomodaba», y no es blanda, ni mucho menos.

El famoso texto de los «Comentarios al Apocalipsis», de Beato de Liébana, libro el de mayor éxito en siglos posteriores e inspirador de láminas, pinturas murales y tallas como ningún otro, con primer manuscrito conocido de 776, se deriva en su mayor parte de los Santos Jerónimo, Ambrosio,

Agustín, Fulgencio, Ireneo, Apringio, Isidoro y Victorino: todos orientales o africanos, a excepción de San Isidoro y algún otro.

La misma variedad de las órdenes monásticas tenemos en la liturgia; es decir, en la oración oficial de los fieles, con unificación intentada en el Concilio IV de Toledo (663) sin conseguir nada; como tampoco tuvo éxito el XI (675) y no sólo para los monasterios, siempre con modos peculiares, sino para las iglesias parroquiales y episcopales, que deberían tener el mismo orden de oficios celebrados en Toledo.

También los empeños romanos de unificación litúrgica son gráficos en señalar diferencias. En principio incluso hay tachas de afirmaciones heréticas, no disipadas al parecer con las revisiones y aprobación de Juan X (aproximadamente 924, fecha dudosa) y luego la bien reconocida de Alejandro II (1067) pero sólo sobre textos navarros, que fueron: el ritual de bautismo y entierro, de Albelda; el breviario, de Irache, y el misal, de Santa Gemma, junto a Estella, llevados a Roma por los obispos de Calahorra, Oca y Alava; es decir, parciales de la Tarraconense, para los cuales ya el P. Serrano encontró diferencias respecto de otros de más al sur; diferencias litúrgicas indicadoras de otras profundas entre las artes conservadas de las distintas regiones, originadas por la diversidad hispana y de nosotros conocidas por la no existencia de arcos en herradura del período visigodo en toda la provincia, dentro de la cual aparecen después como característicos de influjos islámicos. Dato fundamental, por tanto, para el estudio emprendido a base de formas estilísticas y constructivas.

Por fin otro dato: el rito clunicense, o romano, se implanta repetimos, en S. Juan de la Peña el año 1071; Gregorio VII, gran campeón de la liturgia única, inicia su pontificado el año 1073 y sus argumentos no alegan herejías en un principio, sino conveniencias de unidad; después cambia y añade al primer motivo la existencia de acusados errores, «sicut sugerentibus religiosis viris»; sugerencias de varones religiosos, que no afectaron a lo aprobado de antes y sí a los otros no examinados por el Concilio de Alejandro II.

En Navarra queda impuesto el nuevo rito poco después del año 1076 y en Castilla el 1078, con tropiezos y forcegeo, que nos proporciona un valioso material de ornamentos y libros litúrgicos en el inventario de bienes del monasterio de San Andrés de Fanlo, uno de los sacrificados por negarse a las reformas cluniceses, entregado a Montearagón por el año 1100 y abandonado de allí a poco. De aquella fecha es el inventario publicado por A. Canellas. Da pena la reseña de manuscritos: Apocalipsis, con certeza uno de tantos «Beatos»; el tratado «De virginitate sancte Marie», de San Ildefonso; los «Diálogos», de San Gregorio; las «Vidas de los padres emeriten-

ses», y además de éstos hay «en la sacristía de Fanlo otros muchos libros toledanos» (alios multos libros toledanos), ya en montón y despreciados por inservibles e inútiles; incluye después un ajedrez tallado en cristal (scax, escaques) falto de «uno caballo y tres pedones»; hay piezas sueltas en San Millán y en Calanova (Orense), indicando era entretenimiento normal de monjes; doce colchones «per iacere» y nueve «capezales» (cabezales, almohadas), lo cual prueba una de dos, o la despoblación del monasterio, famoso antes, a causa de las luchas, o bien su menudencia, como tantos y tantos; a no ser que colchones y cabezales, tampoco en número concordes, fueran reservados para los de categoría y los más durmieran por el santo suelo en sus cuevas, cosa muy posible.

Los ornamentos están repartidos por su riqueza en «greciscos» (griegos, bizantinos), con seguridad de las telas de grandes círculos encerrando animales, tejidos en sedas de colores vivos; sedas, de Lucca (Italia); «tirazes moriscos» (tapicería menuda de hilo y seda); velos de altar, de tapicería de hilo, lana y seda (cítaras de annamath), tres cotidianos y dos más pequeños, antiguos, de «alguaxi» (con oro) «uno que pende por delante del altar y otro detrás, como retablo» (in retro tabula) según la liturgia ordenaba, para ocultar altar y sacerdote desde poco después del ofertorio hasta la comunión, y sin la menor mención de baldaquino, jamás citado en España hasta el erigido en Compostela por el obispo Diego Gelmírez a comienzos del siglo XII; más tejidos de aurifresa (brocados de oro), lino bordado en seda con aguja, tapices y cuatro alfombras; otros con aljófara (allols) y de «bocren» (?). Especifica los ornamentos: amitos ornados, albas, estolas, manípulos, dalmáticas (greciscas multas) y casullas. Sobre la mesa del altar un ara de mármol blanco y plata, como las de León y Calanova; dos crucifijos, uno con cruz de madera y otro de plata dorada con piedras y un relicario de madera conteniendo seis relicarios pequeños, sellados, de madera; todo cubierto con un frontal de tapiz. ¿Sería en forma de cofre o de retablo? Por el tapiz (annamath) pequeño, que lo cubre, parece más lo último.

Aunque de fecha muy posterior conviene añadir, por lo que tiene de tradicional, una donación de Galindo Iñiguez, de Ipiés: «una capseta per Corpus Domini, que pendat super illo altare,... et uno tapete qui stet ante illo altare subtus illos pedes de illo sacerdote quando missam cantat et una cinta bona unde pendat la capseta» (1134); esto es, un sagrario colgado de una rica cinta sobre dicho altar, y alfombra colocada delante, bajo los pies del sacerdote cuando canta misa. Referente a un milagro acaecido en San Isidoro a la muerte de Alfonso VI, también bajo ritual romano, se fija la postura del sacerdote *delante* y no *detrás* del altar; en este punto, al menos

en España, continuaron la tradición antiquísima, (siglo IV), de la colocación hacia el Oriente del sacerdote cuando celebra. Así pudieron multiplicar los elementos encima del altar. El día de la consagración de San Vicente y San Valero, de Roda de Isábena (1068), por tanto tres años antes de la práctica del ritual clunicense, o romano, da el obispo «dos superaltares ligneos óptimos», que puedan ser retablos o tabernáculos de madera buenísimos, según acentúa; mencionados de la misma manera en la consagración de San Isidoro, de León, en 1063.

Como vemos el ajuar litúrgico de un monasterio prerrománico, y no de primera categoría, no era ni pobre ni escaso.

Respecto de las imágenes aparecidas tenemos el mismo tropezadero de siempre: las consabidas leyendas y su reiteración constante, dificultadas en este caso al máximo tanto por la costumbre bien comprobada del entierro en la iglesia de las consideradas fuera de uso, que hizo desaparecer las que pudieran resultar auténticas, o también por las elucubraciones de los eruditos renacentistas y barrocos luciendo su gran saber, que nadie les discute, y pudieron utilizar con mayor provecho en mejores causas. Sólo a título de buen ejemplo va el siguiente, suprimiendo los datos aportados por los falsos cronicones. La famosa de Valvanera, románica y buena, no obstante alteraciones, repintes y mutilaciones para vestirla, figura desde los años de Sancho Garcés I (905 - 925) como descubierta por los anacoretas en el tronco de un roble bajo un panal de miel, con el consabido acompañamiento de apariciones, ensueños, luces brillantes y aromas embriagadores. Al mismo tiempo parecen acomodarse las riojanas veneradas en Allende, Toloño y Los Parrales; la de Nájera fue hallada en una cueva por García el de Nájera (1036 - 1053) a poco del comienzo de su reinado, de manera bastante más prosaica, yendo de caza, pero con el prodigio de las luces encendidas; y podríamos continuar la lista sin término. Pues bien, a vuelta de las consabidas erudiciones, Argaiz y Silva fijan la ocultación de la Virgen de Valvanueva el año 462, el P. Anguiano, el 426, el P. Rubio en su monografía del monasterio, nada menos que por el 200 y, por supuesto, traída por los Varones Apostólicos, bendecida por San Pedro y tallada por Nicodemus ¿Quiere alguien más? Pues avance por Garibay, con su descubrimiento el año 572; Bravo, el 370; Argaiz y Silva, el 568; el P. Anguiano, el 520, y el P. Rubio el 300. Solo Morales y el P. Yepes suponen la ocultación a la invasión islámica y el hallazgo por los años de Sancho Garcés, sin fecha segura.

Como los ejemplos se multiplican y repiten hasta el infinito los detalles más nimios, engendraron la negación tajante para todo y para todas, lo cual

viene acreditado por la total desaparición, debida más que a su falsedad, según nuestra modesta opinión, al entierro de los originales, comprobado en los múltiples hallazgos de imágenes al excavar o trasladar templos: Castro Urdiales, Puertomarín, San Juan de Cova, etc. Por desgracia ninguna con fecha menor del siglo XII. Sólo en San Cebrián de Mazote se halló al consolidar la cabecera un fragmentado relieve pétreo posible visigodo. Fue publicado por M. Gómez Moreno en el volumen III de *Ars. Hispaniae*. El hallazgo y la noticia de alguna otra, como la emplazada en la muralla de Córdoba, que representaba la Virgen y permaneció muchos años bajo la dominación musulmana; los relieves conservados de Jesús, la Virgen y los Evangelistas, en Santa María de Lara (Quintanilla de las Viñas, en Burgos); los milagros evangélicos de la pilastra del Salvador, en Toledo, del siglo VII ambas; los fragmentos de pintura mural de Asturias y el testimonio de Aben Hazán, de Córdoba (por el año 1000), repartiendo por *todos* los templos cristianos pinturas de Jesús, La Virgen, San Pedro, San Pablo, varios apóstoles y santos, los arcángeles Miguel y Gabriel, indican la existencia de imágenes prerrománicas y de que, alguna por lo menos, pudo ser hallada realmente. Sobre todo cuesta verdadero trabajo pensar en la falsedad total de la Virgen de Nájera, documentada irrecusablemente y con templo contemporáneo alzado en su lugar, deshecho y sustituido por los góticos en el siglo XIV. La imagen, al parecer dejada en la cueva, lo fue igualmente por los primeros años del XIII, cuando las bellas tallas góticas afeaban las anteriores.

Si pudiésemos profundizar más, hallaríamos precedentes y razones para explicarnos la explosión producida en los siglos XI y XII, por nadie negada, por la sencilla razón de tantas como subsisten. Sería de interés, pues discutiendo Mâle igual asunto, alcanza la «Majestad de Sainte-Foy», de Conques, conservada; la mencionada en 1096, de Puy-en-Velay, anterior al parecer, y otra «Majestad de Santa María», citada en un inventario del 970 en Notre-Dame-du-Port, de Clermont; y dice en seguida: «Este es el nombre (Majestad), que daban entonces en el Midi a estas estatuas sentadas, desconocidas en el Norte, ofrecidas sobre los altares a la veneración de los peregrinos». Y una vez más tengamos en cuenta el viejo internacionalismo a través de los Pirineos y veremos la importancia de la continuidad escultórica, que Porter atisbó para los «siglos oscuros» como explicación de la profusa decoración e imaginería románicas.

Y también los errores causados por estas negaciones sistemáticas, creadoras de un clima tan denso a favor del iconoclastismo español anterior al románico, que ofuscó a muchos de los historiadores del arte de máxima categoría, escusados de citar porque parecería deseábamos manchar reputaciones

sólidas y dignamente cimentadas, tirando piedras al tejado ajeno, teniendo de vidrio el nuestro.

Aremás, en las iconografías publicadas constan las siguientes: Benedicto III instala en San Juan de Letrán (856-58) una imagen de oro y plata de Jesús pisando el león y el dragón; el monge Gozbery da otra del mismo metal a San Marcial, para Limoges (952); por los años 960-980 había en Tournus y en Saint-Pourcain-sur-Sioule sendas estatuas relicario de San Valeriano; otra igual de San Lázaro, en Autun (posterior al 965), y bastantes crucifijos, no incluídos por tener nosotros los pintados de los «Beatos», del siglo X, y los ya mencionados en el inventario de San Andrés, de Fanlo en documento de 1100, pero muy anteriores, pues no es lógica la compra o la donación de piezas ricas en su decadencia. Además las cruces de Oviedo, la otra de Sancho Abarca, que debió ser parecida y se perdió, y unos importantísimos relieves del siglo X, tratados más adelante.

Como han sido publicados como posteriores por autoridades indiscutibles, eran precisas estas líneas, que intentan, además, excitar el entusiasmo de los investigadores en busca de la documentación, que demuestre la existencia e importancia real de tantas piezas perdidas, pues nos aclararían tanto y más, ahora tan oscuro y difícil.

BIBLIOGRAFIA

La utilizada y expuesta por orden alfabético de autores, será general para todo el prerrománico, dándose para cada capítulo la especial del tema desarrollado.

- ANGUIANO, M. de, *Compendio Historial de la Rioja*, Madrid, 1704.
- ARGÁIZ, G. de, *Población eclesiástica de España...*, Madrid, 1667.
- ARS HISPANIAE, Vol. II. BATLE, *Arte paleocristiano*; H. SCHLUNK, *Arte Visigodo*, Madrid, 1947.
- ARS HISPANIAE, Vol. III. M. GÓMEZ MORENO, *Arte mozárabe*, Madrid, 1948, p. 355-410.
- ASÍN PALACIOS, M., *Aben Hazán de Córdoba*, tres vols. Madrid, 1929.
- CANAL, P. J. de la, *España Sagrada*. Vol. XLVI, Madrid, 1836.
- CANELLAS, A., *Cartulario de San Andrés de Fanlo (958-1270)*, Zaragoza, 1964.
- DOZY, R. P., *Historia de los musulmanes en España*, Barcelona, 1954, dos vols.
- DURÁN GUDIOL, A., *Inscripciones medievales de la provincia de Huesca*, Zaragoza, 1967.
- DURÁN GUDIOL, A., *La Iglesia de Aragón durante los reinados de Sancho Ramírez y Pedro I (1062-1104)*, Roma, 1962.
- DUBERAT, V. y DARANATZ, B., *Recherches sur la ville et sur l'église de Bayonne*, vol. III, Bayonne, Pau, 1929.
- FLOREZ, P. E., *España Sagrada*, vols. I, Madrid, 1744; III, Madrid, 1754, y IV, Madrid, 1756.
- GARIBAY, E. de, *Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España. Donde se escriben las vidas de los reyes de Navarra*. Amberes, 1571, vol. I.
- GAYA NUÑO, J. A., *El románico en la provincia de Logroño*. En Bol. S. E. de Excursiones, 1942, p. 81-225.
- GÓMEZ MORENO, M., *Iglesias Mozárabes*. Madrid, 1919, dos vols.
- IÑIGUEZ ALMECH, F., *Algunos problemas de las viejas iglesias españolas*. En Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, Vol. VII, Madrid, 1955, p. 7-180.
- ISIDORO, San, *Etimologías*, libs. VII, caps. 5 y 13; y XV, 4.
- LAMBERT, E., *Le voyage de Saint Euloge dans les Pyrénées en 848*. En Estudios dedicados a R. Menéndez Pidal, vol. IV, 1953, p. 557-567.
- LACARRA, J. M., *Aragón*, vol. I, Zaragoza, 1960.
- LACARRA, J. M., *Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés, I. (905-925)*. En "Príncipe de Viana", 1940, p. 41-70.
- LACARRA, J. M., *V. Vázquez de Parga*.
- MALE, E., *La fin du paganisme en Gaule et les plus anciennes basiliques chrétiennes*, París, 1950.
- MALE, E., *L'Art religieux del XII^e siècle en France*, París, 1966, 7.^a edic.
- MORET, J., *Anales del Reino de Navarra e Investigaciones*, Tolosa, 1890.
- PÉREZ DE URBEL, P. J., *Sancho el Mayor de Navarra*. Madrid, 1950.
- PÉREZ DE URBEL, P. J., *Historia del condado de Castilla*, Madrid, 1945.
- PORTER, A. Kingsley, *La escultura románica en España*, Florencia y Barcelona. 1928, dos volúmenes.

- PROU, M., *Raoul Glaber...* (900-1044), París, 1886.
- RÉAU, L., *Iconographie de l'art chrétien*. Vol. II, *Iconographie de la Bible* (I y II parte) París, 1956-1957.
- RISCO, P., *España Sagrada*, vols. XXXIV y XXXVI, Madrid, 1787.
- SERRANO, P. L., *Cartulario de San Millán de la Cogolla*, Madrid, 1930.
- TARACENA, B., *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. En *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, núm. 86, Madrid, 1927.
- UBIETO ARTETA, A., *Cartulario de San Juan de la Peña*, Valencia, 1962.
- UBIETO ARTETA, A., *Alta Edad Media*, en *Introducción a la Historia de España*, Barcelona, 1963.
- VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J. M., y URÍA, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1949, tres vols.
- VILLAFANE, P. J. de, *Compendio histórico de las milagrosas imágenes de Nuestra Señora, que se veneran en los más célebres santuarios de España*, Madrid, 1740.
- YEPES, F. A. de, *Crónica General de la Orden de San Benito*, Madrid, 1610.

CAPITULO I

GRUPO DE TRADICION HISPANICA; SIGLOS VII - IX

Encontramos la ruina de mayor vetustez en San Felices de Oca, junto a Villafranca Montes de Oca (Burgos) en el suburbio de la vieja Oca (Auca), la desaparecida sede arzobispal visigoda, en cuyo lugar incluye Flórez dos lápidas romanas y la sospecha, que no apoya, de su destino como panteón de los primeros condes castellanos; lo cual en cierto modo confirman las investigaciones de Sandoval, Yepes y Argáiz, reiteradas en la edición del cartulario de San Millán por L. Serrano, de un abad Severo, a quien otorga bienes raíces, dos cruces, una de plata y la otra «de allatone», casullas greciscas (bizantinas) y libros, el conde Diego Porcelos en el año 863, entregando su cuerpo y su alma «ad regulam Sancti Felicis de Auca»; agregando nuevas donaciones de monasterios en los valles de Mena y Ayala, mas tres cálices de plata, cinco de estaño, seis casullas de seda, ocho de hilo y treinta y ocho libros en 883. El año 1049 lo anexionan a la Cogolla García el de Nájera y su esposa Estefanía, iniciándose la decadencia inevitable de todas las dependencias de los grandes monasterios.

Valgan por lo que valieren tales datos, indican la tradición en San Millán del cenobio como antiquísimo, adjudicado en el siglo IX, acaso con verdad, a la repoblación de los condes castellanos, en el afán bien conocido de ponderar toda exaltación para las posibles raíces castellanas, tan pronto se desligó de Navarra.

Cuando vimos las ruinas por vez primera (1925) estaba la planta completa, bien tradicional, de nave única, departamentos laterales medio hundidos y cabecera rectangular, casi cuadrada, interna y exteriormente, con embocadura en arco peraltado de medio punto sobre columnas romanas sin basa y valiendo de capitel una moldura seudoclásica, sólo en un lado; el otro había desaparecido. Estada cerrada la puerta en arco del costado Sur, muy alterados los muros de la nave y no existía cubierta, construída de bóveda

Figura 1.

Figura 2.

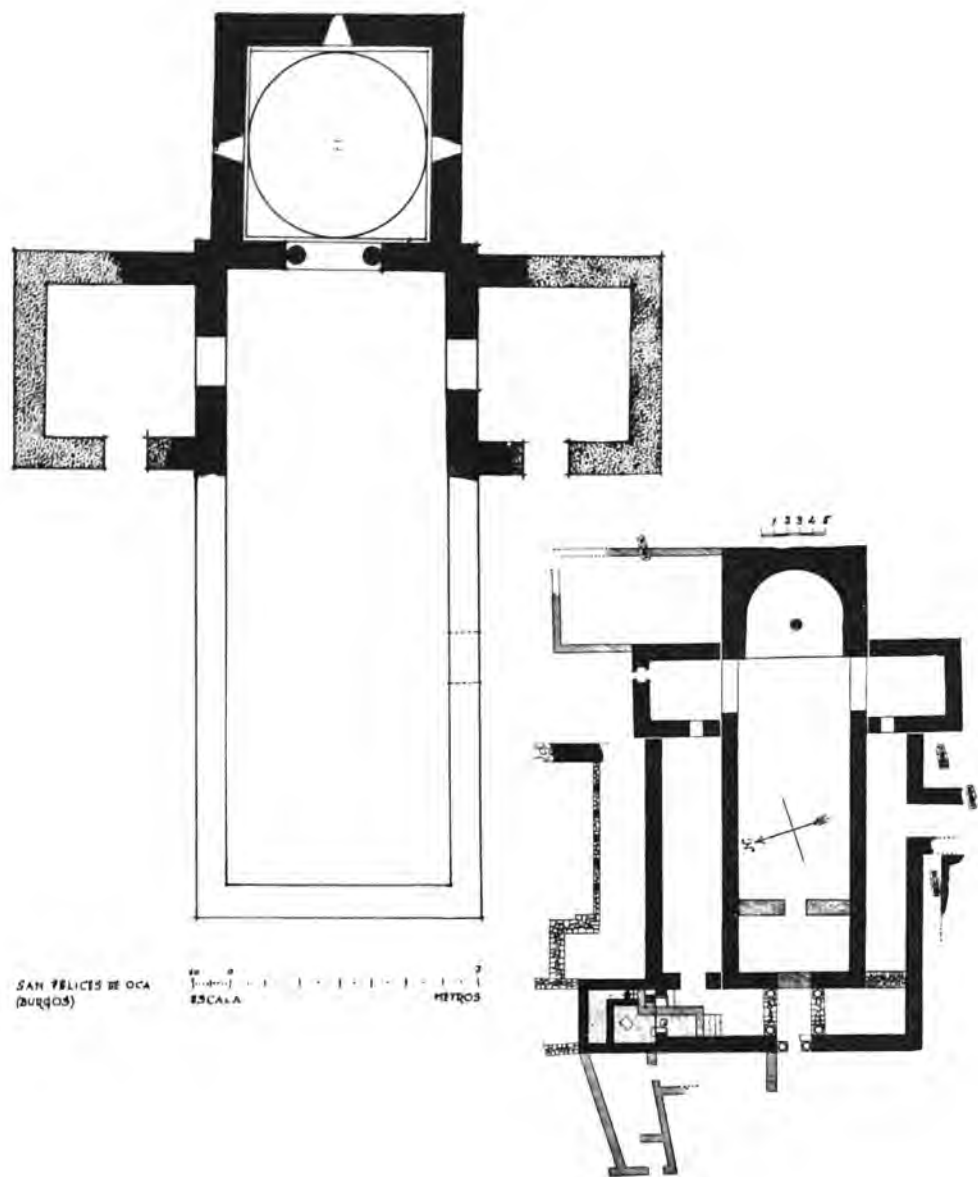


FIG. 1.—Plantas de S. Felices de Oca y de la iglesia de Zorita de los Canes (Guadalajara) destruida por Leovigildo (568-586), la última según Cabré.

de piedra toba, según testimonio del P. Anguiano, que la vió en pie. Las cámaras laterales tenían huellas de arranque de sus bóvedas de cañón del mismo material, y no quedaba el menor resto de la cornisa.

Ahora tan solo existe la cabecera, en pie por milagro, con su bóveda de casquete (no media esfera) sobre pechinas y tres ventanas en saetera, cuadradas en el interior y por fuera rematadas por menudo arquito.

El aparejo es bastante irregular, formados los haces por sillares muy desiguales en ancho (algunos llegan al metro) y altura (entre 0,20 y 0,50 metros), relleno el interior de hormigón de cal, a la romana. La bóveda del presbiterio es de toba.

Láminas 2 a 4.

El tipo de planta viene de muy lejos, pudiendo fechar bien la destruída por Leovigildo (568-586) en Zorita de los Canes (Guadalajara), como precedente o contemporánea. La foto muestra en primer término el ingreso hacia la nave de uno de los departamentos laterales, armado con dintel (roto) y arco enjarjado para descarga, sin clave, con despiezo radial y perfil externo

Lámina 3, c.

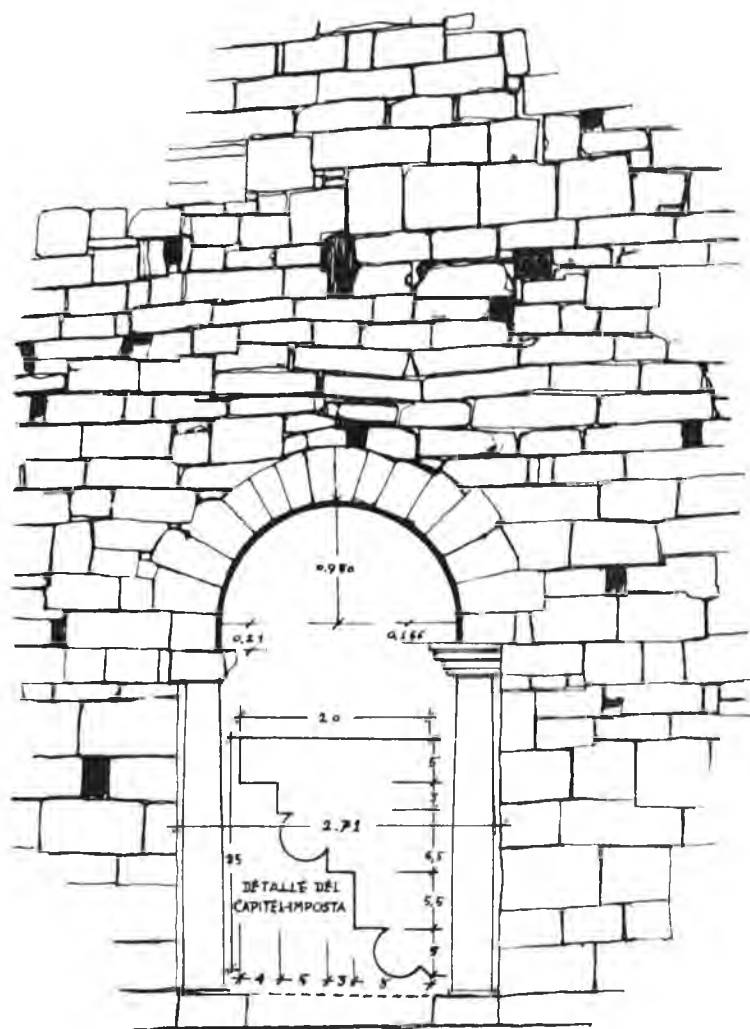


FIG. 2.—Frente del presbiterio de S. Felices de Oca y detalle de la moldura colocada como capitel. Cotas del arco en metros y en centímetros el detalle.

irregular. El muro aprovechó sillares romanos y hacia los extremos en alto se ven los arranques de la bóveda. Al fondo está cegada la puerta de acceso al departamento frontero, con su dintel y arco de descarga completos. Tanto éstos como el triunfal de la capilla mayor son de medio punto y peraltados, mostrando el último mayor longitud de dovelas en el arranque y menor en la zona superior. Destaca del resto por su caliza blanca, bien labrada y juntas perfectas, según disposición continuada en el muro de arenisca, exceptuada su zona superior, muy movida y alterada. Las hiladas, o juntas horizontales de las piedras, no son seguidas, presentando resaltos y cambios como casi todo lo del mismo período. La bóveda, que cubrió la cabecera, es igual en forma y del mismo material que la hundida de Quintanilla de las Viñas (Siglo VII), de la cual iglesia queda diferenciada, porque allí todos los arcos se prolongan en forma de herradura, como en la ermita próxima de Barbadillo del Mercado, mientras en San Felices, como en todos los restos conocidos de la Provincia Tarraconense, son de medio punto, peraltados o no, antes de la llegada de las influencias musulmanas.

Lámina 5, d.

Estos datos: forma de arcos, aparejo, tipo de bóvedas y de ventanas, encajan dentro del período visigótico y en él ha de incluirse San Felices sin violencia ninguna, puesto que se trata de un monasterio en los arrabales de Oca, con sede visigoda bien documentada. Respecto de los arcos de medio punto, próximos están los de la hoy parroquia de San Vicente del Val (Burgos), aquí con capiteles y decoración sin dudas posibles de clasificación. Por el contrario también se halla cercana la ermita de Santas Centola y Helena, en Siero (Burgos), mártires de Diocleciano, en fecha tradicional fijada el 4 de agosto de 304, con fecha en la dedicación absidal:

Figura 3 y
Lámina 5, a-c.

FRELENANDVS ET GVTINA — ERA DCCCXX — (Año 782).

La ventana del ábside, donde va escrita, es acaso de la repoblación y trazada en arco de herradura, como corresponde a su fecha del último cuarto del siglo VIII y a influjos musulmanes, ciertamente muy primitivos, mientras el arco triunfal y los nichos de altar de los costados los llevan de medio punto.

San Félix, o San Felices, debe ser el de siempre llamado Africano, porque de allí vino, dicen, con San Cugat, o Cucufate, con templo visigodo cierto en Gerona; cantado por Gregorio de Tours (538-594) y fecha de su fiesta el 13 de agosto. Parece también que Recaredo colocó una corona encima del altar gerundense. Son muchos los mártires llamados Félix y su identificación resulta insegura.

Muy relacionado con San Felices, aparece otro monasterio dedicado a Santa Columba, o Coloma, que Risco supuso visigodo y dedicado a la mártir



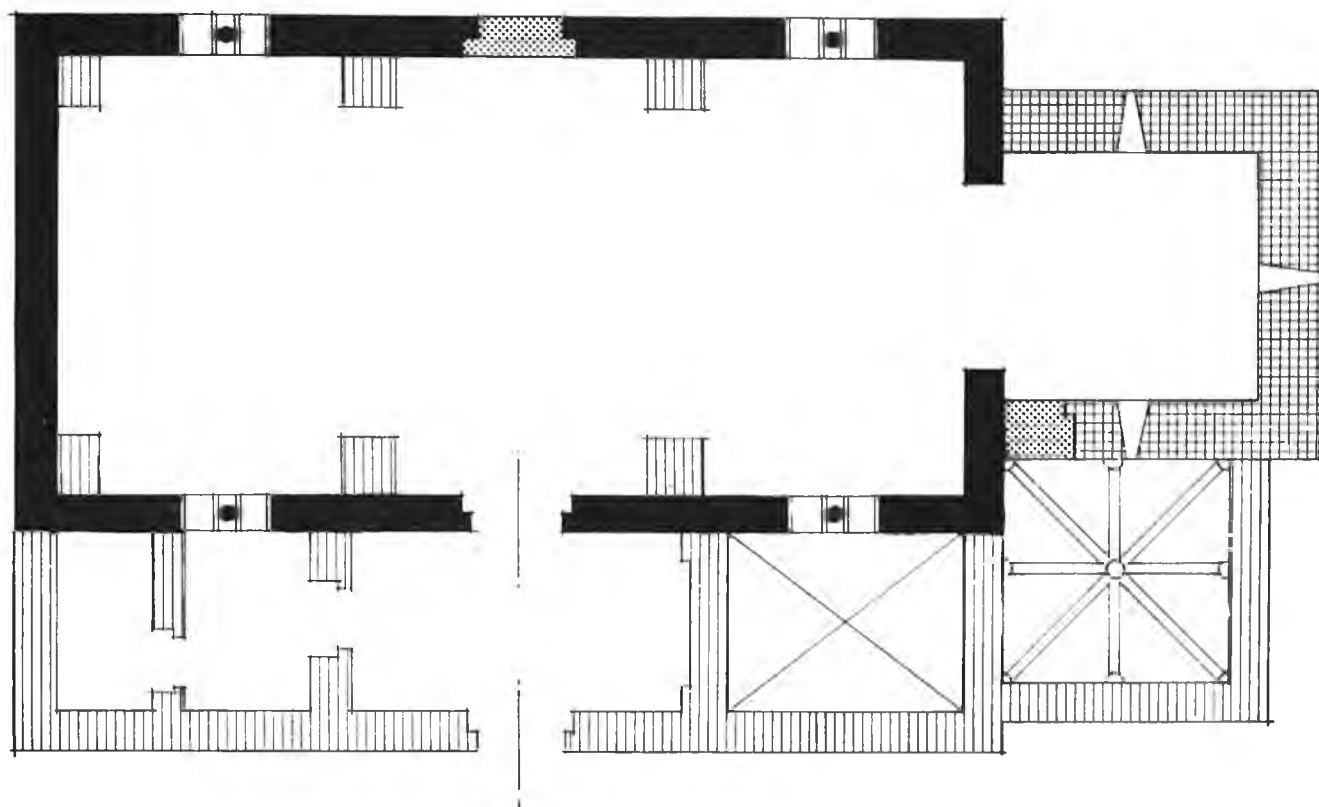


FIG. 3.—Planta de la iglesia de S. Vicente del Val (Burgos). La cabecera es posterior, pero aún prerrománica: sacristía, pórtico y estribos de bóveda modernos.

de Sens (Senonas, en Galia), víctima de la persecución de Aureliano. Los documentos viejos y tras ellos los autores locales posteriores empieñanse a porfía en suponer para Tricio, ciudad romana indiscutible, un nombre primitivo de Senonas, y así resulta riojana la mártir, desde luego con fiesta en el calendario visigodo el 13 de diciembre. La identificación es indudable, aunque sean varias las Columba, por la coincidencia en todas las circunstancias de la «pasión» relatada para la supuesta riojana y la de Sens, incluso con el detalle no corriente de ser defendida por una osa cuando la encierran en el lupanar, pormenor nada reiterado.

El documento primero señalado por Yepes y Risco se refiere a la restauración del cenobio el año 923 por Ordoño II (el educado en Zaragoza por encargo de su padre, Alfonso III, a los Banu Casi) en sus andanzas

por la Rioja unido a Sancho Garcés I para las conquistas de Nájera y Viguera; según Al Udri (1003-1085) y de acuerdo con los estudios de C. Sánchez Albornoz, el 21 de octubre del mismo año Sancho Garcés fija límites, y tanto en éste como en el otro diploma consignan la restauración, no la fundación. En 1045 García el de Nájera entrega el monasterio a su esposa Estefanía, y ésta lo cede a su vez, a Nájera el 26 de diciembre de 1056 (L. Serrano y J. Pérez de Urbel), con el curioso dato de situarlo en territorio de «Senonas, quae nostris temporis vocatur Triticum», casi con las mismas palabras incluido en la «Hitación de Wamba», redactada, según L. Vázquez de Parga, en San Millán o Santa María de Nájera por el tiempo del documento último. Abundan las menciones de sus abades Domingo (992) y Blas (996), en confirmaciones documentadas de los diplomas pertenecientes al archivo de San Millán.

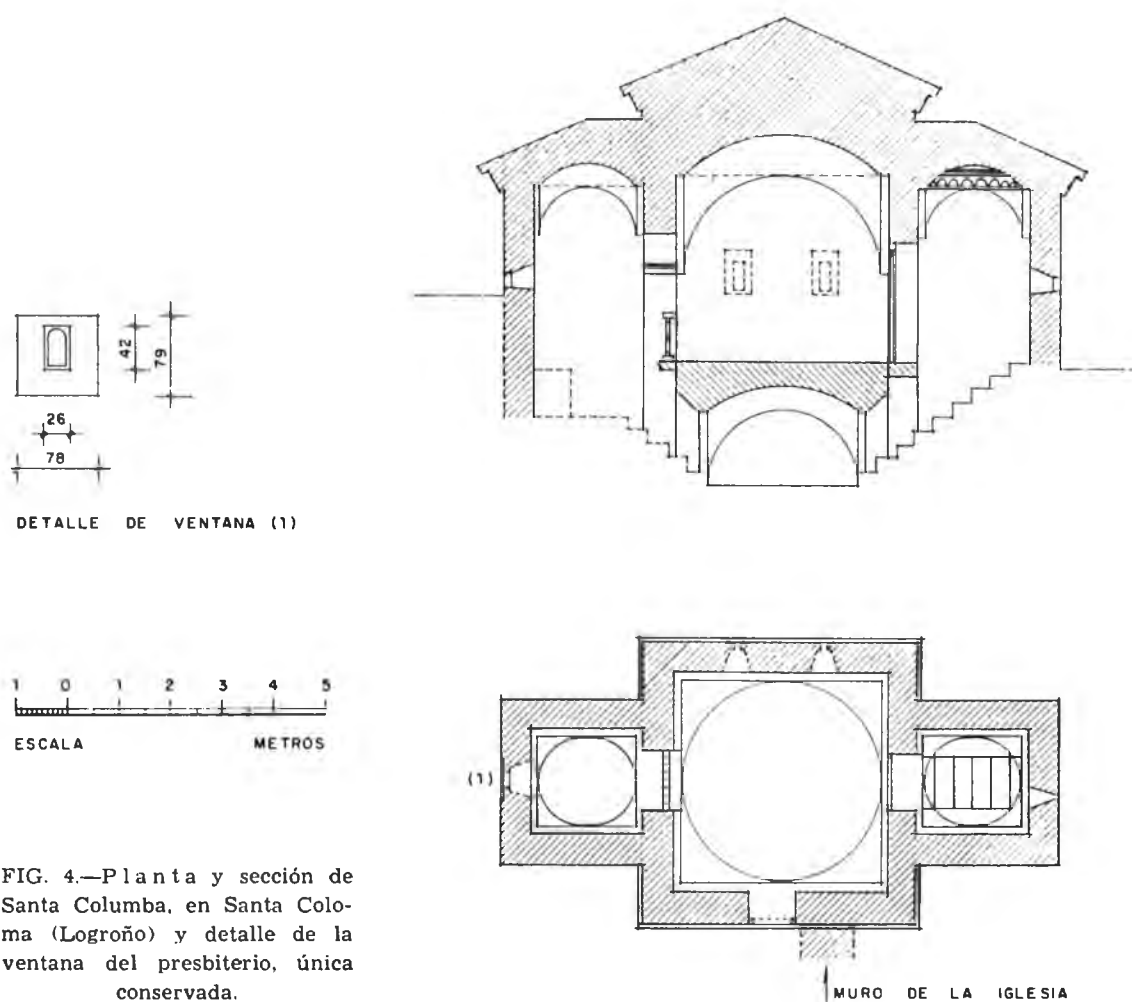


FIG. 4.—Planta y sección de Santa Columba, en Santa Coloma (Logroño) y detalle de la ventana del presbiterio, única conservada.

La disposición del templo, mejor edícula, bastante bien conservado pero de análisis difícil por sus enlucidos internos y feos rejuntados de cemento al exterior, es la de «martirium», lugar de mártires, según las Etimologías de San Isidoro, desarrollado en dos plantas superpuestas (la inferior en cripta), como el excavado por C. de Mergelina en la Alberca (Murcia), comparado por Schlunk al de Salona, los dos de fecha muy primitiva; forma continuada en la «Cámara Santa», de Oviedo, dedicada en su zona inferior a la mártir Santa Leocadia y la superior a San Miguel (comienzos del siglo IX) y la construída por Sancho el Mayor (1035) como parte de la catedral de Palencia y dedicación a San Antolín.

Figura 4.

La planta está integrada por un cuerpo central cuadrado, que cierra una bóveda vaída, según parece, pero acaso disfrazada por los enlucidos. Al Este va una pequeña cabecera casi en cuadro externa e interiormente, con análoga bóveda, y al Oeste otra cámara idéntica, la cual aloja una escalera de piedra para bajar a la cripta; ocupando ésta el espacio bajo el cuerpo central, y construída íntegra de toba; subiendo por el costado frontero de la bajada otra escalera, que conduce a un rellano de altura intermedia entre los niveles de cripta e iglesia, donde va situado el altar y su barroco retablo. Este rellano se comunica en la parte alta con la iglesia por un arco, cerrado ahora por un antepecho de balaustres de madera. En la cámara de la escalera se cayeron los revocos de la bóveda, dejando a la vista un casquete sobre pechinas como San Felices de Oca, pero acusando el arranque una fila de arquillos ciegos sólo comparable a las ventanas situadas en el anillo inferior de las cúpulas bizantinas (Santa Sofía, por ejemplo). Pudieran recordar los mocárabes, más el resto de la bóveda, bien aparejada con toba y lisa, excluye toda posible comparación en tal sentido; también incompatible con las fechas ciertas de la existencia del «martirium», pues que los mocárabes habían de llevarlo al siglo XII.

Lámina 8.

Hasta el momento no conocemos ninguna semejante, por lo cual su filiación bizantinizante quedará sólo apuntada como posible, dentro de las conocidas relaciones de Oriente a Occidente. J. A. Caya Nuño, que le dedicó unas líneas en su estudio acerca del románico en Logroño, también la sitúa en lugar excepcional.

Es el aparejo externo de sillares grandes, de 42 a 54 cms. de alto y tendencia general a frentes cuadrados, sentados en tendeles y juntas finas, en cuanto apreciarse puede. Remata los muros un bisel amplio y saliente, que basta como alero, Pudo llevar canes, pero no lo parece.

Láminas 6 y 7.

Las ventanas, rectangulares al interior y de satera rematada por simple arquillo al exterior, enlazan de nuevo Santa Coloma y San Felices; al menos

así es la única intacta, pero calado su frente con todo cuidado en una losa de piedra, como debieron ser las dos alteradas del cuerpo central; la frontera es muy tosca, pero igual de forma.

Los arcos son todos de medio punto, sin que sean posibles afirmaciones categóricas, porque pudieron mutilar los arranques salientes, convirtiendo en esta forma otros en herradura; sin quitar enlucidos queda el importante dato sólo como casi cierto.

La única puerta de acceso fue abierta de mala manera cuando las reliquias de la Santa fueron llevadas a la capilla contigua de la iglesia gótica; mas debió andar muy próxima la primera, porque no hay huellas de otra y conserva encima, tallada en mortero, una como imposta decorada por doble fila de curvas semejantes a escamas, que recuerdan las fajas decorativas de la placa conservada en el Museo de Tarragona, publicada por Schlunk como del siglo VI.

Lámina 9.

Todo nos conduce al «martirium» anterior a las renovaciones de Ordoño II y Sancho Garcés I; acusadas éstas por dos piezas de cancel, acaso un poco posteriores y preciosamente labradas quizá en un alabastro descompuesto, que parece yeso cubierto por enlucidos y pinturas; están empotradas en el muro interior de la parte Sur. Miden respectivamente 1,00 por 0,70 metros y 1,02 por 0,28. Suponiendo la estrecha en el centro y la otra repetida y colocada en ambos lados suman 1,68 metros, dimensión poco mayor que la luz actual del arco hacia el altar, donde pudieron ir en sustitución de la baranda de madera, lo cual justificaría el desnivel.

Respecto de su arte, necesitamos volver a las aportaciones orientales, de telas acaso, pues no se parecen ni a los cancelos visigodos ni a los mozárabes, aunque su traza vaya más a lo musulmán. Nadie las mencionó y son piezas de interés muy subido.

Del monasterio nada subsiste, al menos a la vista.

La serie de pequeños templos continúa por San Esteban de Viguerra y lo conservado de Albelda.

No parecen existir datos históricos del primero; solo una suscripción del abad Blas de San Esteban (992), en documento de San Millán, pudiera referirse a éste con cierta seguridad, pues todos los abades confirmantes de la donación a San Millán por Sancho Garcés III Abarca son próximos, y debemos desechar por ello dos monasterios de San Esteban en Salcedo y Pinedo (ambos en documento del 937) por su emplazamiento en Alava, tampoco demasiado lejos, y desconozcamos otros dos: Pampaniense y Cobense,

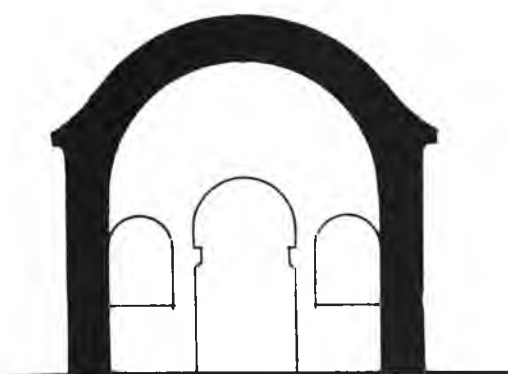


Lámina 10.

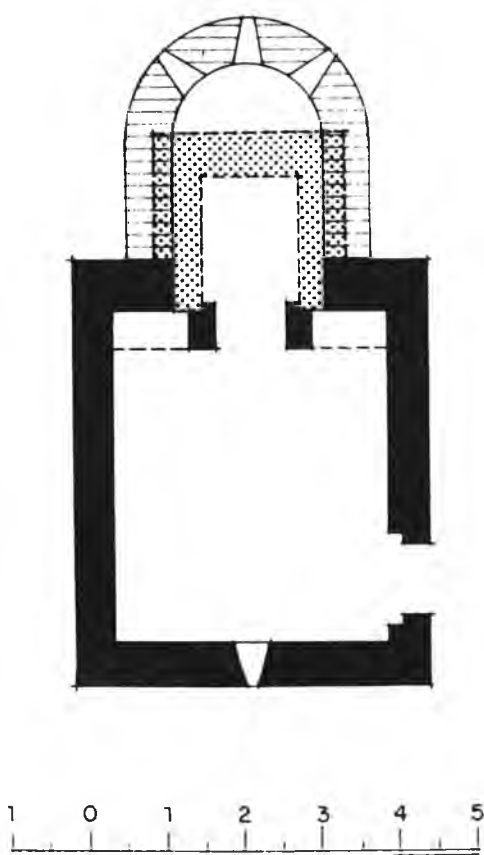


FIG. 5.—Planta y sección de S. Esteban de Viguera (Logroño). La cabecera de planta rectangular fue sustituida por otra románica.

sin dedicación ni lugar conocido. Los otros dos San Esteban navarros: Dehio y Resa, son ya más lejanos.

Está muy cerca de Albelda, bajo un enorme abrigo donde hubo talladas celdas. Es de mampostería y sus bóvedas de cañón en las naves y la reconstruida de horno al modificar la cabecera quedaron descubiertas al exterior, sin tejado alguno, lo cual le da un aspecto raro.

Conserva la nave única en ruinas, la estrechísima embocadura de la cabecera y sendos nichos a sus lados, de los cuales nos ocuparemos adelante. En la planta quedó supuesto rectangular el ábside primitivo, pudo tener traza interna en herradura, pero se descartó por su igualdad respecto de Santa Centola y Helena, de Siero.

Figura 5.

Pintaron todo su interior en fecha románica, posiblemente dentro del siglo XII; ahora se ven sólo a trechos.

Son los arcos de medio punto; el triunfal, más ancho del espacio entre jambas (1,30; el arco 1,40 metros) nace de impostillas de sección rectangular. Los nichos de sus costados miden 1,10 por 0,90 metros y 0,50 de fondo, rotos en parte al ensanchar el ábside; a su altura del suelo (0,89 m.) ha de añadirse la que tuvieron las desaparecidas aras.

Su fecha, sin duda muy anterior a las reformas románicas, ha de situarse por analogía con la de Siero, cercana de la suya (782). La luz entre las jambas del arco triunfal, 1,05 metros es todavía menor; los altares de nicho miden 0,54 por 0,50 metros y poco más de 0,30 metros de fondo; es todavía más menuda, por tanto.

Todavía el texto de Al-Udrí puede añadir algo más. El siglo IX resulta muy acciden-

tado por estos parajes; Abd-el-Rahmán II envía sus algaras destructoras durante los años 841 al 843, continuando la intranquilidad en los posteriores hasta la «matanza de Viguera» (873-74) y reconstrucción mora del castillo, arrasando los vecinos; con nueva reconstrucción, igualmente musulmana de las fortalezas de Nájera, Goitor (?), Viguera y Funes por 888-89, como puntos esenciales de la defensa contra Pamplona, Malos tiempos para la paz monástica. Los triunfos de Sancho Garcés I comienzan el año 907 (el «Códice de Roda» retrasa un año), siguen con la conquista cristiana de Valtierra, Falces y Caparrosó (915), nuevas derrotas en 922 y conquista definitiva de Nájera y Viguera el 12 de mayo del 923. Suponiendo San Esteban, al pie de Viguera, después de la última fecha, serían seguros los influjos islámicos, que no existen, por lo cual parecen mejor los de relativa paz bajo los descendientes de renegados de Zaragoza y Tudela en los precedentes al siglo IX, concordes respecto del parentesco estilístico anotado, afirmando la fecha del siglo VIII y no antes, por haberse perdido la tradición visigoda de aparejos grandes.

Albelda tiene fecha de fundación indiscutible por Sancho Garcés I el año 924, (transcripción en Risco, España Sagrada, vol. XXXIII, p. 467 de la edic. Madrid, 1781), recién conquistada; sin referencias, como Santa Coloma de otro monasterio anterior, la dedicación de San Martín es nuevo dato de internacionalismo.

Lo que resta nos obliga, sin embargo, a suponerlo anterior, pues la imposta de alabastro de la foto sólo puede adscribirse al período visigodo y la capilla única subsistente, tallada en la marga blanda del acantilado, junto al pueblo, aprovechando para resistencia los estratos sueltos de mayor dureza, enlaza sin tropiezos con San Felices de Oca. Se halla junto a una explanada, que llaman «la claustra», detrás de la Iglesia reconstruída en el siglo XVIII y rodeada por verdadero montón de celdas agujereadas en la marga, que llaman allí «salagón». Hace muchos años se veía una embocadura de celda en arco de herradura; un desprendimiento del acantilado dió con él al traste y con la guerra desapareció la fotografía entonces tomada. Sin duda pertenecía o era posterior a Sancho Garcés I. La Iglesia, que nos ocupa y lleva hoy el prosaico nombre de «la pajera», no tiene ni tuvo arcos en herradura, sino semicirculares, está íntegramente tallada en el «salagón», consta de una pequeña nave rectangular y cubre la cabecera de planta cuadrada con una bóveda de casquete sobre pechinas, otra vez como San Felices, relabrada con fajas como radios (siglo XVII?) y una moldura de arranque.

En el ángulo SE se ve como una cruz entre dos corderos, tapada en la fotografía y tallada un fecha indefinible. Desde luego el tema es muy viejo en la iconografía cristiana.

Lámina 12, c y d.

Figura 6.

Lámina 11, b y c.

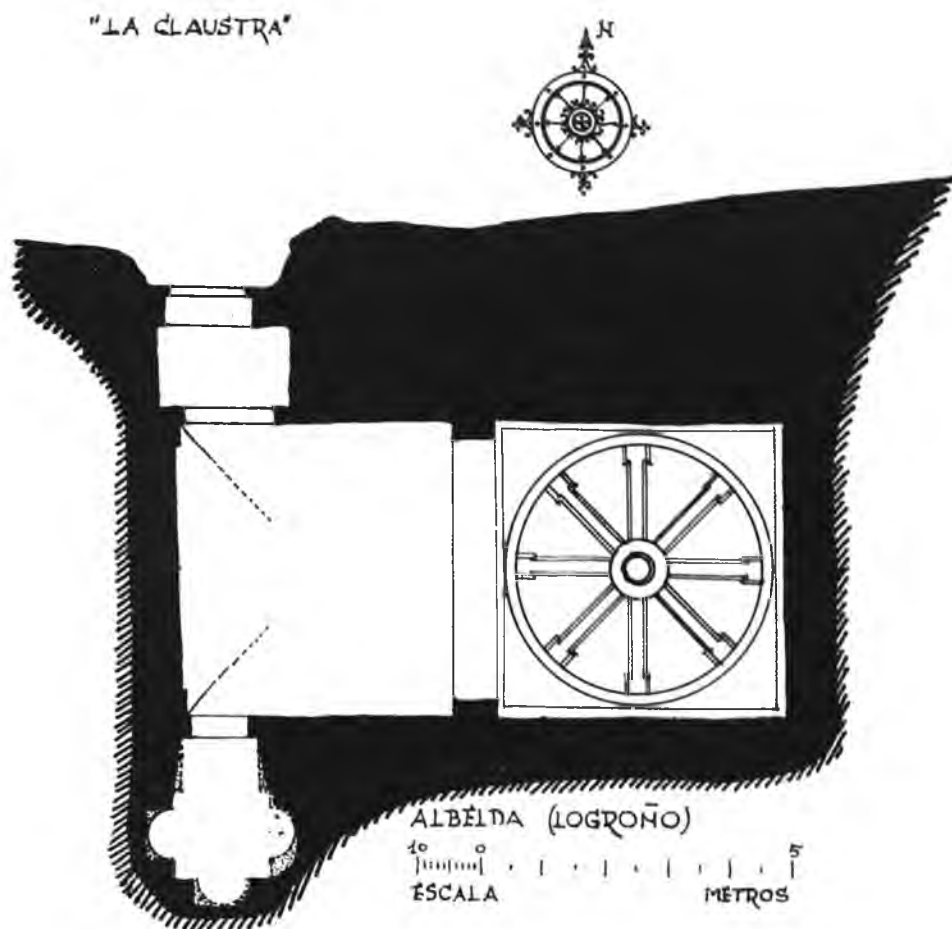


FIG. 6.—Planta de la iglesita de Albelda (Logroño) tallada en el acantilado, ahora llamada "La Pajera".

A los pies abre una capillita, que sin duda valió de relicario, destino único posible por su menudencia, de corto tramo recto y cabecera trilobulada traducida en alzado de tres nichos (deformados, acaso para su mejor adaptación a los armarios de reliquias) y al centro casquete sobre pechinas, ahora hundido. Tal planta tienen algunas criptas de Roma e iglesias de Africa (capilla de Tebessa, Jerbet-bon-Addusen, en Argelia) creídas de los siglos V-VI, y luego de Cataluña (Tarrasa: cripta de San Miguel y cabecera de San Pedro, ambas del IX; la llamada Forn del Vidre, cerca de la Junquera, sin estudiar) con fuerza suficiente para continuar en el románico. Como faltan ejemplos próximos respecto al de albelda es imposible avanzar más en origen o fecha.

La existencia de un monasterio anterior se afianza por el hallazgo de Taracena, un kilómetro al norte, de una pequeña capilla de nave rectangular,

cuadrada cabecera orientada y tres departamentos adosados quizá después, sin orden ni concierto, a los lados restantes del rectángulo. El de norte con desnivel de unos 0,60 metros y peldaños de acceso; los otros sin puerta (sólo fueron hallados los cimientos); el de sur lleno de tumbas y entre las mismas una placa de cinturón visigoda del siglo VII. Fuera de la iglesia un cementerio contemporáneo determinó el carácter funerario del templo. El diploma fundacional incluye iglesias en la delimitación de términos («juxta fastigia santarum ecclesiarum») un cantil horadado («ripam foratam»), acaso Castañares de las Cuevas, y otra cueva «De Sancho Espina». J. Cantera Orive describe un pequeño templo, con mesa de altar y bancos a los lados largos del rectángulo de su planta; todo perdido en el hundimiento de 1931; así como el acceso de cueva en herradura lo arrastró el de 1929. El temeroso de 1683, que arrasó la iglesia, se llevó sin duda lo mejor.

Por lo demás el mozarabismo del monasterio no tiene duda: sus documentos miniados lo atestiguan sobradamente.

¿Tuvo edificios más tarde? La denominación de «La claustra», que tiene la plazoleta delante de las celdas parece atestiguarlo, También hablan en favor de contrucciones hacia el siglo XII algunos capiteles, que hubo y no están ya, en un gran almacén, llamado «el hórreo», bajo la iglesia.

Queda uno situado en el nicho de fachada, sobre la puerta de la iglesia, que representa un verdadero enigma.

Lámina 12, b.

Es bizantino por su arte, muy grande (no se pudo alcanzar ni estudiar bien; la fotografía se hizo con teleobjetivo); de ángulo acaso; de pilastra cuadrada y no redonda, como son las románicas empotradas. Así los tienen San Fructuoso de Montelios (Portugal) y la iglesia de Bamba (Valladolid). Parece tener un águila en un frente y un león en otro, como el Tetramorfos del capitel tan bizantino en el Museo de Córdoba, todo ello del período visigodo. Mas ninguno le alcanza en finura y no recordamos otro con palmetas en el nacimiento de las hojas, que tiene y bien destacadas éste. Tampoco la fila de finos taladros en los nervios. Esto último suscitó la comparación con los de San Vicentejo (Alava) románicos del siglo XII y tan bizantinos como el de Albelda. Sin embargo, el gran tamaño y la disposición de pilastra en ángulo no son de nuestro románico. En fin; si el capitel estuviera «in situ» y los elementos arquitectónicos de su acompañamiento fueran claramente visigodos o mozárabes, habría de reconocerse una u otra clasificación; aislado y solo como está, no resulta posible, y desde tan lejos, emitir un juicio ni medio definitivo.

Los 200 monjes, que dicen había en Albelda cuando el obispo del Puy (Francia), Godescalco, recibió del abad Gomesano un código de San Ildefonso,

de vuelta de su peregrinación a Compostela, el año 951, nos llevan a los monasterios de cuevas.

De Monte Laturce sabemos tan solo su existencia y los siete monjes, toda su comunidad, refugiados en Albelda el año 956; porque los señores de los Cameros fundaron allí otro monasterio cisterciense, construido por el año 1181. El de las Siete Ventanas (o finestras) tan citado en la vida de San Vitores, en Cerezo del Río Tirón (Burgos) queda documentado por la resolución adjudicando un próximo campo a unos tales Sancho y Nuño Gómez (936), con juramento en el atrio de Santa María de Septemfinestras de haber pertenecido a su familia cuando se lo quitó al poblar aquella tierra «Abdelmundar Telluz». Otro más (publicado por L. Serrano, como el anterior) define la donación a San Millán por Fernán González, «totius Castelle comes» del monasterio «junto al río Tirón, con dos iglesias. Santa María y San Juan»; es decir, era del tipo general de cuevas en el acantilado y doble iglesia quizá también excavada en la roca, como tantas conservadas.

Lámina 11, a.

Resulta tentador acometer el estudio de conjunto, mas presenta dificultades de tal envergadura, que por el momento ni aún siquiera un mapa seguro de los existentes resulta posible; porque muchos (el de las siete ventanas entre otros), han llegado de manera confusa, tan semejante a los poblados de cuevas artificiales, que la separación entre un destino y otro no es hacedera: tal es el caso de San Adrián, Cenobio documentado hasta el siglo XII; las cuevas de Lodosa, cercanas al puente romano, que ya el P. Moret vio abandonadas de siglos; con otras del cerro donde fue Cantabria, juzgadas monásticas por todos, y las de Resa, otra vez próximas al puente, del monasterio de Santa María «iuxta Iberum fluvium in exitu Rese, potenti vico», según la donación de Sancho el de Peñalén y Placencia el año 1071, sin que tal situación «junto al río Ebro, en la salida de Resa, potente villa fortificada» (caso contrario no sería potente), haya sido bastante para identificar sus ruinas, que Moret afirma vió arrasadas. La serie dudosa, camino de Alfaro podía continuar desde Lerín a S. Adrián y más en Falces, con la cueva tradicional de Santo Domingo de Silos, en su etapa de solitario antes del abaciado en San Millán; y de allí a Caparros, Valtierra y Arguedas, de ruinas romanas tan próximas. En la de Varea o Logroño a Briviesca, restan: Cerezo, Tormantos y Baños de Rioja; de la misma Varea nace la que atraviesa por Albelda, Viguera y Castañares de las Cuevas, todo dependiente de Albelda, para el alojamiento de los monjes, «que estaban esparcidos por la comarca», según el P. Yepes; único modo viable para tanto cenobita; la cifra redonda de doscientos será exajerada, mas indica la existencia de muchos. Más arriba queda Torrecilla de Cameros, con dos iglesias del siglo X, San Andrés, que veremos y San Pedro, alteradísima.

La vía de Tricio, por el Najerilla, deja próximo Santa Coloma, quizá en una villa «en el suburbio de Tricio... restaurado en su emplazamiento anterior «(in suburbio Tricium... ut sit in antea restauratum)»; el propio Nájera, pues la fundación de don García (1042) es posterior a las cuevas existentes y la donación de Sancho el Mayor (con la fecha equivocada de 1001 en la transcripción de L. Serrano), enclava junto a las viejas otra dependencia monástica, la iglesia de San Sebastián, para «hospicio» de San Millán, «cum suis domibus... in varrio quem dicunt de subpena»; es decir con sus casas en la roca, subsistentes, en el barrio llamado de «Subpeña»; nuevo dato para confusión de casas y celdas. Por ellá estuvo, según Risco el dedicado a Santas Nunilo y Alodía, incluido en el diploma fundacional de Nájera (1052). Yepes no logró emplazarlo. El mapa de Coello sitúa una ermita de las Santas cerca de Camprovin y a unos dos kilómetros del tajo de cuevas en el río Najerilla, por Baños de Río Tobía, difíciles de acceso por su altura. Encima de Baños quedan otras unidas a la tradicional Virgen de los Parrales y, continuando la vía, tenemos las de Nuño y Coloma de Anguiano; los dos próximos cenobios de San Millán, con restos romanos, y Valvanera, más otro muro de iglesia reforzado por arcos de herradura, en Villavelayo, pasado el puerto.

Lámina 12, a.

La última vía, por el Cidacos (dudosísimas Quel y Autol) parece tener seguros los acantilados de cuevas en el «Suburbio» de Arnedo; las dos Santa Eulalia, Bajera y Somera, de nombre sugestivo, y una ermita del siglo X en un alto sobre Arnedillo, completan la serie hasta los límites de Navarra.

En la vía de Pamplona por la románica Estella, el monasterio de Irache pudo ser en origen «villa» cristianizada, pues allí las cuevas no se adivinan siquiera.

Los de la Navarra montañosa quedan para cuando veamos la carta de San Eulogio.

Como vemos la inclusión y estudio de tanto resto elocuente y dudoso es empeño de interés, vale la pena de acometerlo con decisión, pero exige tiempo sin tasa, del cual ahora carecemos.

Serán importantes sus características, limitándolas a las de mayor tipismo y seguridad.

El cenobio propiamente dicho queda constituido por celdas aisladas, sin comunicación alguna entre unas y otras, como en Laño (condado de Treviño, Burgos), o bien con galerías paralelas al acantilado y ventanas en general frente a sus ensanchamientos, que sirvieran como celdas, según el plano adjunto de un piso asequible) dentro del inmenso conjunto de Nájera

Figura 7.

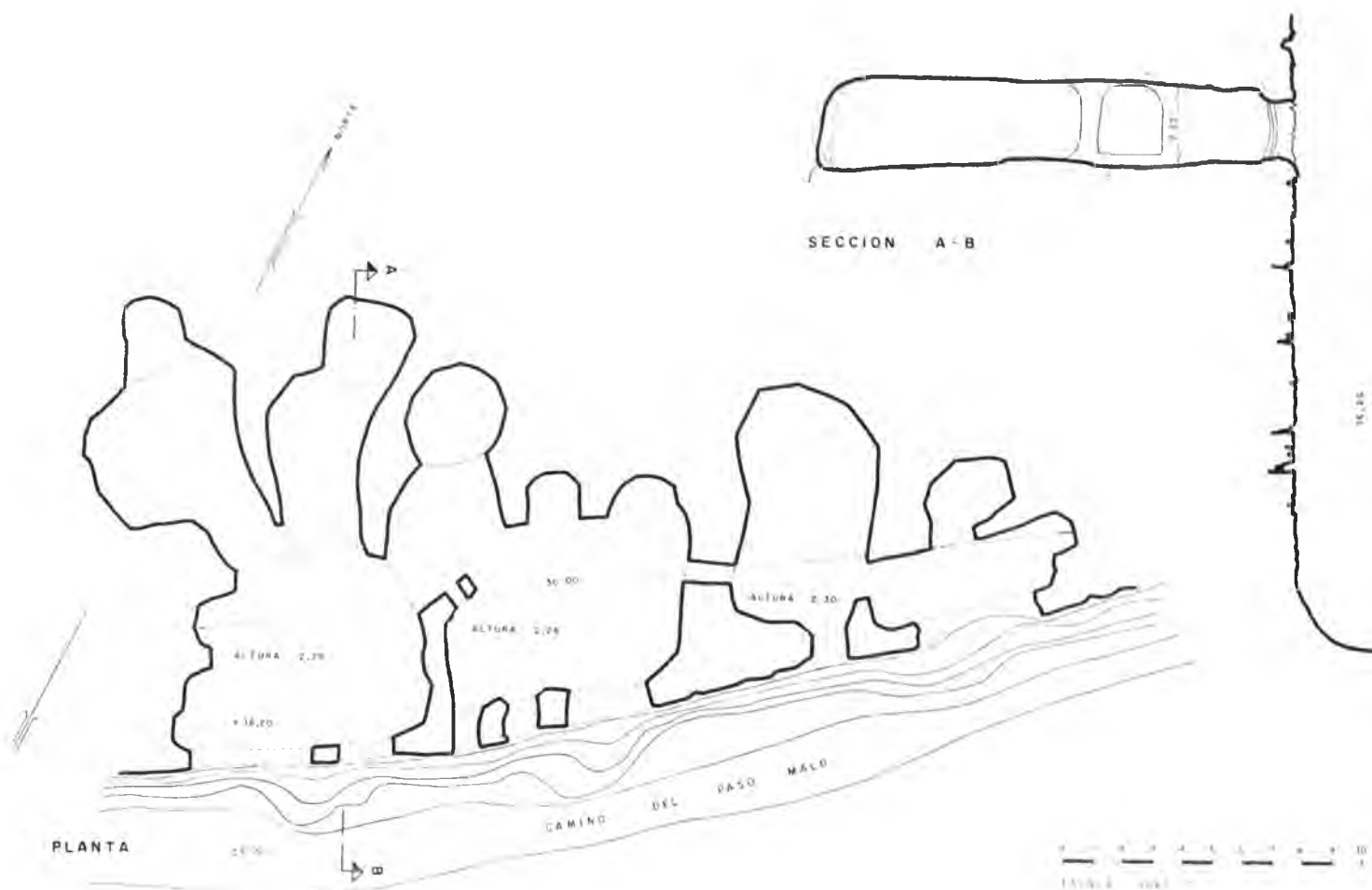


FIG. 7.—Croquis en planta y sección de cuevas monásticas (?) en Nájera (Logroño).
Planos de A. Marcos Pous.

que no sabemos cómo enlazaba con otros en el despeñadero bajo las ruinas del castillo. Esta disposición fue la de San Millán, ahora muy destruídos sus acantilados, pero todavía con indicios claros, y la de otro junto a Salas de los Infantes, poco derrumbado y con galerías intactas.

Las iglesias pueden ir exentas y, según las antedichas de la escritura de Albelda, construidas como Santa Columba, no abiertas en la roca («vel aliis, qui ibidem constructae sunt»); o también de la de San Esteban, de Viguera; o por el contrario son cuevas excavadas con frecuencia en número de dos: Siete Ventanas, San Millán, Laño, citadas; Santa María de Valverde (Burgos), San Frutos en el Duratón (Segovia), tal vez creadas, según teoría

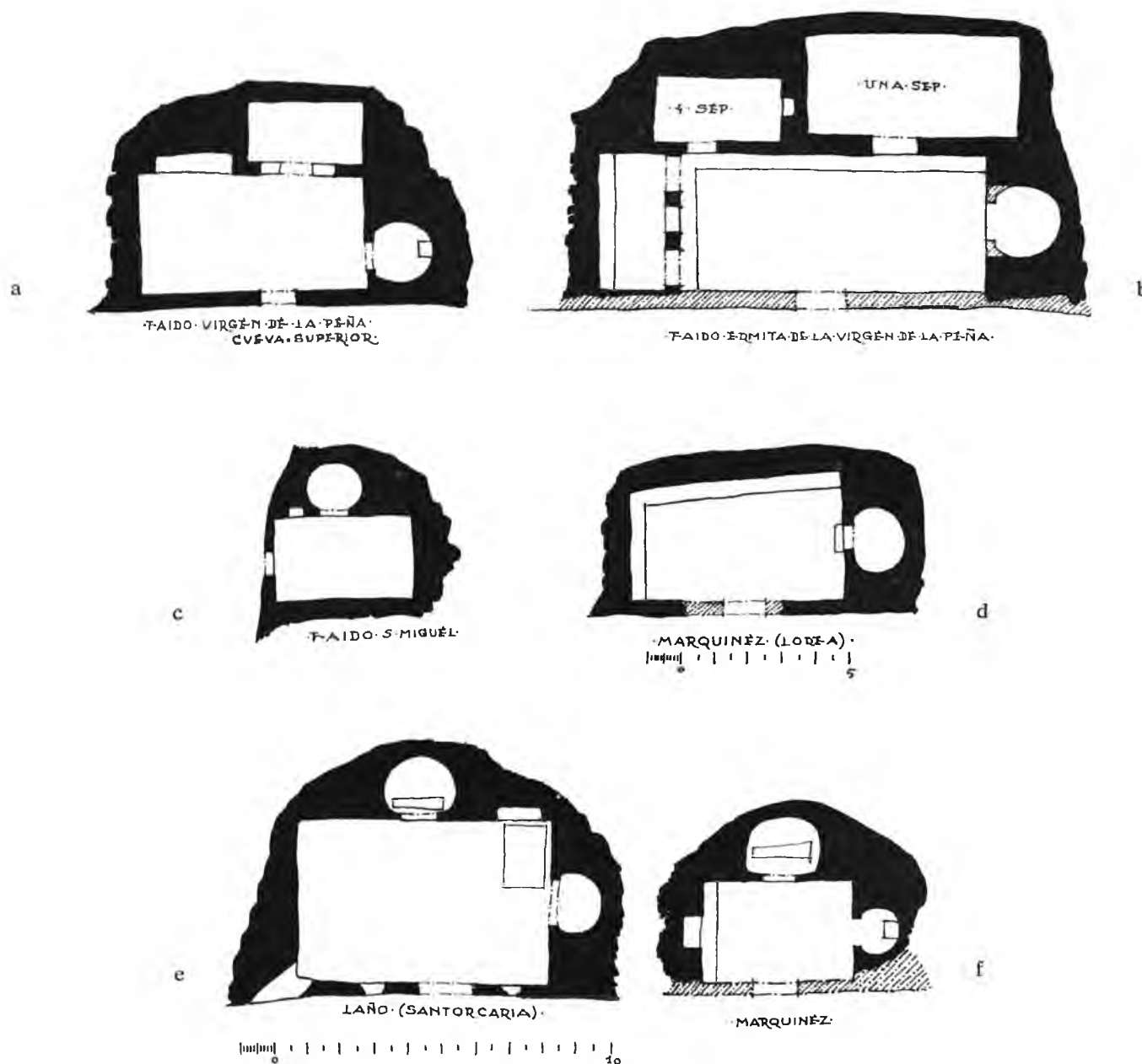


FIG. 8.—Iglesias monásticas excavadas en la roca del Condado de Treviño. Conjunto de los ríos Ayuda y Borundia: a y b, Virgen de la Peña, en Faído; c, S. Miguel en el mismo lugar; d y f, dos de Marquinez, de conjuntos diversos, y e, Santorcaria (Santa Leocadia) en Laño. Soluciones con ábside único al Este.

lógica en otra ocasión expuesta, por su calidad de dúplices, que tuvieron todos estos cenobios, de monjes y monjas, viviendo aislados en las celdas y con doble lugar para sus reuniones: la iglesia, para cada sexo.

Quedan los monasterios, en el sentido de un monje solitario, según San Isidoro, pudiendo incluir el de San Felices, de Bilibio, en las Conchas de Haro, cerca de la ciudad, documentado por San Braulio de Zaragoza, y el tradicional de la cueva de Santo Domingo de Silos en Falces, muy alterado. Tanto San Felices de Bilibio como San Millán y San Juan de la Peña, quedarán para el final por su vinculación monástica cierta desde los visigodos a Sancho el Mayor, así como también los altares de nicho, citados ocasionalmente, y las celdas-capilla, características de solitarios y quizá de abades.

Acaso lo más interesante son las iglesitas excavadas en la roca. Las mejor conservadas y de planta enigmática están en el condado de Treviño, enclave burgalés de Alava. Hay dos grupos esenciales: el tendido a lo largo del río Olmecillo entre los municipios de Corro, Tobillas y Pinedo, y el otro de Faído, Albaina, Laño y Marquinez, en el Ayuda y su afluente, si tal merece llamarse un riachuelo como es el Borundia. Todos llevan celdas a medio hacer, como si la vida se hubiese interrumpido allí de modo violento. Recuerdan sin remedio la Crónica de Don Rodrigo Jiménez de Rada, cuando nos cuenta las incursiones devastadoras por aquellas tierras de «Almondír, hijo de Mohamed», rey de Córdoba el año 861. En el catálogo monumental editado por la diócesis de Vitoria se recogen varias inscripciones en letra visigótica y así queda reunido todo lo históricamente comprobable, por ahora. Un grupo de Laño conserva el recuerdo de Santa Leocadia, con ermita posterior hasta el siglo XVI. Son todos de celdas aisladas y las iglesias, que ahora interesan, en general duplicadas, están superpuestas en la Virgen de la Peña, sobre dos pisos más de cuevas, acaso comunicadas antes de los derrumbamientos de todos estos acantilados. Una de las iglesias vale aún como ermita y excusado es decir cuanto se alteró. La superior, un poco más pequeña, tiene planta rectangular, al oriente cabecera ultrasemicircular en planta y con altar. En el muro de norte una capilla rectangular con sepultura y más a los piés sigue un como nicho alargado (2,40 metros) y poco alto (0,40 metros), como se ven por casi todas las celdas, tengan altar o no, y pudieron valer de lechos, bastante incómodos, desde luego.

Figura 25, a y b.

En Albaina la iglesia, única por derrumbamientos, tiene la misma nave rectangular, con ábsides afrontados, el de Oriente con altar (0,90 por 0,70 de frente y 0,80 metros de saliente máximo). A la cabecera de la tumba señalada con X en la figura hay en el muro una cruz visigoda y una capilla en el costado norte, casi circular en planta, lleva otra sepultura. Por cierto

Figura 5, a.



FIG. 9.—Iglesias rupestres, con dos ábsides, En Marquínez junto a la f de la figura precedente. Absides a Saliente y a Poniente.

Figura 9, b.

Figura 8, f y d.

que, tanto ésta como una de la iglesia oriéntanse de norte a sur. En Marquínez tenemos dos iglesias contiguas: la de mayor interés presenta idénticos ábsides afrontados, con altar en el de Oriente (0,90 por 0,60 de frente y 0,55 de fondo) y arco triunfal peraltado y de mayor ancho que la luz entre jambas, como algunos de San Pedro de la Nave (Zamora); pudo valer para sentar la trabe, que soportase los velos litúrgicos en los salientes bajo el arranque. Desde luego es única dentro del conjunto. También lleva incorporada la capilla lateral de planta ultrasemicircular. El alto de la bóveda de pseudocañón es la normal de unos tres metros. En la iglesia contigua, de abside único, está en lo alto la hoquedad para la caja de reliquias (0,15 metros por 0,15 y 0,16 de fondo). Detrás de Marquínez, entre varios conjuntos más, destaca el de Lorea, presidido por la capilla, de oblongo ábside (0,70 metros de diferencia entre sus ejes) nave trapezoidal y banco entre los costados Norte y Oeste. La cupulita del ábside alza poco más de dos metros y el rebajado cañón de la nave unos dos y medio.

Láminas 13 y 14.

El más vistoso está en Laño, su nombre, «La Goba» (¿La Goda?) nos dice poco; es lugar lleno de tradiciones, como la «piedra de los Santos», lugar de conjuro de los campos, y la «Piedra de la Doctora», con cueva de la mujer, último vástago de las gentes que abrieran las grutas, según dicen.

Figura 10.

Las dos iglesias están contiguas; son de ábsides afrontados y desplazado en la una el occidental a causa de la celda que abrieron antes, con el supuesto lecho en el muro frontero del ábside y una como alberca o pila en el frente opuesto, como todas las examinadas del grupo. La iglesita se acompaña por otro espacio rectangular provisto de altar de nicho (0,43 metros por 0,35 de frente y 0,20 de fondo) a un metro de altura del suelo, celda capilla completamente oscura. La otra iglesia es de interés máximo, aún cortada por un



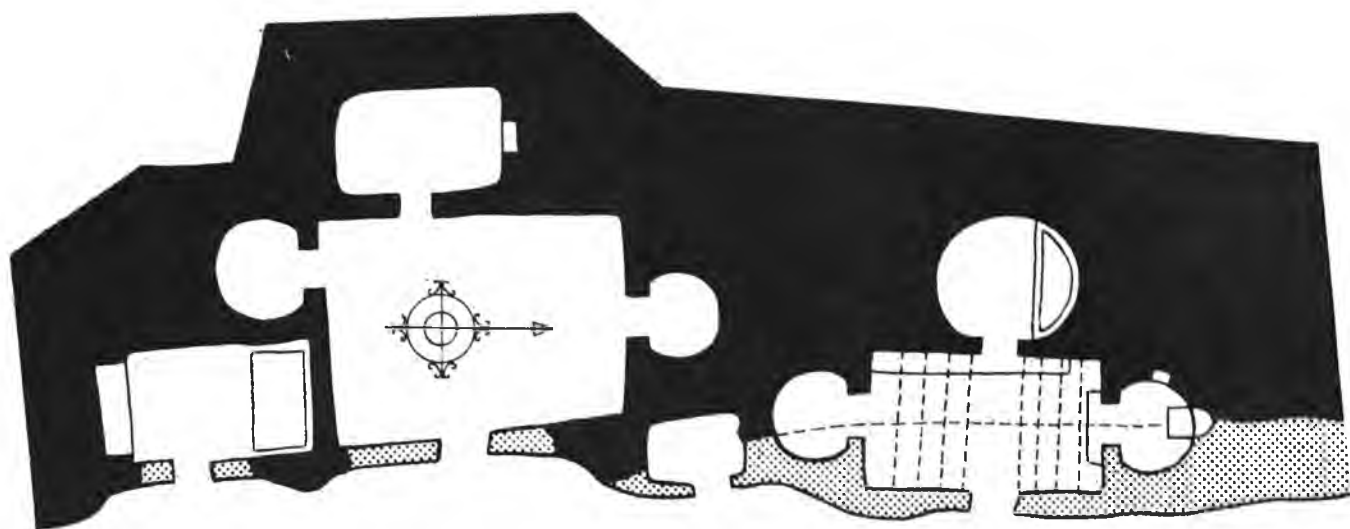


FIG. 10.—Conjunto de dos iglesias rupestres en el grupo monástico denominado "La Goba", en Laño (Condado de Treviño). Absides a Saliente y Poniente.

derrumbamiento. En el ábside Oriental conserva la mesa, con su hueco de reliquias y el nicho de altar; frente a la puerta capilla sepulcral, con sarcófago labrado en la roca (cortaron la puerta de acceso en forma de dintel); la falsa bóveda simula unos artos fajones muy juntos, que recuerdan la cripta

Lámina 14, b.

Entre los abundantes grafitos hay pájaros y letreros con caracteres visigóticos, entre los cuales constan los Santos Atanasio y Primitivo.

Cuando se publicaron como cristianas por primera vez en el estudio: «Algunos Problemas de las Viejas Iglesias Españolas» (1955) fueron clasificadas como visigodas bajo toda clase de reservas, precisamente por los ábsides afrontados, como las primitivas de San Pedro Alcántara (Málaga), Alcaracejos (Jaén), Casa Herrera (Badajoz), etc., alcanzando muy pocas al siglo X: Santiago de Peñalba (León) y San Cebrián de Mazote (Valladolid); así como por la ruptura violenta de su vida y la total ausencia de documentación, abundante para los mozárabes. Si fuesen todavía posteriores no se habrían ocultado por entero a tanto escudriñador de archivos como anduvo por estas tierras. Ahora debe mantenerse la hipótesis, aunque ampliada, por los años sin documentos, entre los siglos VI y IX y con otra duda que añadir:

los restantes grupos monásticos conocidos no tienen los ábsides afrontados; éste va más cerca de la frontera con los Francos, y en lo carolingio (Siglos VIII al X) abunda. Varias veces quedó reseñado el internacionalismo del período y pudiera ser otro caso de influjos monásticos de ultrapuertos. Es preciso anotarlo como posible, pero también muy poco probable: lo influído por lo carolingio, que veremos adelante, ni se parece. Seguirán, pues, entre lo visigodo (o postvisigodo) mientras lo contrario no aparezca más claro.

Lámina 15. Restan del grupo dos piezas sueltas. Se halla una en el santuario de Javier y apareció en un campo cercano a Sangüesa, otra vez junto a las vías y muy posiblemente procedente de una «villa» suburbana. Se trata de un pie de altar dispuesto para empotrar por sus dos extremos, el uno en el pie; con hueco el otro para la caja de reliquias, encajaría en el ara. Sus trazados geométricos son del período visigodo y los círculos de cruces griegas lo atestiguan. La parte tallada para ser vista se tiende por tres frentes, lo cual va bien para su destino. Mide 0,91 metros de alto, y 23 por 18,5 centímetros la sección.

Lámina 16, a. Otra pieza de lugar próximo se halla en Leyre. Se trata de un ángulo de imposta decorado por tallos serpeantes triples y hojas talladas a bisel sin cerrar en círculo en el arranque ni ataduras en las bifurcaciones de los tallos; por tanto sin nada de arabismo ni mozarabismo. Tampoco acusa la talla el rayado románico tan característico; por ello queda incluida la pieza en este lugar, con las dudas de rigor, impuestas al ser fragmento único y no demasiado claro de fecha.

Lámina 16, b. Otro tenante de altar fue hallado como relleno en la cabecera de San Miguel de Excelsis, seguramente apareció en la mesa de altar cuando la desmontaron para poner el actualmente retirado. Está compuesto de base chaflanada, que fue más gruesa, y soporte prismático, adelgazado por la parte central, como el muy decorado de Santa María, en Mérida. El de Aralar es liso y estuvo pintado (se adivinan los tonos blancos, negro y rojo). La peana y el soporte llevan huecos profundos para empotramiento y en lo alto hay otro menor para la caja de reliquias; el ara desapareció. Por la fecha del ábside será del siglo IX.

Lámina 1. Por fin un capitel suelto y sin procedencia custodiado en el Museo de Navarra, pudiera pertenecer al mismo período.

BIBLIOGRAFIA

Fue clasificado el grupo en F. IÑIGUEZ, *Algunos problemas de la viejas iglesias españolas* (C. S. I. C. Delegación de Roma), 1955. La cuevas monásticas del Condado de Treviño, se analizan en el vol. II del *Catálogo Monumental de la Diócesis de Vitoria*, del cual son autores M. J. PORTILLA y J. EGUÍA, Vitoria, 1968. Menciones sueltas de Santa Coloma, por J. A. GAYA NUÑO en *El románico de la provincia de Logroño* (Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones), 1942, y de las iglesias de Torrecilla de Cameros, J. CANTERA ORIVE, en *Berceo*.

La parte documental:

AL-UDRÍ, *La Marca superior en la obra de* (Fernando de la Granja, en Est. de E. M. de la Corona de Aragón), Zaragoza, 1967, p. 447-546.

GOÑI GAZTAMBIDE, J., *La vida eremítica en el reino de Navarra*, en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1965.

PALOL SALELLAS, P. de, *Arte hispánico de la época visigoda*, Barcelona, 1968.

UBIETO ARTETA, A., *¿Dónde estuvo el panteón de los primeros reyes pamploneses?* en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1958.

UBIETO ARTETA, A., *Las fronteras de Navarra*, en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1953.

UBIETO ARTETA, A., *Colección de documentos de Santa Cruz de la Serós*, Valencia, 1968.

VÁZQUEZ DE PARGA, L., *La división de Wamba. Contribución al estudio de la historia y geografía eclesiásticas de la E. M. Española*, Madrid, 1943.

Índice de láminas del Capítulo I

- 1.—Capitel con cruz de tipo visigótico. Museo de Navarra, procedencia desconocida (recogido por la Comisión de Monumentos de Navarra).
- 2-4.—S. Felices de Oca, junto a Villafranca Montes de Oca (Burgos). Período visigótico, documentado el monasterio como existente a comienzos del siglo IX. La fotografía de conjunto (2, a) y tres detalles (3, a, c y d) muestran su estado antes de hundirse los muros de la nave y los departamentos laterales, con el aparejo típico visigodo (roto el dintel del arco próximo, 3, c), sillares romanos aprovechados, en su lugar las columnas del arco triunfal (3, b), detalle de la moldura clásica utilizada como capitel (3, b) y el estado actual de la cabecera (2, b y c, y 4). Siglo VII (?).
- 5.—San Vicente del Val (Burgos), conjunto y detalles de una ventana y un capitel, semejante al hallado en San Millán de la Cogolla (Logroño). Puerta de la ermita en Barbadillo del Mercado (Burgos), con arco en herradura (Id. d.). Compárese su aparejo con los anteriores. Siglo VII (?).
- 6-9.—«Martirium» de Santa Columba, en Santa Coloma (Logroño), monasterio documentado como existente y restaurada su vida monacal el año 923. Detalles de aparejos con traza visigótica, de la única ventana original subsistente (7, a), de la bóveda descubierta y sin inlucidos (8), así como de canceles (?) empujados en un muro interno (9). Siglos VII y X (?).
- 10.—San Esteban de Viguera (Logroño). Debe referirse a él una cita del año 992. Exteriores e interior hacia la cabecera.
- 11-12.—Monasterio de cuevas de San Martín, de Albelda (Logroño), fundado por Sancho Garcés I en el año 924 y de las «Siete Ventanas» (Septem finestras), en Cerezo de Río Tirón (Burgos), 11, a. Los detalles indican un capitel de tipo bizantino (acaso románico), una basa de pilastra de tipo visigodo y la bóveda relabrada en fecha tardía de una capilla excavada en la roca. El detalle 12, a, corresponde a Villavelayo (Logroño), sobre el río Najerilla, del otro lado de la sierra y con arcos en herradura.
- 13-14.—Monasterios de cuevas de Laño (condado de Treviño, enclavado en Alava). Los detalles 13, b y d corresponden al grupo de «Santorcaria» («Santa Leocadia») y el último al frente de la iglesia; como el 14, b corresponde a otra del grupo frontero de «La Goba».
- 15.—Pie de altar del período visigótico hallado cerca de Sangüesa (conservado en Javier); frente, con cruces y costados.

- 16.—Detalle ornamental de tradición visigótica (monasterio de Leyre) y pie de altar del mismo influjo encontrado en la iglesia de San Miguel de Excelsis, en Monte Aralar (¿siglo IX?). La piedra colocada como base no es suya.



a

b





a

LAM. 2

b



c





a

b

c

d





a



b



c



d



a



b





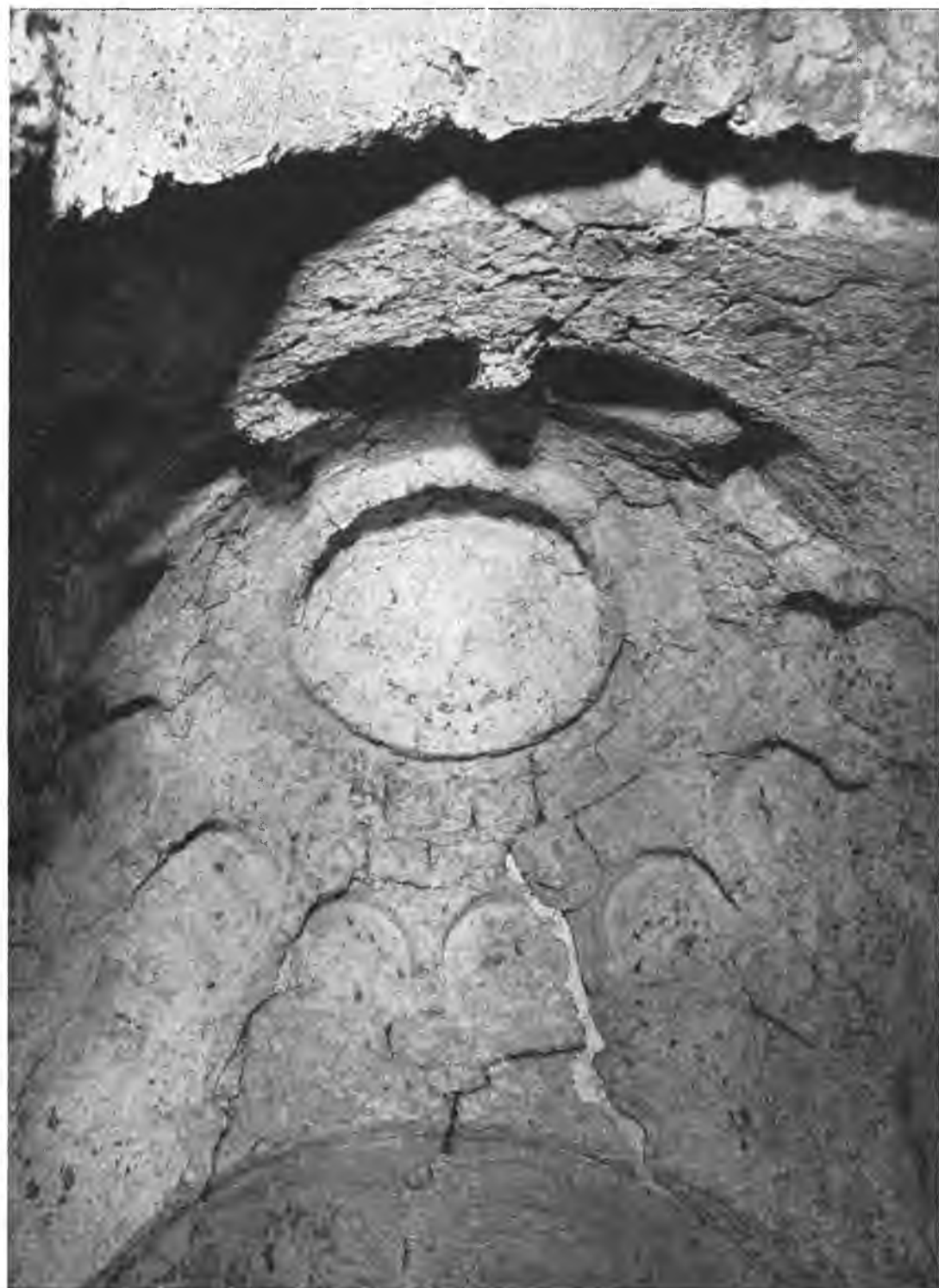
a

b



c







a

b





a



b



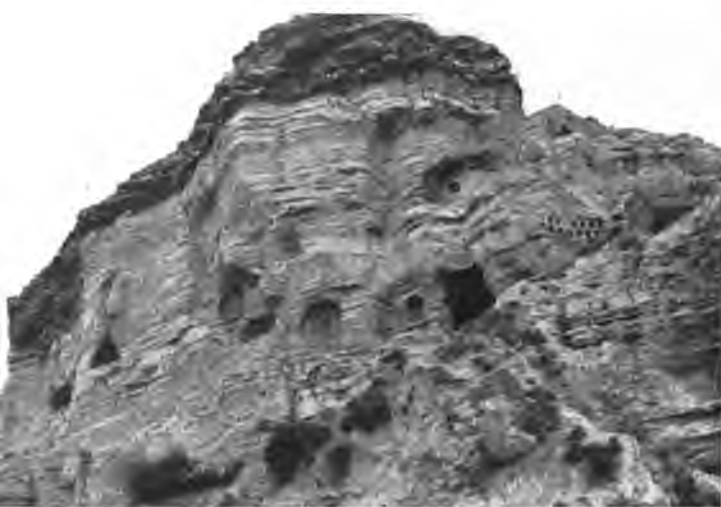
c





a

LAM. 11



b



c

a



b



c



d



a



b



c



d

a



b



a



b



c

a



b



CAPITULO II

GRUPO DE INFLUENCIA CAROLINGIA

Aparte de la singular capillita trilobulada de Albelda, hasta el momento única en la región, la planta típica en navarra derivada de los múltiples ensayos europeos realizados en los siglos VIII-IX es de ábside externo, poligonal, o circular, e interno ultrasemicircular; nave única, en principio, y luego departamentos laterales, que forman como crucero; otros dos ábsides laterales, abiertos a los departamentos antedichos; cúpula delante de la capilla mayor, y porche a los pies, con tribuna o capilla encima. En Cataluña son así los ábsides únicos de San Miguel de Tarrasa y de la Iglesia excavada en el claustro de San Cugat del Vallés (mencionado en documentos francos de 878 y 984), muy discutidos ambos de fecha, pero imposibles de llevar a los años anteriores a la reconquista de la región por Luis el Piadoso, luego del hallazgo en Tarrasa de la planta visigótica de la iglesia y del baptisterio, incompatibles con las tres iglesias en pie de la reconstrucción emprendida en el siglo IX. Dan la planta dicha, Santa Cecilia de Monserrat (consagrada el 857; reconstruida la cabecera en románico y sin porche); los tres ábsides y los departamentos laterales de Sant Pons de Corvera, pisados por las agregaciones del segundo cuarto del siglo XI, y alguna más, hasta tener fuerza para su continuidad en el románico; lo que también ocurre por Huesca (San Pedro de Siresa, Santa Cruz de la Serós, comenzadas en el XI) y no por el resto de la Península. De hecho el ábside triple aparece por toda Europa occidental en el siglo IX.

El origen del trazado completo es muy difícil, pues las hipótesis emitidas no concuerdan, aun reconociendo siempre derivaciones de Siria y Palestina. P. Bouffard, con abundante bibliografía, supone llevada la forma por las costas adriáticas, bifurcándose luego por dos caminos: el de los Grisones, hacia Suiza, y otro hacia el Tirol y el Ródano, camino de Borgoña. A. Schmid contó hasta veinte iglesias en Suiza más o menos análogas y sugiere la evo-

lución, bien documentada, de la nave y ábside únicos hasta la planta completa: la traza primera de Romain-Môtier (siglos VI-VII) y la segunda por el año 753; con sacristías laterales a partir del VIII (Spier, posterior a 762), y tres ábsides finalmente (Sursée, por el año 850), evolución reiterada en Dalmacia: sin ábsides laterales (Binbirkilisse y Kizil Dagh); con ellos y cúpula delante del central, San Viso (Zara) y Santa Croce (Novara); San Salvatore, de Brescia, ya en Italia, por el año 750, y después por las conocidas de San Ambrosio y San Vicente «in Prato», de Milán, y San Pedro de Agliata. Advierte, además, que todas las suizas, excepto las de los Grisones, se hallan en la «Suisse Romande» y parte de Berna, por tanto en contacto con Lombardía, y alguna, Moutier-Grandval como típica, desarrollando el programa completo, incluso el porche de dos pisos, más abundante por Borgoña y Orleans: Saint-Germain, de Auxerre (consagrada el 865), Saint Etienne, de igual localidad (879-887); Fleury, luego llamado Saint-Benoit-Sur-Loire (consagrado en 850); Moutier-la-Calle, cerca de Troyes, (Con-

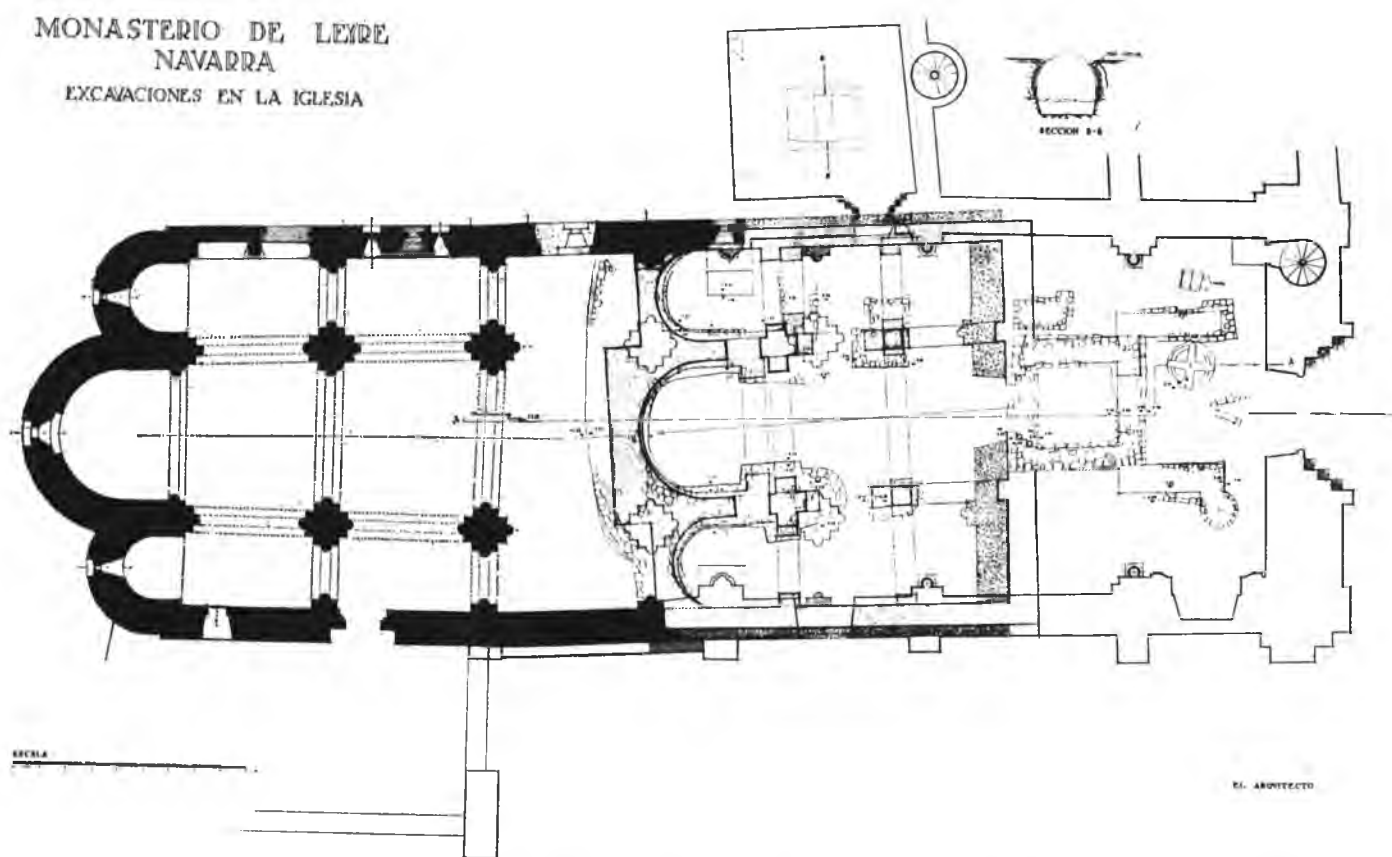


FIG. 11.—Planta general de Leyre con las excavaciones.

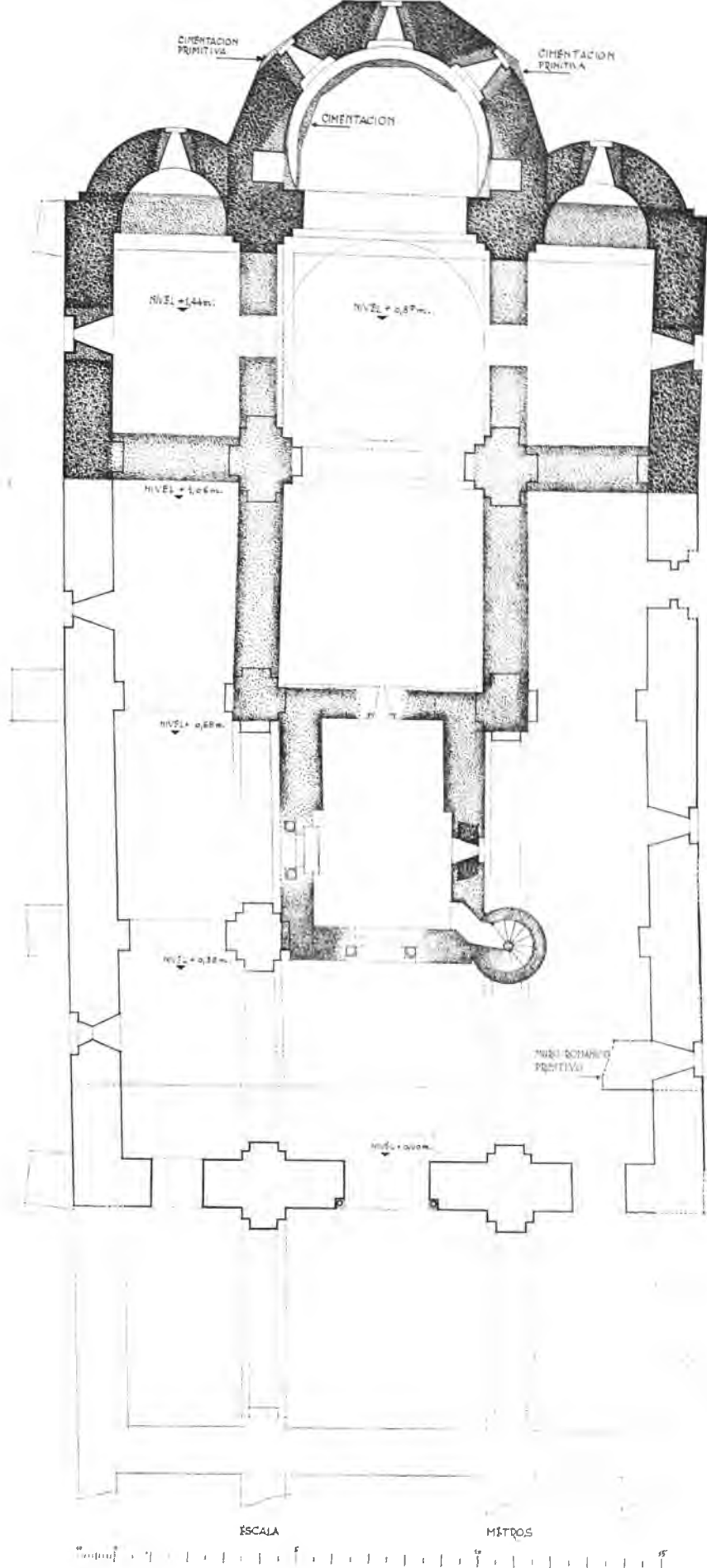


FIG. 15.—Plano de las excavaciones de S. Miguel de Excelsis. en Monte Aralar. En punteado fuerte, las zonas carolingias conservadas; en fino, las supuestas; sin rellenar los muros románicos.

sagrado el mismo año), y por Alemania (Corvey, 873-85), según datos de J. Hubert.

Aunque un tanto penosa, es útil la relación anterior, sintetizada lo más posible, porque nos orienta respecto de las observaciones de templos navarros, dejando en pie la duda de los influjos directos carolingios, o venidos a través de Cataluña, o por ambos caminos, según parecen aseverar los aparejos de muros.

Las cimentaciones encontradas en las excavaciones de Leyre, publicadas en «Príncipe de Viana», pertenecen a la primera iglesia inicialmente de nave y ábside únicos; sacristías, o departamentos laterales agregados y ábsides laterales posteriores, sin precisiones mayores de formas y tiempos; habiéndose también deducido la casi certeza de porche a los pies, con tribuna encima. Todo acabado por lo menos en el siglo X, por haber sido destruido en las depredaciones de Almanzor (995 y 999, en Pamplona) o de su hijo Abd-al-Malik (1006) contra los baluartes pirenaicos.

No proporcionó absolutamente nada estilístico; por ello entonces no eran suficientes los datos de forma y evolución para su clasificación como carolingia, y nada se consiguió. El hallazgo posterior de San Miguel de Excelsis, en Monte Aralar, agregó cuanto faltaba, pues la planta inicial es idéntica y sigue las mismas etapas precisando la nave única y ábside ultrasemicircular por el interior y poligonal externamente, con el dato raro de un replanteo previo semiocotagonal por ambas haces, acaso no construido, que nos acercaría mucho a las iglesias centradas (ya fuesen o no del todo exentas) de Aquisgrán y la rotunda primitiva de la catedral de Hildesheim; Saint-Riquier (o Centula), reconstruida entre 790-799 la iglesia de N.^a Señora, una de las tres del conjunto monástico; cripta de Flavigny, circular primero (864), poligonal poco después; en resumen a las iglesias llamadas por J. Hubert de rotonda oriental.

Figura 11 y
Lámina 24.

Figuras 12 a 14

Figura 15.

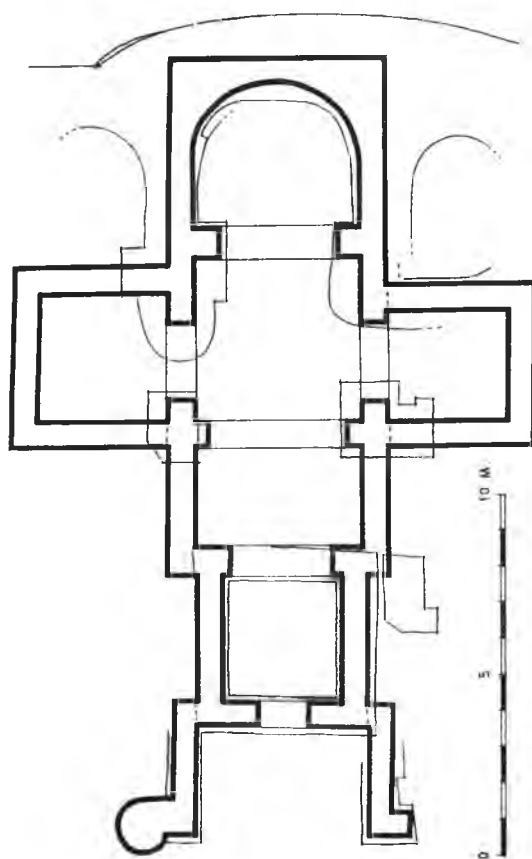


FIG. 12.—Excavaciones de Leyre. Iglesia primera, con departamentos laterales añadidos.

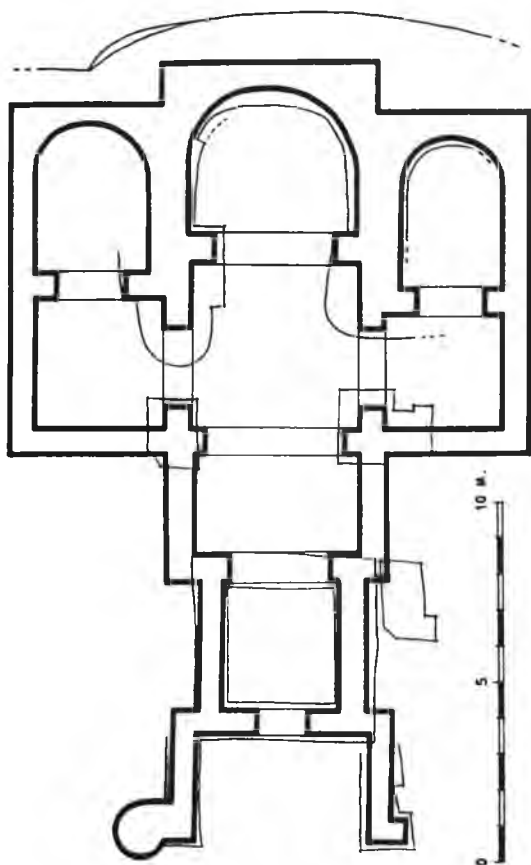


FIG. 13.—Excavaciones de Leyre. Repetición de la precedente una vez añadidos los ábsides laterales.

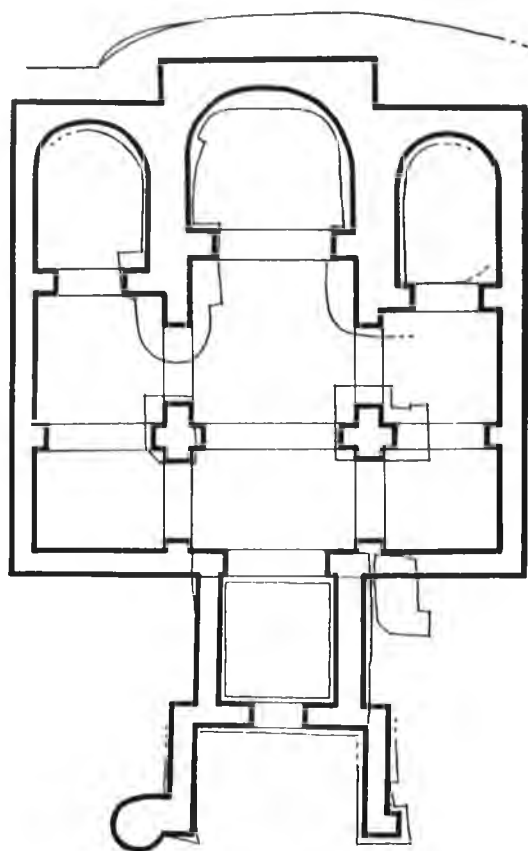


FIG. 14.—Excavaciones de Leyre. Planta de la iglesia luego de terminada; destruida por Almanzor (995-999) o Abd-al-Malik (1006).

El cotejo de los despieces de muros en San Miguel, las iglesias catalanas y las francas, acaban de afianzar las fechas coetáneas para todas.

Se trata de un sillarejo pequeño y bien cortado con frentes de gran tendencia por los cuadrados, hilada seguida, sillares en los ángulos y tendeles de ladrillo (de piedras delgadas, en San Miguel) de vez en cuando; de acuerdo con lo romano tardío, normal en Cataluña y Francia por los siglos III al V (templo de Vich y muralla de Barcelona) y empleado nuevamente por los carolingios: Norte-Dame-de-la Basse-Oeuvre, en Beauvais (949-998); Saint-Pierre, de Metz (poco posterior al 783) Saint-Cristophe, de Suèvres, etc. En España las tres de Tarrasa, San Pedro, San Miguel y Santa María; San Vicente, de Ampurias, etc.

Figuras 16 y 17.

San Miguel de Aralar lleva idéntico aparejo en toda la parte baja del ábside central, flanqueado poco después por los dos menores, que se adosan

Láminas 17 y 20 a 23.

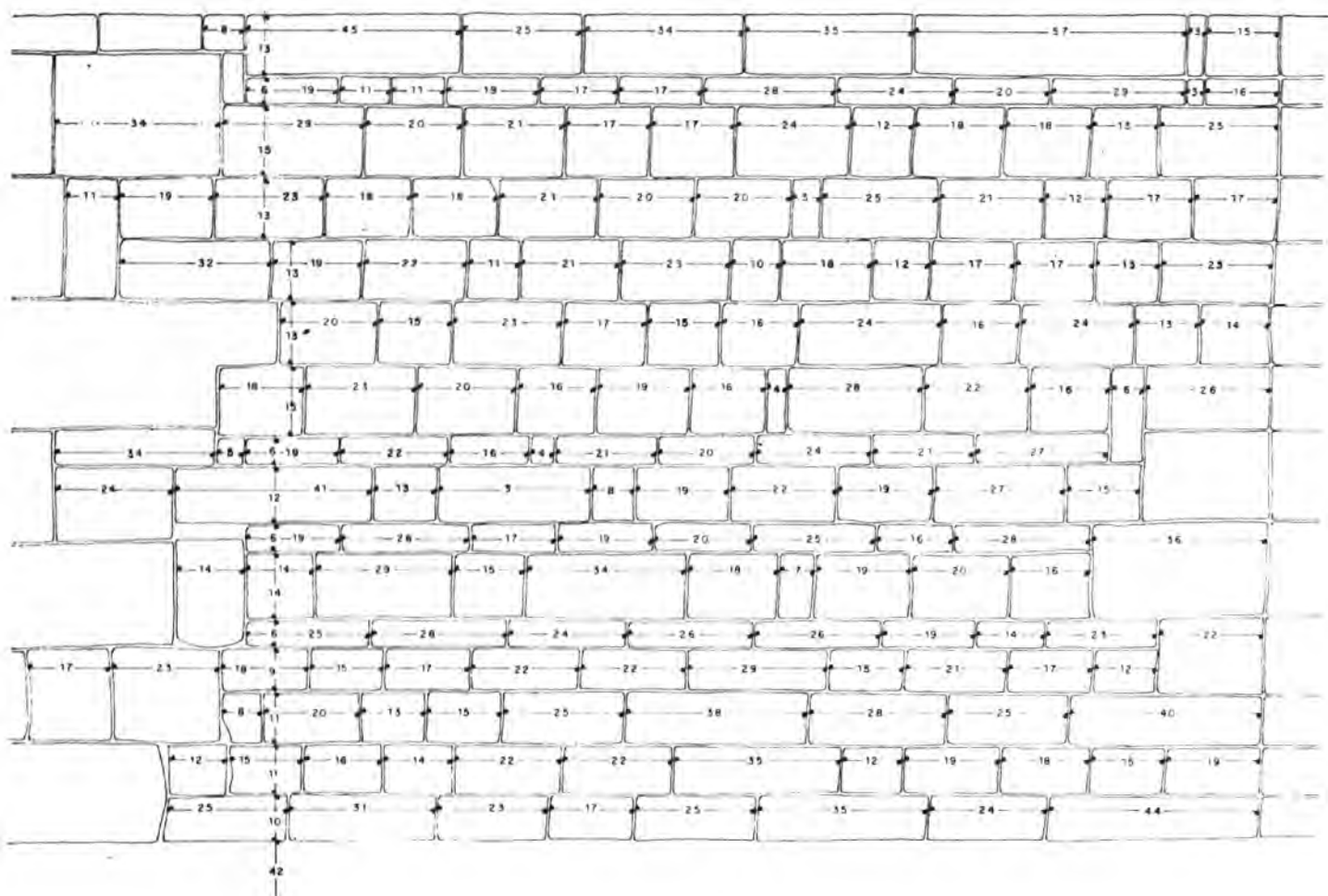


FIG. 16.—Detalle del aparejo de piedra en el muro central del ábside mayor. S. Miguel de Excelsis.

Figura 18.

mal y traban sus piezas peor, como todo añadido, pero se diferencian poco en despiezos. Los dos son circulares externa y interiormente, como los agremal y traban sus piedras peor, como todo añadido, pero se diferencian poco gados en el siglo X al ábside único de Pedret (consignado en el acta de consagración de San Lorenzo, de Brocá, del año 983, en Barcelona), aunque sean allí ultrasemicirculares; porque no se parecen tan solo en lo apuntado, sino en el desnivel de los departamentos laterales respecto de la nave central, bien de manifiesto cuando las dos iglesias pasaron de la primera y única nave a las tres actuales, así como los empalmes de los muros Norte y Sur entre sacristías primitivas y los de prolongación de las naves. Los peldaños precisos para salvar los desniveles, están indicados en la planta de S. Miguel.

Destruída en el siglo X (¿por las «aceifas» musulmanas?) se impuso la reconstrucción de las partes altas absidales y de las bóvedas, claramente



FIG. 17.—Apunte del aparejo en la cabecera de S. Miguel, de Tarrasa (Barcelona).

diferenciadas por su diverso aparejo y distinta piedra (caliza casi negra primaria y durísima la del principio; arenisca terciaria blanda y coloreada, la nueva), con las tres ventanas de la capilla mayor en herradura, solo visibles por el rejuntado del trasdós en los arquitos, pues otra reforma románica del siglo XI cortó los arranques, convirtiéndolos en semicirculares peraltados. Las dos saeteras de los ábsides laterales desaparecieron en una moderna reforma; por suerte no se destruyeron por completo y se han podido rehacer.

Láminas 18 y 19

En el interior, luego de la limpieza de los espantosos enlucidos, quedó descubierto el ábside románico, restos inapreciables de las pinturas del mismo estilo y partes difíciles de adivinar de la bóveda gallonada del siglo X, modificada elevando los arranques, la embocadura y el espinazo, así como rapando las aristas; solo con luz rasante puede advertirse lo conservado. Esta reforma fue impuesta por un incendio, que pudimos apreciar en los ahumados del interior de los muros, como siempre de mampostería, visibles al resanar las grietas.

Lámina 22.

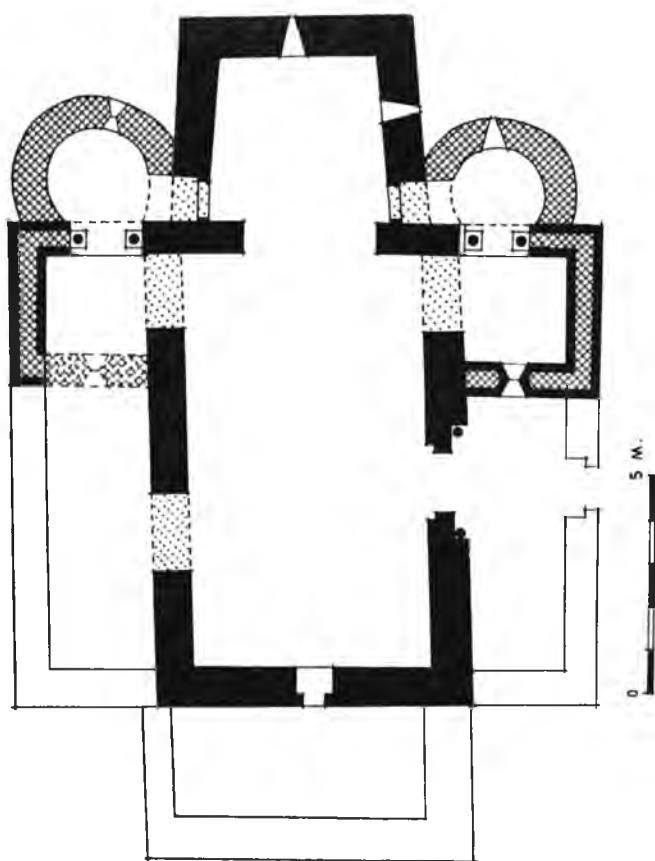
Ante la capilla mayor hubo una cúpula sobre cuatro arcos fajones; con lo cual queda completa por esta parte la disposición carolingia, reconstruída

en el siglo X, reparada en el XI y con otra variante del XII, descrita cuando veamos el románico, que levantó más los ábsides laterales, acaso también el central, les agregó nueva cornisa de canes y reconstruyó la cúpula sobre trompas.

A los pies de la nave única existió un porche y encima la capilla de San Miguel, rematando definitivamente ya el patrón carolingio. Está reconstruída en el precioso románico del siglo XII (consagrada en 1143) sólo con un piso y como una capilla del todo aislada dentro de la otra grande, que tenía completas las tres naves cuando se construyó.

La existencia de la primitiva se deduce con bastante certeza. En primer lugar el culto de San Miguel, se centra en ella (en la cabecera existe un retablo esmaltado maravilloso dedicado a la Virgen; siglo XII), debiendo advertir, que la documentación aportada por M. Arigita une siempre Santa María y San Miguel, ya se refiera sólo a esta iglesia o a ella en unión de su filial de Santa María de Zamarce (al pie mismo de la sierra, bajo el santuario).

FIG. 18. — Planta con las etapas de construcción de St. Quirce de Pedret (Barcelona).





Sin un altar anterior en este lugar no se razona la construcción de la ermita en el interior; tan resulta disparatada, que los analistas anteriores, no todos naturalmente, siguieron a Madrazo, que la estudió en el siglo XIX, con ciertas garantías de conocimiento de los estilos, y la supuso anterior al resto, edificada en la época visigoda, tiempo fabuloso de la leyenda de Teodosio de Goñi, caudillo navarro cuando la invasión musulmana, o antes, en las luchas con los godos, que no están de acuerdo los autores; el cual Teodosio, sospechoso de su mujer por tentaciones diabólicas directas, torna de improviso a su morada y, en la oscuridad de la noche, da muerte a sus padres, creyendo hacer justicia en los adúlteros, solo existentes en su imaginación. Espantado de su locura, sométase a penitencia, viviendo ignorado por aquellas breñas y con fuerte cadena a la cintura. La expiación terminará cuando la cadena caiga por sí sola. Un día, luego de largos años, estando casi desesperado, sale un fiero dragón de temerosa caverna y se lanza sobre Teodosio; aterrado pide favor a San Miguel y el Arcángel, con la Cruz, hace reventar al dragón en aquel sitio, donde Teodosio construye enseguida la ermita, que soñó ver Madrazo.

Estamos una vez más en el mundo legendario, taumaturgo, demoniaco y sobrenatural tantas veces comentado. La leyenda es vieja, su valor histórico sábelo Dios; pero el real de una imagen de San Miguel existente con certeza en el siglo X y popular en el XII, como hemos de comprobar en capítulos siguientes, y centrada en la capillita, está fuera de toda discusión. Así queda razonada la reconstrucción del siglo XII.

Como datos de forma existe una ventana, cortada por la decoración de dicha centuria, y por tanto de otra capilla, que hubo allí antes. El doble piso está bastante definido asimismo por un pilar circular adosado a la edícula, bien visible en la planta y único de todo el templo en esta forma, justificado si allí hubo una escalera de caracol, de acceso a la capilla en alto, encima del porche. En tal caso la comunicación de porche y escalera se haría por el rincón derecho, a la entrada; y allí está, en efecto, el solado viejo de argamasa típico de los siglos IX y X y sólo en aquel sitio; todo el resto de los muros apoya en la roca.

En fin, tenemos la iglesia de nave única y porche; la comunicación, innecesaria caso de no existir la capilla en alto; el cilindro de la escalera conservado en el pilar circular, porque antes, la iglesia de tres naves del siglo XI, debió apoyar encima, pues la capilla no estaba derribada, como nos afirma la ventana existente; y la leyenda justificadora de todo. Sin ella, sin la elocuencia del intenso culto situado en aquel preciso lugar, culto protegido especialmente por todos los reyes de Navarra, no existiría nada:

ni la iglesia del siglo IX, ni las sucesivas reconstrucciones de los X, XI y XII, cada una de las cuales certifica y fecha la de antes.

Fuera del templo, en lo que ahora es nártex, quedan restos no reconocidos de una torre-palacio, con aparejo quizá del siglo X y puerta, que tuvo arco en herradura.

A estas dos iglesias, Leyre y San Miguel de Excelsis, y destacamos el gran tamaño de las dos, nada frecuente por nuestro prerrománico y superado sólo por San Pedro de Roda (Gerona), tenemos que agregar restos de muros con aparejo «a espina de pez» (el «opus spicatum», romano) en desuso y de nuevo empleado a raíz del intento carolingio de renovaciones imperiales de Cravant y Distré; en la España oriental conservan el mismo típico aparejo la primera catedral de Roda de Isábena (consagrada el año 957) y el monasterio de San Pedro de Roda (monasterio, no la iglesia citada poco ha), conocido como tal cenobio el año 943, emprendida su reconstrucción por el conde Tassi de Perelada bastantes años antes de su fallecimiento (979). El inconfundible aparejo de ambos monumentos de Huesca y Gerona repiten las murallas viejas de Javier y Pamplona, más el monasterio de San Pedro de Usún.

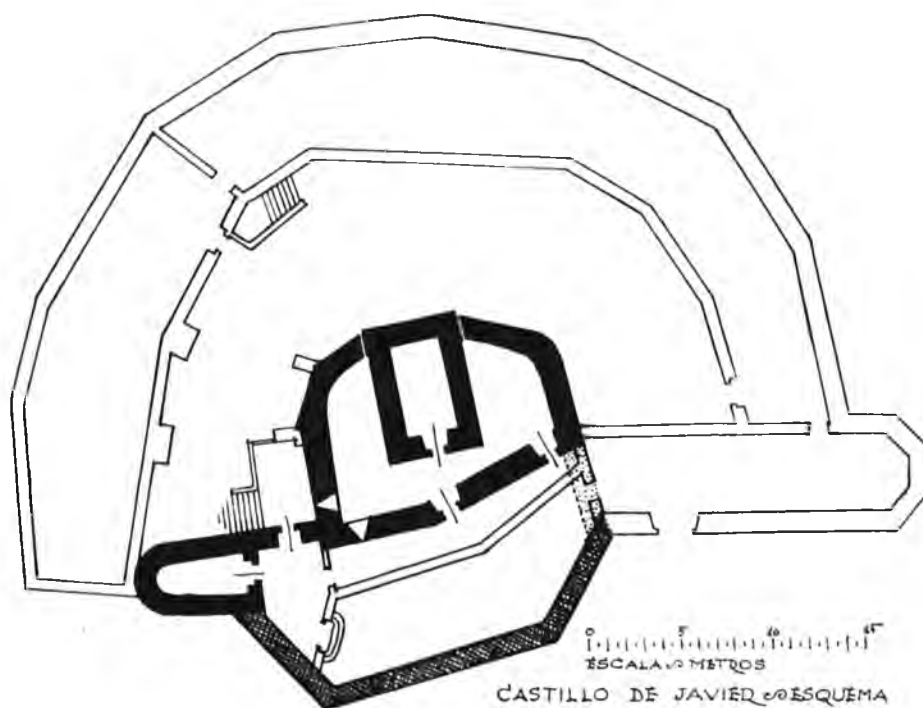


FIG. 19.—Planta esquemática del castillo de Javier. En negro, zona del siglo X; cuadriculado, muros de la Baja Edad Media; sin rellenar, lo posterior.

Los muros de Javier pertenecen a la muralla enlazada con la vieja torre de San Miguel, integrando entre ambas y la capilla el primer castillo. El aparejo de la torre puede ser musulmán y no viene más acá del siglo X por su comparación con Gormaz (Soria) y lo viejo de La Aljafería (Zaragoza). Su proximidad respecto del codiciado en aquellos años y próximo «paso» de Vadoluengo, justifica la existencia del embrionario castillo.

Figura 19 y Lámina 25, a.

Figuras 20 y 21.

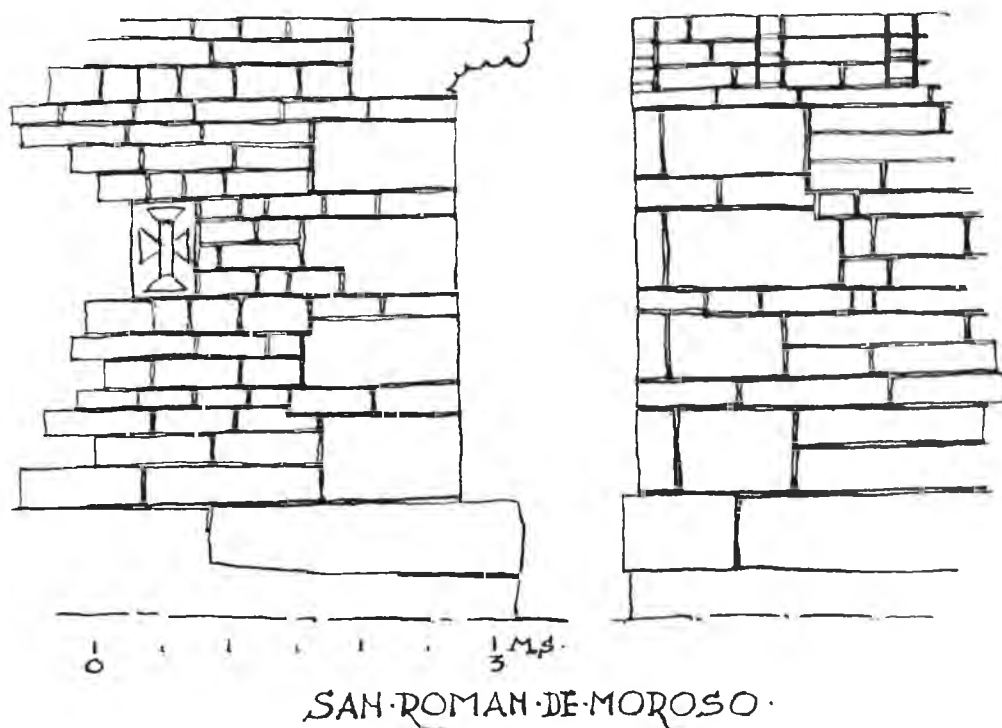


FIG. 20.—Detalle del aparejo de muros en S. Román de Moroso, siglo X (Santander).

El trozo de Pamplona es un remiendo de la vieja muralla, tras de la catedral, que pide una exploración debajo, para descubrir el muro posible del siglo VII; anterior acaso.

Láminas color 1 y 2 Páginas 25 y 41.

San Pedro de Usún fue monasterio de campanillas en la «Foz de Arbayún», luego titular de un arcedianato pamplonés, consagrado por el obispo Opilano el 28 de octubre de 829; esto es, «a cinco de las kalendas de noviembre de la era 867» (Moret), dándonos la fecha correlativa para las otras dos y de nuevo a los monasterios de la montaña vistos por San Eulogio. De los dos únicos conservados en parte, lo que permaneció es carolingio. La planta de otro, San Zacarías, hoy San Pedro, de Síresa

Lámina 26, a.

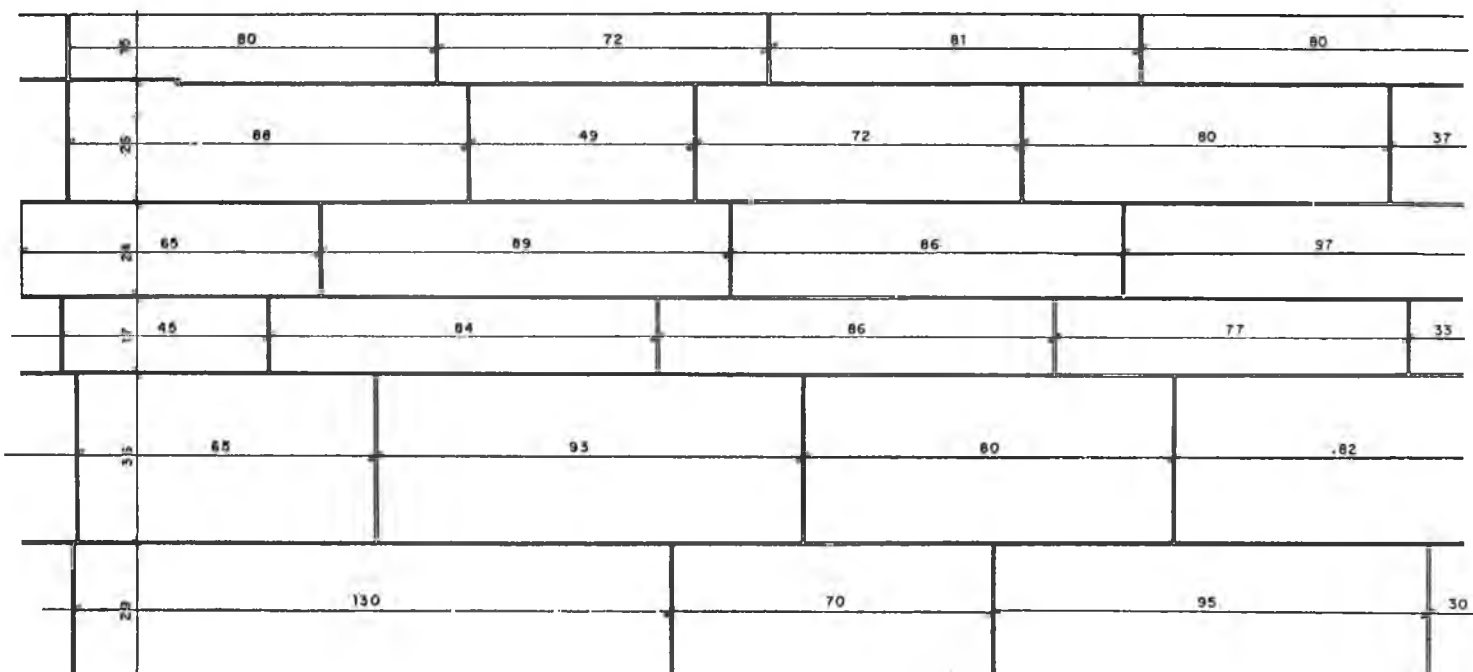


FIG. 21.—Detalle del aparejo de muros en el pasadizo de la "Torre del Trovador", Aljafería, de Zaragoza. Siglos IX-X.

(Huesca), lo es también por tradición, pues fue rehecha en el siglo XI, todavía con el porche y la tribuna en alto. Los restantes: Cillas y Urdaspal desaparecieron sin dejarnos el menor resto conocido, y de Igal queda una iglesia románica tardía, con cañón apuntado sobre fajones.

Lo poco de Usún quedó por milagro luego de una reconstrucción de fines del XI, que dejó un bello «crismón», y de otra feroz del XVIII, de la cual es el delicioso pavimento fechado en 1737 e incluido por su popular diseño tradicional, tan clásico en todo, que bien puede imitar otros anteriores. Ahora la planta es rectangular sin el menor carácter.

Una exploración sería interesante, pues afloran cimientos por varios lugares.

BIBLIOGRAFIA

La influencia carolingia en los monumentos navarros no ha sido estudiada. La parte documental e histórica y los ejemplos catalanes y extranjeros han sido analizados en:

- ARIGITA Y LASA, M., *Historia de la imagen y santuario de San Miguel de Excelsis*, Pamplona, 1904.
- BOUFFARD P., *Saint-Pierre de Clages et les églises des Alpes a trois absides*, en Vallesia, 1948.
- FLÓREZ, E., *España Sagrada*, vol. X, Madrid, 1792.
- GARCÍA LARRAGUETA, S., *El gran priorato de Navarra de la Orden de San Juan de Jerusalem*, s. XII y XIII. Pamplona, 1957, dos vols.
- GARCÍA LARRAGUETA, S., *Colección de documentos de la catedral de Oviedo*, Oviedo, 1942.
- HUBERT, J., *Les églises à rotonde orientale*, en *Art du haut Moyen Age dans la région alpine*, Lausana, 1954.
- HUBERT, J., PORCHER, J. y VOLBACH, W. F., *La Europa de las Invasiones*, Madrid, 1968.
- HUBERT, J., *El Imperio Carolingio*, Madrid, 1968.
- IÑIGUEZ ALMECH, F., *El Monasterio de San Salvador de Leyre*, en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1968, p. 169-220.
- LACARRA, J. M., *Aragón en el Pasado*, en el vol. I. de *Aragón*, Zaragoza, 1960.
- LACARRA, J. M., *Textos navarros del Códice de Roda*, en *Est. de E. M. de la Corona de Aragón*, vol. I, Zaragoza, 1945, p. 193-284.
- LACARRA, J. M., *Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés I*, en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1940.
- MARTÍN DUQUE, A. J., *Colección diplomática de Ovarra*, Zaragoza, 1965.
- RECONDO, J. M., *El castillo de Xavier*, en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1957, p. 261-417.
- ROJDESTVENSKY, O., *El culto de Saint-Michel et le Moyen Age latin*, París, 1922.
- SCHLUNK, H., *Arte carolingio*, en vol. II de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1947.
- SALMI, M., *I problemi della civiltà carolingia*, en *settimane di Studio*, Spoleto, 1954.
- SCHMID, A. A., *L'Abbatiale de Payerne*, en *Bibl. hist. Vaudoise*. Lausanne, 1966.
- STEINMANN-BRODTBECK, S., *Herkunft und die Vervreitung des Dreiapsidenchores...*, en *R. suisse d'art et d'archeologie*, vol. I. 1939, p. 65-94.

Índice de láminas del Capítulo II

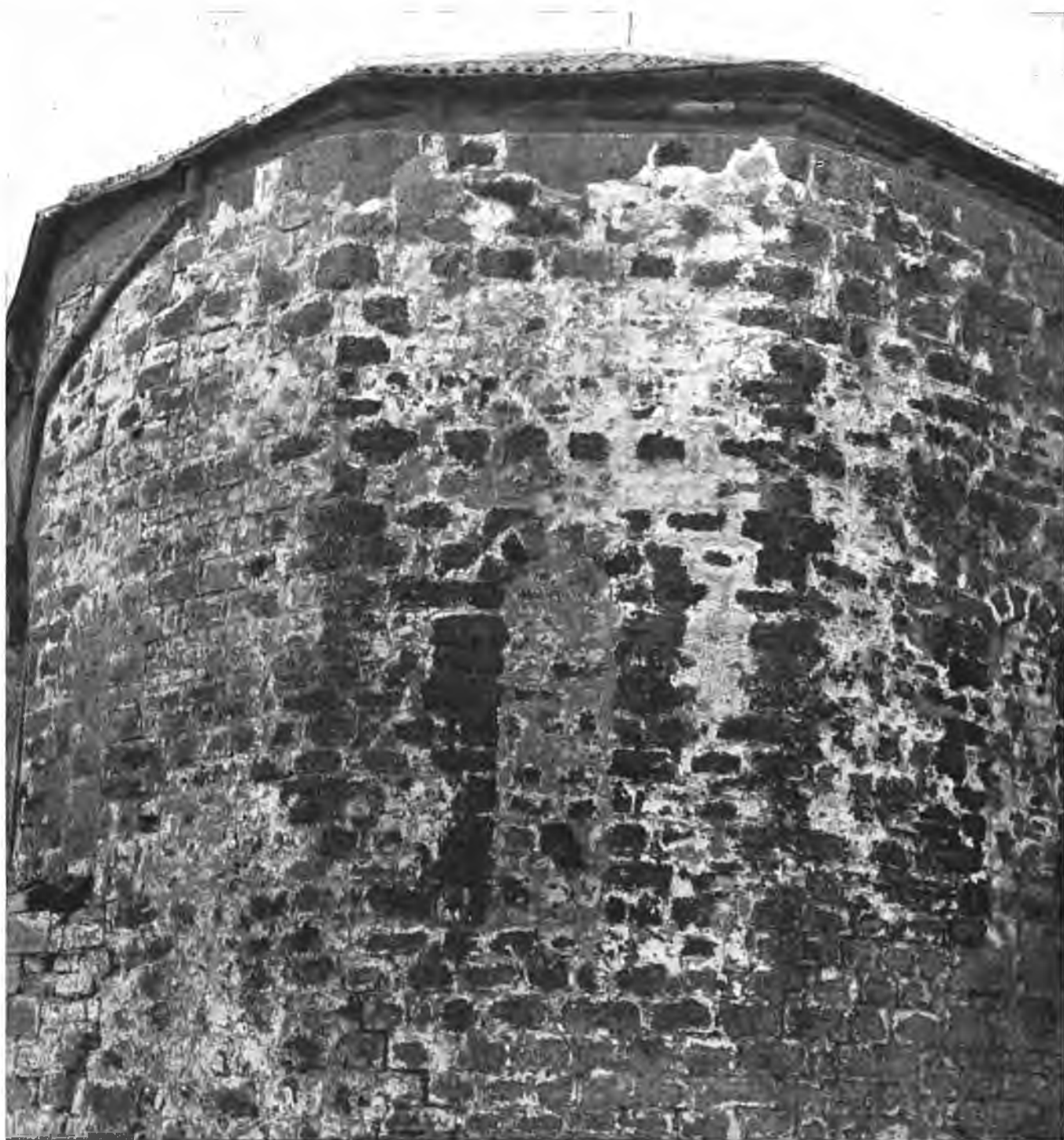
- 17-23.—Santuario de San Miguel de Excelsis, en Monte Aralar. Conjunto de los ábsides (17), detalles de sus ventanas, acusando el perfil externo del arco en herradura (18 y 19) y de los aparejos carolingios de los ábsides, central (20) y laterales (21). Interior del ábside central, con los diversos aparejos y restos de la bóveda gallonada (22); detalles de su zona primitiva (23, a) y del muro lateral.
- 24.—Excavaciones en la nave del monasterio de Leyre. Cimientos de pilares y ábsides.
25. Aparejos de muros en la parte primitiva de Javier: muralla (a) y torre central (b).
- 26.—Monasterio de San Pedro de Usún. Restos del muro primitivo, aparejado «a espina de pez», como las murallas de Javier y de Pamplona, del siglo X (a), y detalle del pavimento, seguramente moderno, pero copiando temas y trazados de mosaicos romanos, por tanto de viejísima tradición.

Láminas en color

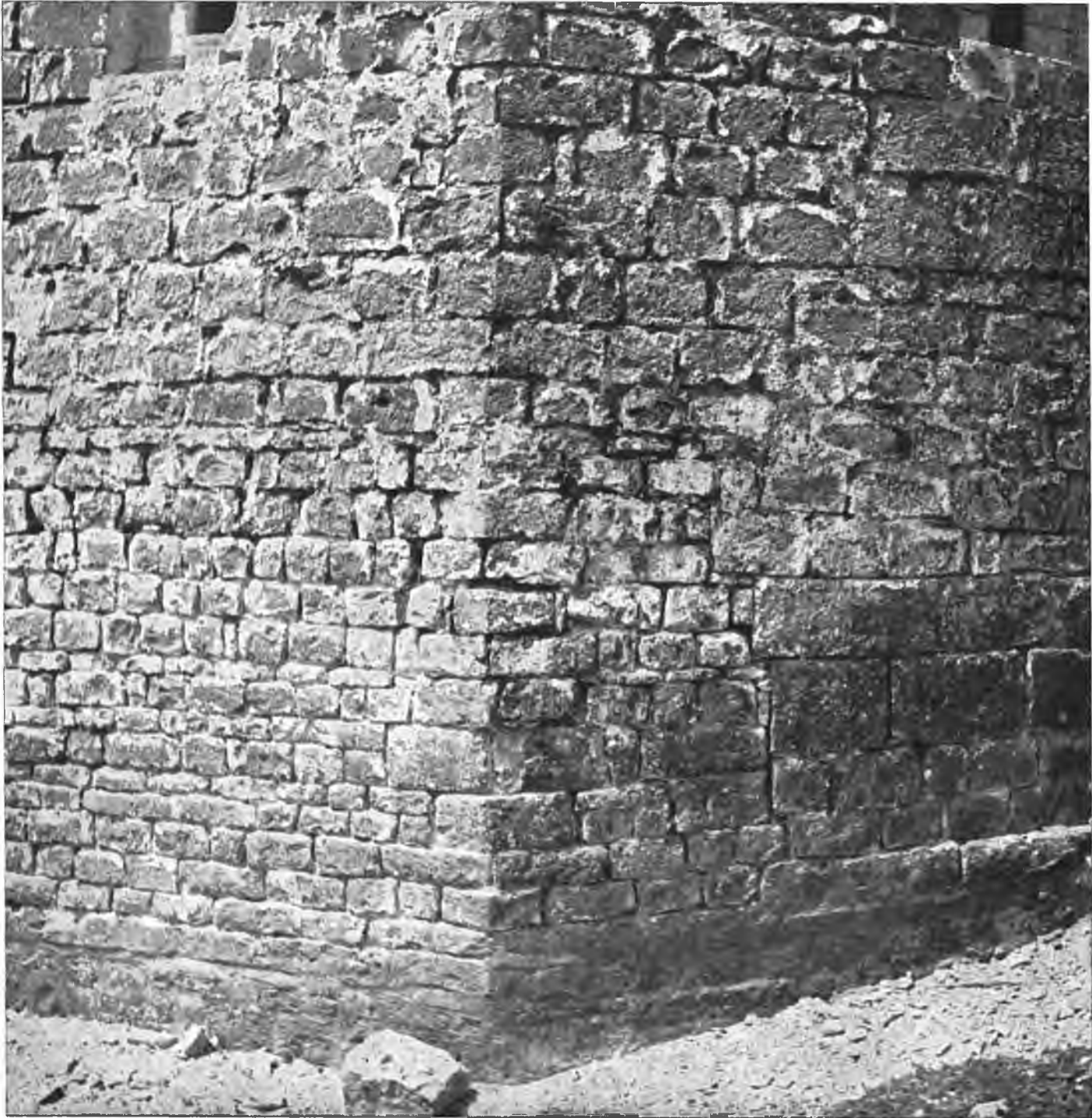
Muralla de Pamplona

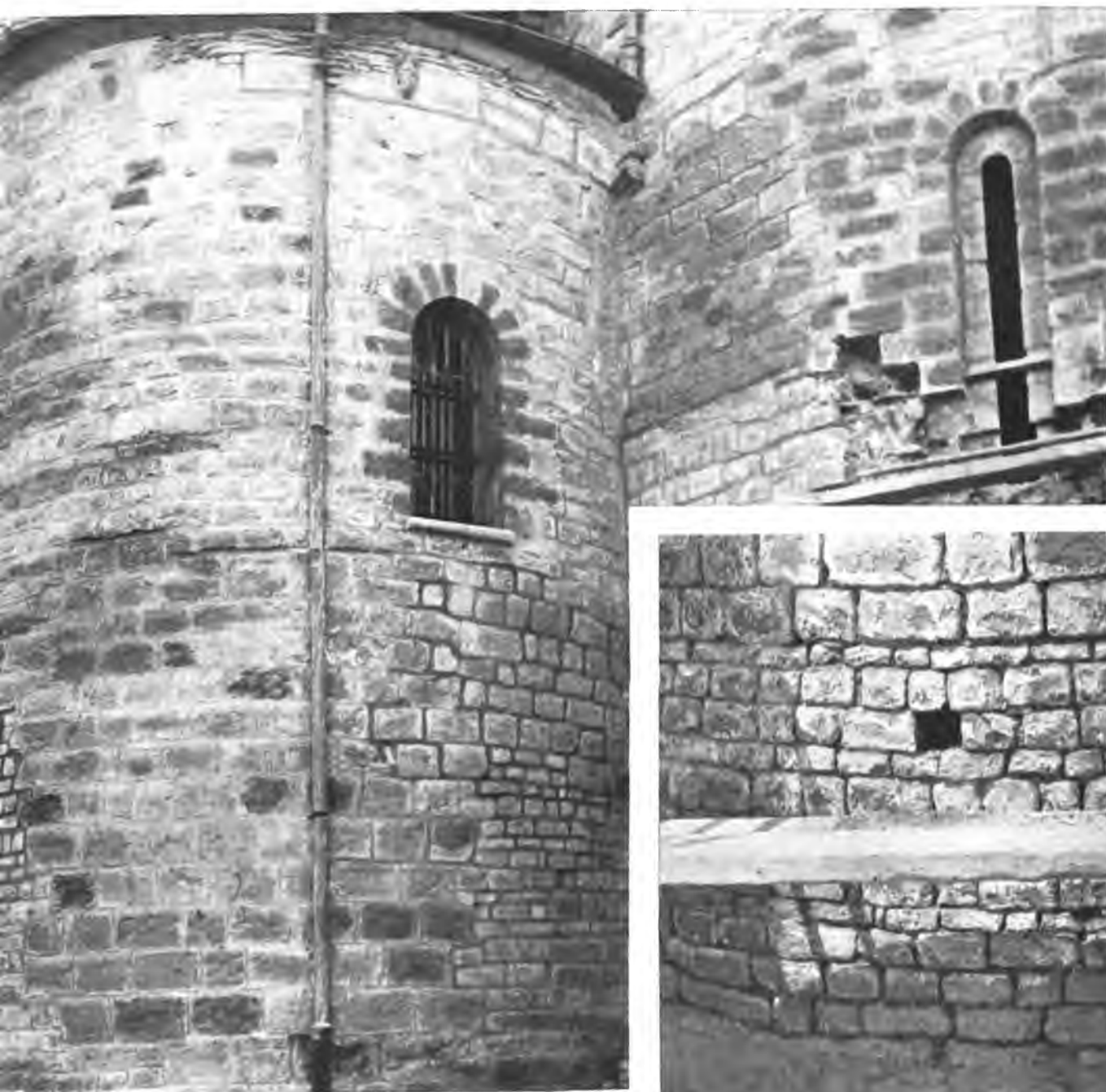
- 1.—Conjunto de la parte primitiva conservada (Frente a la pág. 24).
- 2.—Detalle de los aparejos: el superior, «a espina de pez», de los siglos IX-X; el inferior, sin hilada seguida, pudiera ser visigodo (Id. pág. 40).











a



b



a



← LAM. 22

b





a



b



a



b



CAPITULO III

GRUPO MUSULMAN Y DE INFLUENCIA ISLÁMICA

Tendríamos, si se conservasen, todo un conjunto de fortalezas musulmenas en su «frontera superior», agitadísima entre los siglos VIII al X, más por las expediciones periódicas de castigo procedentes de Córdoba, que por la inicial reconquista navarra y aragonesa, solamente fuerte y organizada desde Sancho Garcés I. Nada sabemos del tipo «alcazaba», tan del gusto musulmán, pues los restos de la única segura por el momento se hallan en Balaguer (Lérida) y parecen de los años de Abderramán II por su aparejo, en lo de mayor antigüedad, pudiendo ser así las fortificadas de nuevo por Sancho el Mayor, de las cuales quedó una ventanita muy poco definida en Loarre (perdida en los bombardeos de Huesca, en cuyo Museo estaba), que lo mismo puede ser musulmana o mozárabe, y una preciosa pila de jardín o patio de Mezquita en Sos del Rey Católico (Huesca) convertida en pila bautismal, gallonada interna y exteriormente, sobre cáliz de hojas lisas y pie añadido románico, para su empleo cristiano. Acaso fuera pieza llevada como botín de guerra, pero su gran peso afirma, no con demasiada fuerza, desde luego, fuera tallada para el mismo lugar. Es pieza típica, no obstante faltarle las inscripciones, que suelen tener tantas, sin fecha segura, no incompatible con el siglo IX o el X, y de un gran interés. Su prototipo hasta el momento, es la de Alhácem II, del Museo de Granada, con fecha del año 970.

Lámina 37, b.

En cuanto al montón de castillos citados una y otra vez, sobre todo en los textos musulmanes, por fuerza se reducían a torres de vigía y, a lo más, un pequeño recinto de muros; sólo así nos podemos dar idea de tanta destrucción y reconstrucción en pocos años. Tomados al azar unos párrafos de Al-Udrí vemos cómo entre 803 y 804 Jusuf corre dos veces tierras de Pamplona, destroza castillos y, en la segunda, refúgiase al final en Tudela, «reconstruyendo su castillo». El de Arnedo, arrasado el 907, álzase de

nuevo a seguida, como el de Caparroso, entre 873-874 y de nuevo el 907; la «matanza de Viguera» (873-874) también alcanza los lienzos almenados, reconstruidos para caer con arremetida furiosa y vengadora de Fortún ben Lubb y estar en pie nuevamente cuando la conquista de Sancho Garcés I y Ordoño II (923), porque ya estaban enhiestos el 888. De los 873-874 es la fortificación de Falces y Nájera; destruida la primera en el avance de 907; pudiendo seguir la serie con los de Valtierra y Funes, hasta los apartados de Ribagorza, en Roda de Isábena, para el cual comprobamos idénticas alternativas los años 874 y 881, hasta la conquista del mismo rey Sancho, unido a Bernardo, hijo del conde de Pallars (919).

Las ruinas de castillos riojanos, sobre todo de Clavijo, tienen aparejo atizonado en toda la superficie, como lo viejo de los lienzos de Gormaz (Soria) y la «Torre del Trovador» en la zona primitiva de la Aljafería, en Zaragoza (siglos IX al X); unidos en ambos edificios a otro despiece de sillares largos, muy bien cortados que han de seguir en los ejemplos posteriores, hasta la muralla de León y la iglesita mozárabe de Moroso, en Santander.

Figuras 20 y 21.

Buen ejemplo es la «Torre de San Miguel», en Javier. En la situación actual quedan a la vista las piedras de asiento para nivelar la desigual roca, encima unas hiladas a tizón, presentando su cara pequeña en el haz del muro, y encima hiladas de sillares largos, muy desiguales, como aprovechados en reconstrucciones sucesivas. Para la muralla de aparejo «a espina de pez», posterior a la torre, quedó bien fijada la fecha del siglo X, cristiana sin duda; la torre acaso sea un siglo anterior en su iniciación, que igual puede ser de los dos bandos en un principio y aun durante las reconstrucciones. La torre de Peña muestra bien dos etapas, por el diverso color de la piedra y su aprovechamiento en lo alto.

Lámina 25. b.

Lámina 27.

En Tudela tenemos restos tan confusos como importantes de su mezquita mayor, hallados al realizar obras en el claustro de la Catedral, emplazada en su lugar y por ello de orientación cruzada, impuesta por la Sudeste de los templos islámicos españoles, en dirección a la Meca. Junto a ella estuvo, al parecer, el templo mozárabe de Santa María la Blanca, y de aquí las posibles confusiones entre ambos edificios más o menos contemporáneos, anteriores a la reconquista (1118 ó 1119, según Lacarra) y adjudicable la edificación musulmana, por lo menos en su mejor parte, al caudillo moro de la «marca superior», rival de Abderramán II, jefe de los Banu Casi, entre 841 y 862, Muza II, el mismo que amplió la «Mezquita blanca», de Zaragoza, el año 856; según apunta M. Gómez Moreno, con toda clase de reservas, en el único trabajo publicado hasta el momento sobre los hallazgos.

Tienen de singular todos el apartarse de la marcha conocida desde lo califal cordobés a las taifas de Toledo, Málaga, etc. Por ello son tan difíciles de analizar como interesantes, puesto que, de modo incuestionable, tenemos también excluidas todas las analogías con Zaragoza y Balaguer, perfectamente concordes entre sí, fechadas en lo decorativo dentro del siglo XI.

Típica de lo cordobés resulta una almenea escalonada tallada en alabastro, pero también existen como cumbrera en dos piñones del tejado alto de Valdediós (Asturias). Obra de Alfonso III en los últimos años del siglo IX, Tiene de altura unos 0,60 m por 0,25 de grueso y resulta de mayor esbeltez que las cordobesas.

Lámina 28, b.

Hay luego tres capiteles: el uno tiene fuste largo de 2,60 m., diámetro mayor de 0,36 y menor de 0,30, con pequeño éntasis fuera de las proporciones clásicas y collarino plano; por tanto musulmán y no aprovechado de ruinas romanas. El capitel, islámico asimismo por los anillos de las hojas, resulta excepcional por su armado, con un orden sólo de dichas hojas, en lugar de los dos típicos corintios o compuestos, sistemáticamente utilizados de siempre para modelo. Alcanza 0,47 m. de alto por un ancho en la parte superior de 0,38. Otro capitel grande (0,40 de alto, igual ancho en lo alto y 0,26 en el arranque), tallado en la forma de muñones fuertes para la vuelta de las hojas, como los de Abderramán III en la mezquita cordobesa, se llena por tres caras con biseles caprichosos más cercanos de algunos mozárabes. Por fin otro, del mainel de una ventana en el claustro, de alabastro (los otros son de caliza) mide 18 cms. y es mozárabe por su disposición de hojas y caulículos. La ventana, que parte por medio, tiene dos arquiteos en herradura labrados en una sola piedra. En el mismo lugar otras dos ventanas bajas amainbladas llevan ya capiteles románicos, que pueden ir a la obra realizada por el año 1120. Una conserva una inscripción, así traducida por el mismo autor: «Si el reo Bartolomé te afrentó fuerte, ¡oh Dios!, a él, que es tuyo, como tú eres mío, perdónale del fuego», escrito con letra de la fecha indicada.

Lámina 29, a y d.

Lámina 29, b.

Una gran piedra de 1,11 m. de alta por 0,38 de frente y grueso, de caliza gris, está decorada según el sistema clásico de «meandros», semejante a otras de la puerta cordobesa de Alhacam II, con esvásticas en lugar de los simples cuadrados de la tudelana; las dos adornadas de hojitas similares.

Lámina 28, a.

Quedan para el fin los modillones, o canes, de alabastro. Una serie ancha de 0,35 m. por un alto de 0,38 y longitud no apreciable, por estar todos sus ejemplos fragmentados, es de rollos tangentes a la curva de nacela, tiene por el frente nervio central como atadura de los rollos y éstos al costado se adornan con hojas o flores de tulipán. La parte hacia

Láminas 30-36.

el muro desde la curva saliente queda rellena con rollos y hojas. Resulta semejante de otra serie, que arma los rollos con tallos brotados del trazado contorneando la curva de nacela, que forma la parte saliente del modillón. Tiene casi tantas variantes como ejemplos, según el tipo de hojas o flores de los rollos, y rellena el espacio entre la curva y la vertical del muro, en el cual queda empotrado, mediante hojas y tallos, ordenados casi con simetría estricta respecto de un eje vertical, siempre tallados con biseles y cierto parecido respecto de los puestos para coronar el alero sobre la puerta de San Esteban, en la mezquita cordobesa (¿siglo VIII?), algunos de yeso hallados en Elvira y Zaragoza, pero acaso más en una quicialera de Toledo, del XI, como los aragoneses. El grueso de todo no pasa de los 0,12 m. alcanzando los 0,32 de alto, 0,67 de vuelo arriba y 0,40 en bajo, lo cual exige una fuerte moldura de soporte, como en San Millán de la Cogolla. El rollo final de arriba es mayor, como los canes mozárabes.

El tercer grupo alinea los rollos en línea recta, los más formados por tallos, según sistemas caprichosos, arrancados del oblícuo determinante de la inclinación. Otros los arman mediante circunferencias envolventes de una roseta o capullo. Algunos, reforzados o no por el nervio axial, los limitan por arqueados tallos rematados en hojas. Uno, rarísimo e incompleto carece del consabido perfil de rollos y los sustituye por una línea ondulante y tallos.

No es fácil deducir consecuencias ni fechas de semejante muestrario, que si bien es verdad arranca de lo cordobés de Abderramán II, no para en ello, sino que, por el contrario, sigue de lejos los tipos de una y aún dos centurias posteriores.

Para colmo de confusiones, hay otro liso, mozárabe a la fuerza y no musulmán.

Lámina 38. c. Un ángulo de pila, sin final apreciable por ninguna de sus caras, de 23 cms. de alto, decorada por tres arcos lobulados en un frente y el mismo número más el arranque del cuarto, en el contiguo, presenta el extraño motivo de un círculo acoplado a una estría, como separación entre arquitos. El total, que tuviese cada frente, quedó encuadrado por tiras de anillos y gruesas sogas. Lo demás va en dos planos y sin decoración ni letrero alguno.

Los arcos trilobulados recuerdan la pila de Sevilla, con el nombre de Almanzor y destino en Medina Az-Zahira (987). Las hileras de anillos se ven sobre algún capitel de Córdoba, un ladrillo sepulcral toledano y marfiles de botes y cajas; todo ello del siglo X e interpretación estilizada de las dos cintas enlazadas en series de círculos, abundantes por lo califal. Sogueados existen sólo en decoraciones menudas o ligeras, como son el

arco depositado en el Museo de Toledo, procedente de la próxima casa en la Placeta del Seco, y un bote de marfil de Braga. En la pila de Tudela parecen, por su gran potencia, más parecidos a los visigodos y asturianos. Empotrados en la catedral, quedan unos gastadísimos relieves de ataurique.

Lámina 28. a y b.

De análogo tipo estilístico es un brocal de pozo que apareció en una casa y se perdió en el comercio, sin paradero conocido.

Lámina 37, a.

Con esto terminamos el análisis de Tudela y muy poco agregamos (excluidas miniaturas, telas y marfiles, que irán aparte), sobre fábricas típicamente mozárabes. Usún, de tiempos de San Eulogio y por tanto en pie por la mitad del siglo IX, tiene algún despiezo en las partes bajas de buen aparejo grande y recuerdos del tipo cordobés de Abderramán II «a sogá y hasta», presentando alternativamente los frentes cortos y los largos), mejor ejecutado en la próxima iglesia de Mapal, aunque desfigurado por unos malditos rejuntados de cemento. Los sillares de frente corto, en el último, a veces son muy delgados.

Lámina 39

Encima y bajo la primitiva línea de cubierta del ábside, formando tejado a dos aguas, cambia por completo el aparejo de Mapal, se hace pequeño e irregular y encuadra una cerrada ventanita geminada de tipo lombardo-catalán, posible de fechar, como luego veremos, en los años de Sancho el Mayor (1005-1035); por tanto la parte baja será de los siglos IX a X, con cabecera de capilla cuadrada y baja de altura, conforme con todo el prerrománico. Al interior la elevaron, al reconstruirla en románico.

Incluimos dos torres defensivas, incorporadas a las parroquias de Mapal y Usún no por creerlas del siglo X, sino por características de una escuela navarra, que debió comenzar en fecha muy lejana, con la torre, una pequeña cerca y la capilla, como en Javier y luego, en años de paz y tranquilidad, quedó como campanario de la iglesia reconstruída siglos después. Un análisis a fondo de tales torres puede dar sorpresas.

Lámina 40.

La ocupación navarra de la Rioja en el siglo X produjo, como vimos, la renovación monástica con sentido muy tradicional, en lo conservado, exceptuando San Millán, dejado para el final con San Juan de la Peña, por lo claro de las estructuras, que comprenden todos los períodos. Sin duda por aquella comarca y conforme avanzó el siglo construyeron mucho, que no se ha conservado; inconveniente de país rico, mal avenido con recuerdos añejos y amante de novedades, que adopta una y otra vez, según los siglos van trayendo nuevos estilos.

De todo aquello, que debió existir, conocemos hasta el momento tres pequeños templos; dos en Torrecilla de Cameros y el otro en lo más alto de un picacho sobre Arnedillo.

San Andrés y San Pedro, de Torrecilla, son parejas: la segunda se halla en tal estado de repintes y enlucidos, que su estudio es imposible, debiéndonos conformar con San Andrés, parroquia de uno de los tres barrios integrantes de la villa, desaparecido hace años. Su iglesia, en realidad ermita humilde, perdió parte de la techumbre de madera, cargada sobre arcos y muros renacentistas de piedra, no bien aparejada y provistos de contrafuertes, que sustituyeron los viejos de toba, existentes en la cabecera, según aparejo muy bien cortado, de junta fina y altos entre 25 y 25 centímetros.

Figura 22.

La planta en herradura interna y exteriormente sólo es comparable a Santa Margarita I, cerca de Ampurias, Saint Climent de Peralta (Rosellón), y a los ábsides laterales de Sant Quirce, de Pedret (Barcelona), las tres del siglo X; otra posible relación de los caminos difícil de matizar en todos estos monumentos, tanto de aquí como de allá, porque son excepcionales y es aventurada cualquier hipótesis. Esta cubierta por una bovedita, que

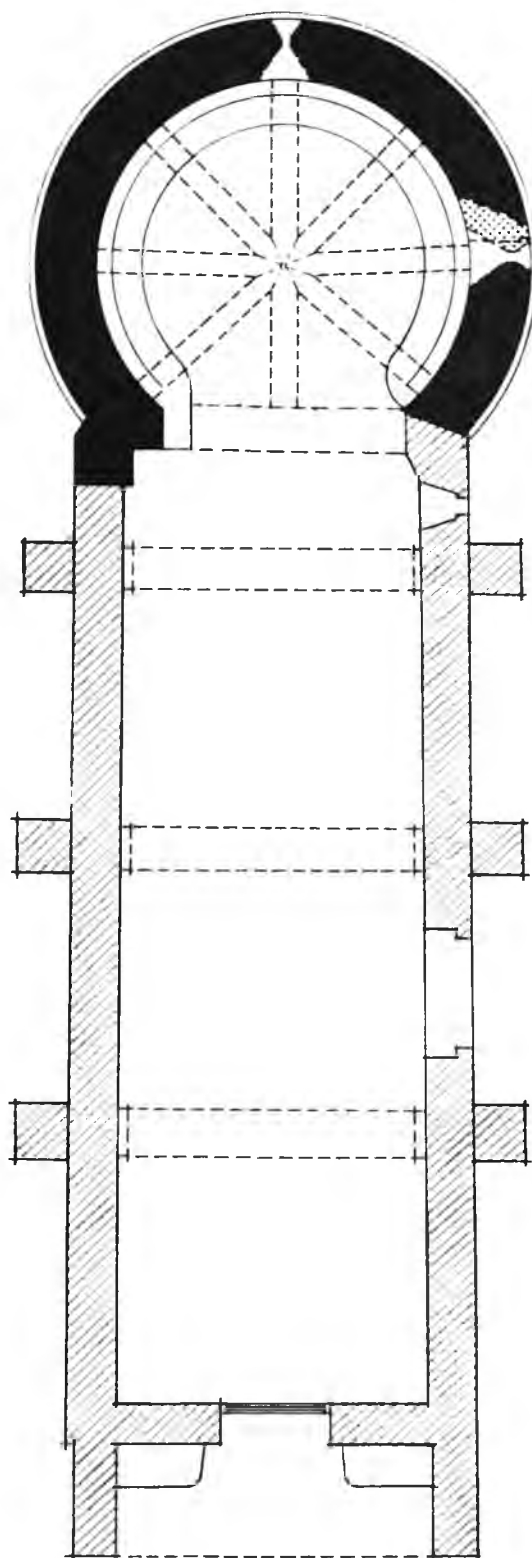


FIG. 22.—San Andrés, en Torrecilla de Cameros (Logroño). Planta. En negro la parte primitiva, resto rayado (a la misma escala de la sección).

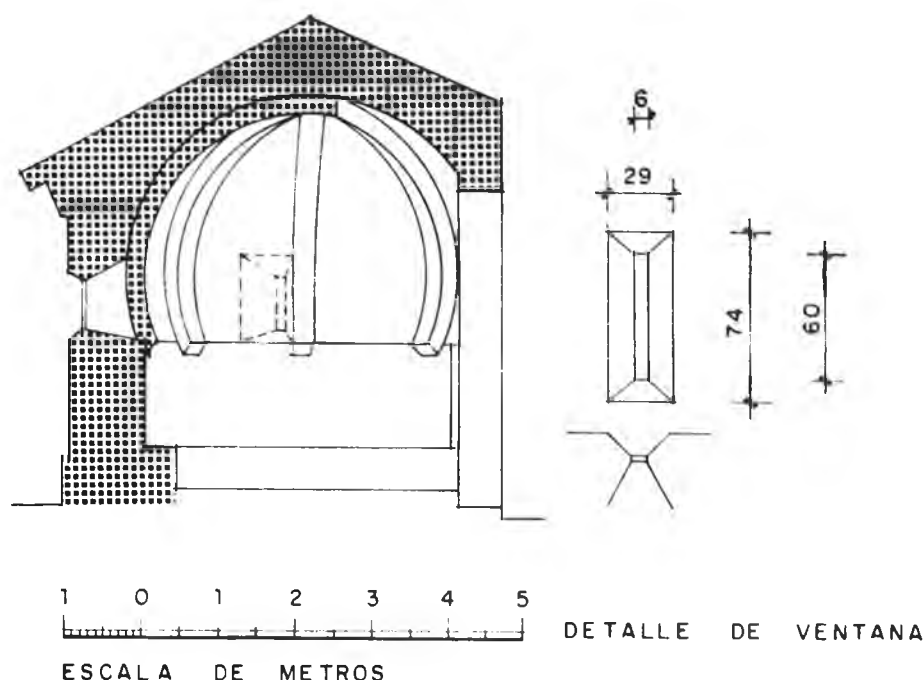


FIG. 23.—S. Andrés, en Torrecilla de Cameros (Logroño).
Sección de la cabecera y detalle de ventana.

resulta otro enigma todavía superior al planteado por la traza e igual en sus aspectos fundamentales a su gemela de San Pedro. Fue primero una cúpula indefinible de forma en un principio, acaso gallonadas ambas: después se agregaron nervios, de 20 a 25 cms. de ancho y saliente para su sección rectangular. En San Pedro parece se cruzaron dejando libre un cuadrado al centro (reformas y enlucidos impiden verla); en San Andrés quedan todas unidas en un punto central, pero no a la manera gótica con clave sino a inglete, según los tipos de origen islámico, que permanecen a través de todo el románico (Torres del Río y Eunate, sin salir de Navarra) y pasan a casi toda Francia, como expuso E. Lambert. Los de San Andrés parecen haber sido en herradura y arrancar de un anillo, que no se conserva entero, ni podemos afirmar con seguridad sea primitivo; como tampoco si el arco entre nave y presbiterio se trazó en herradura, como acusa el mayor ancho (3,40 m.) sobre la luz entre jambas (3,05 m.) tomada un poco alta, pues ambas están inclinadas, pero sin acusar grietas ni otras deformaciones de ruina. Con los datos puramente geométricos se ha trazado el ensayo de reconstitución de la fig. 23, que presenta como anomalía única lo bajo del arranque de la bóveda, seguramente achicado por una subida del suelo. Respecto de la posterioridad de los nervios, queda bien deter-

Figura 23.

Lámina 42, b.

minada sin titubeos, pues el central coincide con el eje de la ventana primitiva, conservada según muestra el detalle y la segunda lateral fue modificada y corrida por caer en ella otro. ¿Sería la primera bóveda en ambas iglesias semicircular o gallonada y le agregaron nervios por influjo de los construídos en la próxima iglesia de San Millán poco antes del año 984? Es posible, aunque la construcción de la bóveda se hizo en la Cogolla elevando primero un arco transversal, al cual acometen los dos medios arcos, que forman el perpendicular y luego a inglete los cuatro medios diagonales; disposición un poco anterior a la de San Andrés, pero también prolongada en el románico, desde luego excepcional con tantos nervios (catedral de Jaca).

Lámina 42, c.

Si tras de una cuidada limpieza fuese confirmada la hipotética reconstitución propuesta, quedaría resuelta la modificación a finales del siglo X y la construcción poco anterior, porque los despieces coinciden con lo más viejo de San Millán en sus etapas mozárabes, y la ventana mantiene la sección rectangular, que venimos observando desde San Felices de Oca; como el remate de muro, sin cornisa y en bisel, quedó visto en Santa Coloma. La forma de «rotonda oriental», como designó J. Hubert a otras alpinas y las analogías catalanas, vuelven a sugerir parentescos carolingios, no reflejados en el aparejo.

En «Berceo» publicó unos croquis y fotografías J. Cantera y nadie más ocupóse de iglesitas de tal interés; por eso están ambas en situación de abandono verdaderamente lamentable.

Láminas 43 y 44.

La ermita de Arnedillo tiene por titular Santa María de Peñalba y publicó de ella unos croquis confusos y varias fotografías J. A. Sopranis en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones.

Su planta rectangular mide unos 10 m. de ancho y longitud variable desde 8,20 m. en el muro de la puerta, que descienden a 7,70 en bajo (por estar relleno de forma inclinada) y a 8,60 en el muro frontero, de 0,90 de grueso, casi uniforme por todo el templo.

Lámina 44, a y b.

Al Este abren dos arcos, que fueron en herradura incluída en un recuadro, el típico «alfiz» musulmán, el izquierdo mide 1,70 m. de vano y 2,80 el derecho, que da paso a una capilla, quizá de planta en herradura inicialmente, ahora está formada por un tramo rectangular y ábside semicircular, cubierto por un retablo barroco, presidido por la imagen titular gótica. La cubre un cañón rematado en media esfera, todo muy deformado y con ventanas modernas.

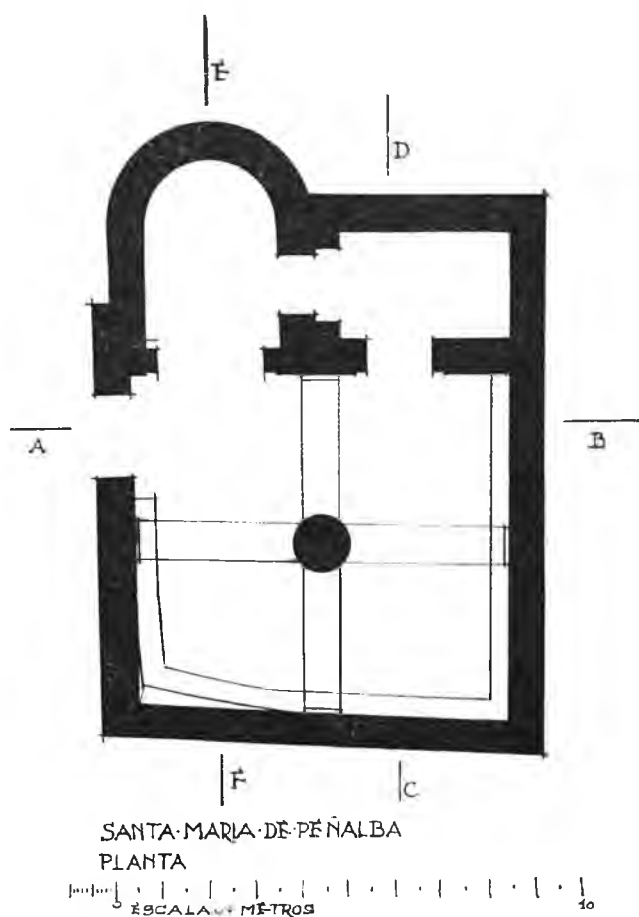


FIG. 24.—Iglesia de Santa
María de Peñalba, en la
sierra, sobre Arnedillo.
Planta.

La otra puerta conduce a un espacio rectangular, cubierto por un cañón paralelo al muro frontal, perpendicular al de la capilla, con la cual comunica por un arco de medio punto, doblado por otro mucho más alto.

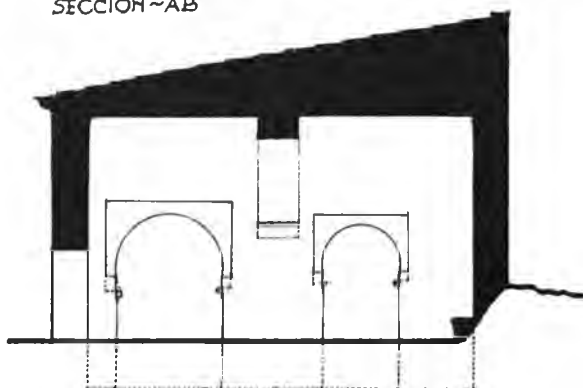
El cuerpo de la iglesia presenta la extraña disposición de pilar central circular, con radio de 0,55 m., soportando cuatro arcos, ahora de medio punto, pero claramente cortados en su arranque, sobre los cuales apoya un techo plano, que no parece original.

Tal disposición de planta sólo es conocida por la iglesia mozárabe de San Baudel de Berlanga (Soria) y una extraña rupestre de Arroyuelo de Hito, cerca de San Martín de Elines (Santander), ambas, cueva e iglesia, con arcos en herradura.

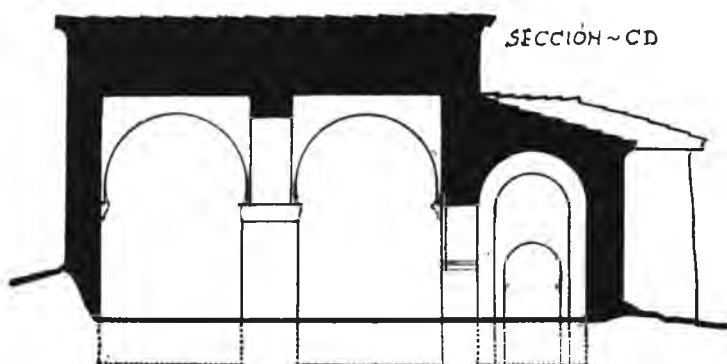
Por lo demás, ni el aparejo altermo de piedra y ladrillo de los arcos, ni la imposta moldurada, que luego encuadra los arcos del frente, ni la decoración (como el capitel del pilar circular), ni el aparejo y colorines de los muros, ni las ventanas, ni la puerta de ingreso, responden a la

Figuras 24 y 25.
Lámina 43, b.

SANTA MARÍA DE PEÑALBA
SECCIÓN ~AB



SECCIÓN ~CD



SECCIÓN ~EF

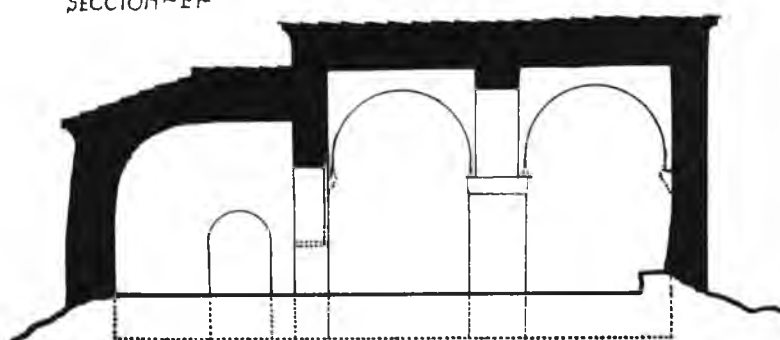


FIG. 25.—Secciones de Santa María de Peñalba, a la misma escala de la fig. 24.

verdad; todo ello ha sido fruto (y no hace muchos años) de la buena voluntad de unos señores, que pagaron una obra realizada sin duda con mejor deseo que acierto. El resultado es lamentable.

Para colmo el suelo está muy levantado (acaso más del metro) y las embocaduras del testero quedan enanas.

Por el exterior es imposible apreciar en lo más mínimo el aparejo; sólo el alero en bisel, como Santa Coloma y San Andrés de Torrecilla de Cameros, es apreciable, aunque bien cubierto de revocos. Una iglesita más de influjo musulmán sin disputa, interesante como pocas y merecedora de cuidados, que valorasen cuanto allá resta y borrarán tanto «pastiche» añadido.

Visto ya, sin pretensiones de catálogo exhaustivo, lo típico de Montaña y Ribera, queda la colonización oriental, sobre todo en el Alto Gállego, y la zona de fricción entre las comarcas Alta y Baja.

No hay mucho conocido, pero sí claro e importante.

En el Valle de Orba, cerca de Tafalla, junto a Leoz, quedan dos monumentos dignos de nota: el hórreo de Iracheta, que por su tipo irá en otro lugar, y la iglesia de San Juan Bautista, en Eristaín, caserío de Leoz, muy alterada, pero llena de restos y datos no menores en rareza de los anteriores.

Láminas 45-47.

Su pórtico muy posterior, se armó utilizando para soportes dos columnas del siglo XV. La fachada fuealzada sobre una línea de remate, bien visible sobre la fotografía, y que tampoco fue la primitiva, según delata el aparejo de piedras aprovechadas sobre una hilada, que forma como cuña poco más arriba de la puerta. Esta hoy, es de medio punto y dovelas grandes y anchas, mal cortadas, pero con finas juntas según líneas no radiales al centro del arco, sistema mozárabe, que ceñido a las dos piedras grandes y largas de los salmeres de arranque y a los claros recortes de las primeras dovelas del arco permiten completarlo, como se ha hecho con puntos en la foto, marcando una cruz en el centro, para comprobar no van a él las juntas de las dovelas. La ventana sobre la puerta fue de saetera y simple derramo interno.

Lámina 45, b.

Lámina 46, a.

La fachada lateral también se realzó en altura, desde una línea coincidente con la de fachada, un poco menos apreciable; y otra modificación clarísima rehizo el testero de Oriente y añadió un ábside semicircular, rematado por canes en bisel, que no alcanzan el románico, lo mismo que sucede a su rarísima ventana partida por un mainel, con dos orificios en el curvo dintel, sólo explicable porque aprovecharan una piedra de molino;

Lámina 46, b.

Lámina 47, a y b.

Lámina 47, c.

forma popular, no clasificable ni por estilo ni de fecha, pero al centro de un ábside bajo en relación con el alto de la nave, nuevamente reformada en los finales del siglo XII, cuando incrustaron las columnitas románicas tardías, intentaron apuntar el arco de la embocadura y construyeron el otro superior. Debió tener bóveda; se cubre ahora con un feo cielorraso.

Láminas 48-54.

Esta proporción baja del ábside nos lleva también al prerrománico, seguramente no anterior a lo más viejo de Leyre; posterior al muro lateral (la puerta parece postiza) y éste por los años del hastial de Poniente, perfectamente posible dentro del siglo X y muy parecido a otro de la comarca de Estella, San Miguel de Villatuerta, que nos guía por otra zona monástica intensa, de la cual conocemos apenas los nombres de Zarapuz, Irache y Santa Gemma; desaparecido el primero, reconstruídos los otros en románico y gótico, y perdidas casi las ruinas del postrero. Por tanto, San Miguel de Villatuerta es monumento capital, único resto del grupo, que debió ser insigne, si juzgamos por lo subsistente, a pesar de su estado.

Figura 26.

Es hoy una pequeña ermita rectangular bastante irregular en planta. El muro de Sur, donde se abre la puerta es moderno casi en su integridad, incluidas puerta y contrafuerte, pero no el esquinal opuesto, de otro aparejo

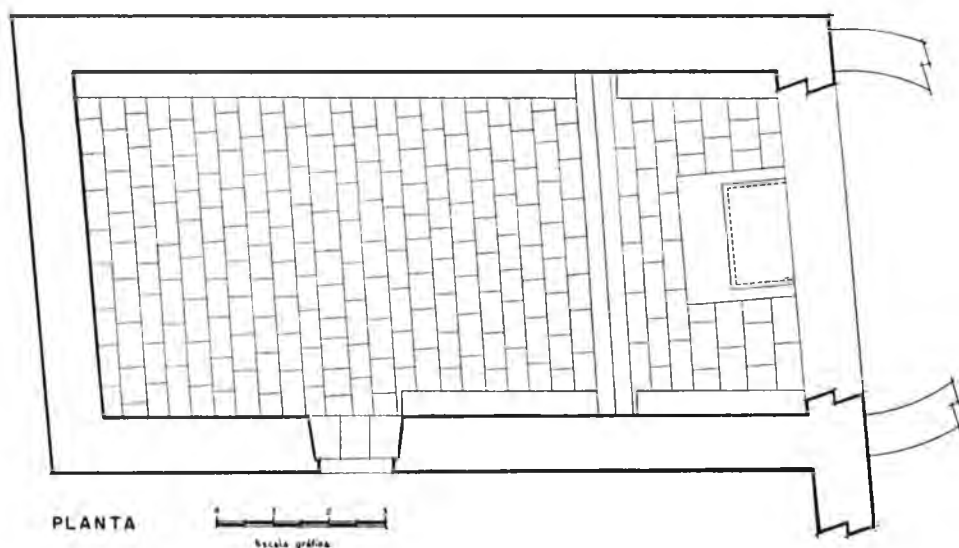


FIG. 26.—Planta de la ermita de S. Miguel, en Villatuerta.

Plano de «Príncipe de Viana».

mayor, con piedras que alcanzan medidas de 1,60 m. en su dimensión larga, y su altura varía de 0,25 a 0,60 m. Un detalle del ángulo indica con su enorme grieta el movimiento de los muros al hundirse la bóveda y la



necesidad de reconstruirlos. La puerta es original achicada y con dintel bajo el arco, incompleto a raíz del hundimiento, pues aprovechó piedras para este menester. Antes habían rapado los salmeres, como en Eristaín, convirtiendo en semicircular la herradura primitiva, definida por los grandes sillares del arranque y sus dovelas largas y delgadas, sólo empleadas en el arte islámico y en los influídos por él, posible de rehacer teóricamente de puntos, como se hizo en el ejemplo anterior, y que, como en aquél, define un arco muy poco peraltado en la herradura, que se aproxima quizá más al visigótico de Castilla. Como desconocemos lo musulmán de la Marca Superior, lógico modelo próximo, pues Córdoba queda tan lejos geográfica como políticamente, se nos queda en puro terreno hipotético la razón de ser, cierta e indiscutible sin embargo, que nos aísla las arquitecturas musulmanas de Navarra y Aragón, y aún de Cataluña, de las castellanas y leonesas.

Lámina 48, a y b

Otro ángulo, viejo en parte, correspondiente a la orientación Nordeste, sólo es primitivo en la zona bajo la yedra, bastante claro «a sogá y hasta», como también aparece por los costados de la puerta en la figura precedente. Se ve también el arranque de un ábside semicircular, determinado en la cimentación, y empotrados unos relieves llevados ahora y expuestos en el Museo de Navarra, exponentes máximos de la importancia de la ermita, por lo excepcional de la decoración figurada en estas fechas del siglo X tan bien determinadas aquí.

Lámina 48, c.

Láminas 49, a, 51 y 52.

Al interior solamente quedan los fustes adosados, no empotrados, que apearon los fajones de la derrumbada bóveda de cañón, de largas piedras cilíndricas sostenidas por anillos metidos en el muro; forma unida, como veremos, a las iglesitas de colonización del Alto Gállego, según determinan también los arcos en herradura poco cerrada y el ábside semicircular derruido. El muro, con sus deformaciones, acusa el empuje de la bóveda hundida y los sillares de talla solamente apiconada de los muros, unas fechas anteriores al románico; todo ello característico y sin discusión gracias a una lápida de no fácil transcripción y con la siguiente lectura.

Lámina 49, b.

Lámina 50, a.

Línea superior de 2,3 cms., de altura:

IN DE(i nomine.Famu)LO D(omi)NI S(an)C(t)I MIKAELI D(omi)NO
SANCIO RE(gi)

Está sostenida la cartela de la inscripción por una culebrilla en el costado derecho, para resaltar su importancia, no obstante lo pequeño de sus letras, procedimiento usual sin duda por aquellas fechas, como demuestra la foto muy posterior, quizá del siglo XIII, destacando al autor de

Lámina 50, b.

la iglesia de Ecay, Iñigo Miguel de Lizoain. (ENECUS MICHAELIS DE LIZOAIN FECIT ISTAM ECCLESIAM).

Volvamos a la de Villatuerta; debajo y en letras grandes de 9,5 a 10 centímetros de alto:

IN(no)M(i)NE D(omi)NI N(o)S(tr)I IH(es)V X(ris)P(t)I
S(an)C(t)I MIKAEL(is) D(omi)NO BLASCIO

Referente a un obispo Blas o Blasco, también Velasco. Luego en letras menores de 4 a 5 cms. de altas:

D(omi)NO SANCIO ACTO NOMEN MAG
ESTRI (¿quí?) FECIT. BELENG(u)ERES
ESCRIPSIT

La última palabra menuda y entre los adornos de la cartela. Ha sido publicada varias veces, con lecturas poco diferentes de la propuesta y no discordes en nada fundamental. La dada, descomponiendo abreviaturas e interpretando con luz rasante y cuidado sumo la primera línea pequeña, casi borrada, no tiene más duda insoslayable, pues la piedra está rota y saltada en este lugar, que el QUI situado ante el FECIT; duda no fundamental, porque lo allí escrito por necesidad se refiere al maestro que hizo la obra.

La traducción literal es:

EN EL NOMBRE DE DIOS, EL REY DON SANCHE CRIADO
DE SAN MIGUEL.

EN EL NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y DE
SAN MIGUEL, DON BLAS.

DON SANCHE ACTO, NOMBRE DEL MAESTRO [QUE] HIZO
(esta obra). BERENGUER. ESCRIBIO (esta lápida).

La interpretación del rey Sancho, contemporáneo de un obispo Blas (Blasco, Velasco) no fue tan aceptada, quizá por la obsesión iconoclasta de la época, tan sostenida por todos, que rechazó la coincidencia de un Sancho, rey, con un Blas, obispo, en el siglo X y aceptó la otra del XI, con Sancho el de Peñalén y Blasco por lo menos entre los años 1068 a 1076. El Padre Germán de Pamplona fue quien, fundado en razones epigráficas, sentó con todo acierto la fecha de la inscripción entre los años 971-72 al 979, comparando el tipo de letra con los códices, Albeldense, acabado en 976 y Emilianense, firmado el 992, así como pueden añadirse analogías claras con la otra lápida de Aratorés, publicada por A. Durán Gudiol, que tiene la

fecha de 901. Por el contrario, el cotejo con la inscripción de Iguácel (1072), las tres del panteón de nobles y las dos o tres de abades de San Juan de la Peña (todas en Huesca y del siglo XI) no arrojan paridad ninguna y sólo reminiscencias en alguna letra.

Los datos monumentales, arcos, columnas internas adosadas, aparejo, van bien, así mismo, con la fecha propuesta de Sancho Garcés II Abarca.

La iconografía, rarísima en esta fecha, sube hasta gran altura el interés del medio derruido monasterio, donado al obispo Juan, como abad de Leyre (1062-65) y siguiendo luego el proceso de abandono y ruina de tantos en igual caso. La fecha de la entrega debe ser 1062, según el cartulario de Leyre.

No parece posible imaginar la situación primitiva de los relieves, que debieron ser muchos más, pues hay alguno descompuesto y perdido. Unos gallos pudieron estar entre canes del alero, ya que sus altos son muy parecidos (0,35, 0,38; 0,43 m.), pudiendo agregar dos perros (?) y la figura de hombre cogiéndose un pie (0,41 m.), aunque su tema pueda ir hacia otras escenas mejor que con los gallos. Otras son imposibles, pues alcanzan hasta 0,83 (hombre brazos en alto, quizá un orante), la de mayor tamaño, variando varias otras en ancho hasta más de un metro, mientras las de los gallos son casi cuadradas.

Lámina 51, c, d y e.

Por temas tenemos tres distintos, de los cuales dos parecen completarse, quedando el tercero completamente aparte.

La primera escena representa un obispo a caballo (casi cuadrada, 0,42 m. de alta) el báculo en la mano diestra, la mitra puntiaguda en la cabeza y la izquierda cogiendo las bridas del caballo, en actitud de predicar, continuando la tradición lejanísima de los predicadores andariegos, pues mal se puede comprender otro significado a la figura montada y retorcida para mirar de frente y con los brazos en alto. La figura del pie cogido podría ser un oyente, sentado con la pierna cruzada.

Lámina 51, a.

La otra escena interpretóse como misa, celebrada junto a un altar de ara muy pequeña, como eran las de aquellos años, en efecto, pero que va muy mal con una figura de un lado, que lleva una cruz procesional, y la del obispo al otro costado, y no detrás o delante del altar, que sería su postura. J. R. Buendía me sugirió una explicación diversa, mucho más lógica; el obispo lleva bien destacado un manípulo, necesario para el bautismo; la cruz al costado va en su lugar y el supuesto altar puede muy bien ser una pequeña pila bautismal de aspersion, pues tres siglos antes quedó aquí suprimido el bautismo de inmersión. Las dos escenas se complementan

Lámina 51, b.

perfectamente y convienen a la evangelización consiguiente a las conquistas del siglo X.

Lámina 52, a y b.

La tercera se arma fácilmente colocando encima del ángel (0,55 por 0,40 metros.), indudablemente San Miguel, su titular, la otra figura de Cristo recortada (0,42 por 0,44) tanto por arriba como por abajo, por lo cual puede faltarle la peana, que se ve nacerle de las manos a San Miguel. De otro modo, si San Miguel con los brazos en alto carece de toda explicación posible, Cristo crucificado es incomprensible sobre un relieve sin algo del calvario, como va en las miniaturas mozárabes de los Beatos del siglo X y marfiles carolingios. Sólo aparece aislado cuando va exento, sin que conozcamos ninguno hispánico antes del leonés de Fernando I y Sancha, un siglo casi después. Las noticias de otros no hacen imposible su existencia, pero ninguno llegó a nosotros.

Superpuestos los dos relieves, dan la imagen tradicional y bien conocida en Navarra de San Miguel de Excelsis, en Monte Aralar; de origen completamente desconocido, pues no se parece ni al Príncipe de la Celestial Milicia bizantino; ni a los aparecidos en Monte Gárgano (Italia) y Monte San Miguel (Francia), alanceando el dragón, como en el «Beato» de Gerona; ni al de la espada flamíjera, de Castel Santangelo (Roma); ni al que pesa las almas el día del Juicio Final, leonés de raigambre islámica, según M. Asín Palacios. Tampoco la leyenda de Teodosio de Goñi, aun suponiéndola histórica y de fecha visigoda, justifica la imagen, pues en dicha leyenda San Miguel mató al dragón salido de una cueva con la cruz, y la postura normal es mostrársela con la mano, de ningún modo encima de la cabeza.

La más creíble fúndase y puede nacer de la idea sostenida por algunos Santos Padres (acaso el primero Ignacio de Antioquía), según la cual Dios reveló a los ángeles la futura encarnación del Hijo de Dios, y una parte se reveló ante la idea de adorarle vestido de naturaleza humana, tan inferior a la suya. San Miguel aceptó plenamente la sumisión y la muestra en la forma tan medieval como vieja de acatamiento, colocando lo venerado sobre la cabeza.

¿Como nace sólo en Navarra? Quizá otros sepan contestar. Queda como imagen local, ahogada por las otras dos: alanceando al dragón o pesando las almas, mucho más gráficas y de asimilación fácil para todos.

En cuanto a su existencia en el siglo X, es bien patente y conocida la propagación de su culto por los carolingios, documentado hasta la saciedad tanto por Olga Rojdestvensky como por la serie de templos de por estas fechas (siglos IX-X) elevados en Asturias, León, Navarra y Cataluña.

Además demuestran su popularidad en el siglo XII los capiteles con el San Miguel de Aralar tallado, de los cuales elegimos el de Berrioplano y las demás tallas que, por más populares, tienen mayor parecido aún con Villatuerta, como el de la ya gótica. Así estas esculturas de Villatuerta tienen importancia muy subida. Se han cotejado muchas veces con las de Leyre, y tienen afinidades indudables, pero no como consecuencia, sino en calidad de precedentes.

Lámina 53, a y b.

La imagen actual de San Miguel de Excelsis, tiene una vieja interior de madera forrada de plata en el siglo XVIII y con una cruz (Lignum Crucis) encima. Ni una ni otra nos pueden ni aun medio indicar fecha, por carecer de todo detalle típico estilístico.

Lámina 54, a y b.

Análogas a las dos últimas iglesias analizadas tenemos todo un grupo en la colonización del Alto Gállego, verificada según Lacarra en el siglo X y con una serie de templos homogéneos, como contruídos de una vez, a lo largo de la vía entre Huesca y Sallent, con ejemplos intactos; alterados los más, sólo con el ábside y parte de la torre conservados y alguno restante mezclado ya con el románico lombardo importado de Cataluña por Sancho el Mayor y su hijo Ramiro, primer rey aragonés.

Láminas 55-64.

Los mejor conservados son: San Pedro de Lárrede, restaurada en el año 1933; San Juan de Busa, hundida la bóveda y falta de la parte superior de los muros; Gavín, Satué, Susín e Ysún conservan los ábsides y, en algún caso como Susín, ventanas y parte de los muros laterales (el ábside y la torre de Oliván quedaron maltrechos en 1936); Guasillo, tan sólo una ventana, y San Bartolomé de Gavín la torre intacta. Todos forman un grupo muy compacto construido por los mismos maestros en un tiempo corto.

Láminas 57-59.

Láminas 60-61.

Lámina 62, a y b

Figura 29.

Varía un tanto el ábside, solo elemento subsistente, de Lerés, y más el de Banaguás, también con iglesia posterior. Son claramente catalanas San Caprasio, en Santa Cruz de la Seros, Barós y Binacua, quedando aparte Orós, con su parte superior reformada cuando se hizo la iglesia.

Lámina 62, d.

Lámina 63, a.

Lámina 63, b.

La documentación es como en tantos casos confusa. Magallón publicó una donación de Sancho Garcés II y Urraca en 26 de marzo del año 992 a Santa Cruz de la Serós de diversos pueblos, entre los que se citan siguiendo el río Gállego (in Gallico) «Bue (Busa) y Lárrede, y Oros, y Rompesacos» (despoblado en el término de Ena, según parece); antes incluye Lerés (Loresse), Osia (quizá Ysún) y Santa María de Sabiñánigo. Se ha considerado falso el documento, incluido en el «Libro Gótico», de San Juan de la Peña, copiado en XI-XII, pero algo debe tener de cierto, pues otros

Lámina 55, a.

posteriores continúan la mención de las iglesias en poder de Sancho Ramírez (1093), que da 400 sueldos al monasterio, por la imposibilidad de su devolución inmediata, efectuada por Pedro I (1100), también sospechosos, pero hay otro aún referente a Oriolo, abad de San Adrián de Guasillo, en el cual dona la iglesia de San Adrián, título conservado, a San Juan de la Peña (1034), con la conformidad de Sancho el Mayor, que declara el templo no edificado en estas fechas, sino heredado de sus padres, en unión de tierras, viñas y pastos (Ita concedo et offero in cenobio Sancti Iohannis cuncta que abui ex parentibus meis et que ganavi in Guassilgu, tanc terris quam vineis, aqua, pascua et domum Sancti Adriani cum edificiis suis), con lo cual nos adentramos en el siglo X con un edificio seguro, que sólo nos ha conservado una ventana geminada lo suficientemente típica para encauzar la fecha de los demás; alzados en pueblos existentes en la misma fecha, según el parecer de Canellas, en su cartulario de San Andrés de Fanlo, que los menciona en su órbita, y se reiteran con toda certeza por los tiempos de Sancho el Mayor (1005-1035), pero sólo con referencias a casas y fincas, no a iglesias, por lo cual el dominio de Santa Cruz parece afirmado.

Por fin otra donación auténtica y sin complicaciones entrega Binacua el 16 de agosto de 1097 a Santa Cruz por mano de Pedro I y otra da en 1086 a San Juan de la Peña la iglesia de San Caprasio, en Santa Cruz, actuando Sancho Ramírez.

Lámina 62, c.

Así pues, podemos confirmar en los finales del X el grupo de Lárrede, Busa, Gavín, Satué, Susín, Ysún, Guasillo, San Bartolomé y la desaparecida de Oliván, aunque alguna vaya por los primeros años del XI, pues los siglos no tienen fronteras, Orós Bajo, muy modificado y con una ventana románica empotrada en el centro del ábside (lo cual sigue indicando la prioridad del grupo anterrománico), mezclado con el románico de Cataluña

Lámina 62, d.

sólo inicialmente y de manera dudosa en Lerés, y de modo indiscutible, por el contrario, en Banaguás, junto a Guasillo y diverso del Badaguás, junto a Lerés, de otra donación a San Juan (981), que no se conserva; siendo netamente catalana San Caprasio, sin el menor detalle de la catedral

Lámina 63, a.

de Jaca; con imposta de tacos Barós y Binacua ostentando una puerta románica jaquesa empotrada, por desgracia, llena de cal y por ello no fechable con certeza. No parece anterior a los primeros años del XII y la fecha de 1097 puede ser «ante quem» de la iglesia.

Lámina 63, b.

Figuras 27-30.

La serie gráfica ilustra la evolución perfectamente y sin necesidad de mayores descripciones.

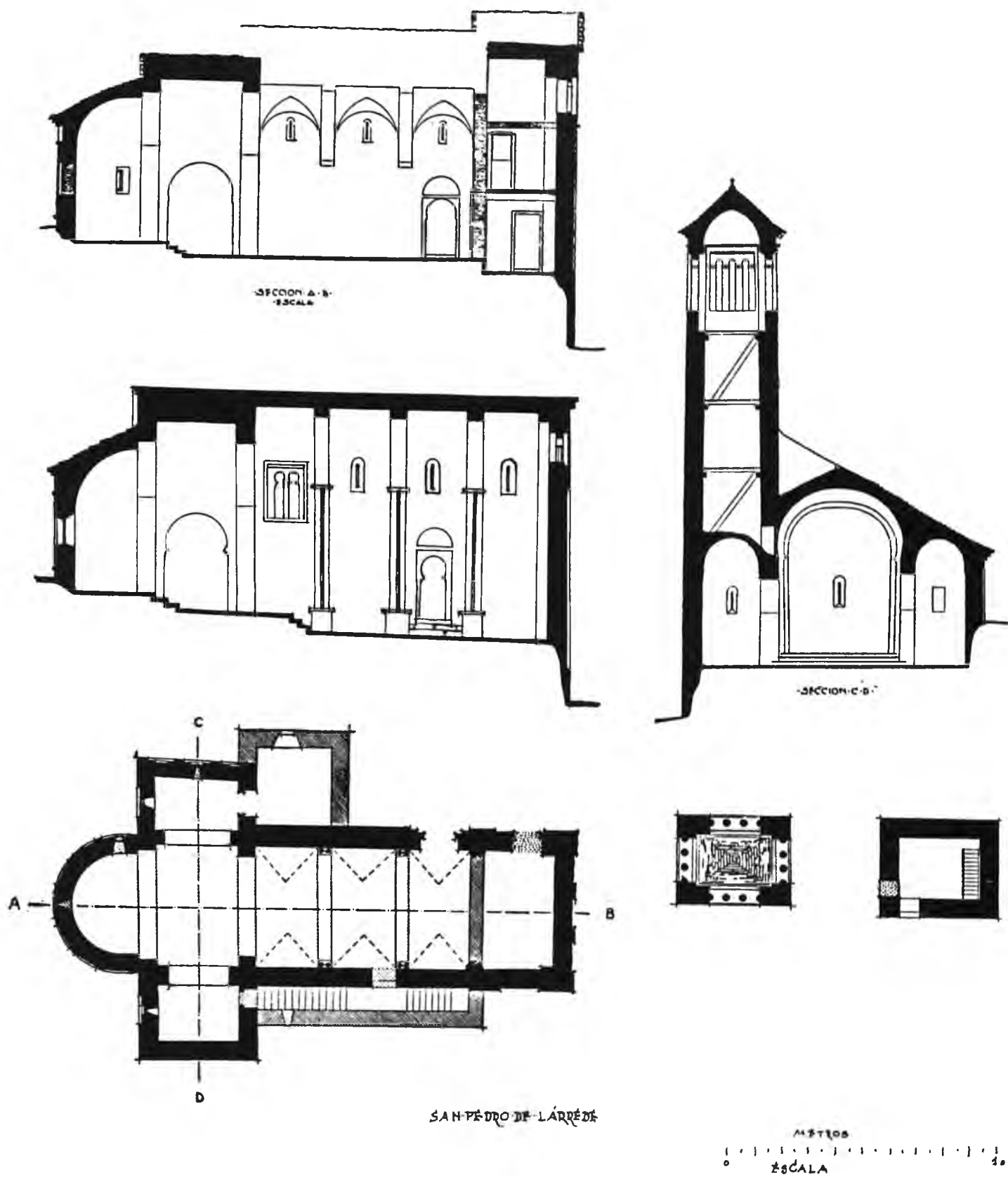
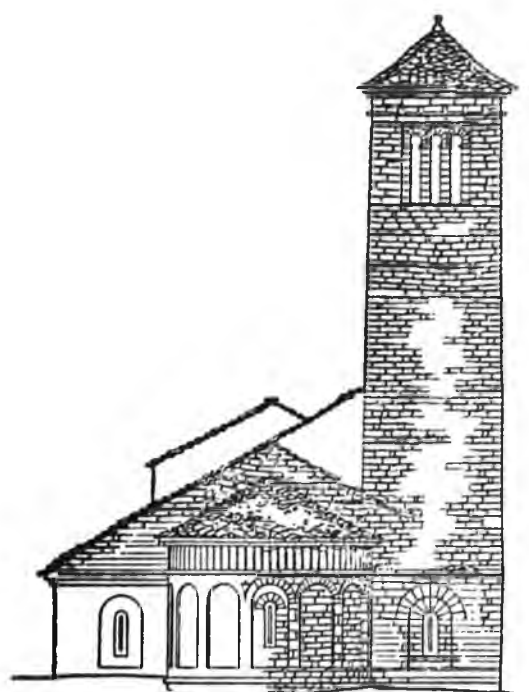
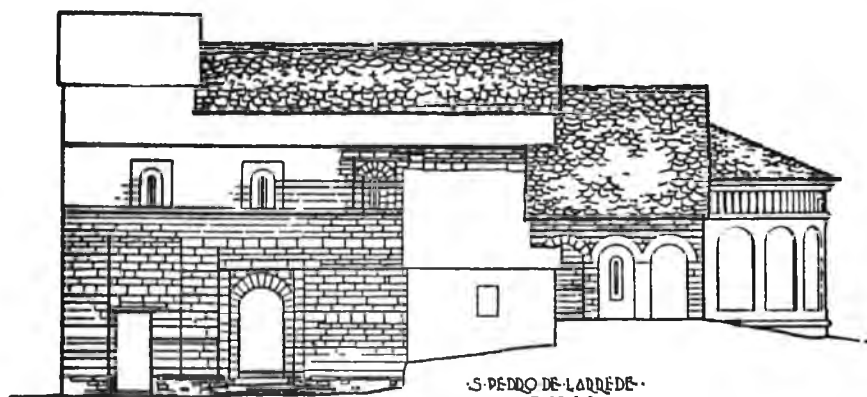
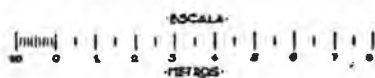


FIG. 27.—Iglesia parroquial de S. Pedro de Lárrede; planta, secciones longitudinales (A-B) antes y después de la restauración, y transversal (C-D); plantas inicial y final de la Torre.



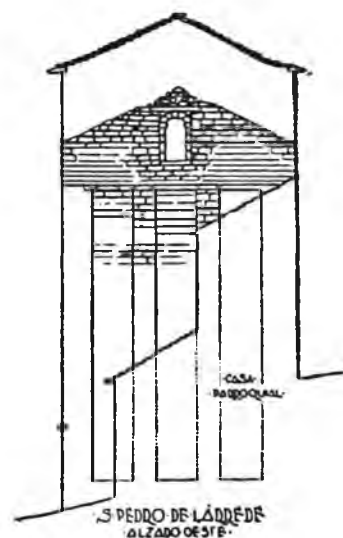
S PEDRO DE LÁRREDE.
ALZADO ORIENTE.



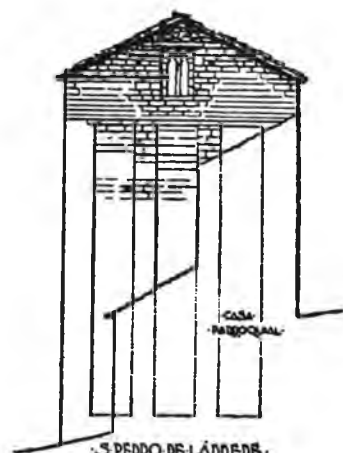
S PEDRO DE LÁRREDE.
ALZADO SUR.



S PEDRO DE LÁRREDE.
ALZADO SUR.



S PEDRO DE LÁRREDE.
ALZADO OESTE.



S PEDRO DE LÁRREDE.
ALZADO OESTE.

FIG. 28.—S. Pedro de Lárrede: alzados, oriental, Sur antes y luego de la restauración, lo mismo el hastial de Oeste.

Las novedades son: ábside semicircular, visto en los arranques del hundido en San Miguel de Villatuerta, pero aquí armado mediante arque-
 rías, como San Pons de Corvera (Sin fecha, pero antes de las formas lom-
 bardas), y un friso rarísimo, bajo la cornisa de una hilada volada y sobre
 otra moldurada en baquetón, integrado por unos rollos verticales sólo vistos
 en alguna imposta de Saint-Germigny-des-Prés; la cual podría repetir formas
 musulmanas aragonesas desaparecidas, ya que su influjo islámico está reco-
 nocido y el fundador Teodulfo era español y acaso aragonés, como supone
 Lacarra. En Lárrede los arcos ciegos del ábside continúan por los depar-
 tamentos laterales flanqueantes del primer tramo de la nave; puertas y
 algunos arcos en herradura, con trasdós descentrado a lo cordobés, alfiz
 hasta el suelo, como la Aljafería, moldura de soporte y arranque (nacela
 y salmer) en una sola piedra, dato regional ya visto desde San Miguel de
 Aralar, y despiezo radial como lo visigodo, según otra forma regional,
 repetida en San Juan de la Peña; ventanas amaineladas con arquillos en
 herradura muy cerrados en algún caso (Lárrede, Susín, cobijados por otro,
 que los abraza); arcos de descarga sobre dinteles y sin relleno entre ambos
 (Lárrede y Busa), que han de continuar en lo bien documentado de Sancho

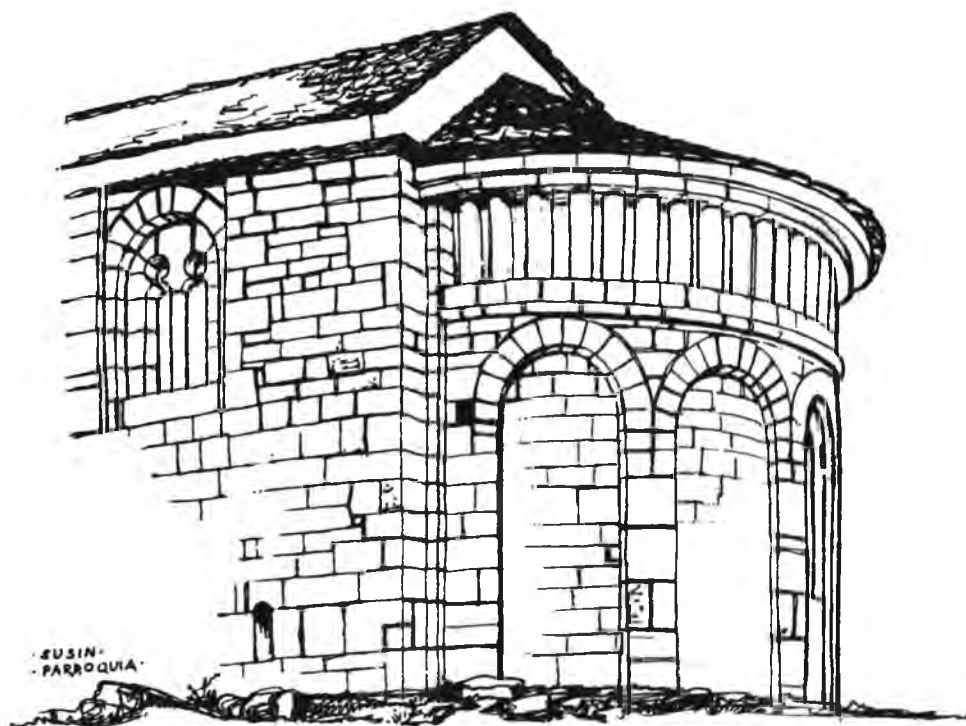
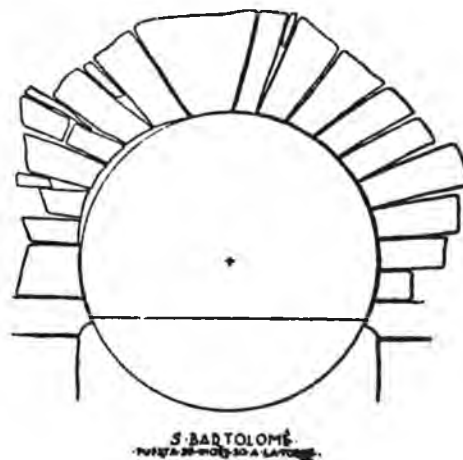
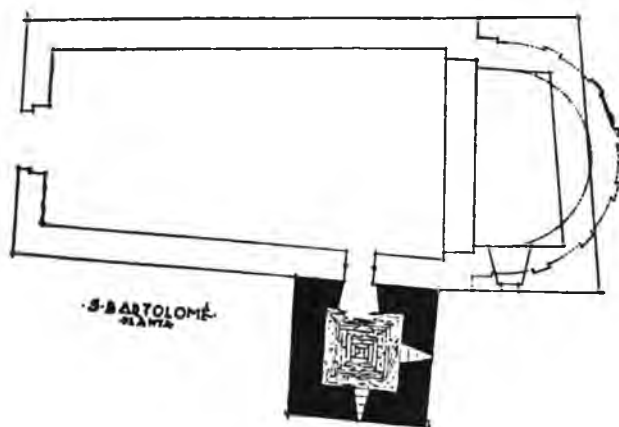
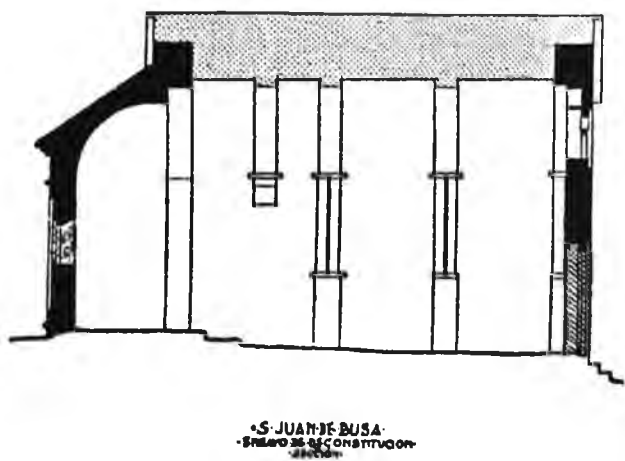
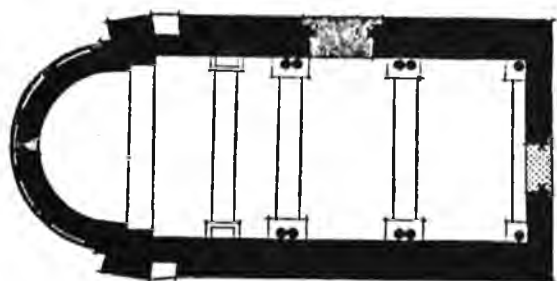
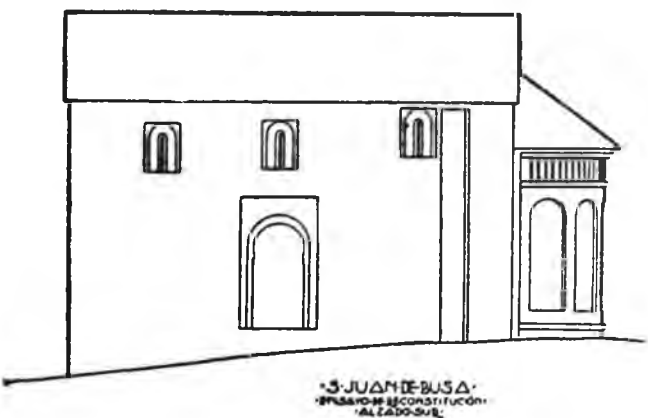


FIG. 29. Iglesia parroquial de Susín. Estudio del aparejo de
 muros y arcos.

FIG. 30.—Ermita en el despoblado de Busa; alzado Sur, planta y sección longitudinal (rehecha de puntos la bóveda hundida).
San Bartolomé de Gavín, planta y arco de la torre.



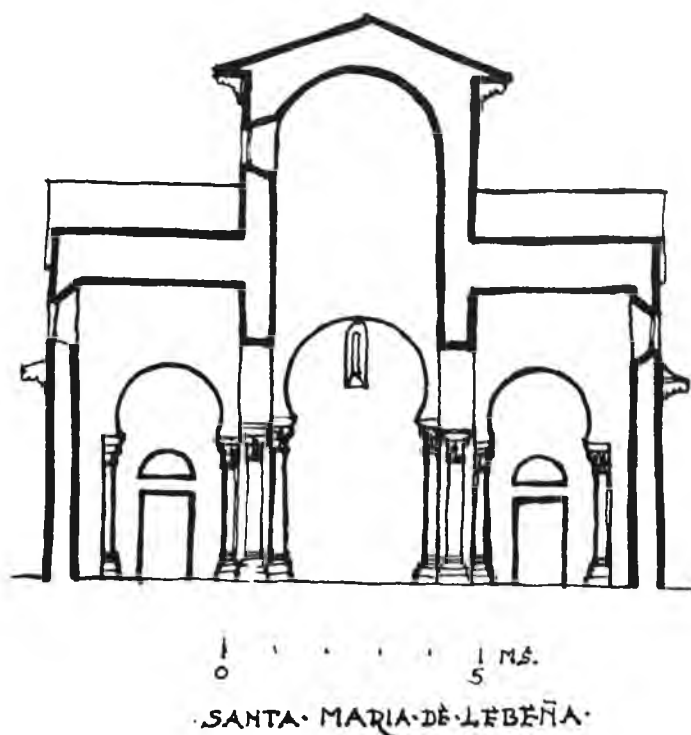


FIG. 31.—Croquis de la iglesia de Santa María de Lebeña (Santander), mostrando los dinteles y arcos abiertos para su descarga encima. Construida entre 963 y 966.

el Mayor, pero con arcos de medio punto, ya perdidas las herraduras anteriores y repetidos en Santa María de Lebeña (Santander) construida entre 963 y 966; bóvedas de cañón sobre fajones, que apean doubles columnas, según el tipo asturiano de Ramiro I (843-850), sin contrafuertes aquí, por lo cual se hundieron todas, mientras subsisten allí Santa María de Naranco, parte de San Miguel de Lillo (antes Liño) y reconstruida la de Santa Cristina de Lena; por fin torres altísimas, no preparadas para campanas, que fueron abundantes, pues llegaron a nosotros cuatro del grupito apartado y pequeño, contrastando con la penuria de todo el románico, pues entre Aragón y Navarra casi no alcanzan igual cifra.

Figura 31.

Esto y la no preparación para campanario indicaron el posible origen musulmán, en tanto alminar desaparecido, como hubo sin duda, pues era inseparable de la mezquita y engendró la serie de torres moriscas aragonesas, que vinieron después. El modelo posible y lejano puede ser el alminar de Bosra, en Siria, del siglo VIII, pues aunque lejano guarda parecido indudable, y no debemos olvidar los muchos sirios venidos entre los invasores, tantos que, por su calidad y número, se impusieron a los otros y llevaron al trono al primer emir independiente, Abderrahmán I.

Láminas 55, a y 56.

Lámina 56, a.

En resumen, las iglesitas del Gállego, de finales del X y comienzos del XI, hasta morir ahogadas por el románico traído por Ramiro I a Roda de Isábena primero y luego a Jaca, completan las fragmentadas navarras (Usún, Mapal, Torrecilla, Arnedillo, Eristaín, Villatuerta), y constituyen una mezcla curiosa de arquitecturas dispares, no bien conocidas, puesto que todas se hudieron, de tipos musulmanes en torres, puertas, arcos y ventanas, ya no de aparejo grande, cordobés, sino del fino y largo antes citado; de abovedamientos asturianos, y ábsides quizá carolingios, con únicos paralelos en Cataluña y repercusiones hacia Ovarra, en la pequeña iglesia, quizá de finales del X, y en los pies de la conventual mayor, elevada en los comienzos del XI, con la misma puerta de dintel y arco descargándolo, sin relleno entre uno y otro, y bóvedas de cañón sobre fajones; todo anterior a los demás tramos, cubiertos con bóvedas de arista y cornisa de arquillos lombardos.

El friso de baquetones en pie, acaso también musulmán, no tiene par conocido, fuera del reseñado con Germigny des-Prés.

BIBLIOGRAFIA

Fueron estudiados por LAMPÉREZ los monasterios de San Juan de la Peña y de San Millán de la Cogolla; por GÓMEZ MORENO los mismos y lo que resta de la mezquita de Tudela. Santa María la Blanca, de Arnedillo por SOPRANIS, los relieves de San Miguel de Villatuerta por LACARRA y GUDIOL, después por el P. GERMÁN DE PAMPLONA, y las iglesias de Villatuerta por LACARRA y GUDIOL, después por el P. GERMÁN DE PAMPLONA y las iglesias del Alto Gallego por IÑIGUEZ y SÁNCHEZ VENTURA. La parte documental es la misma precedente.

- ASÍN PALACIOS, M., *La escatología musulmana en la Divina Comedia*, Madrid, 1919.
- GÓMEZ MORENO, M., *Iglesias Mozárabes*, Madrid, 1919. dos vols.
- GÓMEZ MORENO, M., *La mezquita mayor de Tudela*, en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1945.
- GÓMEZ MORENO, M., *Arte mozárabe*, en el vol. III de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1948.
- IÑIGUEZ, F. y SÁNCHEZ VENTURA, R., *Un grupo de iglesias del Alto Aragón*, en *Arch. Esp. de Arte y Arqueología*, Madrid, 1933.
- LAMPÉREZ y ROMEA, V., *Historia de la arquitectura cristiana española en la Edad Media*, Madrid, 1930 (2.ª edic.) tres vols.
- LACARRA, J. M. y GUDIOL, J., *El primer románico en Navarra*, en "Príncipe de Viana", Pamplona, 1944.
- PAMPLONA, P. G. de, *La fecha de la Construcción de San Miguel de Villatuerta y las derivaciones de su nueva cronología*, "Príncipe de Viana", Pamplona, 1954, p. 222-230.
- SOPRANIS, J. A., *Nuestra Señora de Peñalba. Una iglesia mozárabe en la Rioja*, en *Arte Español*, vol. XV, Madrid, 1944-1945, p. 70-74.

Indice de láminas del Capítulo III

- 28.—Castillo de Peña, con aparejo musulmán en sus zonas bajas.
- 28-36.—Restos de tipo musulmán hallados en la catedral de Tudela.
- Pilastra y almena (28, a y b); capiteles de columnas (29, a y d) y de parteluces (b y c), el último con inscripción no legible, que parece pretendió ser una invocación a Alah. Series de canes de alero de diversos tipos y facturas, muchos reaprovechados en la obra románica de hacia 1200, sueltos los restantes (30-36). Siglos IX-X.
- 37.—Brocal de pozo de tudela (a) y pila de fuente utilizada para baptisterio en Sos del Rey Católico (Zaragoza), el primero acaso del siglo XI, del anterior la segunda.
- 38.—Detalles decorativos medio perdidos, en sillares reutilizados en la catedral (a y b) y fragmento de pila de abluciones de la mezquita (c), hallado bajo el pavimento de un ábside, al costado Norte. Siglo X.
- 39.—Testero de la iglesia parroquial de Mapal. Se aprecia el piñón primitivo bajo el suplemento postizo, la ventana (más detallada en la fotografía b) de tipo lombardo-catalán muy primitivo (primera mitad del siglo XI) y la parte baja del muro con despiezo a «soga y hasta», presentando alternadamente los sillares sus frentes cortos y largos (siglos IX al X).
- 40.—Torres de Mapal y de la parroquia de Usún, características de un grupo navarro seguramente prerrománico. Estas son del siglo XII continuando la manera tradicional.
- 41-42.—San Andrés, que fue parroquia de un desaparecido barrio, en Torrecilla de Cameros (Logroño). Sólo es primitiva la cabecera, detallada por el exterior (41, b) e interior desde su embocadura (42, b) y la parte central de la bóveda (a). En c, detalle de ventana por el exterior. Siglo X, acaso con los muros del anterior (?).
- 43-44.—Santa María de Peñalba, sobre Arnedillo en un alto de la sierra. El exterior está trastornado y sólo tiene la cornisa biselada de San Andrés y Santa Coloma (láms. 41 y 7, a); al interior un pilar circular central quizá soportó una bóveda (43, b); los arcos internos fueron en herradura y tienen alfiz (44, a y b); la capilla mayor semicircular. Los enlucidos impiden ver el aparejo. Siglo X.

45-47.—Iglesia de San Juan Bautista, en Eristain (Leoz). Pórtico lateral del siglo XV (reformado), fachada realzada con puerta de aparejo mozárabe, que fue de herradura (45, b y 46, a, donde se indicó de puntos), fachada Norte de aparejo del mismo tipo (46, b), ábside posterior, aun prerrománico (47, a y b); e interior muy alterado en fecha románica tardía (47, c). ¿Siglo X?

48-54.—Ermita de San Miguel de Villatuerta y su imagen titular. Vista de conjunto y detalle de la reformada puerta (48, a y b), que tuvo arco en herradura y aparejo del siglo X, así como un ángulo (id. c). Empotrados en la fachada lateral opuesta una serie de relieves (49 a 51 y 52) de un obispo predicando (51, a) y bautizando (Id., b), animales, oyentes (Id. c, d y e), más un San Miguel en dos piezas repitiendo la imagen del santuario de Aralar (52, a y b), copiada en un capitel de Berrioplano (siglo XII) y una clave de arco popular posterior (53, a y b). La imagen actual del santuario (54, a y b) cubre, bajo la plata del siglo XVIII, otra inefable, que pudiera ser añeja y restos de otra cruz acaso guardados como reliquia preciada. El interior tuvo una bóveda que desconcertó los muros (48 y 49 b), sobre columnas adosadas sujetas por anillos empotrados, como las del Gállego (lám. 49, b). El ábside fue semicircular y una lápida (50, a) fecha el conjunto entre los años 971 al 979. La otra lápida, en la iglesia de Ecay (Id., b) se puso para fijar la tradición de la culebrilla señalando la cartela importante. Los relieves se custodian en el Museo de Navarra.

55-63.—Grupo de iglesias del Alto Gállego (Huesca).

55.—Ventana de la torre de Guasillo, documentada en el siglo X (a). Torre y puerta en San Bartolomé, de Yésero, junto a Gavin (b y c).

56.—Torre de la mezquita de El Omari, en Bosra (Siria), fechada por inscripción en el año 720 (a), posible modelo de otras, aragonesas, las cuales inspirarían las de San Pedro de Lárrede (b) y otras del grupo, pues no se hicieron para campanas.

57-59.—Fachadas y detalles del exterior e interior de San Pedro de Lárrede; presbiterio, antes (58, a) y después de la restauración (Id., b); ingreso al departamento lateral del costado Norte (59, a) y acceso, en alto, de la torre (Id., b).

60-61.—San Juan de Busa, frente sur y puerta (60, a y b), hastial del oeste (61, a), modificada y posterior la puerta, y ábside (Id., b), recrecida en alto, en forma falsa de piñón. Las dos iglesias del siglo X.

62 a y b.—Absides de Gabin y de Oliván (las dos iglesias son posteriores). La última conserva en la torre (muy alterada) la puerta en alto, con dintel y arco descargándolo encima. Comienzos del siglo XI o finales del anterior. Id. c. Orós Bajo, suplementado el ábside, para conseguir mayor altura, suprimido el friso de baquetones y embutida una ventana románica.

Id. d. Abside de Lerés, con arquivoltas de posible influjo catalán, del siglo XI.

63.—Iglesias de Banaguás, con influjo directo catalán, pero conservando el friso característico (a), y de Barós, enteramente dentro del primer románico de Cataluña. Mitad del siglo XI (b).



8

Castillo de Loarre (Huesca).

Torre del homenaje, con puerta y ventana de igual aparejo que la de acceso. El muro rejuntado y «encintado» como los coetáneos de León y Compostela. El de fondo rehecho posteriormente.

(Cap. VII)



a



b





a



b

d



c



a



b



c



d



a



b



d



c





a



b



c



d



a



b



c



d



a



b



c



d



e



a



b



c



d



e

a



b



c



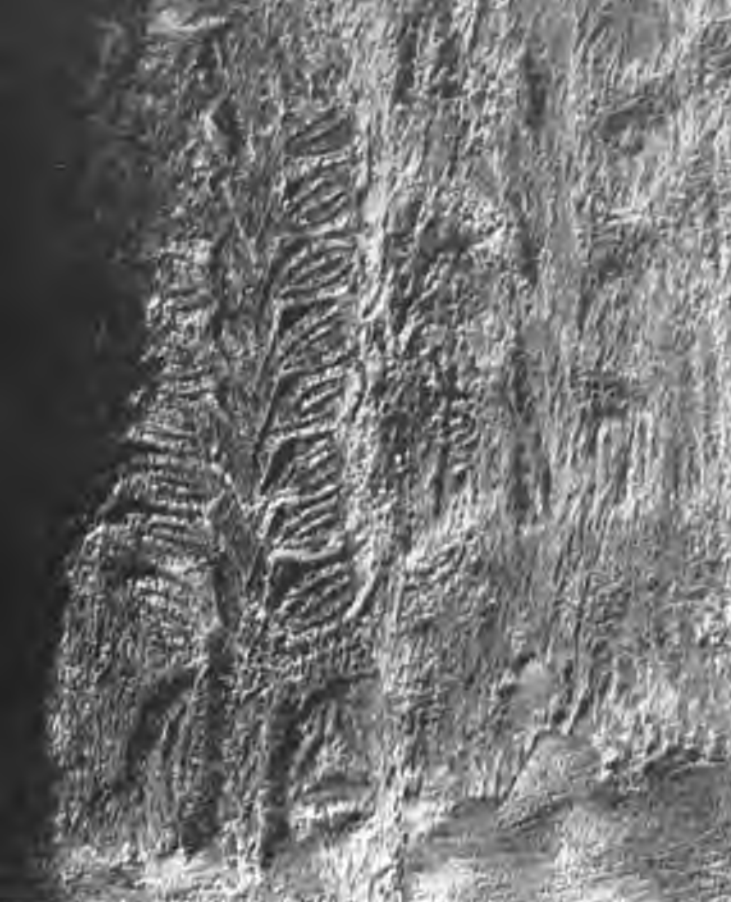
d



a



b



a



b





a



b



3



b







a



b

b



a



b



c



a



b

a



b



a



b



a



b





a

LAM. 47

b



c





a

LAM. 48

b



c



a



b



a



LAM. 50

b





a



b



c



d



e

a



b

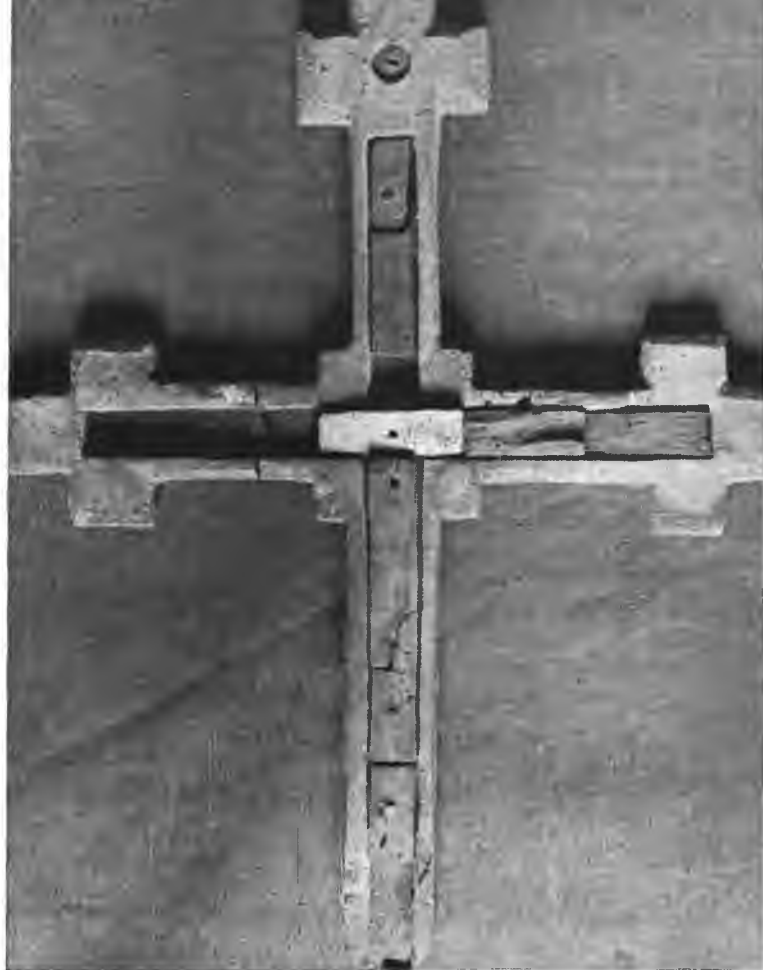


a



b





a

b



a



b



c









a

b



c





a



b

a



b



a



b



a



b



a



b



c



d

a



b



CAPITULO IV

MONUMENTOS ASTURIANOS

Antes del análisis propuesto para San Millán de la Cogolla y San Juan de la Peña, creemos necesario agregar unas notas aclaratorias de los influjos asturianos anotados en San Miguel de Villatuerta y las iglesias del Gállego. Se refieren a unas piezas sueltas, sin origen seguro, que por sí solas no dirían absolutamente nada, y a un monumento diminuto, pero señero y bien conservado: el hórreo de Iracheta.

Los elementos, que podemos llamar de acarreo, son los siguientes: capitel, sin procedencia, que fue de las piezas recogidas por la Comisión de Monumentos, hoy en el Museo de Navarra, con las típicas columnillas torsas, una cruz en una de las caras y hojas lisas, más de tradición visigoda; otro capitel, dicen hallado en las cercanías de San Martín de Unx, publicado por J. Gudiol Ricart como de filiación posible asturiana, por las hojas enmarcando figuras geométricas, en forma de ondulados, sogueados y sucesiones de triángulos contrapuestos; el tercero es una pila, con grabados populares en la zona superior, que pueden ser hasta visigodos y quedan encuadrados por sogueados finos, en contraste con el grueso y fuerte del arranque. Debajo una serie de columnas delgadas simulan mantener en alto la pila, en la forma de las dos existentes en el Museo de Barcelona, publicadas por Puig y Cadafalch, atribuidas al siglo X, pero allí con planta cuadrada, fustes exentos y lisos, no torsos, como son éstos (inútil decir la fecha gótica, tres o cuatro siglos posterior, del escudo grabado entre dos columnas); por desgracia los capiteles nada indican, dado su estado lamentable. Tampoco sabemos de tal pieza más que su instalación en el naciente Museo Diocesano.

Lámina 1.

Lámina 70, b y c.

Lámina 70, a.

El hórreo de Iracheta es más explícito, aunque la única mención conocida sea la de T. Biurrum, que lo creyó románico del siglo XII y así lo copió textualmente S. García Larragueta en su documentado estudio

sobre la Orden Hospitalaria de San Juan en Navarra. Quedan muy pocos hórreos, por ello incluyo el de Santa Fe de Escaroz muy asturiano, pero de piedra sobre dinteles de madera. Es curioso que, tanto los pocos subsistentes como las menciones históricas los sitúan hacia el Oriente navarro, Aragón y Ribagorza, y no a las zonas central y occidental, fuera del conocido por el milagro de San Millán de la Cogolla, que alargó un madero corto, según San Braulio, para un hórreo en construcción.

La vinculación de hórreos a casas, «palacios» (denominación tan frecuente, sobre todo de posesiones regias en pueblecillos) e iglesias, se fija bien tanto en Asturias como en Navarra oriental; así el mismo autor en su colección documental de la catedral de Oviedo, sólo en el testamento de Ordoño I (857) incluye veinte hórreos: «In territorio Penagos, ecclesiam sancta Marie... cum domibus (casas), orreis... In territorio de Codelio... duas ecclesias... cum domibus, orreis... En Mena, sancti Martini de Erfus... cum domibus, orreis... Sancti Mametis,... cum domibus, orreis,... En Rosga, Sancti Pelagii de Lorza... cum domibus, orreis,...» como fórmula notarial usual: iglesia, casas, hórreo, según acaece también por aquí.

La primera mención fue publicada por Lacarra, con referencia de una rara burla gastada en un festejo de San Juan al conde García el Malo por su esposa, Matrona, hija del conde Aznar Galindo, y el hermano de ella Centulo Aznárez. La tal burla, quizá bastante peor y no cosa de risa, por fuerza se pasó con mucho de la raya, por más que supongamos mucha maldad en García, pues mató al cuñado, repudió la mujer y no alcanzó al suegro, que pudo escapar a Francia, donde murió con el título de conde de Urgel y Cerdaña. García casó luego con una hija de Iñigo Arista (824-52) según testimonio del código de Roda, redactado en el siglo X.

Lo que nos interesa es la sorpresa por García de su esposa «encerrada en el hórreo» de la posesión con su hermano.

La fecha es importante, pues fija en Aragón, dependiente y relacionado con Navarra, la existencia normal de hórreos a comienzos del siglo IX.

El Cartulario de Obarra incluye la donación al monasterio en 1002 de medio casalicio y un hórreo, situado en el inmediato pueblo de Calvera «y llegaron a él por herencia de sus padres», por lo cual tenemos otro, también oriental, del siglo X, y seguimos por el XI a Braulio, presbítero, el cual entrega en 1036 al monasterio de San Andrés de Fanlo casa, hórreo y horno, para después de su fallecimiento. Reinando aún Gonzalo en Sobrarbe y Ribagorza otro presbítero, Durando, cede a San Victorián tierras, viñas, casas y un hórreo, también heredado todo ello. A Fanlo, en tiempo del abad Banzo (1035-70) da Fr. Sancho de Sasal una casa, que construyó

con su hórreo. No pasaremos del 1080 y otra donación a San Juan de la Peña de Sancho, repostero de Sancho Ramírez, de «una casa en Navasa, cum suo cellario et suo palgario, et sua tinia, et suo horreo, et sua era, et suo hortu», esto es, casa con bodega, pajar, corral, hórreo, era y huerto. Son bastantes para muestra de su existencia normal como tales edificios entre los siglos IX y XI, dejado aquél de San Millán sólo como anecdótica noticia de su vetustez tradicional.

Respecto de Iracheta y su condición de posesión regia, Moret anota una compensación de García Ramírez (1147) a Irache por lo de «Irasqueta, que os tomé y di a mi hermana doña Elvira» no dice cuando; con toda certeza siendo ya rey de Navarra.

En la corona debe continuar hasta la llegada desde Sangüesa del primer comendador de la Orden de San Juan, García Gil, con primer documento del año 1187. La encomienda, según S. García Larragueta contiúa en gran auge por todo el siglo XIII.

El edificio, menudo y de planta rectangular sólo tiene alterado su alero y agrandada la puerta en fecha imprecisa, pero bastante tardía, que puede alcanzar el siglo XVI. La planta baja es diáfana y apoya cada uno de los costados largos sobre tres arquitos de medio punto, y los cortos sobre dos, que dejan un pilar central a cada lado, extremos de una recta con otros dos pilares (uno reconstruido), alineados a su vez con los arcos en los otros frentes, que servían para soporte de gruesas maderas, apuntaladas sin duda en las impostas de arcos y pilares, pues hay muchas rotas y no se ve otra causa. El suelo es de morrillo formando dibujo sencillo, inefable como todos éstos.

Láminas 65-69.

Lámina 69

El piso alto tuvo ante la puerta el puente de madera característico de todos los hórreos, para evitar el paso de bichejos; estuvo formado por tablas apoyadas sobre un madero, colocado a su vez sobre piedras salientes, y por el otro en el fin de una escala, que sube arrancando del suelo. Tiene aberturas al exterior por tres saeteras de sección rectangular; dos en los piñones de los lados cortos y la tercera en el costado izquierdo de la puerta, mirando desde fuera. Son de ventilación las dos primeras; la tercera ilumina la entrada y, quizás, pudo valer como defensa de la puerta. Ahora continúa su destino de granero. El solado fue de losa sobre los maderos.

Como es lógico en un edificio utilitario, no tiene decoración, por lo cual su fecha puede tan solo precisarse por aparejo y relación respecto de los demás edificios integrantes de la Encomienda. Son estos: la iglesia, románica, terriblemente alterada, pero no lo suficiente para mostrarnos su fecha tardía, y el palacio, mejor que casa, del comendador, muy de acuerdo con los fina-

les del siglo XII por sus arcos apuntados y las ventanas gemelas; merecería una restauración cuidada. Nada tiene parecido, tampoco, respecto del hórreo.

La talla de piedra es buena, pero apiconada y sin las rayas oblicuas de la escoda, características del románico. Tiene fuertes los esquinales y de hilada menor en altura todos los muros, tendiendo al sillarejo alargado, por dominio de la longitud sobre las otras dimensiones, aunque sin alcanzar los larguísimos del Gállego y de los aparejos musulmanes, llevando bastantes piedras angulares emplazadas de canto, para simular aparejo mayor; los pilares asientan sobre un plinto, sin molduras, y se coronan por una delgada hilada saliente, asimismo sin moldurar, todo ello semejante por completo al hastial de cabecera de Valdediós, en Asturias (finales del siglo IX) y a las iglesias mozárabes influídas por el arte asturiano: Santa María de Lebeña y San Román de Moroso, ambas en Santander, con despiezos ya vistos. Los arcos no llevan clave y todo el aparejo, aunque sentado con mortero de cal, está preparado con finas juntas (a hueso). En conjunto indica una prioridad de construcción grande sobre las fechas de los edificios elevados para la Encomienda; el hórreo subsistió por fortuna, por su buena construcción, y su interés, totalmente excepcional, se fundamenta en que, tanto aquí como en todos los lugares de hórreos conservados: Asturias, Galicia, no hay uno solo de fechas tan tempranas como el siglo IX o a lo más el X y no demasiado avanzado, pues nada tienen de musulmanes los arcos; y el aparejo aunque presenta recuerdos islámicos, lo hace como Valdediós y las iglesias influídas por la construcción de tipo asturiano. Nuevamente veremos reflejos análogos en las edificaciones de Sancho el Mayor; éstas de ahora quizá fueran consecuencia de las andanzas por Navarra de las gentes de Ordoño II, casado a poco con Sancha, hija de Sancho Garcés I; como su antecesor en el trono, Alfonso III (862-910), lo hizo con Jimena de Navarra.

BIBLIOGRAFIA

No han sido estudiados los influjos del arte asturiano en Navarra. Como vienen mezclados con elementos procedentes del musulmán, es útil la bibliografía del capítulo precedente, S. GARCÍA LARRAGUETA dio documentación de interés en su estudio sobre los Sanjuanistas de Navarra, ya citados. El artículo de LACARRA y GUDIOL sobre románico primero navarro incluye un capitel de San Martín de Unx como posible asturiano. T.

BIURRUN dio equivocado el hórreo de Iracheta. Para datos documentales pueden consultarse:

BIURRUN, T., *El arte románico y su significación doctrinal*, Pamplona, 1936.

GARCÍA LARRAGUETA, S. (Obras citadas en el capítulo II).

LACARRA, J. M. (Obras citadas en el Capítulo II).

MARTÍN DUQUE, A. J. (Obra citada en el capítulo II).

Índice de láminas del Capítulo IV

- 64.—Hórreo de Santa Fe de Escaroz, de fecha incierta, construido con piedra (mampostería como sillarejo y esquinales de sillería) y madera en la cubierta y los entramados horizontales.
- 65-69.—Hórreo de la Encomienda de San Juan de Jerusalén, Iracheta, en el Valle de Orba (Valdorba). Siglo X o finales del IX.
- 65-66.—Antes de la restauración: vista de conjunto de las arquerías de planta baja cerradas (66, a y b).
- 67-69.—Después de reparado, aun sin terminar las obras: repuesta la escalera de acceso y el puente de madera, después de abrir los arcos cerrados (a y b); detalles del aparejo de un costado y de sus arcos (68, a y b), así como del interior en bajo (69, a), no habiéndose podido abrir los de la izquierda (Id., b) por dar a una casa contigua, que habrá de ser derribada.
- 70.—Pila del Museo Diocesano (a), posible del siglo X (el escudo grabado es moderno). Frentes de un capitel hallado suelto en San Martín de Unx, de tipo semejante a los asturianos del siglo IX.











a



b

a



b





a



b



c



CAPITULO V

SAN MILLAN DE LA COGOLLA

Es el monasterio mejor documentado de todos y de manera segura e indiscutible. La vida del Santo (ap. 474; † el 12 de noviembre del año 574) escrita por San Braulio, nacido por el año 564, está inspirada según su propio testimonio, declarado en carta dirigida por entonces a Frominiano, abad de la Cogolla, en la obsesión: «Es mejor decir la verdad sin erudición, que las ficciones con elocuencia»; señal del ambiente legendario creado en derredor de San Millán aun en años tan tempranos: ¿Se contagia sin poderlo remediar? Si así fuera tendríamos como causantes a quienes le habían conocido personalmente o recogieron noticias de amigos y contemporáneos: Citonato; amigo y sucesor; Sofronio y Geroncio, presbíteros y monjes del cenobio; la difunta Potamia, procedente de la Galia, que juntó un grupo de vírgenes consagradas al Señor, con las cuales vivió ya octogenario y le asistían en sus achaques y dolencias; Aselo, monje de su cenobio («cum quo habebat collegium»).

La presencia de Potamia, de allende los Pirineos, es una muestra más del internacionalismo destacado al principio, que hace creíbles y traídas de Sens las reliquias de Santa Coloma, la presencia de San Félix en Gerona y tantas y tantas otras noticias engendradoras de Leyendas, que no tuvieron la suerte de hallar un San Braulio contemporáneo para relatarlas en un texto conservado.

Fue publicado por Sandoval (Fundaciones) y reiterado por muchos, de los cuales citaremos al P. Minguella, por su acierto en deshacer la confusión entre los dos Emilianos, el de Berceo (Bergegio), y el aragonés de Berdejo (Zaragoza); más el estudio reciente de L. Vázquez de Parga.

Era Millán, o Emiliano, pastor de ovejas; las notas de su flauta despier-tan sentimientos desconocidos en su alma y aspiraciones nuevas, que le conducen a los 20 años a la cueva en la cual mora, enseña y realiza continuos

prodigios el solitario Felices, en lo alto de la roca donde asienta el castillo de Bilibio (en las llamadas Conchas de Haro, cerca de la ciudad); allí queda la celda rectangular, tallada en la roca, cubierta por pseudobóveda de cañón, altar de nicho en el frente y al pie la sepultura, tal y como la describe Grimaldo en el relato del traslado de las reliquias a la Cogolla (6 de noviembre de 1090): «Estaba el sepulcro en la punta de una peña, delante del altar de la iglesia, fundada en aquel lugar a la parte del Oriente, en una cuevecilla hecha a pico de cantero, con algunas labores de cantería para su adorno». (Risco). Se halla tan enlucida y pimpante, que dichos adornos desaparecieron.

Retírase luego a la Sierra de la Demanda como ermitaño durante 40 años; el obispo Dídimo de Tarazona le consagra presbítero y nombra párroco de Berceo, donde poco dura por su mucha caridad, que perjudica los ingresos de los otros clérigos a sus órdenes. Entonces vase donde había de alzar, mejor excavar, su cenobio, y allí pasa el resto de sus días, y son incontables los enfermos curados y los demonios expelidos; profetiza la destrucción de Cantabria por Leovigildo; lucha personalmente con el demonio; resucita muertos... La gama entera, prodigiosa y deslumbradora, pero atestiguada en este caso por muchas personas dignas de crédito y pasados todos los recuerdos por la crítica de San Braulio.

Es enterrado en su oratorio («corpus eius... depositum est, ubi et manet in suo oratorio»).

Lámina 71.

Por suerte se halla en pie y no demasiado maltrecho el monasterio, llamado «de Suso» (en alto), para distinguirlo del bajo, «de Yuso», existente por el Siglo X, reconstruido en el XI y borrado por entero bajo la ingente mole del alzado en el XVI.

Se ocuparon de su análisis, V. Lampérez y, sobre todo, M. Gómez Moreno, en sus «Iglesias Mozárabes», ambos antes de la limpieza y desembarazo de lo postizo; por tanto sin haber podido ver muchas zonas ocultas. Sin embargo sus conclusiones fueron acertadas en casi todo lo fundamental.

Fluctuante durante los años del Siglo X entre Pamplona (Años 927-929 y 930-946; luego a partir de 960) y la Castilla de Fernán González (947-960), con afluencia constante de peregrinos castellanos, a los cuales concede inmunidad Sancho Abarca (968). A monarcas navarros pertenecen las dos consagraciones conocidas por la donación de «Locrunio y Assa», de Sancho Garcés I (929) «in devotione et sacratione basilice», y la confirmación de Sancho Garcés II Abarca (984) de las posesiones «in die dedicationis ecclesie superioris», en el día de la dedicación de la iglesia de Suso, dato bien elocuente de la existencia del inferior de Yuso; así como la restauración de

Sancho el Mayor, quien aparece con frecuencia por el monasterio desde 1015, luego del destrozo causado por Almanzor en 1002; tiempo del abad Ferrucio (seguro entre los años 993-1014) y de recuerdo vivo en el siglo XII, en anotaciones del monje Fernando intercaladas en el opúsculo sobre milagros de San Millán (cod. 23 de la R. Academia de la Historia). El destrozo acaeció durante la última de sus campañas de castigos por la vía romana de Lara y Canales de la Sierra (Dozy). En escritura de 1027 llámase a Sancho el Mayor restaurador del monasterio (L. Serrano).

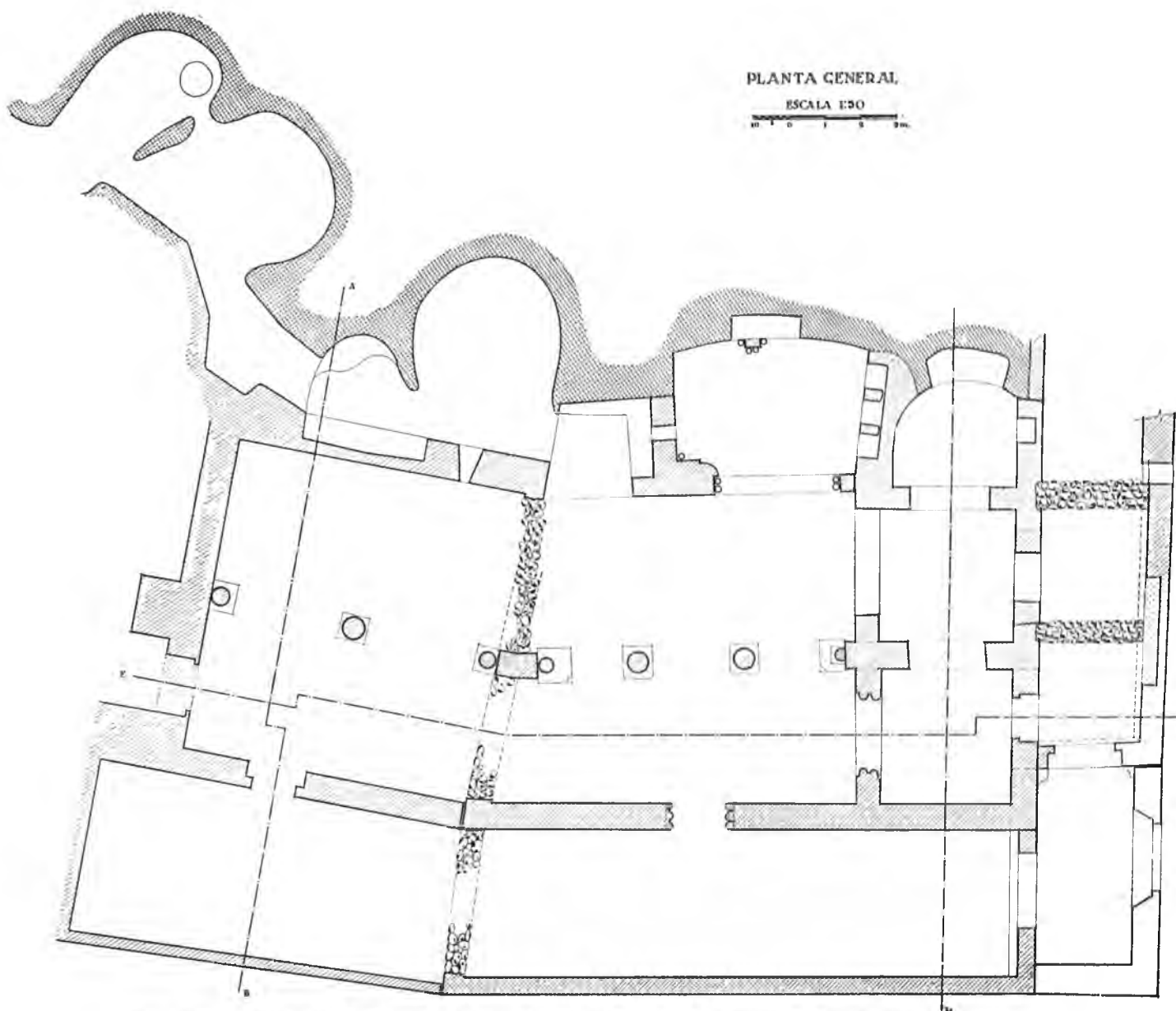


FIG. 32.—Planta de S. Millán de la Cogolla (Logroño). Se han marcado las cuevas y los diversos periodos con retícula diversa, lo mismo que las cimentaciones.

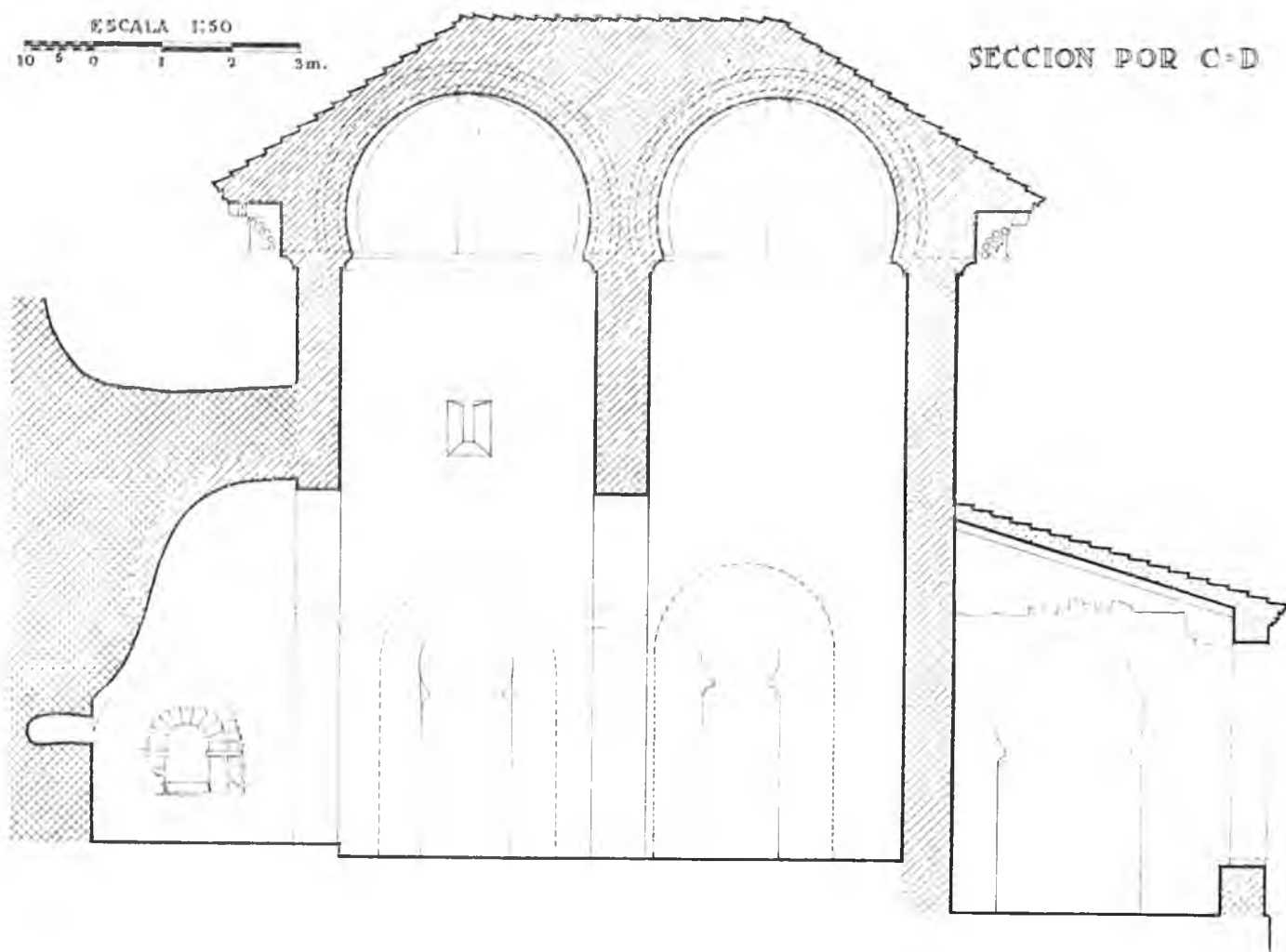


FIG. 33.—S. Millán de la Cogolla. Sección por el crucero; a la derecha el arco de la entrada del pórtico, a la izquierda, en la cueva, el altar simple de nicho.

Figuras 32 y 33.

Entrase al cenobio por un porche moderno a través de un arco en herradura calcinado, con agujeros en las jambas para colocar palos atravesados, que permitirán el paso de personas y no de animales, único cierre primitivo. Sigue un pórtico lateral destruido por el incendio, reparado ahora con arcos de ladrillo, donde se halla el sarcófago primitivo de San Millán, análogo a los de Briviesca y Poza de la Sal (Burgos) supuestos del siglo VI (los cree ahora H. Schlunk del IV). Borrados sus relieves en fecha ignorada, bien porque no se adaptaran a San Millán, acaso en destino posterior al trasladarlo al pórtico, donde se halló unido a la tradición de reinas navarras allí sepultadas, a obispos y a los «Siete Infantes de Lara».

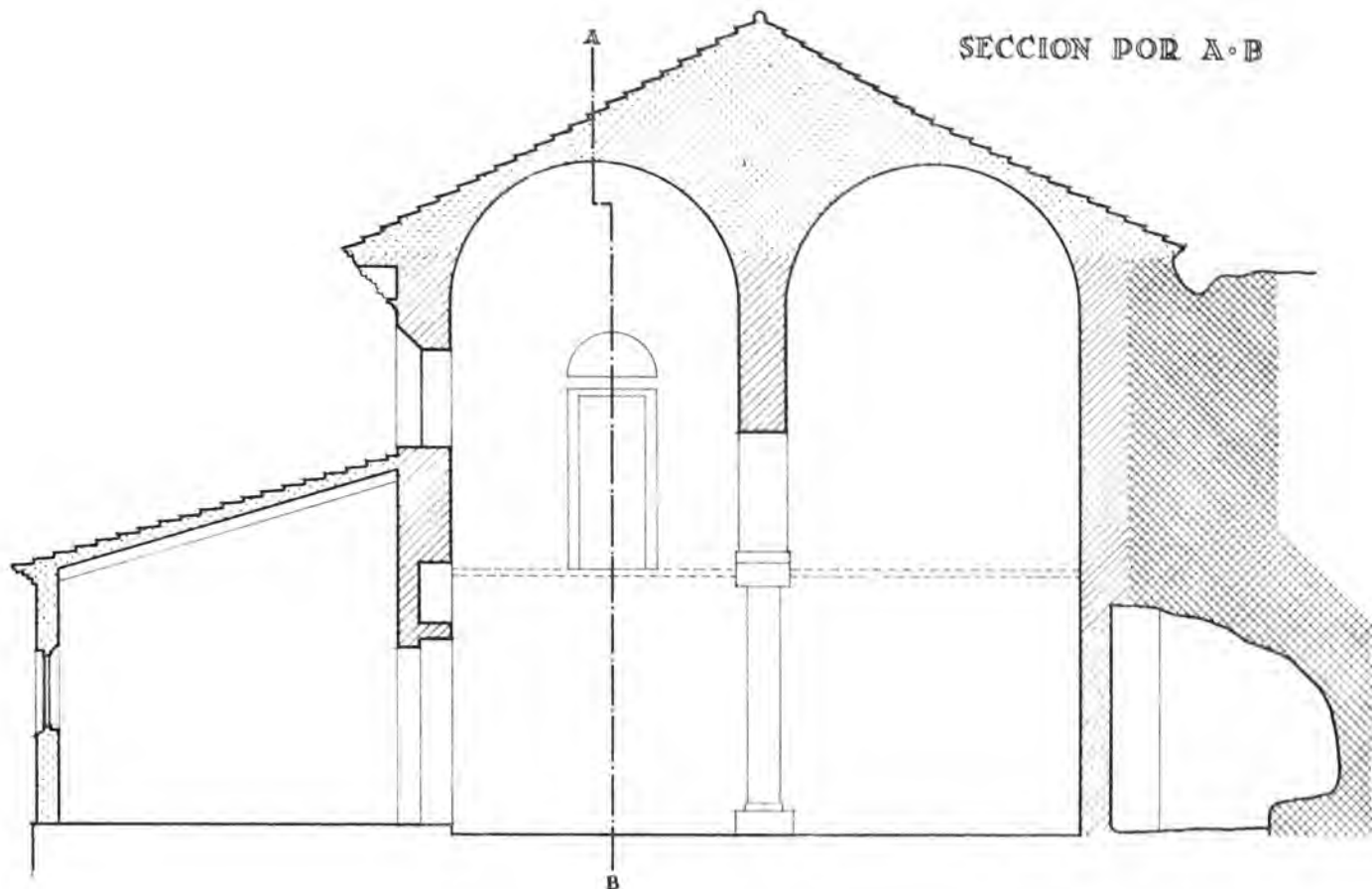


FIG. 34.—S. Millán de la Cogolla. Sección por los pies del Templo, en la zona de ampliación de Sancho el Mayor (a la misma escala de la figura precedente).

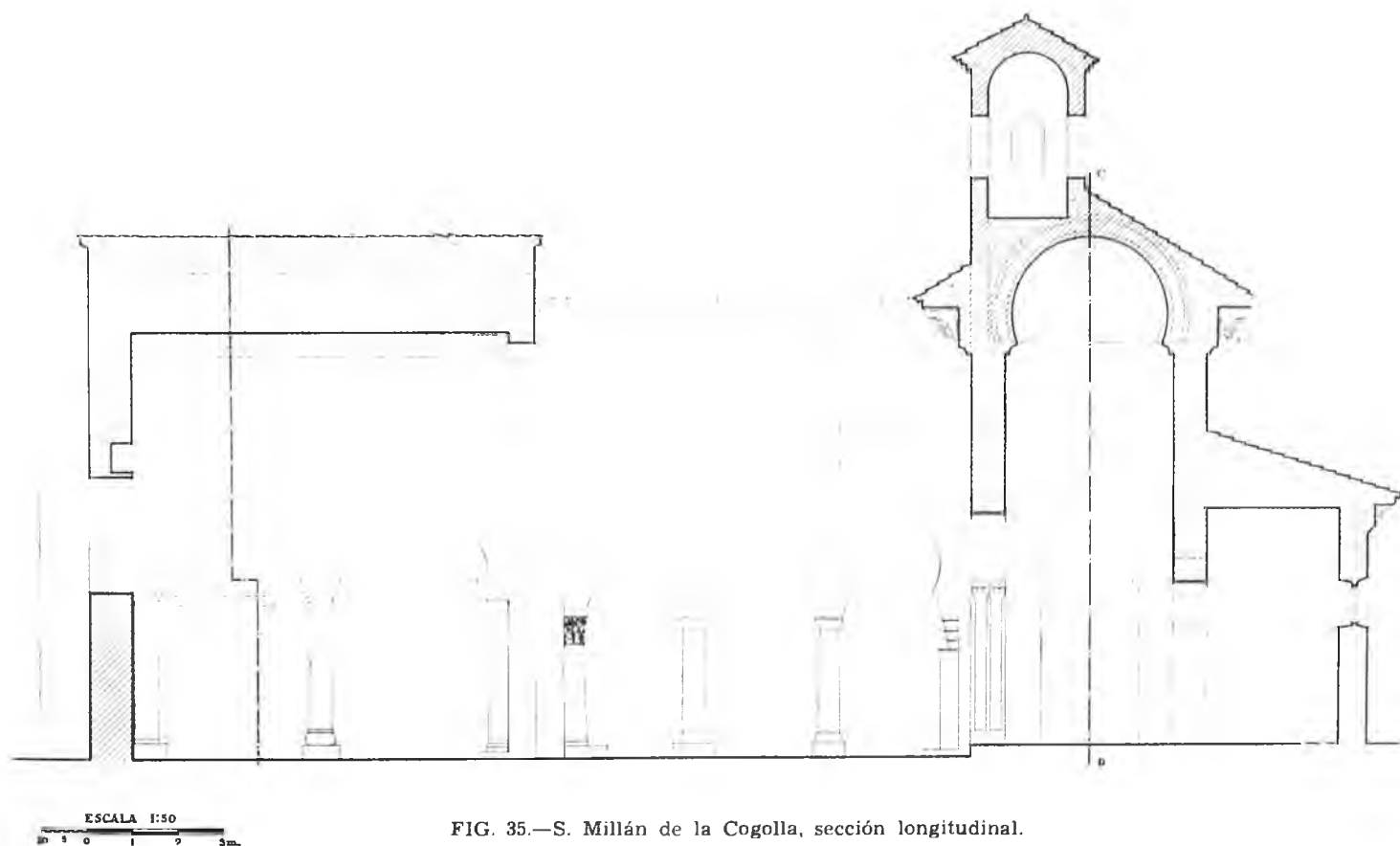


FIG. 35.—S. Millán de la Cogolla, sección longitudinal.

Una lápida del siglo XII lo recuerda en el pórtico:

Lámina 74, b.

REGNO PRELATE NAVARRE SVN TVMV LATE
TOTA FIDE PLENA, NEC NON ELVIRA ET GEMENA.
TRES HIC REGINE, SIT REQUIEM SINE FINE
AMEN

La foto reproduce la muy tocada lápida, todavía legible. La que dicen había de los «Siete Infantes» no pude hallarla.

Lámina 73.

En el pórtico está la puerta del templo, en herradura bien cerrada sobre tres columnas en cada jamba, caso único; como lo son también los capiteles de mármol. Una vez más tenemos que lamentar la pérdida de lo musulmán en la frontera califal superior, pues aunque son islámicos el cerrado arco y los capiteles, nada tienen de cordobeses y, en cambio, mucho de recuerdos visigodos en despiezo, labras a bisel y círculos, como sucede a todas las cosas musulmanas de la región entera. Lleva uno un pájaro patas arriba picando un ojo a una cabeza en el ángulo; otra forma sin precedentes. La iglesia es de doble nave y separación por dos columnas; alto crucero cubierto por musulmanas bóvedas de nervios y cabecera doble, muy destruída para instalar allí la tumba de Santa Aúrea, en el siglo XI (rehecha en el XIII; conserva solamente la puerta); todo ello con arcos en herradura y calcinado.

Figuras 32-35.

Detrás una serie de cuevas, dos con altares de nicho, y a los piés la parte ampliada por Sancho el Mayor, sin calcinar y con arcos de medio punto.

Lo contemporáneo de San Millán se reduce a las cuevas artificiales, en dos pisos ahora, luego de amplios derrumbamientos del acantilado bien visibles.

Debajo existió un tercero, cegado y destruído por las ampliaciones de Sancho el Mayor. Por la sierra hubo varias ermitas y otras cuevas desparrramadas. En las de Suso se ven tres juntas, quizá las citadas por Grimaldo como refugio de Santo Domingo durante sus disputas con el rey García Sánchez antes de huir a Silos; ahora se atribuyen a San Millán. Cuando los cenobitas pasaron a Yuso, aquel lugar venerado se convirtió en cementerio, hasta cubrir todo el suelo de las viejas celdas, siempre con tumbas antropoides, que pueden ser de los siglos X y XI. Interesan las dos cuevas con altar de nicho. La situada en prolongación del crucero lo lleva en su muro hacia Oriente, a un metro del pavimento, con dimensiones de 1,10 metros de alto por 0,70 de ancho y 0,50 de fondo. El ara es moderna y no fue levantada por miedo a destruir buena parte del nicho tal como está de calcinado.

Figura 33 y

Lámina 80, b.



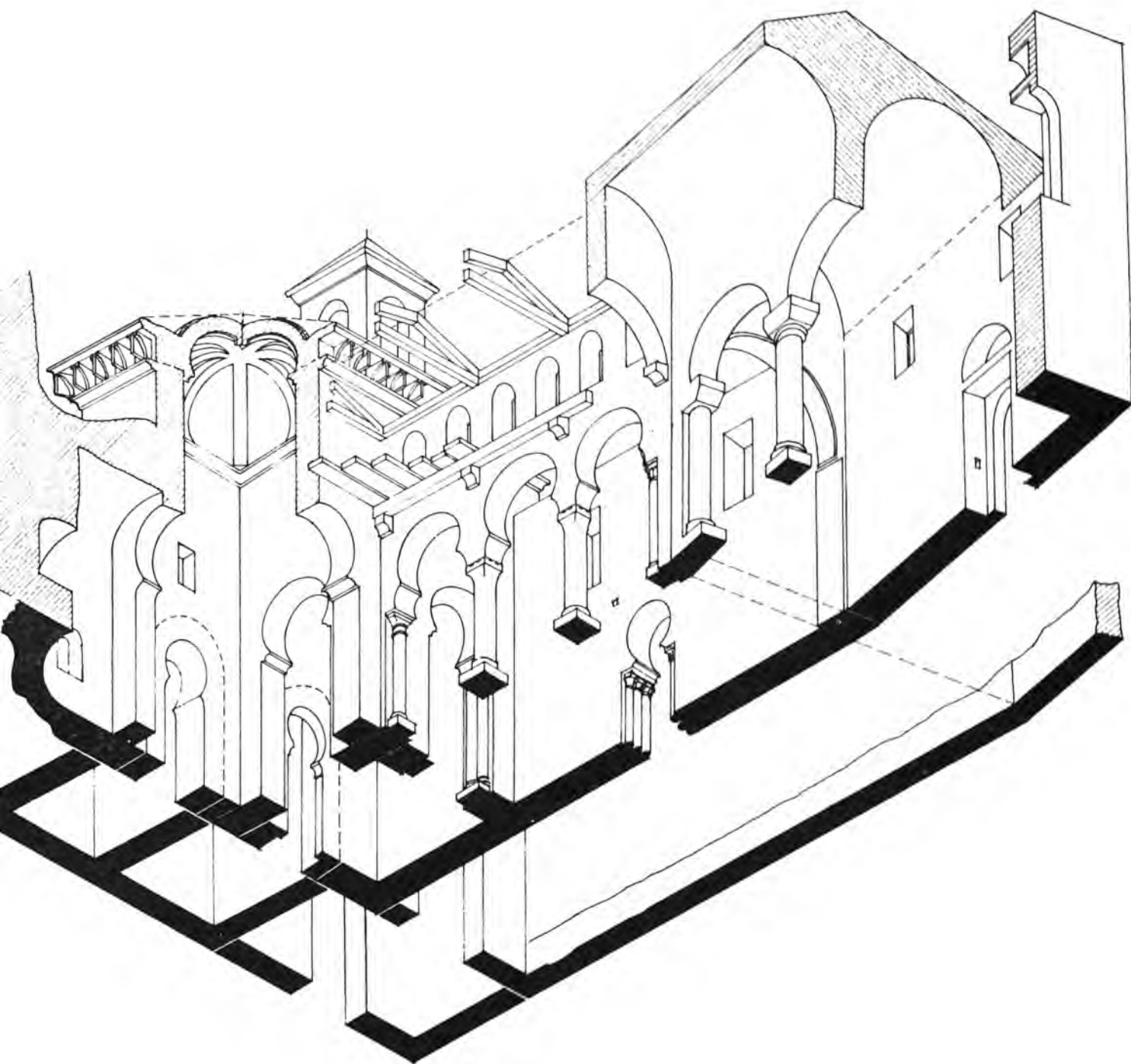


FIG. 36.—Perspectiva isométrica de S. Millán de la Cogolla. Se ha marcado la estructura, entrepiso y cubierta de la primera etapa de pórtico ante las cuevas.

La cueva contigua, señalado el sepulcro de San Millán por estatua yacente románica, tiene triple nicho, el derecho reparado por Sancho el Mayor. Los tres arcos, de medio punto como el anterior, miden 1,30 metros de alto, por 0,65 y 0,50 en su fondo; sobre 1,15 del suelo: están separados por toscos maineles enterizos sin decoración. También son posteriores las aras pero aquí llevan relicarios bien visibles.

Repetidas veces han aparecido estos altares de nicho. En capillas de uno y tres los tiene también la cueva de San Frutos, en el Duratón (Segovia), se repiten por los cenobios del Condado de Treviño y flanquean las cabece-
ras de San Pedro de Rocas, en Galicia. San Esteban en Viquera y Santas Centola y Helena de Siero, Aquí con la fecha del año 782; pudiéndose ver en varias iglesias de Capadocia y Sicilia, rupestres como la mayoría de las españolas. Los de la Cogolla están avalados a más de la mención del oratorio para entierro de San Millán, en la vida escrita por San Braulio, por la veneración continuada y precisamente como altares, según vemos en la propia donación citada del año 929 «al santísimo, sublime y con reverencia venerable altar de nuestro patrón Emiliano, donde su sacro cuerpo reposa enterrado venerablemente...» («patroni nostri Emiliani sanctissimi sublimius ac reverentius venerari altario ubi corpus eius sacro cum veneratione tumulatum quiescit...» M. Gómez Moreno y L. Serrano). Además aquí, al pie del mainel derecho, apareció en una hoquedad cerrada con yeso calcinado una pequeña caja de madera destruída por el fuego y la humedad, que pudo reconstruirse por su forro de piezas de hueso, algunas teñidas de verde, bien ajustadas y sujetas a la madera por clavillos del mismo material. Es casi cuadrada (58

Figura 37 y
Lámina 82

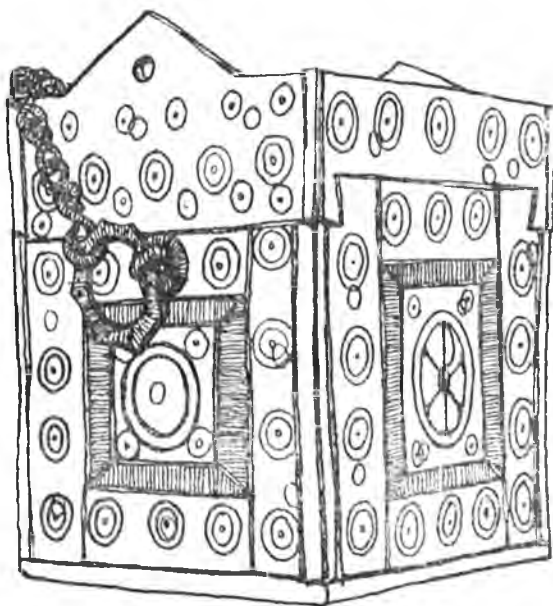


FIG. 37.—S. Millán de la Cogolla. Caja de reliquias en el altar de nicho de la celda-sepulcro del Santo.

por 60 milímetros el solero y 69 de alto con la tapa; 50 sin ella) y su tapa se abre deslizando sobre cortes en cola de milano, como las pequeñas cajas de reliquias para las aras, con la diferencia entre las últimas, siempre selladas, y la de San Millán, que tuvo un palo cogido a unos triángulos elevados sobre la tapa, para poner los dedos y abrirla fácilmente. La decoran círculos concéntricos negros y un pequeño «crismón» en el frente, según tradición romana, que puede llevarla incluso al siglo V. Tiene cadenilla para colgarla, por lo cual parece una reserva eucarística colgada en el nicho, utilizada luego como relicario, más no se halló ninguna reliquia de las citadas luego en el documento: «de Santa María siempre Virgen y madre de nuestro señor Jesu-Christo, y San Miguel Arcángel, y los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y San Andrés», que acaso pudieran estar en el ara mozárabe conservada en el Museo Arqueológico Nacional. En San Juan de la Peña encontraremos otros altares de nicho y una caja de consagración, que aclarará las dudas de las reliquias desaparecidas al parecer de la caja. En el nicho central había un relieve de alabastro de la misa de San Gregorio, quizá del siglo XIV, y allí quedó.

Y aquí termina lo visigótico de San Millán, que no es poco, pues marca tipos para tantos; sin la menor duda posible respecto de su destino y de la fecha inicial para la tradición continuada, expuesta en «Algunos problemas de las viejas iglesias españolas».

El ancho desigual de las dos naves (4,20 metros y 3,90) su material diverso (arenisca; el resto es caliza) y el diverso aparejo, separan la tendida delante de las cuevas de la otra, como un pórtico formado por tres arcos en herradura poco desarrollada, dovelas radiales, con trasdós irregular, mayor ancho en los salmeres de arranque y de mayor amplitud el central, todo ello de tradición visigoda; soportando seis arquitos encima semicirculares, armados solo con dos piedras como el pórtico de Valdediós. Solo resta un capitel original, calcinadísimo, diverso de los situados en la puerta por los sogueados, que los demás no tienen. Las dos columnas gruesas centrales son posteriores y el capitel final se remendó toscamente con estuco.

Los arquillos superiores pertenecieron a un piso alto, como en el pórtico de San Feliú de Guixols (Gerona), viéndose los mechinales cerrados de las vigas para soporte del suelo. Al agregar la segunda nave y desaparecer el piso quedaron los arcos superiores como suplementos de altura, recordando el patio y división de naves de la mezquita de Damasco (de nuevo lo sirio) y algunas iglesias toledanas (San Román, Santa Eulalia) al oriente remataba el pórtico una estancia cuadrada y en el muro de fondo se apreciaba un gran arco cerrado y nuevamente abierto antes del incendio (porque se apre-

Figura 35.

Lámina 74, a.

*Figura 36 y
Lámina 77.*

Lámina 78.

cia bien hasta qué punto fue calcinado), por otro arco menor hacia la capilla izquierda de la cabecera. Encima la ventana cuadrada igual a otra vista en Torrecilla de Cameros.

La nave agregada sigue hacia el crucero a través de un arco apeado por dobles columnas en frente de un arco en herradura, que se abrió cortando un muro sin dovelas y también sin calcinar los bordes, indicando su apertura posterior a la capilla del Sur después del año 1002. Por la parte de los pies la reforma de Sancho el Mayor borró lo allí existente, si algo hubo.

Por fin, fue alzado el crucero y cerrado por las bóvedas de nervios musulmanes de caliza y resto de toba. El aparejo cambia y alterna una hilada de 22 a 25 centímetros con otras de 34 a 38, angostas y de poco tizón, como en Lebeña y Moroso (Santander); las inferiores alcanzan más de un metro por 0,54 de alto, sin hilada seguida. La ventana sobre las capillas absidales, mide 54 por 15 centímetros. Las impostas de arranque de los arcos son siempre de nacela.

El alero se perdió calcinado en las capillas de la cabecera pero queda en el crucero. Tiene analogías indudables respecto de los canes tudelanos, pero los aparta de todo el saliente como abanico, que vale como nervio central. Tuvo cubierta de madera y para no romper este riquísimo remate de muros en el crucero, tuvieron que poner tejado independiente a cada nave, como en las mezquitas, con canalón a lo largo del muro divisorio, lo cual justifica la igual elevación del muro sur y del central (la perspectiva indica las armaduras primitivas y el suelo sobre los arcos en herradura).

Si esta zona muestra influjos extraños, separados del mozárabe leonés, la parte ampliada por Sancho el Mayor claramente separada del resto por no estar calcinada, recuerda cosas de Asturias y de las iglesias del Alto Gállego. En primer lugar los arcos son todos de medio punto y las dos puertas existentes, la una en la prolongación del pórtico lateral y en alto la otra, en los pies, ambas con delgado dintel y arco de descarga, en la forma de las

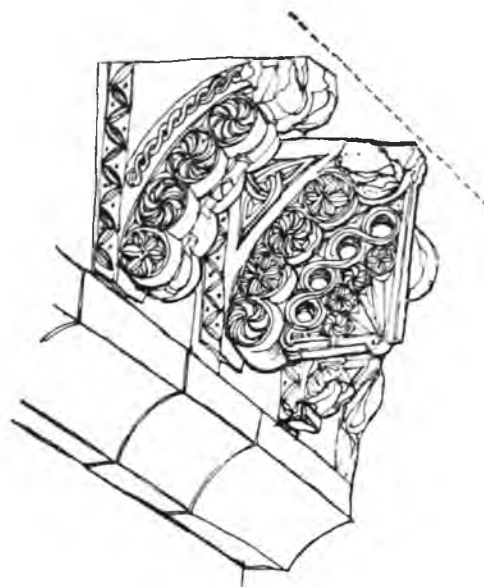


FIG. 38.—Detalle de los canes.

Lámina 75. a.

Láminas 72, b y 79.

Figura 38 y
Lámina 72.

Figura 36.

Figura 34.

cubiertas hacia los departamentos de los pies en Lebeña, en las puertas de las iglesias del Gállego (en éstas con el arco inferior en herradura) y de otro hacia el porche lateral en la obra vieja de San Isidoro de León, correspondiente al tiempo de Alfonso V (999-1028), confirmando las fechas que vamos asignando para los monumentos examinados. Las dos naves llevaron bóvedas de cañón de toba, reconstruídas, y las ventanas son rectangulares y derramadas al interior; (la del fondo es postiza) y remates en medio punto, también con derramo, al exterior; partiendo en dos tanto el muro como la ventana, con celosía entre ambas, al parecer, otra vez como el grupo del Gállego. Las puertas, tanto la baja como la situada en alto, para una especie de coro, que recuerda la tribuna de San Baudel de Berlanga (Soria), tuvieron hojas aseguradas por el interior mediante sendas trancas. Los capiteles y basas no pueden ser más simples en la columna única con ellos.

Láminas 75, b y 84

Lámina 83.

Estan bien definidas las etapas: las cuevas con sus altares, visigóticos de tiempos de San Millán; el pórtico ante las cuevas y sus remates hacia los dos extremos, perdido el occidental y reformado el otro, de la consagración de Sancho Garcés I; la iglesia entera, quemada por Almanzor, de la nueva dedicación por D. Sancho Garcés II; a Sancho el Mayor hemos de adjudicar la reparación de tanto desastre y las naves prolongadas.

Por cierto que, la dicha doble nave sustituyendo la doble capilla primera, existente por tantos monasterios de cuevas (San Frutos, La Goba, etc.) y vista luego en San Juan de la Peña, plantea como solución lógica la exigencia de la separación entre monjes y monjas, recomendada de siempre por todos (recuérdese San Isidoro) y precisada por la «Regula Communis», de San Fructuoso (1665), que recalca la total separación entre unos y otros «incluso en el templo».

La desviación angular de lo construido por Sancho el Mayor obedeció a la forma de la Peña de fondo; mas también por su mayor altura y la segunda puerta, innecesaria, que se abre al porche prolongado, y el mal corte del muro a los pies de la iglesia quemada, se impone la idea de las dos iglesias empalmadas e independientes otra vez una de otra, quizá necesarias por el aumento de religiosos de ambos sexos. El resultado final es que no aparece claro si fue iglesia única desde un principio la determinada por las complicaciones de Sancho el Mayor o fueron dos; las naves mozárabes con el crucero, la una, con su puerta lateral hacia el pórtico; la segunda integrada por las naves de comienzos del siglo XI, con su puerta igualmente al pórtico.

Encima de la cubierta del crucero hay una torrecilla, que actuó luego de campanario. Es íntegra de toba y tiene al interior su bovedita, quemada y ahumada mucho más que todo el resto ¿Sería un faro, el primero de tantos otros en iglesias de peregrinos? Es perfectamente posible.

*Figura 35 y
Lámina 71.*

BIBLIOGRAFIA

Fue dada ya con la parte general del arte musulmán y mozárabe al fin del capítulo III. En especial para la vida de San Millán, o Emiliano.

FUENTE, V. de la, *España Sagrada*, vol. L, Madrid, 1866.

MINGUELLA, Fr. T. de, *San Millán de la Cogolla*, Madrid, 1883.

SANDOVAL, Fr. P., *Fundaciones de la Orden de San Benito*, 1.ª parte, Madrid, 1601.

VÁZQUEZ DE PARGA, L., *Vita Sancti Emiliani, de San Braulio*, Madrid, 1943.

Índice de láminas del Capítulo V

- 71.—San Millán de la Cogolla (Logroño). Vista de conjunto en su estado actual. A la derecha el crucero elevado y la torrecilla, que pudo emplearse como faro, pues no se preparó para campanas y se construyó con bóveda. Es de toba toda ella. Sigue un tejado bajo hasta completar la obra del siglo X y empalmar con el de mayor altura, sobre las bóvedas de los tramos de nave añadidos por Sancho el Mayor en el primer cuarto del siglo XI.
- 72.—Detalles del frente de la entrada.
- a. Alero calcinado, roto el único can subsistente.
 - b. Crucero (con diverso aparejo en su parte alta) y doble cabecera (las ventanas muy posteriores). Encima la única saetera, que se abrió en el muro del crucero, del mismo tipo que San Andrés de Torrecilla de Cameros.
 - c. El frente al comienzo de la exploración: la parte izquierda moderna.
- 73.—Puerta de acceso a la iglesia (a) y detalle de los capiteles subsistentes.
- 74.—El capitel calcinado, único restante sobre las columnas de división de naves (a) e inscripción (b) del siglo XII, transcripción de otra poco legible y anterior.
- 75.—Nave del sur antes del derribo de las bóvedas barrocas (a) y sin ellas (b). La última, en dirección inversa de la primera, muestra en alto y al costado las puertas con dintel y arco de Sancho el Mayor (la baja del fondo, postiza) y las ventanas adinteladas al interior, de arco en la fachada. Se tomó antes de reconstruir las bóvedas.
- 76.—Naves del siglo X. Al fondo la ventana del crucero.
- 77.—Arquería de división de naves, calcinada y conservados los reparos del siglo XI. Entre los arcos bajos y altos, cerrados con mortero, los mechinales de las vigas, que soportaron el piso encima de los arcos en herradura.
- 78.—Detalle del crucero. Ventana en alto y debajo gran arco cerrado y nuevamente abierto en herradura, calcinado y roto, hacia la capilla Norte de la cabecera.
- 79.—Una de las bóvedas del crucero; los arcos de caliza, bóveda de toba.
- 80-81.—Altars de nicho triples (80, a y 81) y simples (80, b). El primero triple, puesto para comparación, es de la cueva de los «Siete Altares», o de San Frutos, en el Duratón (Segovia); el otro de San Millán (la «Misa de San Gregorio» es gótica, de fines del XIV).

- 82.—Caja de reliquias hallada en la base del pilarcillo situado a la derecha en la precedente lámina. Es de placas de hueso, teñidas de verde las de recuadro del «Crismon» y de los centros de los demás frentes laterales (a y b). Detalle de la tapa (c) y del solero (d).
- 83.—Vista de conjunto hacia los pies (la ventana del fondo, moderna). Los dos arcos del fondo sobre una columna y dividiendo las naves, son de la obra de Sancho el Mayor, del siglo XI, semicirculares y bien diversos de los tres primeros, a la izquierda, correspondientes al siglo X.
- 84.—Puerta de acceso a las naves añadidas por Sancho el Mayor, vista por el exterior (a) y el interior (b).



a



b



c





a



b



a



b



13

Arqueta de filigrana de plata dorada, de la Colegiata de Roncesvalles: frente y costado. Las armas del escudo (Francia-Navarra) parecen corresponder a la reina D.^a Juana (1274-1313), hija de Teobaldo II y esposa de Felipe el Hermoso, cuarto de Francia y primero de Navarra. Granadina (?)
(Cap. VIII)



a



b











a

LAM. 80



b

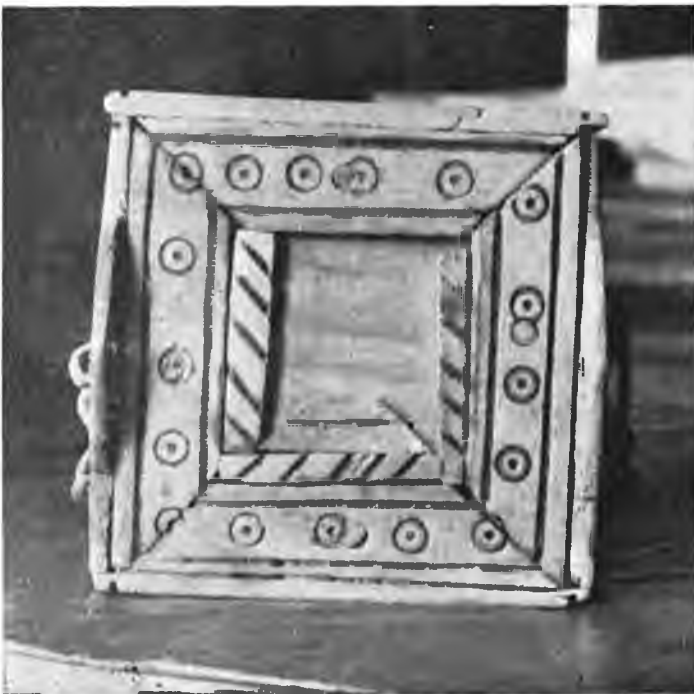




a



b



c



d





a



b

CAPITULO VI

SAN JUAN DE LA PEÑA

Sin una sola palabra más acerca de la discutida documentación, vamos a comprobar el completo paralelismo entre San Juan y San Millán, con la sola diferencia entre ambos del origen diverso de las gentes repobladoras de uno y otro cenobio; más musulmán, aunque lejano de Córdoba, para el segundo; cercanos a los visigodos de la meseta central, en San Juan. La bibliografía es copiosísima, pero no recoge los datos aportados por su limpieza y reparación.

La iglesia en su origen se redujo a dos capillas gemelas, con altares de nicho en los frentes, de los cuales arrancaron en ambos lados las aras. Las capillas tienen bóveda de cañón semicircular; igualmente la puerta y los altares de nicho son de medio punto. Ante las capillas hay sendas menudas naves, de ancho desigual (3,15 y 3,30 metros) y poca longitud (4,52; 7,05 metros hasta el muro del altar). Las capillas están en gran parte talladas en la roca y los muros de 1,35 metros de grueso llevaron bóvedas encima; las actuales de las naves no son primitivas, pero si viejas y anteriores a las de la prolongación hacia los pies, de ladrillo en el primer tramo y de piedra el segundo, sin pilastras en los muros, todavía más gruesos (1,85). El de los pies, rehecho en el siglo XVI y luego en una desdichada restauración de comienzos del actual, no presenta la menor garantía de autenticidad.

La primera parte, cabecera y primer tramo, elevados 1,27 metros sobre los restantes, constituyen la parte vieja y son de periodos diversos, según acreditan los arcos semicirculares de altares, ventana de comunicación entre capillas y puerta, primitivos y de tradición visigótica, y los muros de división de naves, en herradura muy poco pronunciada sobre una rara y chata columna con anillos, sin decoración en basa ni en capitel, ambos esquemáticos, e impostas simplemente perfiladas como algunos tipos asturianos del siglo IX (Gómez Moreno); pudiendo repetir lo mismo para el fuste, solo comparable

*Figura 41 y
Lámina 87*

*Figura 40 y
Lámina 89, b.*

Figuras 39 y 40.

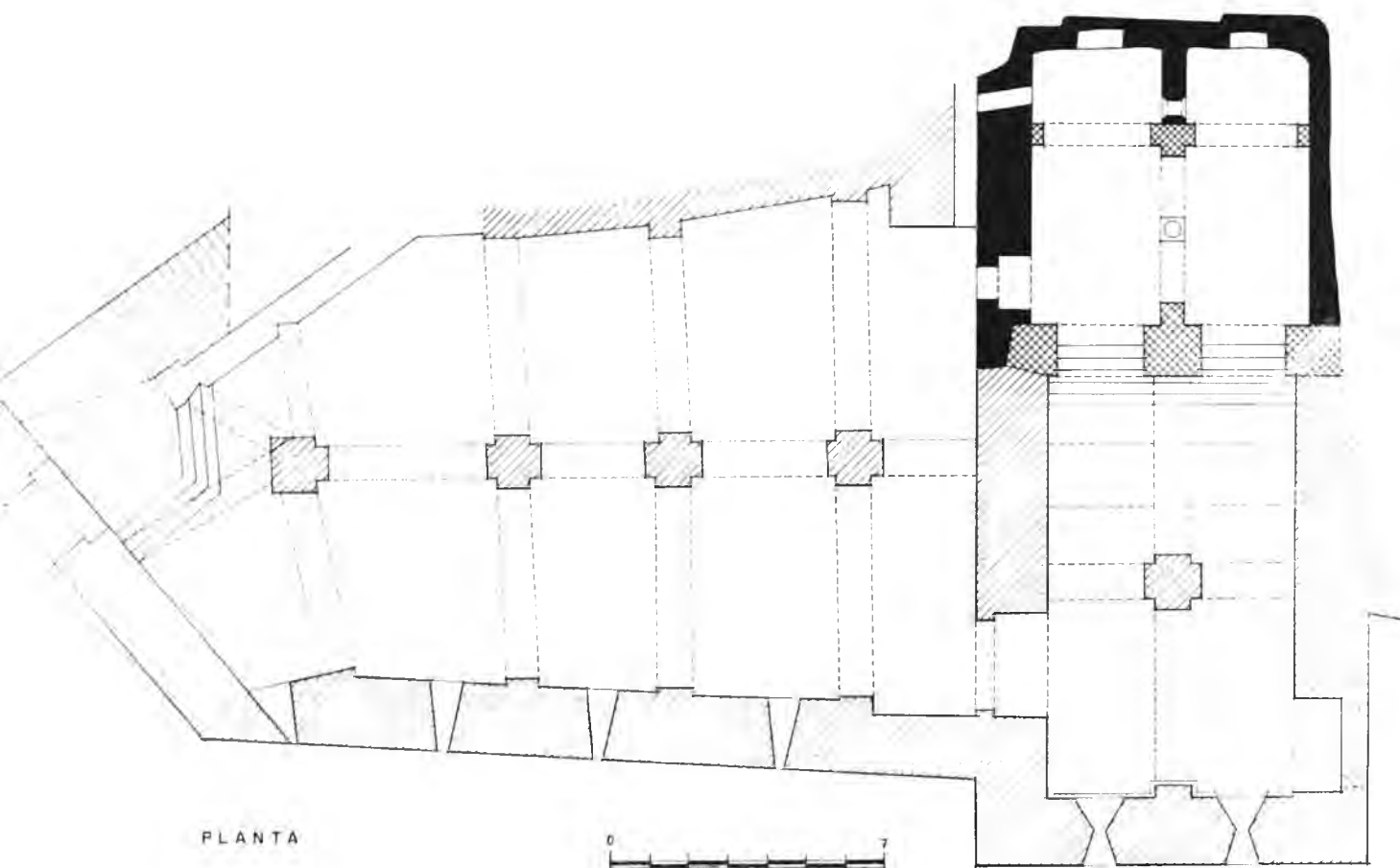


FIG. 39.—S. Juan de la Peña (Huesca). La parte rellena de negro es la primitiva (siglos VII a IX) la reticulada corresponde a modificaciones del siglo X; lo rayado románico de Sancho el Mayor.

Lámina 87

a un mutilado fragmento del Museo de Oviedo, y para la puerta, exceptuada la seudoclave, única y sólo análoga como solución extraña y difícil a las en forma de T de Santa María de Naranco.

El aparejo de toda esta parte hasta donde cortó el muro de los pies, lleva piedra larga y estrecha, con altura de hilada de ocho a diez centímetros (alguna excepcional, como la de imposta, mide 32). El muro de cierre al Oeste se cortó luego en dos arcos sobre nuevos pilares.

Lámina 88

Las dos capillas del testero, no perfectamente orientadas al Este, como sucede también con San Millán, están pintados en el período románico, viéndose la crucifixión, ángeles y una parte del larguísimo e infructuoso martirio de Santos Cosme y Damián, árabes y médicos, víctimas del tirano Lysias, cuyo nombre aparece a la izquierda, viéndose del otro lado el fragmento

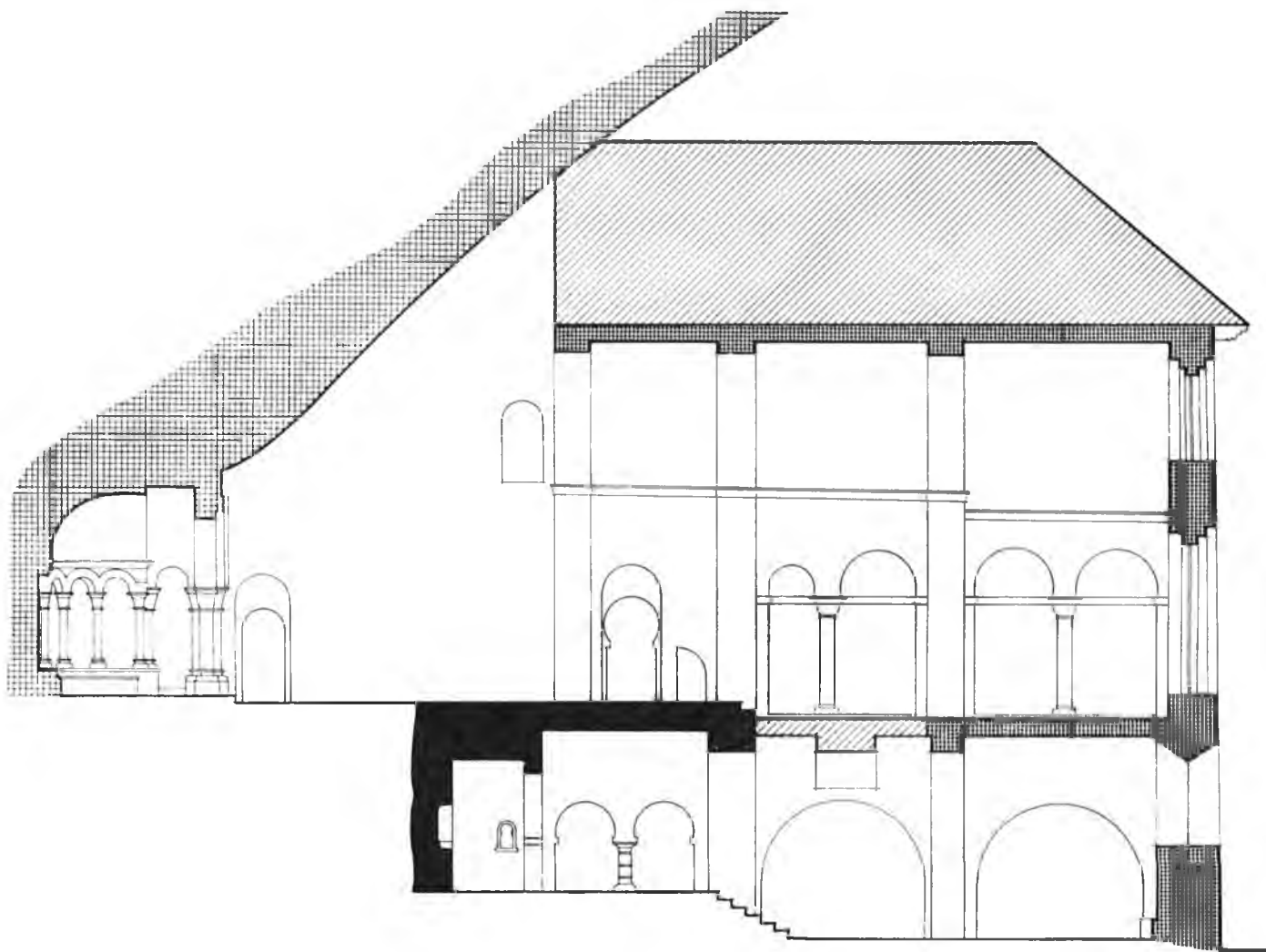


FIG. 40.—S. Juan de la Peña. Sección longitudinal a la misma escala de la planta. Es primitiva, la zona rellena de negro; de Sancho el Mayor la reticulada (el muro de los pies rehecho sin garantía); la bóveda central, rayada, es del siglo XVII.

AMIANUS, de Damianus. Se refiere al momento de someterlos al tormento del fuego, atizado según la pintura por MINISTRI, sin logro mayor de las caricias de las llamas a los mártires y la muerte de muchos paganos próximos, curiosos y ávidos de contemplar de cerca el sufrimiento. La detención aquí era obligada, pues los cambios de las dedicaciones sucesivas confunden. Primero parece fue San Juan Bautista, conservado en el ábside central de la iglesia románica superior; luego el mismo y Santos Julián y Basilisa, justificado el doble título por los dos altares y otras tantas naves a juicio de Gómez Moreno; siguen Santos Cosme y Damián, en época románica, y Labaña en su

visita el 28 de noviembre de 1610 la vió dedicada, y de años antes, a la Virgen.

La parte de influjo musulmán tiene aparejo mucho mayor, no fácil de identificar a causa de la renovación posterior. De todos modos contrasta fuertemente con la puerta de ingreso. Las embocaduras de los ábsides parecen relabrados, después de algún tiempo, en herradura y no efectuados en esta

Figura 41.

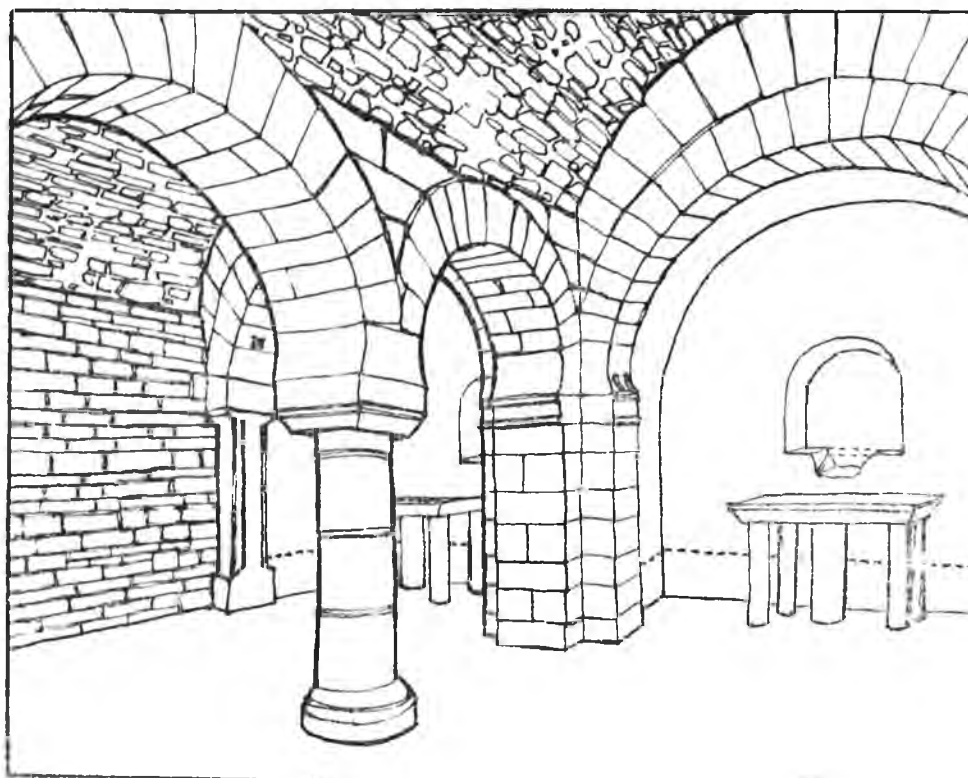


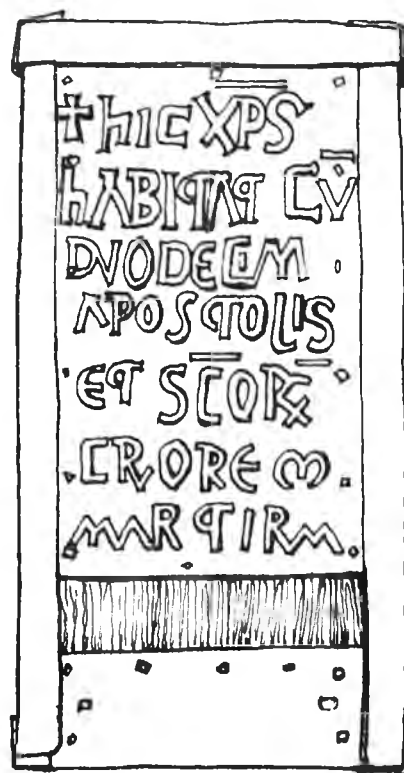
FIG. 41.—Detalle de los diversos aparejos en las zonas de mayor antigüedad de S. Juan de la Peña.

forma. Llevan la misma imposta de los otros y encima las huellas de dos traves para colgar velos. Cerca del suelo hay otro pequeño mechina de un cancel y la huella de haber sido el suelo primero unos treinta centímetros más alto, con lo cual quedan los altares de nicho a unos noventa centímetros.

Rodando por allí, tras de los retablos, apareció un pie de altar cilíndrico, románico sin duda, donde cabe justa una caja de consagración primitiva de 10,00 por 5,60 y 5,00 centímetros de altura (todas las medidas aproximadas, por su irregularidad), que lleva en su tapa de corredera HIC XRIPTUS HABITAT CVM DVODECIM APOSTOLIS ET SANCTORVM CRVOREM

Figura 42.

FIG. 42.—Calco tomado sobre la tapa de la caja de reliquias utilizada para la consagración del siglo X (?) en S. Juan de la Peña.



MARTIRVM. Dentro había tan sólo un tafetán de seda y color indefinidos; indudablemente la tela tocada sabe Dios donde a reliquias veneradas y por ello considerada como reliquia de la sangre de Santos Mártires, según costumbre de siempre. Mucho peor para explicar es el principio: «Hic Chrisptus habitat» (aquí habita, o está, Cristo) sin posible interpretación fuera de la hostia consagrada, supuesta en la otra caja de San Millán. El estudio sobre formas consagradas en los altares de iglesias tiene copiosa bibliografía, seguida por Braun, al cual tema dedica un capítulo de su obra sobre altares (Konsekrierte Hostien), aduciendo el cánón segundo de un concilio inglés de 816, múltiples testimonios de juristas, el «Liber Pontificalium» y, como fechas tardías, las cartas de San Ramón, obispo de Vich (1300). Por tanto aquí, como en San Millán la sugestión interesa, pero no indica fecha. Las aducidas de la primera dedicación oscilan del siglo IX al X sin certeza ninguna. Por su letra enteramente mozárabe va bien con cualquiera de los Sanchos, y mejor con el segundo, sin que sea posible mayor precisión; de las consagraciones posteriores (1080 y 1092) se conservan las cajas románicas. La mozárabe se halló en el bloque de altar lateral de la iglesia superior.

Figura 40 y Lámina 90. Esta existió antes, sobre la menuda iglesia prerrománica, pues no tiene otra explicación la puerta situada en un alto intermedio entre los niveles bajo y superior sólo posible (lo cual fue comprobado) para una escalera sobre la bóveda baja. Quizá la puerta en arco de herradura hoy en el claustro alto estuviese al exterior del muro en este lugar y se llevase donde se halla cuando subieron el nivel para el claustro románico (la inscripción es del siglo XII), marcando bien las figuras lo forzado del emplazamiento, pues hubo que romper el muro para instalarla donde hoy está.

Lámina 91. Volviendo a la caja, es de madera, forrada de plata repujada, en parte dorada y tosquísima. Se adivina un Tetramorfos, y un ángel en cada uno de los costados menores. El único parecido conduce al ara de San Pedro de Roda (Gerona), considerada por todos como perteneciente al monasterio del año 943. La iglesia superior de San Juan, mozárabe y desaparecida, debió tener las mismas dos naves, si juzgamos por la pequeña situación en altura de una imposta sobre la puerta en el interior y el nuevo despiece del muro externo sobre la de arco en herradura; su alto sobre la rasante del suelo, con pocos centímetros de diferencia, resulta exacto al inferior hasta el arranque de la bóveda.

Lámina 87. De aquí a los pies viene la prolongación de nave única realizada por Sancho el Mayor, a más de la sala llamada «del concilio», por el supuesto en San Juan (copiado del otro ideado en Leyre), y que sirve ahora de ingreso. La sala tuvo en principio techo de madera y ventanas bajas, cegadas para sustituirlas por otras altas cuando hicieran las bóvedas seguramente coincidiendo con una de las consagraciones de fines del siglo XI a juzgar por su labra. Los arcos y pilares primeros están solo apiconados y las saeteras son de simple derramo. Las bóvedas se reconstruyeron luego del fuego del siglo XV, según testimonio de Labaña, y los arcos arrancando del suelo recuerdan la cripta de San Antolín de Palencia.

Lámina 86, a. En alto la iglesia superior muestra la diferencia de aparejo de hacia 1020-1030 del costado derecho, mayor y mejor cortado que la parte izquierda, de Sancho Ramírez. Esta es de fecha conocida, por su parentesco de labra y capiteles con la catedral de Jaca, sin olvidar las dos consagraciones. *Lámina 90.* La parte ampliada hacia los pies, muy rehecha de sillares, está organizada como las iglesias de Asturias, con muros armados, aunque sin contrafuertes (uno a los pies de la Cogolla y a línea con la división de naves parece postizo) y capiteles lisos, bulbosos, de origen bizantino, semejantes a otros contemporáneos en la parte de Alfonso V de la torre vieja, en San Isidoro, de León, y a los lejanos de Normandía y Renania, derivados éstos de lo carolingio bizantinante; todos ellos, posibles modelos por su fecha coetánea.



Quizá se hundiese la bóveda (reconstruída cien veces) y se rehiciera por Sancho Ramírez; podría ser una explicación de la imposta de tosquísimos tacos, que vale de arranque. Si pertenecen a la obra de Sancho el Mayor, son los únicos de toda su obra conocida, pero no imposibles de fecha, porque sólo aventajan en unos quince años a la caja de marfil de San Juan y San Pelayo en San Isidoro, de León. Desde luego no se parecen a los jaqueses ni a los románicos del mismo San Juan de la Peña.

La obra, claramente separada de la románica en estructura, grueso de muros, aparejos, tamaño de sillares, labra y aspecto, queda justificada en los años de Sancho el Mayor, con el auge impuesto al monasterio, hasta entonces diminuto, y las andanzas del rey con el abad Paterno, demostradas por las cartas del abad de Cluny, Odilón, el relato de Raoul Glaver y la documentación de Vileña, fundado por las monjas expulsadas por Sancho y Paterno de Oña, según J. Pérez de Urbel. La protección directísima del monarca resulta demostrada por las múltiples donaciones tenidas por ciertas y verdaderas por todos, aparte de una fecha de consagración, sea o no seguro su valor documental, en el año 1049 (Gudiol y Gaya; del Arco), valorada por el monumento mismo, con el contraste de las escalas entre la menuda iglesita de dos naves y la nave única de los pies, continuada en bajo en prolongación de la doble nave.

El aspecto interior de la iglesia en el período románico debió ser sugestivo como pocos. No existía la bóveda de ladrillo del segundo tramo ni su arco longitudinal de apoyo, mal metido en los pilares, que lo soportan, quedando el espacio abierto delante del tramo de los pies, accesible por una escalera desaparecida, pero con arco aun visible de la entrada junto al muro del Oeste, según la descripción de Briz Martínez, dejando enfrente las dos alturas de cripta y cabecera románica iluminadas por la luz venida de lo alto entre la cubierta y la inclinada peña, decorada en pintura con un Cristo Majestad, el Tetramorfos y ángeles; por los tres ábsides las historias de Santos Voto y Félix. Labaña corrobora dicho aspecto excepcional, aunque por entonces no existía la interrupción en el suelo de la iglesia de arriba.

El grabado de 1724 dibuja una torre a los pies del templo, agregando dificultades, si ello es posible, al estudio de la forma original del muro, continuado a la derecha por el claustral, con cuatro pisos de celdas. En lo alto del acantilado está la ermita románica de San Voto; Labaña vio la del Salvador, existe alterada la cueva de San Iñigo y los documentos hablan de otra cierta cueva Gallons; en total el conjunto monástico de siempre.

Lámina 85

BIBLIOGRAFIA

La bibliografía es infinita; desde la "Historia manuscrita", que tanto crédito mereció a Zurita y sus contemporáneos y seguidores hasta los historiadores actuales de cualquier tipo, no hay ninguno sin una parte al monasterio dedicada. Ahora interesan las zonas más antiguas del monumento y su bibliografía se ceñirá con fruto a la citada para el capítulo III y los estudios siguientes, excluida la parte documental del primer capítulo, sobre todo el Cartulario, de A. UBIETO ARTETA, y "Sancho el Mayor", del P. JUSTO PÉREZ DE URBEL:

ARCO, R. del, *El real monasterio de San Juan de la Peña*, Jaca, 1919.

BRAUN, J., *Der Christliche Altar...*, Munich. 1924, vol. I.

LABAÑA, J. B., *Itinerario de Aragón*, 1610 (Impresión de la Diputación de Zaragoza).

LACARRA, J. M., *Aragón en el Pasado* (citado en el Cap. II).

SCHLUNK, H., *Arte visigodo*, en el vol. II de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1947.

Índice de láminas del Capítulo VI

85. San Juan de la Peña (Huesca). El monasterio en el año 1724, grabado de la Historia de San Juan de la Peña, con los cenobios viejo y nuevo.
- 86.—Fachada (b) con la iglesia en segundo término. En el primero la «Sala del Concilio», con sus ventanas bajas y altas, encima los otros dos órdenes de ventanas reconstruidos en fecha muy tardía. Ingreso del patio (donde se halla el panteón de nobles, del siglo XI) a la iglesia (a). A la derecha el muro aparejado con sillares grandes, de Sancho el Mayor.
- 87.—«Sala del Concilio», de Sancho el Mayor. Al fondo la puerta de la iglesia del período visigótico. Las bóvedas reconstruidas en el siglo XVII.
- 88.—Separación entre las dos capillas de la cabecera. Arco sin herradura. La pintura románica (siglo XII) del martirio de Santos Cosme y Damián.
- 89.—Puerta de la iglesia del siglo X trasladada al claustro del XII. La inscripción de la fecha del traslado (a). Nave de la iglesia inferior. Primera parte de Sancho el Mayor (bóveda de ladrillo postiza); en segundo término la iglesia del siglo X; al fondo el altar de nicho primitivo y otra mesa de altar delante posterior.
- 90.—Iglesia superior. Ampliación de Sancho el Mayor. A la izquierda la puerta del siglo X rearmada y a su lado un arco partido del acceso primitivo, con imposta de arranque de bóveda encima. Las bóvedas rehechas en fecha muy antigua y después en el siglo XVII.
- 91.—Caja de reliquias de la consagración de los siglos IX o X. Frentes cortos con ángeles (?); costados con el tetramonfos (b y c). Plata toscamente repujada y dorada. Inscripción de la tapa en la fig. 41.





a

o



b









a



b



c



d





CAPITULO VII

RESTANTES OBRAS DE SANCHE EL MAYOR

Queda definido su eclecticismo, nada extraño si nos atenemos al bullicio de su andariega vida, lo extenso de sus conquistas y la rapidez en las obras emprendidas durante sus últimos años, luego del empeño gigante unificador y del éxito logrado en sus empresas, de trascendencia posterior fundamental: la organización del «Camino de Santiago» y la defensa de la frontera musulmana en la «marca superior». Las consecuencias de ambas lucirán, y con brillantes reflejos, en el reinado de sus hijos, continuadores y herederos de métodos constructivos y empresas arraigadas; menos fluctuantes en arquitectura e innovadores en muchos aspectos, sobre todo en la riqueza ornamental. El paso inicial estaba dado y lo podemos comprobar en los grandes sillares del primer románico navarro, antes de las innovaciones traídas por el «Camino de Peregrinos», que llegan pronto desde los focos de León y de Jaca. Es curiosa la terminación en Navarra de los grandes aparejos a la manera romana, luego visigoda y musulmana después. Más allá, por Aragón y Cataluña, los pequeños aparejos iniciados por el Bajo Imperio y renovados en el siglo IX, continuaron por el primer románico y la casi totalidad del segundo, exceptuados algunos excepcionales en la región.

Las obras examinadas hasta el momento de Sancho el Mayor, se condicionan a lo existente; cuevas y lugares excepcionales, empleando gentes locales con toda certeza; mas en su dirección acusan tres novedades importantes, que interesa resaltar: abandono de los arcos en herradura, que sólo reaparecerán avanzada la Reconquista, unidos a los fuertes grupos de mudéjares, creadores de nuevos estilos y del empleo de materiales diversos; uso sistemático y en forma peculiar de los dinteles y arcos de descarga, nacidos en el siglo X tanto en Lebeña, la más influída por Asturias de las iglesias mozárabes, como en el Alto Gállego y lo alejado de Ribagorza,

en Obarra; escala de construcción mucho mayor, a juzgar por lo conservado, pues en realidad desconocemos todo el prerrománico de grandes templos, y los hubo en Oviedo y León, en Leyre y San Miguel de Excelsis; bóvedas y muros armados de arcos salientes, según los prototipos asturianos de Ramiro I, a mitad del siglo IX, y algunos catalanes primitivos (St. Pons de Corvera) construídos a lo más en los primeros años del XI. Y así llegamos, quizá por causa de la organización del Camino de Santiago, dueño ya de Castilla por matrimonio con doña Mayor, última condesa castellana, cuando instigado por el obispo de Oviedo, Ponce, discípulo del abad Oliva y seguidor de su corte, acomete la reconstrucción de Palencia, población y sede, a Oviedo entregada mucho antes. No faltan los prodigios en la semienterrada cripta de San Antolín, que amplía mediante nueva fábrica, dedicada el año 1034, según diploma de 1044 (Gómez Moreno). Después el obispo erige la catedral encima, de buenas piedras talladas y rica escultura, que ha desaparecido.

Existe la semicripta, semejante a la del palacio de Naranco y su precedente oventense de la capilla de Santa Leocadia bajo la «Cámara Santa». Parece por su tamaño pertenecer a otra catedral desdoblada en tres iglesias, y así podemos deducirlo del relato de la «Silva Palentina», cuando la derriban para elevar la catedral gótica. Es igual a las de Oviedo y siguen utilizadas las piedras largas, menores de 30 cms. de altura, los arcos fajones nacidos casi del suelo y la bóveda de cañón, pero la cabecera se curva (le falta poco para el semicírculo) interior y exteriormente, su altura es la misma de la nave y se arma con tres arquitos apoyados sobre impostas en bisel sobre pilastrillas, novedades todas interesantes, como lo es también el empleo de ventanas con derramos independientes, tallados en sillares distintos según inició Lárrede y continuó San Millán en su ampliación.

En los dos arquitos de los lados se instalaron sendos altares en el ábside y el central dentro de la semicripta de San Antolín, o Antonino. La forma litúrgica es la misma de San Esteban, de Viguera, y Santas Centola y Helena, de Siero, tantas veces citadas; pero no lo es la constructiva y arquitectónica, en ábside curvo y armado de arquillos, mientras aquéllas tenían los altares laterales de nicho y el central en una capilla rectangular. Palencia inicia la renovación arquitectónica, triunfante por entero en la reconstrucción de Leyre, no sabemos comenzada en qué fecha, continuada por su hijo García el de Nájera (1035-1054) y consagrada por el nieto en 1057; con los tres grandes ábsides semicirculares, sin contrafuertes, como todo lo de Sancho el Mayor, desviado en ésto de lo Astur-Leonés prerrománico, sillares grandes y altura igual de ábsides y naves. La donación

de Sancho el de Peñalén (27 de octubre de 1057), atestigua el interés de la familia «siempre deseando ver aquella dedicación de la iglesia de San Salvador...» e indica larga obra y deseo aplazado por ella, y no son muchos veintitantos años para resolver tanto problema, estudiado ya en otro lugar (revista «Príncipe de Viana») y resumido luego al ocuparnos del románico. La presunción de Lacarra sobre comienzos de Sancho el Mayor para la iglesia proyectada, tiene plena confirmación en la obra misma; muy lejana, en lo posible de juzgar, de la realizada por García en Nájera.

Puede ser de por estos años la portada Oeste de San Pedro de Siresa (Huesca), por sus dovelas delgadas, parejas de la iglesia de San Pedro de Roda (Gerona) consagrada en 1022, correspondiente a un templo con porche y tribuna encima, como las de Asturias, separado por completo del templo actual, adjudicado de siempre a Sancho Ramírez y posiblemente acabado bastante después, por su parecido a San Pedro el Viejo, de Huesca. Como sólo queda el ingreso y restos muy alterados de la tribuna y sus accesos, poco dan, si no es la capacidad para emprender otro gran edificio, en este caso sin variar las trazas carolingias. El tímpano y su «crismón» serían los primeros del tipo tan repetido después.

Su arco de largas y estrechas dovelas perfiladas en el trasdós unen a San Pedro de Siresa con la obra culminante sobre todas las conservadas de tiempos de Sancho el Mayor: el castillo de Loarre (Huesca) por suerte fechable sin dificultades, pues consta la existencia del castillo y su posesión por Sancho, con primer «tenente» conocido en documento de 19 de marzo de 1033 (declaración de ingenuidad a favor de una heredad, que Iñigo Jiménez tenía en Murillo), confirmada por el «Senior Lope Sanci in Luar». Este Lope Sanchez era nieto de Ramiro Garcés, rey de Viguera (970-80) y hermano de Fortún Sánchez, «tenente» de Caparroso. Era castillo de gran interés fronterizo, llave del paso por el Gállego hacia el condado de Aragón, como el desaparecido de San Emeterio lo era para Sobrarbe por el Cinca; seguramente por esto excluidos ambos de los territorios entregados a Ramiro I en documento sin fecha, llamado impropia-mente «testamento de Sancho el Mayor» y fechado por A. Ubieto en 1035.

El de Loarre y su «tenente» constan en Moret (Anales e Investigaciones), la obra «Sancho el Mayor», de J. Pérez de Urbel, y A. Ubieto (Colección Diplomática de San Juan de la Peña) e iba enlazado al desaparecido del otro lado del río. San Emeterio se unió pocos años más tarde a la torre conservada de Abizanda, con «tenente» para su custodia y guarda en el año 1059 (A. Ubieto).

Lámina 96.

Figura 43 y Láminas 93-96, más 5-12 en color.

El castillo fue modificado y enriquecido por Sancho Ramírez y luego por Pedro I, hasta formar la imponente mole, que hoy admiramos. Su bibliografía es muy copiosa (Lampérez, La Figuera, del Arco...) más el estudio está por hacer; esperemos comiencen pronto las obras proyectadas por la Dirección General de Arquitectura y entonces será viable un análisis completo.

Figura 43.

Para el aislamiento de la parte construída por Sancho el Mayor, orienta bien lo añadido por su nieto Sancho Ramírez, porque su iglesia tapa la ventana del ábside a la capillita primitiva e hicieron verdaderos equilibrios para darle luz; así como también cerró las saeteras del otro muro, que parte de la capilla, incluye la puerta y muere contra una torre, de la cual nacía un segundo muro, no tan claro, hacia otra de fondo, encima del acantilado posterior; quedando en duda el cierre por la parte izquierda, pues de la capilla sale un cimiento perfectamente trabado con ella, que parece limitar una meseta superior de dimensiones reducidas, mientras otro va siguiendo el acantilado, sin traba con la capilla pero con ventanas de tipo viejo, excepto la grande central, de Sancho Ramírez, remetida luego de construído, para volver a lo largo del borde alto del acantilado en altura muy grande, quizá de relleno posterior todo para conseguir un espacio despejado mayor en lo alto.

Lámina 95, b y c

Para el estudio comenzamos por la capilla, el muro de las ventanas tapadas, la puerta de ingreso y las dos torres indiscutibles, limitándonos por el momento a lo perfectamente visible y sin el menor intento de adjudicación de usos y destinos a nada, en espera de que los trabajos de la Dirección General de Arquitectura descubran el resto de la planta y los elementos ocultos subsistentes. Por fortuna lo que ha permanecido a la vista tiene categoría suprema; con los añadidos de Sancho Ramírez y Pedro I, no tiene par en Europa entre los castillos románicos.

*Lámina 5, color;
página 84.*

La capilla es menuda (9,50 por 3,00 m.) y el ábside, ahora semioculto, es circular interna y exteriormente, las ventanas se alteraron con pegotes y enlucidos y la bóveda es de cañón sin fajones. La puerta, como todas, se apareja mediante finas y largas dovelas, como las de Siresa y todos los arcos de aquí; también como los demás trasdosada por una fina hilada de piedras lisas. Tuvo tímpano, separándose por ello de las otras, siempre armadas con arco abierto sobre un fino dintel. Acaso del tímpano fue un menudo crismón de unos 25 cms. de diámetro (no se pudo medir), relabrada la piedra, emplazado más tarde sobre la puerta de ingreso a la cripta, obra la más vieja de Sancho Ramírez, muy anterior a la famosa fecha funeraria del desconocido Tulgas (1095). Es importante, pues carece de

Lámina 95, a.

Lámina 93.

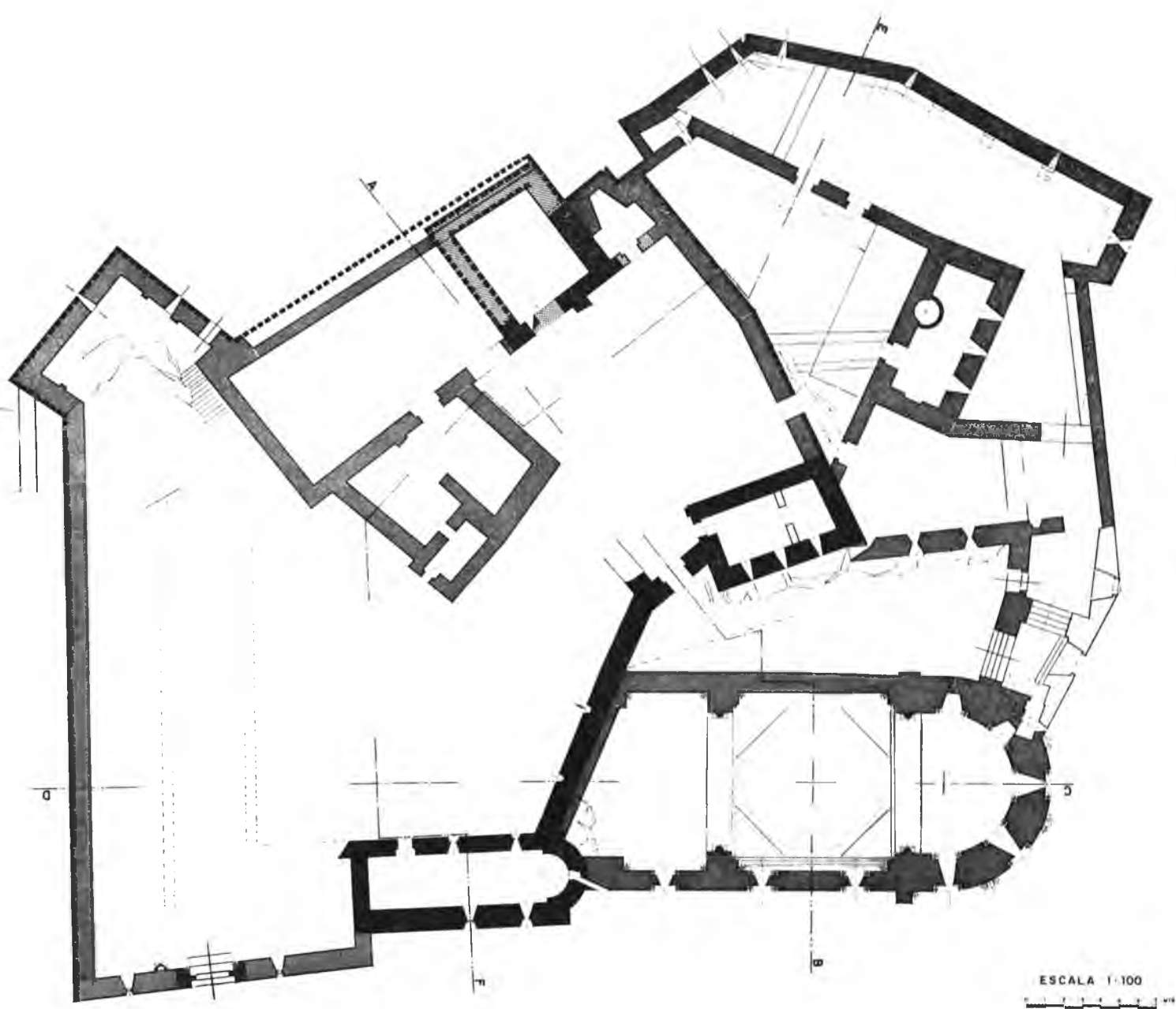


FIG. 43.—Castillo de Loarre (Huesca). La parte rellena de negro, pertenece a la obra de Sancho el Mayor; la de puntos gruesos es reconstitución sobre restos conservados, lo demás pertenece a Sancho Ramírez y a Pedro I.

la S colocada en lo aragonés constantemente abajo en el palo de la P y añadidas otras letras: D SANCI R H, traducibles sin esfuerzo en DOMINO SANCIO REX HISPANIAE (o REGI HISPANIAE), que sólo convienen a Sancho el Mayor. Repitiendo el primero de Siresa y formando con él la primera pareja conocida en fecha entre todos los comarcanos.

El aparejo, como en todo el castillo viejo, es de sillar pequeño (es raro pase de los veinte centímetros de alto).

La puerta del recinto conserva intacto sólo un arco y está defendida por una potente torre de planta cuadrangular irregular, llena de saeteras la base, correspondiente a un primer cuerpo, con entrada del mismo tipo interno y externo tantas veces descrito, y el trasdós dibujado por fina hilera de piedras. Arrancaba encima un arco, en el ángulo de la torre, sin explicación ahora, y más arriba, en el cuerpo alto, hay grandes ventanas en los dos frentes hacia el interior del recinto, con arco y trasdós igual, pero su aparejo es el típico en dos derramos tallados en piedras independientes, con pequeño frente para sujetar cierre o celosía. La foto muestra las dos únicas ventanas del cuerpo intermedio, más pequeño, del mismo tipo y sin trasdosar el arco; encima otras tres del grupo catalán-lombardo muy primitivo, sin capiteles decorados ni basas los maineles, constituyen con el fino trasdosado de los arcos y hasta el momento los primeros influjos catalanes sobre Sancho el Mayor, justificados por su amistad con el abad Oliva de Ripoll (971-1046), el vasallaje de los condes de Pallás (aproximadamente 1019-1026) y el de Berenguer Ramón el Curvo (ídem 1022). Otras quedaron vistas en la iglesita de Napal, clasificadas por ello como contemporáneas. Aquí se marca bien el aparejo, encintado cuidadosamente por todas las juntas, en manera muy típica de su fecha, porque la repiten los muros primitivos de San Isidoro, de Alfonso V (999-1028) y las torres y muralla de Compostela, encontradas en excavaciones recientes, construídas por el obispo D. Cresconio, hacia el año 1037, según documento de Celanova publicado por A. López Ferreiro; y en todas tres quedan restos de rojo (pintura o mortero) en los rejuntados.

La última torre enlazaba con un cuerpo anejo, alterado y con muestras de ataque de muro por su frente y grandes reformas detrás, conserva principalmente una puerta entre dos estancias altas del mismísimo tipo, pero sin trasdosar el arco, según van las dos del frente anterior y el bajo de la derecha, dudosamente primitivo.

¡Qué lejos estamos de las torres fuertes, sin o con pequeña muralla y una capillita! Cuando la excavación y limpieza determinen lo que falta, tendremos idea de un gran castillo cristiano del primer tercio del siglo XI,

*Láminas 6 y 7
color; páginas 100
y 114.*

*Láminas 94 y
8-9, color;
páginas 130 y 144.*

*Láminas 8, 11 y 12.
color; páginas 130,
174 y 190.*

ejecutado en lo alto de un picacho, que sólo queda superado por las alcazabas musulmanas, muy posiblemente modelos directos; sin ellas el castillo en tal fecha resultaría inexplicable, aunque sus indicios de islamismo se reducen a las dovelas estrechas, salmeres menos largos que las claves (0,35 m. el salmer y 0,48 la clave de la puerta de ingreso al recinto; 0,27 m. el salmer y 0,38 la clave del arco de acceso a la torre) y al trasdosado de los arcos; usado todo en Cataluña, quizá por derivación idéntica: Sant Pons de Corvera, en la parte de tipo lombardo (no la semejante a Lárrede, muy anterior) y Sant Llorens del Munt (comenzada en 1045; consagrada el 1066), que lo lleva relleno entre arco y dintel y aparente a la fachada, como la torre de Oliván, en el Alto Gállego, y la puerta en alto de la torre fuerte de Abizanda (Huesca), también con ventanas catalanas y despiezo largo sobre una zona inferior de piedras grandes. Abizanda vimos era cristiana el año 1059; poco anterior será la reconstrucción sobre las ruinas de la conquistada, cambiando el fuerte aparejo por el fino y largo. Es bien sabido el tradicionalismo de las fortalezas, que hace imposible averiguar su fecha cuando fallan otros elementos menos estables, y por ello característicos de forma o decoración.

Lámina 62, b.

Lámina 96, b.

También podemos agregar a las consecuencias del castillo de Loarre la torre de Yanguas (Soria) enlazada con la muralla destruida. Conserva sobre un adarve la puerta en alto, del lado contrario de la fotografía; todavía guarda residuos de aparejo largo y va sobre una puerta del recinto, al parecer de la ciudad antigua, de la cual quedan solamente las tradiciones de una vieja iglesia de San Miguel, tan desaparecida como su cripta, bóveda o sepulcro, según Argaiz, del rey D. Aurelio y otro ignorado «de los muy antiguos», acaso D. Favila y por milagro no trae a D. Pelayo, aunque lo sugiere; aunque otros dicen fueron sepultados en Cangas «y no sé si es yerro de pluma (sesudamente agrega el P. Anguiano), que los autores tuvieron, que por decir Yanguas pusieran Cangas», y lo estropea definitivamente añadiendo eran los enterrados en San Miguel D. Fruela y su hijo D. Aurelio, en una bóveda llena de banderas, castillos, leones y otras figuras heráldicas, «como parece indubitable»; cripta no vista por él, desde luego, ni por ninguno de cuantos pudieron soñar castillos y leones en tan remotos años.

Lámina 99.

De tales fantasías proceden dos lápidas incrustadas mucho más tarde bajo la bóveda del paso de la torre. En la una, de letra mozárabe, se ve: S. MICAEL, y debajo, MARTIVS, en nominativo, no genitivo de mes. A su lado la otra más tosca y posterior de letra, ERA M^a C^aL y aún agregaron luego tres equis pequeñas, simplemente rayadas y otros tres o cuatro palos. La fecha verdad parece ser, era 1150 o sea el año 1122, que corresponde al rey Alfonso el Batallador (1102-1134) y va bien con la letra pero nada

Lámina 99, b.

con la torre, parecida de modo lejano con la de Cardaña, del siglo XI, al que ha de ir la de Yanguas y no ciertamente a sus finales.

Otras consecuencias de la renovación ingente suscitada por el empuje de Sancho el Mayor, son plenamente románicas, derivadas de Leyre y serán vistas con las iglesias iniciadoras del estilo en Navarra; nos queda una, que puede presentarse como un símbolo de la empresa más trascendental del reinado; es el gran puente llamado «de la Reina» en el mismo siglo XI y que dio nombre al poblado construido por y para servicio y cuidado del mismo puente y de los peregrinos de Compostela, para quienes fueron pensados puente y población.

Puente la Reina se atribuyó de siempre a D.^a Mayor, esposa de Sancho, gran constructora, de la cual nos queda la deliciosa iglesia románica de Frómista en el mismo Camino de Santiago; a lo más a su nuera D.^a Estefanía, también patrocinadora de grandes construcciones, como debió ser la iglesia monasterial de Nájera, con sólo restos pequeños conservados por casualidad cuando fue sustituida en siglo XIV por el templo actual. De hecho el puente mantiene un empaque romano tal, que necesitamos para no dudar de su fecha, por una parte saber con toda certeza su no existencia durante las correrías de castigo musulmanas estudiadas por Lacarra, en las cuales siempre resultó difícil el vadeo del Arga; por otra el propio aparejo del puente, delgado y largo, tan musulmán en su venida por los campos navarros como acomodado a iglesias y edificios civiles en los siglos X-XI, antes de la invasión por el mismo Camino del románico de León y Jaca. Seguimos dentro de la tradición prerrománica y de la grandeza constructiva de Sancho el Mayor, sea de sus años o de sus continuadores directos, precisión imposible de mayores aclaraciones mientras documentalmente no quede solventada.

Tiene cinco arcos, el central de mayor amplitud y elevación, y en los grandes pilares, amparados mediante grandes y pesados espolones de planta triangular, arcos pequeños para reducir la presión del agua en grandes avenidas, llamados por ello «aliviaderos», típicamente romanos en origen, como se ha indicado.

Para que nada le faltase, tuvo una Virgen de piedra, sobre la puerta de un torreón, que hubo a su ingreso, amorosamente limpiada por extraño pajarillo de no común especie y alas multicolores, cuando bienes o males venían sobre reyes o reino. Poética leyenda conservada durante siglos; sin ella sería inconcebible un gran monumento altomedieval; digna de situar junto al otro pajarillo misterioso, que hizo con su canto pasar en un aparente minuto varios siglos al monje de Leyre; o cercano del cazador

Láminas 92 y 3-4,
color; páginas 54 y 70.

Voto, despeñado por el acantilado de San Juan de la Peña y milagrosamente ileso; del hallazgo del monasterio de Cercito, en otra partida de caza (siglo IX); y las análogas del conde Osorio, en Aguilar de Campóo; de García en Nájera, cuando halla la Virgen entre cirios encendidos; de Fernán González, en Arlanza, persiguiendo un jabalí escondido en una cueva: descabalgada y ata su montura, sube a lo alto de una cueva y topa con tres ermitaños, que le anuncian sus victorias sobre los moros; o de Sancho el Mayor, tras de otro jabalí, en el antro que tomó por cueva, tropezando con el altar de San Antolín; siente su brazo paralizado y el Santo le cura milagrosamente; ... si no es el diablo quien mete sus garras en la hija del conde de Barcelona y advierte que sólo Juan García (o Guarín) anacoreta de alta cueva, en Montserrat, le haría salir; o vencido por San Miguel de Aralar;... Portentos reveladores de aquel alma medieval, que de tales prodigios reiterados vive, se alimenta y traduce con sin igual empeño en fundaciones y obras ingentes.

Volvamos de tales alturas a la prosa de los abovedamientos y despiezos, única guía monumental posible, ya que los relieves de Villatuerta y de Albelda, los capiteles de la Cogolla y aquellos supuestos canceles de Santa Coloma son únicos, e incomparables con otras piezas más o menos contemporáneas. Hemos visto de unos y otros formas tradicionales hispánicas de la Provincia Tarraconense; triunfantes aquéllos por Asturias y juzgados de tal origen; varios con el arco en herradura musulmán, mezclado siempre a lo tradicional de la Meseta o de Asturias; torres altas, comparables a las que tienen la primeras mezquitas de Siria, acaso precedentes de tantas españolas desaparecidas; por fin aparejos de ultrapuertos, carolingios y catalanes, como también lo son las ventanas gemelas y acaso la planta trilobulada, que permanece por Cataluña (Montgrony, Santa María de Cervelló, Sant Pere de Ponts y Sant Marti de Brull, única documentada según Puig y Cadafalch, entre 1047 y 1062), con el complejo de origen bizantino, sobre todo de Sicilia (Cittadella; iglesia de la «Cuba», cerca de Siracusa; Catania, Módica) y la dificultad del capitel único de Albelda; lo cual podemos repetir de la iglesia de nave y porche, planta de cruz y tres ábsides, en San Miguel de Excelsis y excavaciones de Leyre, así mismo continuadas en la Cataluña románica en multitud de iglesias y en unas pocas de Aragón.

No existe un panorama tan complejo de prerrománico ni región donde tantas formas aparezcan, se mezclen y sumen como en el cruce de caminos de Navarra, unida transversalmente de Astorga y León a Zaragoza y Tarragona, y de Norte a Sur desde las Galias a los valles pirenaicos y de la cuenca del Ebro a la Meseta castellana; sólo con su presencia podemos concebir diversidad semejante.

Todavía podemos agregar las ruinas de Lizaberri con aparejo de piedras grandes unidas a otras largas y delgadas, bóveda en el ábside sólo comparable a lo más viejo de la cripta de Leyre, impostas musulmanas de «nacela» y muros armados de grandes arcos. Todo labrado a pico, sin los rayados románicos dejados por el filo de la herramienta (la escoda), sobre las caras de las piedras. Todo, en fin, del prerrománico de Sancho el Mayor, por desgracia sin fecha conocida, pero con características suficientes para su clasificación en la primera mitad del siglo XI.

Hubo muchas más: los empeños constructivos del gran monarca fueron muchos; no es poco lo reseñado como de tales años, tan oscuros y faltos de monumentos.

BIBLIOGRAFIA

La cripta de Palencia fue bien estudiada por GÓMEZ MORENO y luego por GUDIOL y GAYA en sus respectivos estudios del románico español. El resto de las obras adjudicadas a Sancho el Mayor lo son por primera vez, exceptuado el monasterio de San Millán, a pesar de la ingente cantidad de trabajos publicados sobre San Juan de la Peña y el Castillo de Loarre. La bibliografía documental e histórica repetirá estudios citados anteriormente de A. UBIETO, en su estudio sobre las fronteras, J. M. LACARRA, en *Aragón en el pasado*, J. PÉREZ DE URBEL, en su trabajo sobre Sancho el Mayor, y el P. L. SERRANO, en su *Cartulario de San Millán*.

CORONA BARATECH, C. E., *Las tenencias en Aragón desde 1035 a 1134*, en *Est. de E. M. de la Corona de Aragón*, vol. II, Zaragoza, 1946, p. 373-396.

GÓMEZ MORENO, M., *El Arte Románico Español*, Madrid, 1934.

GUDIOL, J. y GAYA NUÑO, J. A., *Arquitectura y escultura románicas*, en el vol. V de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1948.

LACARRA, J. M., *Honores y Tenencias en Aragón (XI siècle)*, en *Colloque sur les structures sociales de l'Aquitaine, du Languedoc et de l'Espagne au premier âge féodal*, Toulouse, 1968, p. 485-528.

Indice de láminas del Capítulo VII

- 92.—El puente, que dio nombre a Puente la Reina, tomado aguas abajo del río Arga. Por tradición se atribuye a doña Munia, esposa de Sancho el Mayor, constando el nombre llegado hasta nosotros en documentos del siglo XI, pudiendo atribuirse, por ello, tan solo a dicha reina o a su nuera doña Estefanía, esposa de García el de Nájera. Primera mitad del siglo XI; su estructura y aparejo confirman la fecha.
- 93.—Crismón con el nombre de D(omino) SANCI(o) R. H., que ha de leerse *Regi Hispaniae*, posiblemente referido a la España musulmana, por estar en su frontera (a). Conjunto del castillo de Sancho el Mayor, con la capilla en primer término a la derecha y la torre al centro (b).
- 94.—Detalles de la torre; puerta y ventana en alto (a), con el arco de la celosía partiendo en dos el muro, como en San Millán de la Cogolla (naves de Sancho el Mayor) y las iglesias del Alto Gállego. Interior de la puerta (b) con estructura igual a las de los mismos monumentos. Detalle de la ventana (c).
- 95.—Detalles de la puerta de la capilla primitiva (a), con huellas de haber perdido el tímpano (con casi certeza el crismón de la lám. 92) y aparejo como las iglesias catalanas de la primera mitad del siglo XI; ventana, con el muro partido en las dos secciones, interna y externa, como en la torre (b). Se halla situada en el muro (c), con ventana románica posterior, claramente incrustada después, de tiempos de Sancho Ramírez, hacia 1080.
- 96.—Puerta de San Pedro de Siresa, posible obra de Sancho el Mayor, con aparejo en un todo igual a San Pedro de Roda (Gerona), hacia 1022 (a). Puerta de la torre de Abizanda (b), con dintel y arco, relleno el espacio intermedio, como la torre de Olibán y Sant Llorens del Munt, comenzada el año 1045, consagrada en el 1066. Abizanda era cristiana el 1059. Su aparejo continúa el fino y largo musulmán.
- 97-98.—Ruinas de Lizaberri. Su aparejo grande unido a los sillares largos, muros armados de arcos, impostas de tipo musulmán y forma de labra prerrománica, pueden llevar su construcción a los años de Sancho el Mayor, o a su influjo directo.
- 99.—Torre del viejo recinto, en el antiguo emplazamiento de Yanguas (Soria), de características iguales y remate catalán, como la de Loarre (a). En el paso, empotradas posteriormente, dos lápidas: la primera (b) dice:

MICAEL †
MARTIVS

Escritas ambas palabras con letra mozárabe; la segunda, más tardía y tosca, ERA M' C' L. añadiendo rayas, que pudieran pasar por XL y otras X y palos detrás (año 1122). La torre parece de la primera mitad del siglo XI.

Láminas en color

Puente la Reina

- 3.—Cruce del río Arga por el camino de Santiago, de tipo tradicional romano. Primera mitad del siglo XI. (Frente a la pág. 54.)
- 4.—Detalle de los aparejos en arco, muro y «aliviaderos» encima de los estribos. (Id. pág. 70.)

Castillo de Loarre (Huesca)

- 5.—Conjunto desde Levante. (Id. pág. 84.)
- 6.—Torre y puerta de acceso al recinto superior, de Sancho el Mayor (1005-1035). (Id. pág. 100.)
- 7.—Detalle de la puerta de ingreso al recinto primitivo, tradosada y con dovelas largas y estrechas. (Id. pág. 114.)
- 8.—Torre del homenaje, con puerta y ventana de igual aparejo que la de acceso. El muro rejuntado y «encintado» como los coetáneos de León y Compostela. El de fondo rehecho posteriormente. (Id. pág. 130.)
- 9.—La misma torre, con igual «encintado» y ventanas altas del primer tipo catalán llegado a Navarra. (Id. pág. 144.)
- 10.—Frente de la capilla primitiva. (Id. pág. 160.)
- 11.—Muros de fondo, muy alterados, de la parte correspondiente a Sancho el Mayor. (Id. pág. 174.)
- 12.—Los mismos por el frente opuesto, mostrando el fondo, a la izquierda y en alto, una puerta de paso entre dos estancias, típica del período, y en primer término, cegada, una ventana, que fue de igual forma. (Id. pág. 190.)





a

b





Telas de origen musulmán.

Telas de la parte inferior (la roja) e interior de la caja de reliquias (animales sobre fondo muy oscuro) del ara procedente de S. Millán de la Cogolla. Mozárabes del siglo X (?). (Foto Mus. Arqueológico Nacional). (Cap. VIII)

a



b



c





a



b



c

a



b





a



b



a



b

c



CAPITULO VIII

ARTES DECORATIVAS

El grupo fundamental y casi único lo constituyen las piezas musulmanas o de influencia islámica.

Adjudicadas al obispo de Patrás y por ello fechadas como anteriores a su fallecimiento en el hospital estellés como peregrino ignominado (1270), hay en San Pedro de la Rúa dos vinajeras, que llevan superpuesto en caracteres latinos su destino para vino y agua. Son de latón, apenas decoradas con líneas geométricas, no tendrían carácter si su forma no fuera en un todo semejante a los pomos o pequeñas jarritas usadas por los personajes tallados en los relieves del arca de Pamplona, incluso en tamaño, por su comparación respecto de las manos. Están armadas como pequeñas esferas con largo cuello y un pequeño vertedero.

Lámina 100.

Láminas 104 y 107.

Si es cierto su hallazgo tradicional en el petate del obispo, y éste venía del Oriente, pueden ser egipcias o de factura imitada en cualquier taller del Mediterráneo, incluso adquiridas en uno de sus infinitos mercados, y la forma continuada por los artesanos, siempre apegados a la tradición.

Pero el gran interés del grupo entero se centra en las dos arquetas de marfil de Fitero y Pamplona.

La primera es prismática, mide 89 por 128 m/m. de solero y 83 de alto. Su inscripción, «En el nombre de Alah. La bendición de Alah, prosperidad, felicidad y gracia o beneficio para la queridísima Walada. (Esto es) de lo que ha sido hecho en Medina-Az-Zahara el año cinco y cincuenta y trescientos. Obra de Halaf». Es decir, el año 355 de la hégira, 966 de Cristo. La mención de mujer, rarísimo en inscripciones musulmanas ha producido variantes de lectura. La transcrita es de Ferrandis; Leví-Provençal propone para la de igual fecha del Museo de Valencia de D. Juan, de Madrid, las variantes: «La más querida de las mujeres fecundas», o bien,

Láminas 101 y 102.

«la más querida de las nacidas». El nombre puede pertenecer a una hermana o esposa de Alhacam II; nunca posible de aplicar a otra Walada, famosa poetisa de tiempos de Mohámed III y un siglo posterior, por tanto.

La decoración es de finísimo ataurique, o sea de solos elementos vegetales, sin figuras humanas ni de vichejos, y su autor, Halaf, es bien conocido por su firma en el marfil de la Sociedad Hispánica de Nueva York y por estilo en otro no firmado en el Museo Victoria y Alberto de Londres, como tampoco lo está el de Valencia de Don Juan; todo este grupo es muy homogéneo con sólo variantes pequeñas en la redacción de las inscripciones y tallado de los atauriques. Otro grupo, que parece coetáneo, está integrado por dos ejemplos conservados en el Museo de Artes decorativas de París y en Nueva York; parecen de tallas menos delicadas.

La cajita de Fitero se trabajó en dos bloques de marfil, uno para la caja y para tapa el otro, siendo por ésto y por su dedicación a una mujer semejante al raro estuche cilíndrico de Santo Domingo de Silos (Museo de Burgos), con el nombre de una hija de Abderramán III, sin mención de la muerte de su padre y por tanto, muy anterior; diferenciándose también por fecha y por la inclusión de animales (pavos, aves menudas, águilas y antílopes), del otro lote procedente de Medina-Az-Zahara: bote de la Catedral de Zamora (Museo Arqueológico de Madrid), arqueta cilíndrica del Museo Victoria y Alberto, así como una placa de Nueva York.

La serie de piezas relativamente grande hasta nosotros llegada, lo fue siempre como preciado botín de guerra y por su constante destino en calidad de relicarios, a causa de su categoría preciosa y preciada; en tal concepto menciona estos botes, cajas y arquetas el poema del siglo XIII en honor de Fernán González, y con idéntico empleo tenemos la otra pieza soberana en arte y tamaño, destinada desde fecha ignorada para custodia de las reliquias de Santas Nunilo y Alodia en el monasterio de Leyre, llevada luego a Santa María de Sangüesa y después a la catedral de Pamplona (Museo de Navarra).

Es del mismo taller de Medina-Az-Zahara, un poco posterior y hecho, según J. Navascués y de Palacios, que publicó en «Príncipe de Viana» el último estudio, por otro gran marfilista de nombre desconocido hasta el momento y que consta en un texto pintado en el interior: «Ha sido hecha por Faray con sus discípulos», que firman el medallón central del frente posterior, en un escudo, «hecho por Halir» (el nombre ofrece dudas); en la pata de un ciervo atacado por un león, «hecho por Suhadah» (o Saadat); en el frente anterior, bajo una figura sentada, «hecho por

Láminas 103-112.

Lámina 103.

Mikfah»; y al costado izquierdo en otra pata de ciervo, «hecho por Raxad». La gran inscripción dice así: «En el nombre de Alah, bendición de Alah, prosperidad, alegría, esperanza de obras buenas, retraso del momento supremo para el hachib seifo-daulad (espada del estado) Abdelmelik (o Abd-al-Malik), hijo de Almanzor, ¡que Alah le asista! (Esto es) de lo que fue mandado hacer por orden suya bajo la dirección del jefe de eunucos Nomeir (o Numair) ben Mohamed al Amirí, su esclavo, en el año cinco y noventa y trescientos» (395 de la hégira, 1005 de Cristo).

La fecha corresponde al espacio entre la destrucción de León, cuando Abdelmelik es premiado con el título de seifo-daulad y su muerte trágica en batalla (1008). Navascués corrige Nomeir o Numayr por Zuhayr, rey luego de Almería, muerto en el año 1039.

El hijo de Almanzor anduvo en correrías por Navarra y es posible dejara en ellas la estupenda pieza, «obra la más importante de la evoraría cordobesa», según Ferrandis, de la cual tenemos el nombre del dueño, el perteneciente al maestro principal del taller, Faray, así como los de sus ayudantes: Jayr (?), Sahabada (o Sahadat), Mikfah y Raxad, que nos dan la forma de trabajo, dirigida por un gran artista y ejecutada por muchas manos a sus órdenes, de las cuales resulta lógica la constancia de las principales, único modo de labrar en poco tiempo tales obras de sin igual finura y riqueza.

En cuanto a su encaje dentro del taller, pertenece a la etapa final, conocida por el bote de la catedral de Braga, también con la dedicación de Abdelmelik, dos botes del Louvre y uno más del Museo Victoria y Alberto, de Londres. La característica de todos es reducir el ataurique y ampliar los grupos de animales, uniéndolos a otros de figuras humanas; derivado todo de prototipos orientales; orfebrería y evoraría, telas bizantinas y sasánidas, prodigando los medallones circulares y lobulados.

Las piezas posteriores han de buscarse por el taller de Cuenca, con arqueta primera fechada el año 1036, en el Museo de Burgos, procedente de Silos, dedicada según Leví Provençal al gobernador de Toledo. La última fechada perteneció a la catedral de Palencia (Museo Arqueológico de Madrid), se hizo en el año 1047 y lleva dedicación al príncipe toledano Abu Mohamed Ismail, hijo del rey Almamún y gobernador él de Cuenca. Todavía quedan otras posteriores, «por decadencia artística notoria», según Ferrandis, ejecutadas con mayor torpeza que las de Silos y Cuenca, para las cuales consta el nombre familiar del artífice Ben Zeyán: el bote de la catedral de Narbona (poco posterior, pues también lo dedicaron

a Ismaél), la placa de la colección Gómez Moreno, y la de la colección Stoclet, de Bruselas.

Así queda encasillada la gran arqueta de Pamplona como uno de los últimos ejemplares en fecha del taller de Medina-Az-Zahara, poco anterior a los primeros de Cuenca y superior a todos en tamaño y riqueza. El solero mide 220 por 350 m/m. y el alto 220 m/m., hasta el plano superior, que remata la tapa truncando las cuatro vertientes. El frente anterior está dividido en tres medallones lobulados: el central queda lleno con tres músicos femeninos, que tocan respectivamente una flauta doble, una especie de guitarra de seis cuerdas y una trompa; el de la derecha tiene sentado a la moruna sobre un tablado, encima de león y lobo. un personaje barbudo identificado como retrato del último califa Hixén II; el de la izquierda, en igual postura y sobre tablado idéntico, parece ser el propio Abdelmelik. Los dos tienen sirvientes con vasos (los antes citados modelos de los guardados en San Pedro de la Rúa, repetidos por otras arquetas) y Abanicos. En conjunto pudiera ser una gran fiesta ofrecida por el «seifo-daulah», en el jardín de uno de sus palacios campestres, al califa. Por lo menos así parecen confirmarlo las diversas escenas de caza con halcón a pie y a caballo, las justas y torneos (uno, por cierto, sobre menudos elefantes) y un domesticador de leones. La tapa en su parte horizontal encierra en medallones circulares: un águila con animal en las garras y leones atacando gacelas.

En Fitero hay otra pequeña caja de madera enchazada de marfil con grabados y pinturas, de técnica diversa y mucha menor importancia. Las análogas proceden de Italia y España en su casi totalidad, quedando en pie la duda de su origen andaluz o siciliano. A la de Fitero, así como a dos placas sueltas de otra caja del mismo lugar, viene adjudicándose la fecha del siglo XII y su identidad práctica respecto de un peine litúrgico de Roda de Isábena. El único reparo para la fecha nos lo proporcionan las patenas de bronce dorado y grabado utilizadas como caja de reliquias en la consagración de finales del siglo XI halladas en San Juan de la Peña y que, aún en materia distinta, ostentan un arte idéntico y pudieran adelantar un poco la factura de los marfiles de Fitero.

Aun queda otro grupo, juzgado por todos como procedente de San Millán de la Cogolla, y fruto de su taller monástico derivado de Córdoba en las cenefas, como finas orlas, que bordean todas las piezas, talladas con decoración de ataurique y animalejos, de igual tipo, mas de talla inferior en composición y soltura comparados con sus modelos.

Las piezas conservadas son los dos brazos verticales de una cruz en el Museo de Louvre y otro más en el Arqueológico de Madrid, y el ara o pequeño altar de San Millán en el último Museo. Los brazos determinan una cruz del tipo de las de metal y plata de Peñalba (León) y Mansilla de la Sierra (Logroño); o bien como la de los Angeles, en la catedral de Oviedo, y la desaparecida de Compostela. El fondo liso debió ir cubierto con chapa de oro, como dorados fueron los fondos de la cenefa, llena de leones, ciervos, águilas y grifos sobre atauriques, que nacen de cabezas monstruosas situadas en el centro. Mide cada brazo 250 m/m. de longitud y la talla y ordenación de bichos es idéntica en los tres.

Lámina 115.

El altar es raro de forma: prismático y pequeño, como los de Selva de Mar (procedente de San Pedro de Roda, en Gerona), Celanova (Orense) y San Isidoro, de León, armados sobre una piedra pulida, de pórfido verde la de San Millán (desaparecida), bordeada de plata siempre y tapando el metal la superficie inferior; diferenciándose de todas la que nos ocupa, pues no va engarzada en plata, sino en madera de nogal, con chapitas de marfil y de filigrana de aquel metal engastadas en salientes vuelos arriba y abajo, más otras en el entrante, que los separa. Las tiras de marfil son de dos tipos: de 22 m/m. de ancho, lleno el ataurique de leones, grifos y antílopes, y de 18 m/m., que añade cabras, ciervos y liebres. El forro del fondo es una tela islámica, que veremos luego. Las medidas totales del ara son 290 por 210 m/m. en base y 99 m/m. de altura. Cabe perfectamente, por tanto, en el altar de nicho del monasterio. Su fecha, deducida del cotejo de las tallas, también con fondo de oro (sólo pequeños vestigios quedan), así como la correspondiente a la cruz, será el último tercio del siglo X, según opinión de Gómez Moreno y de Ferrandis, que cita otro marfil en la colección de Lady Ludlow, de iguales dimensiones, aunque lo supone acaso bizantino, influído por el egipto fatimí. Añade G. Moreno la cajita Davilier del Louvre (190 × 90 × 30 m/m.) ciertamente de analogías enormes en ataurique y animales, que Ferrandis empareja con el relicario menudo de San Isidoro de León (46 × 31 × 32 milímetros), uniendo ambos a lo califal cordobés.

Láminas 116 y 117.

Del mismo material, plata dorada, incluimos aquí una pequeña caja conservada en el tesoro de la colegiata de Roncesvalles. Tiene idéntica forma que las arquetas de marfil y su decoración es de ataurique, al cual se agregan no muy sueltamente unos escudos con las armas de Navarra y Francia, propias de la reina Doña Juana (1247-1313).

*Lámina 125 y
Lámina, color, 13,
página 204.*

La filigrana de oro y de plata se hizo desde Córdoba y siguió en Granada y por tradición en Zaragoza y media España. No es fácil asignar-

les una procedencia y su carácter de pieza no corriente impide cualquier cotejo. Por su fina hechura y perfecta forma pudiera ser granadina. Mide $40 \times 90 \times 40$ m/m. y 20 de alto la tapa.

No obstante, la copiosa bibliografía sobre manuscritos con miniaturas del período primitivo hasta su transformación al románico, no hay un estudio completo de la ilustración y decoración de los navarros, ni es aquí lugar ni ocasión de acometer su complicado estudio, que será objeto (tal pretendemos), de un trabajo monográfico posterior. Por lo cual interesa tan sólo valorar su importancia excepcional por número y calidad, valiéndonos de las tres obras fundamentales de J. Domínguez Bordona, la capital de Neuss y el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, de G. Menéndez Pidal, así como de alguna otra monografía o estudio de conjunto.

El manuscrito primero del cual hay noticia es el entregado al obispo de Puy, Godescalco en su peregrinación a Compostela (Bil. Nac. de París), considerado como uno de los puntos de partida seguros para las peregrinaciones compostelanas.

Por su misma fecha (S. IX), nos encontramos en el Monasterio de Silos una ilustración de uno de tantos «Comentarios al Apocalipsis», del monje Beato de Liébana, por lo cual llamamos «Beatos» a sus copias de tan gran éxito por los siglos X al XII. Se refiere al capítulo VI. «Y cuando se abrió el quinto sello ví debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que tenían», que no falta en copia ninguna; en ésta se representan como palomas. Procede la miniatura del monasterio de Nájera (Logroño).

Otros tres «Beatos» más se conservan en la Real Academia de la Historia, Biblioteca Nacional de Madrid y Biblioteca Nacional de París. El primero tiene 22 miniaturas del s. X y unas treinta de los siglos XI al XII. Guarda el segundo 27, pintadas entre los años 920-930 y el de París, ya del siglo XII, unas 60.

El arte de los dos primeros ha quedado relacionado estrechamente con el Norte de Africa, y en relativa independencia de las influencias musulmanas; pero a las semejanzas con el antiguo arte copto, suman las del Sur y Este helenístico, a más de las persas y bizantinas. Una figura típica es la Virgen con Jesús en el regazo, que Domínguez Bordona critica el haberse tomado por muchos como Anunciación por la presencia de un angel, tan bizantina: una posibilidad más para la Virgen de Nájera, de parecido extraordinario con las coptas.

Láminas 119 y 120.

*Lámina, color, 14,
página 220.*

Láminas 123 y 124, a.

También conviene destacar la tonalidad oscura, los cráneos achatados y la iconografía original, como la lucha de Jacob con el ángel, sólo repetida en el mundialmente famoso de Saint-Sever, monasterio de Gascona, copiado entre 1028 y 1082. Además inserta las mismas orlas que tienen las miniaturas tardías del guardado en la R. A. de la Historia; también el de París difiere de los otros románicos y se parece al de Saint-Sever. La identidad navarra del último, procedente del comercio, se acredita por ir encuadrado con un privilegio de Carlos el Noble (fechado el 4 de mayo de 1389). Con los titubeos de Neuss sobre su tipo de letra y carácter indudable de copia de un original español perdido, más la firma del «scriptor» «Stephanus Garsia», unido todo a las analogías anotadas, cabe la sospecha del origen navarro del código de Saint-Sever, como también de otro en la Biblioteca de El Escorial, de los siglos X-XI con variantes respecto de los castellano-leoneses.

Como de costumbre, queda la duda de si estos «Beatos» representan o no el final de un arte anterior (Neuss), acreditado en este caso por el escritorio de San Braulio, en Zaragoza, en relación con el de San Millán de la Cogolla y la revisión de los códigos copiados para Recesvinto, en contra de la originalidad propuesta por Gómez Moreno.

El de San Millán está firmado por Albino.

Otros códigos fechados de importancia capital son: el de Albelda (o Albeldense), llamado también «Vigilano», por su autor, Vigila, que lo redactó para el abad Maurelio en unión de Sarracino y García (acabado el año 976). Se trata de una compilación de concilios y las abundantes ilustraciones varían mucho de los tipos mozárabes por la esbeltez en las figuras, los pliegues realistas de los paños y el colorido algo más suave y menos amarillo, los arcos semicirculares (también los hay en herradura) y animales y monstruos no comunes en la fauna prerrománica española. Entre las de figura, Eva y Adán, Noé, un lector ante su código, Toledo, los reyes Chindasvinto, Recesvinto y Egica (los autores del Fuero Juzgo), Sancho Abarca, Urraca y Ramiro de Viguera, los escribas Vigila, Sarracino y García. El mismo año de su terminación fue copiado en San Millán, (Código Emilianense, como el anterior en El Escorial) en forma literal y menos clásica; más fuerte de colores. Su autor, Velasco usa para los fondos el delicado color salmón propio del «scriptorio», no popularizado hasta un siglo después. Los retratos de los autores quedan sustituidos por Velasco, escriba; Sisebuto, obispo, y otro Sisebuto, notario.

Lámina 121.

Lámina 122.

También de autor y fecha conocidos, procedentes del mismo último cenobio figuran en la R. A. de la Historia las «Colaciones» de los Santos

Padres, de Juan de Casiano, acabado el año 867, con capitulares poco realzadas; las «Etimologías», de San Isidoro, escritas por el presbítero Ximeno (946) y la explicación de la regla de San Benito, de Smaragdo, firmada por Eneco Garseani en 976, ilustrados el uno con un mapa y ambos con capitulares ricas, aunque no tanto como las «Homilias» de San Gregorio, San Jerónimo, San Agustín, etc. y la «Exposición de los Salmos», también de San Millán, de igual siglo y custodiadas en el mismo fondo.

Todas estas letras ornamentadas abundan en amarillos y rojos, manejando lazos geométricos y animales de perfiles alargados y sinuosos, encinchados los cuerpos y pintados como corazones típicos en las ancas.

Tenemos que agregar el códice llamado de Roda, por su procedencia, en realidad de Nájera, de hacia mitad del siglo XI, animado por una Epifanía, la vista de Jerusalén, letras capitulares y arcos en herradura; una Biblia de San Millán, semejante a la de San Isidoro de León (siglo X); la dotación de Nájera (1054), ya referida de antes, y que añade a la Anunciación los retratos de los reyes García de Nájera y Estefanía y una vista ideal del templo con arcos en herradura; un «leccionario» escrito por Pedro, abad de la Cogolla, en 1073 (llamado «Liber Comitum, seu Comicus»), y el Misal de San Millán (siglo XII) con el Calvario a página entera y otra fragmentada de un Cristo Majestad, plenamente románica, pero con resabios anteriores.

Nos quedan las «Sátiras», de Juvenal, (siglos XI-XII) y las «Homilias» del venerable Beda, ambos en la catedral de Pamplona, con capitulares y el último ilustrado de trazo y por cierto con el hombre raro de las tres cabezas, que aparece por la escultura románica, como también consta en el «Liber Comitum».

El cartulario de Leyre (Cámara de Comptos, Archivo de Navarra), de los siglos XII al XIII está ilustrado con dibujos a pluma y caricaturas, completando la serie una estupenda compilación de los Testamentos, Antiguo y Nuevo, así como los siglos primeros de la historia de la Iglesia (Biblioteca Municipal de Amiéns), con no menos de 2000 dibujos, comentados al pie con textos escriturísticos; repetido en otro citado por Dominquez Bordona, en el comercio de Munich, muy parecido y con unos 1000 dibujos. Faltan los folios iniciales del primero, que comienza por Noé hasta las vidas de María y Jesús, el catálogo de Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, terminando con el Anticristo y el fin del mundo. Se trazó para Sancho el Fuerte (1194-1234) y consta: «Sancius rex Navarre, filius Sancii regis Navarrorum, fecit fieri a Ferrando Petri de Funes». Es una de las compilaciones de mayor antigüedad y de una importancia excepcional.



La evolución con estos simples datos está marcada desde los normales miniaturistas del siglo X, para los cuales lo fundamental era la composición complicada y el colorido rico y suntuoso, hasta las miniaturas lineales con o sin aguadas. El paso al siglo XI, naturalmente sin fecha segura ni uniforme, introduce los enriquecimientos con oro en sus manifestaciones diversas.

La simple suma de miniaturas, letras capitulares y dibujos, da una cifra tan excepcional, que bien merece una monografía cuidada y exhaustiva, si pudiera ser.

Componen el grupo de telas dos halladas envolviendo reliquias procedentes de Leyre repartidas entre la catedral y el Museo de Navarra, más otras tres unidas a las reliquias de San Millán, que forraron la arqueta del siglo XI y se guardaron en la nueva cuando fue aquélla destruída en la francesada, por su condición de reliquia tocada durante tantos años a las del Santo, como también ocurrió con el fragmento hallado en el arca barroca de Santa Librada, en Sigüenza.

De las cuatro telas resulta excepcional por completo la pieza del Museo. Es de tafetán largo de seda, sin oro; el fondo de color verde oliva pálido, acaso desvaído por el paso de los siglos, y se decora por aves afrontadas a los lados de un árbol esquemático. Hasta el momento el tipo es corriente, originario del Egipto copto, según E. Fleming, tendido luego a Persia, Bizancio y el mundo árabe; mide 26 a 28 por 48 cm., rasgado con gran irregularidad y falta de cuidado. Según el mismo autor hubo manufacturas de seda españolas por lo menos a partir del siglo IX, la época de máximo esplendor del califato, en Córdoba, Sevilla, Murcia y Almería, seguidas por Granada. Entre aquel siglo y el XII fueron exportadas en grandes cantidades y consideradas como del más alto valor en sus diversas formas de sedas, brocados, gasas y tapicería.

*Lámina, color, 15,
página 234.*

Por otra parte la manufactura de Palermo continuó con gran impulso en el siglo XI bajo los normandos, y la boda de Constanza, heredera de la corona, con Enrique VI (1186) tendió por la Europa central los tejidos de Sicilia, especialmente los ornamentos del Sacro Romano Imperio, de Viena, fabricados en 1113 y 1118, enteramente cubiertos por decoración islámica e inscripciones árabes y latinas, continuando los temas encerrados en círculos en todo el siglo XII.

De todo este amplio marco nada de lo publicado tiene analogía suficiente para determinar un taller, a pesar de lo excepcionalmente característico del diseño de la pieza, que vamos examinando, decorada por espigas, cuadrículas menudas y mayores, así como semicírculos concéntricos. Los mis-

mos trazados geométricos recubren los cuerpos de las aves, sin el menor asomo de realismo, en colores bermellón apagado, azules oscurísimos y claros, amarillo y blanco en los centros de cuadrículas y círculos, con predominio del rojo.

Sobre las cabezas de las aves y en su mismo sentido; es decir, alternadamente al derecho e invertida, se halla la inscripción SITACVEST, con letras mayúsculas mozárabes; bien típicas las TT y la V.

Buscando su sentido, el «Diccionario» de Du Cange da como análogas las palabras «sitacus» y «psittacus», añadiendo son éstas unas aves citadas en el «Itinerario Jerosolimitano» como clásicas del Nilo, en unión de los Pelícanos.

Para Plinio el «psittacus» es el loro de Africa o papagayo, del griego *Ψιττακος*, que sería en mayúsculas *ΨITTAXOC*, imposible para modelo mal copiado en nuestro letrero SITACU EST, «es loro», excluyendo así un modelo bizantino directo; posible, dada la gran cantidad de telas «greciscas» incluídas en los inventarios de iglesias recogidos por M. Gómez Moreno para las iglesias de León y Galicia, tendidos por otros autores hasta las aragonesas y catalanas. La leyenda fue occidental desde un principio; acaso traducida, no mal copiada de otra «grecisca»; y así nos encontramos con una tela mozárabe, a la cual no hallo pareja posible. En un inventario de Compostela (911) constan «velos de pología duos principales ex quibus unum plumatum est cum siptacos»; está bordado con loros.

La letra mozárabe dura casi todo el siglo XI, siendo excepcionales los casos del siguiente; por tanto habrá de situarse por los X-XI y como imitación española de una seda oriental.

Buscando analogías posibles con otras a causa del relleno geométrico sólo hay ejemplos lejanos en el tejido persa o copto de los gallos nimbados, fechada por el año 600, del Vaticano; las aves afrontadas de los siglos IX-X encerradas en cuadrícula, de la Biblioteca de Wolfenbüttel; otra seda persa en colores intensos de Aquisgrán, con patos (siglos VIII-IX); la de halcones afrontados, atadas las patas y sin círculos, del Museo de Bruselas (siglo IX); la de Sens, al parecer siciliana, y del XII, con loros y grifos flanqueando el árbol. Como vemos, y acaso por impotencia o falta de conocimientos, el resultado no es halagüeño y sólo la reiteración de tipos persas (Sens aparte) da, o parece proporcionar una iniciación de camino, más hacia lo copto, en realidad por la falta de realismo y la geometrización reiterada.

El cotejo con marfiles tampoco da demasiado, pues las analogías con el bote de la Seo de Braga, en el cual los loros y el árbol se hallan cobijados

por arcos de herradura, o los del Museo del Borgello encerrados en estrellas de ocho puntas, valen también de bastante poco; solamente la fecha de comienzos del XI tiene interés.

En resumen, parece con bastante certeza una tela mozárabe de los siglos X-XI hasta el momento única e interesantísima por ello; esperemos de los especialistas mayores precisiones y análisis mejor pergeñados; bástenos su encasillamiento y publicación por vez primera.

Además de la importancia en sí, nos lleva de la mano a pensar en talleres cristianos para las dos pegadas en el solero del altar de S. Millán, estrenando también su estudio, en lo posible, pues no podemos pasar por alto las piezas insignes del prerrománico navarro; Ferrandis mencionó su existencia y Gómez Moreno se limitó a una descripción sumaria y alegar sin discutirla una fecha no posterior al siglo XII.

*Lámina, color, 16,
página 250.*

Dicho altar fue reparado en tiempo impreciso; son fáciles de fechar los marfiles, incluso el de la inscripción, por sus caracteres mozárabes; no lo son las filigranas, compuestas de tallos serpeantes y piñas, parecidas a los tesoros de Loja y la Garrucha, califales, mucho más que a las de Bentarique (Museo de Valencia de D. Juan y Arqueológico Nacional) y a las espadas de Boabdil del Museo del Ejército, o al cáliz de doña Urraca en S. Isidoro de León, y demás piezas románicas. Su mozarabismo, no puesto en duda, es bien posible; pero aun cuando fuera segura su fecha del siglo X, como se puede afirmar para los marfiles, no basta para determinar las del estado actual, en relación directa con las telas.

Una primera se tendió por la zona de mayor saliente, cuando una tabla encajose allí cerrando el rebajo, que cerca la zona de mayor fondo, como caja de reliquias. La tela se rompió al perder la tapa citada y quedan sólo fragmentos pegados en el cerco. Es un tafetán de fondo azul pálido y dibujo de lazo en bermellón oscuro y blanco, formando estrellas en las cuales alternan cuatro semicírculos con otros tantos ángulos rectos, que llevan rosetas blancas sobre rojo en los pequeños espacios dejados libres por las lacerías y otros dibujos en rojo sobre azul en las perdidas estrellas. Dificultades de los empalmes de la cinta con perlas, que traza los lazos, denotan la impericia de una mano capaz de copiar, pero no sentir un modelo musulmán. Estrellas así aparecen ya en las celosías del último engrandecimiento de la mezquita de Córdoba en tiempos de Almanzor, pero bien ejecutadas y de lazo impecable.

La tela segunda, de igual tejido, en colores malva, verde, amarillo y blanco, sobre fondo azul oscuro, fue pegada forrando por completo la caja de reliquias, de 180 × 126 m/m. y un fondo de unos 35 m/m. El dibujo lo

forman dos bustos de grifos empalmados, mal interpretando los animales apareados de los grupos de marfiles y relieves islámicos; en manera lejana del típico árbol axial, aquí desaparecido, y la pareja de bichos, solo comparable como resultado a las fantasías decorativas de los manuscritos mozárabes. Se hallan encerrados en un círculo fragmentado de unos 280 mm. de diámetro, con letras malva sobre azul y bordes amarillos con perlas blancas.

Por el románico tampoco vi nada parecido y las dos telas fueron pegadas antes de romper y arrancar la tapa encajada. ¿en qué fecha? Confieso no ver un posible rearmado, reducido en todo caso a remiendos en el plano superior, marco de la piedra de pórfido perdida, donde se halla el letrero HANC ARAM SACRO... (46 × 21 m/m.), que continuaría y tiene idéntica decoración en los bordes que todo el grupo de tiras de marfíl encajadas en el cuerpo hundido, mientras las colocadas de mal modo en la misma superficie superior del altar, son gemelas, hasta parecer trozos cortados de las tiras estrechas, encajadas en la moldura saliente superior, que faltan de tres lados. Todas las demás, así como las chapas de filigrana, van perfectamente acopladas a sus respectivos lugares en ancho y largo.

Por consecuencia, lo único al parecer alterado es la cara superior, quedando lo demás en su lugar de origen, y siendo de un mismo tiempo marfiles y telas; mas como éstas tienen deficiencias de tejido y dibujo que las separan de las musulmanas, hemos de creerlas cristianas y, por ende, mozárabes, aunque no con la seguridad de la procedente de Leyre, a causa de su letrero en caracteres mozárabes.

De las tres utilizadas en S. Millán para forro y envoltura de reliquias en el prodigioso relicario-arqueta de mitad del siglo XI, solo fue posible fotografiar la empleada en el interior del arca moderna, luego de la francesada. Es grande, no menor de 70 centímetros por más de metro y medio. Consta el dibujo de parejas de grifos en dos tipos y entre los consabidos árboles, sobre fondo rojo, tejidos en seda negra y ribeteado todo, árboles y animales, de amarillo fuerte. Es indudable su gran similitud con la «tela de las Brujas», de San Juan de las Abadesas, en Gerona (Museo de Vich) creida del siglo X (vol. XII de «Summa Artis») y la susodicha de Sens, que dicen siciliana y del XII. El indiscutible origen de la encerrada en el arca primitiva de San Millán, da una fecha tope de 1050 para la tela, que cierra la serie de las navarras musulmanas o mozárabes, conocidas y posibles de un estudio rápido, como es el aquí ofrecido.

La guardada en el tesoro de la catedral es una tira entonada en azules y blancos, orla de un tejido de gasa desaparecido. La no correcta inscripción

*Lámina, color, 17,
página 264.*

Lámina 124, b.

parece decir: «El Imperio es de Alah» y será morisca y del siglo XIV, procedente acaso de la tumba del obispo Arnaldo de Barbazán en su capilla sepulcral del claustro catedralicio.

BIBLIOGRAFIA

- ANÓNIMO, *Catalogue of Special Exhibition of textiles at Metropolitan Museum of Art*, Nueva York, 1915.
- ARTIÑANO, P. M., de, *Catálogo de la exposición de tejidos españoles*, Sociedad Española de Amigos del Arte, Madrid, 1927.
- FERRANDIS, J., *Marfiles y azabaches españoles*, Barcelona, 1928. *Marfiles árabes de Occidente*, dos vols. Madrid, 1935 y 1940.
- FALKE, O. von, *Historia del tejido de seda*, trad. esp. Barcelona, 1922.
- FLEMMING, E., *Tejidos artísticos* (álbum de selección de piezas fechadas), trad. esp. Barcelona, 1928.
- GÓMEZ MORENO, M., *Iglesias mozárabes*, dos vols. Madrid, 1919. *Los marfiles cordobeses y sus derivaciones*, en Arch. Esp. de Arte y Arqueología, vol. III, Madrid, 1927, p. 233 sigtes. *El arte de los marfiles de S. Millán de la Cogolla*, en Arch. Esp. de Arte y Arqueología, vol. VII, Madrid, 1931, p. 167 sigtes. *Arte árabe español hasta los almohades*. *Arte mozárabe*, vol. III de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1951.
- LAVOIX, *Les arts musulmanes. De l'emploi des figures*, en Gazette des Beaux-Arts, vol. XII, 1857, pp. 97, 312 y 423.
- LEVI PROVENÇAL, E., *L'Espagne musulmane aux X.^e siècle. Institutions et vie sociale*, París, 1912. *Inscriptions arabes d'Espagne*, Leyde, 1931.
- LOGENDIO, L. M. de, *Navarre romane*, Mon. de La-Pierre-qui-Vire (Yonne) 1967 (col. Zodiaque. La nuit des temps).
- NAVASCUÉS DE PALACIOS, J., *Una joya de arte hispano-musulmán en el camino de Santiago*, en "Príncipe de Viana", 1964, pp. 239-246.
- RIAÑO, J. F., *The industrial arts in Spain*, Londres, 1890.
- TERRASSE, M., *L'art hispano-mauresque des origins au XIII.^e siècle*, París, 1932.

Para los manuscritos miniados:

- ANTOLÍN, G., *Catálogo de los códices miniados de la Real Biblioteca de El Escorial*, 5 vols. Madrid, 1910-1923.
- DOMÍNGUEZ BORDONA, J., *Manuscritos con pinturas*, Madrid, 1933, dos vols. *La Miniatura* Barcelona, 1950. *Diccionario de Iluminadores españoles*, en Bol. R. Acad. de la Hist. CXL. = 1957, p. 40-170. *Miniatura*, vol. XVIII de *Ars Hispanicae*, Madrid, 1962.
- GÓMEZ MORENO, *Iglesias Mozárabes*, cit. y *El Arte Románico Español*, Madrid, 1934.
- KING, G. G., *Divagations on the Beatus*, en *Arte Studies*, 1930.
- MENÉNDEZ PIDAL, G., *Sobre miniaturas españolas en la Alta Edad Media. Corrientes culturales que revelan*, Madrid, 1958.
- NEUSS, W., *Die Apokalypse des Hl. Johannes in der Altschristlichen Bibel-Illustration*, dos vols. Münster in W. 1931.
- PÉREZ PASTOR, C., *Índice de los códices de S. Millán de la Cogolla y S. Pedro de Cardena, existentes en la biblioteca de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1908.
- PORCHER, J., *Beatus in Apocalypsim: the Apocalypse de Saint-Sever*, en *Graphis*, vol. XII, 1956, pp. 218-225.

WHITEHILL, W. M., *A Beatus Fragment at Santo Domingo de Silos*, en *Speculum*, vol. IV, 1929, pp. 102-105.

En prensa el presente volumen, llega la noticia de la publicación de *Las Biblias de Pamplona*, libro en dos volúmenes del cual es autor el profesor de la Universidad de Yale FRANÇOIS BUCHER. Los números de miniaturas, que cita, de la Bibl. de Amiens y de Harburg no concuerdan con los mencionados por DOMÍNGUEZ BORDONA, reducidos a 871 para la primera y 876 para la segunda, más otra de Nueva York con 846, copia ésta del siglo XIV, la primera terminada en el año 1197. Su interés no decrece.

Índice de láminas del Capítulo VIII

- 100.—Vinajeras conservadas en San Pedro de la Rua, Estella, tradicionalmente creídas del obispo de Patrás, muerto en el hospital de peregrinos (1270). Son de latón y posible trabajo musulmán. Los letreros, agua y vino, añadidos.
- 101-102.—Arqueta de Fitero, firmada por el marfilista Halaf, de Medina-Az-Zahara, en el año 355 (966 de Cristo) y dedicado su letrero a una Walada, quizá hermana o esposa de Alhacam II. Frente posterior (lam. 101), costado y tapa (Id. 102 a y b).
- 103-112.—Arqueta de reliquias de las Mártires Nunilo y Alodia, procedente de Leyre (Museo de Navarra).
- 103.—Vista de conjunto (a) y firma de su autor. Faray, con sus discípulos, en Medina-Az-Zahara el año 395 (1005 de Cristo) y perteneciente al hijo de Almanzor, Abd-al-Malik.
- 104.—Frente anterior, con la firma de Mikfah bajo la figura sentada de la derecha.
- 105.—Frente posterior, firmado por Jayr (?) en el escudo central.
- 106.—Costado.
- 107.—Posible retrato del califa Hixén II (compárense los pomos con las vinajeras de la figura 100).
- 108-112.—Varios detalles de torneos, cabalgando elefanticos pequeños o caballos, caza con y sin halcón, doma de fieras (lám. 111, a), bichos afrontados y temas decorativos.
- 113-114.—Caja musulmana, grabada y pintada, de Fitero. Por su analogía con el peine litúrgico de Roda de Isábena (Huesca) y los dibujos de los platos utilizados como caja de reliquias en la consagración de San Juan de la Peña, parecen asignar una fecha de fines del siglo XI o de los comienzos del siguiente.
- 115.—Brazo de cruz procesional de marfil procedente de San Millán de la Cogolla (Logroño) conservado en el Museo Arqueológico Nacional (otros dos iguales en el Louvre). Tuvo fondos de oro. Finales del siglo X.
- 116-117.—Ara de nogal y marfil de San Millán (Museo Arqueológico Nacional). Falta la piedra, que fue de pórfido verde y varios marfiles en la parte superior, rota y muy alterada (lam. 116); los frentes y costados mejor conservados (a excepción del b, de la lám. 117) presentan casi todas las aplicaciones de marfil, que tuvieron en los fondos láminas de oro, y de filigrana de plata. Finales del siglo X. (Fotos 113 a 115 del Museo Arqueológico Nacional.)

- 118.—Folio del conocido como «Códice Albeldense», por haberse miniado en el Monasterio de Albelda, o «Vigilano», por su autor, Vigila, en el año 976 (Monasterio de El Escorial).
- 119-120.—«Beato» de San Millán de la Cogolla (Real Academia de la Historia), pintado en parte por Albino (siglo X).
- 121.—Folio del «Códice Vigilano», con los «retratos» de los reyes godos Chindasvinto, Recesvinto y Egica, como autores principales del Fuero Juzgo, y de los navarros Urraca, Sancho Garcés II Abarca, y Ramiro de Viguera; debajo los autores, Vigila, Sarracino, «socio», y García, «discípulo».
- 122.—Folio del «Códice Emilianense», comenzado a escribir el año 376 por Velasco en San Millán de la Cogolla (Monasterio de El Escorial). Arriba, las murallas de Toledo; debajo las basílicas de Santa María y de San Pedro, el concilio, y tiendas y tabernáculos.
- 123-124.—a, Miniaturas tardías del «Beato» de San Millán, de transición al románico. Siglo XI (Las fotos 119, 120, 123 y 124 a, son del Archivo Histórico Nacional).
- 124.—b, Orla de una gasa de seda procedente de un relicario de Leyre, conservada en la catedral de Pamplona. Siglo XIII al XIV.
- 125.—Arqueta de filigrana de plata dorada, de la Colegiata de Roncesvalles. Tiene las armas reales de Navarra y de Francia, por lo cual pudo pertenecer a la reina doña Juana (1247-1313).

Láminas en color

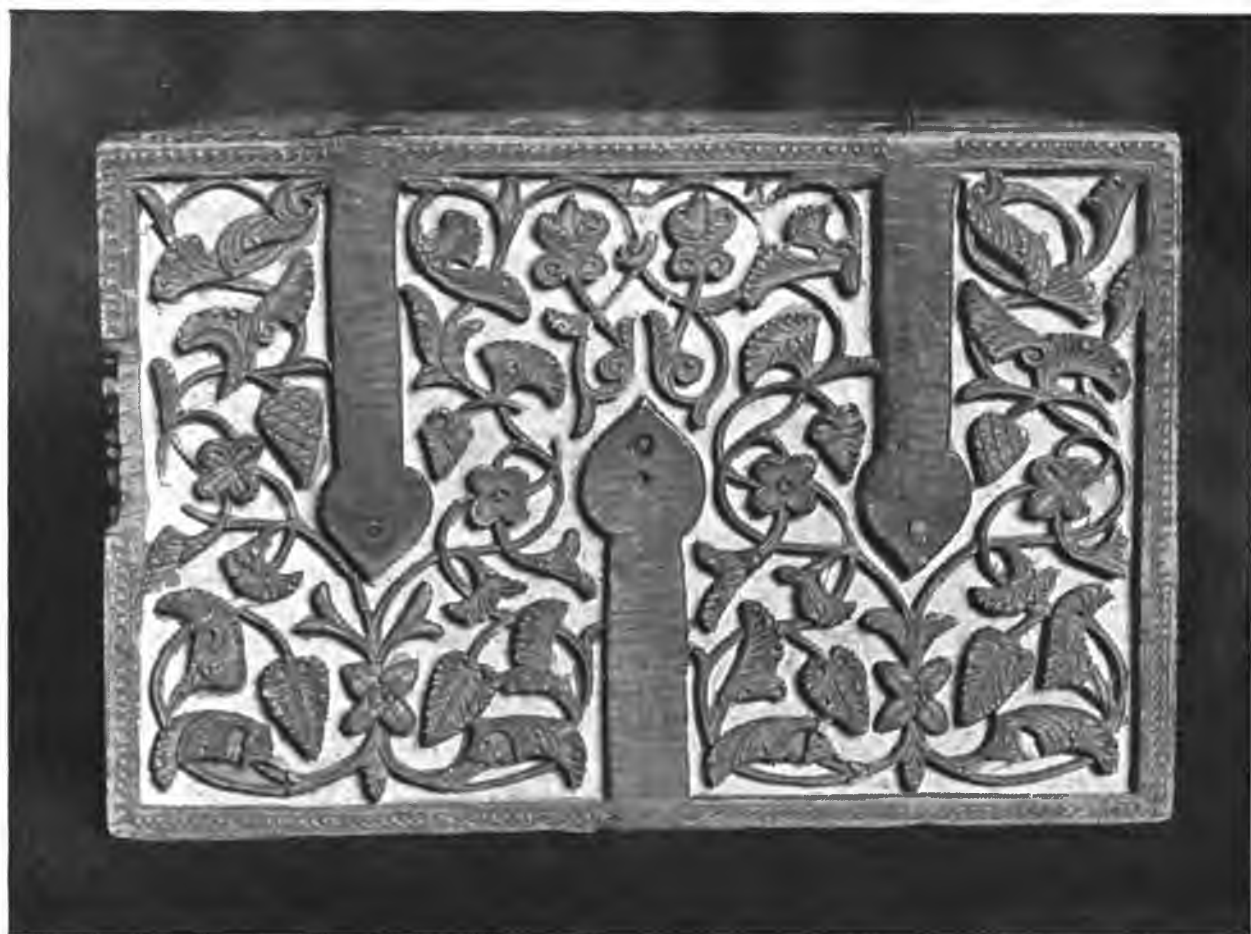
- 13.—Arqueta de filigrana de plata dorada, de la Colegiata de Roncesvalles: frente y costado. Las armas del escudo (Francia-Navarra) parecen corresponder a la reina D.^a Juana (1274-1313), hija de Teobaldo II y esposa de Felipe el Hermoso, cuarto de Francia y primero de Navarra. Granadina (?). Frente pág. 204.
- 14.—Ilustración del «Beato» de S. Millán de la Cogolla conservado en la Real Academia de la Historia. Siglo X. (Foto Arch. Hist. Nacional.) Id. pág. 220.

Telas de origen musulmán

- 15.—Tafetán con loros (psittacos), procedente de Leyre, hoy en el Museo de Navarra. Anverso y reverso. Mozárabe de los siglos X-XI (?). Id. pág. 234.
- 16.—Telas de la parte inferior (la roja) e interior de la caja de reliquias (animales sobre fondo muy oscuro) del ara procedente de S. Millán de la Cogolla. Mozárabes del siglo X (?). (Foto Mus. Arqueológico Nacional.) Id. pág. 250.
- 17.—Tafetán del arca románica de S. Millán de la Cogolla. Anterior a la mitad del siglo XI. Id. pág. 264.

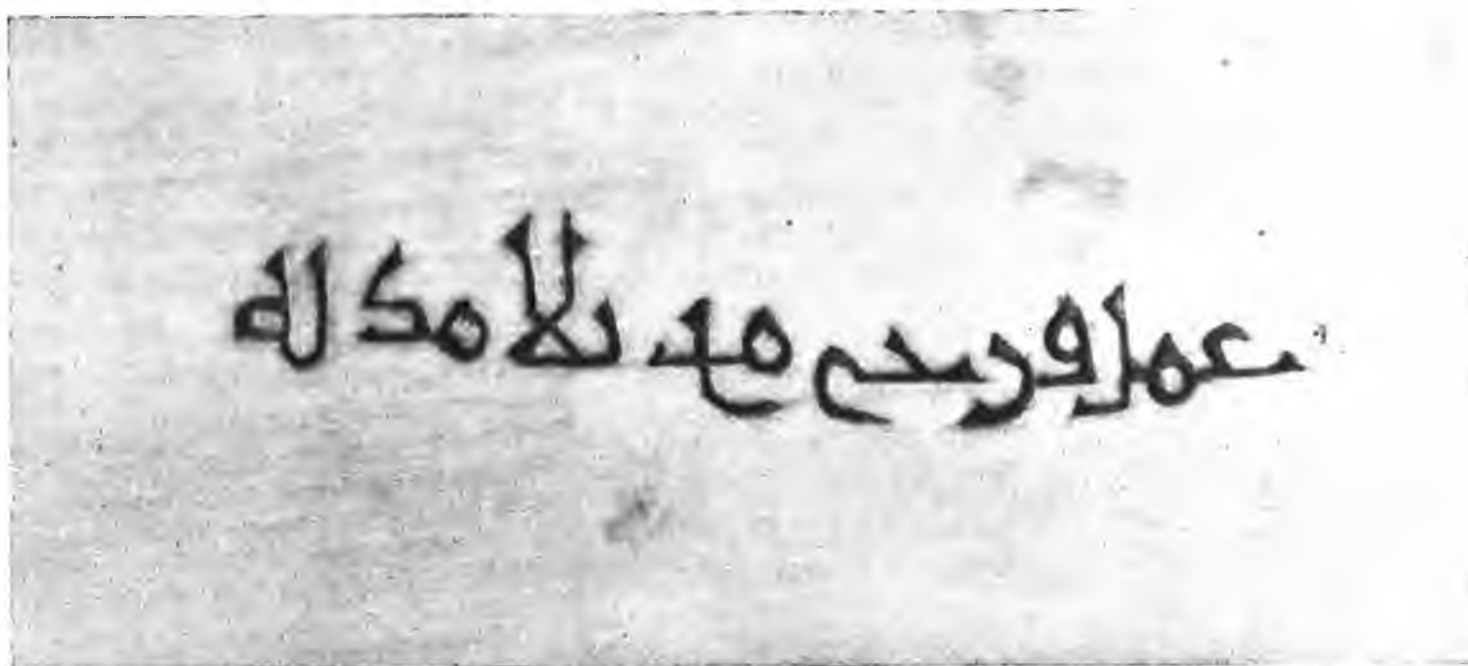








a



b











a



b





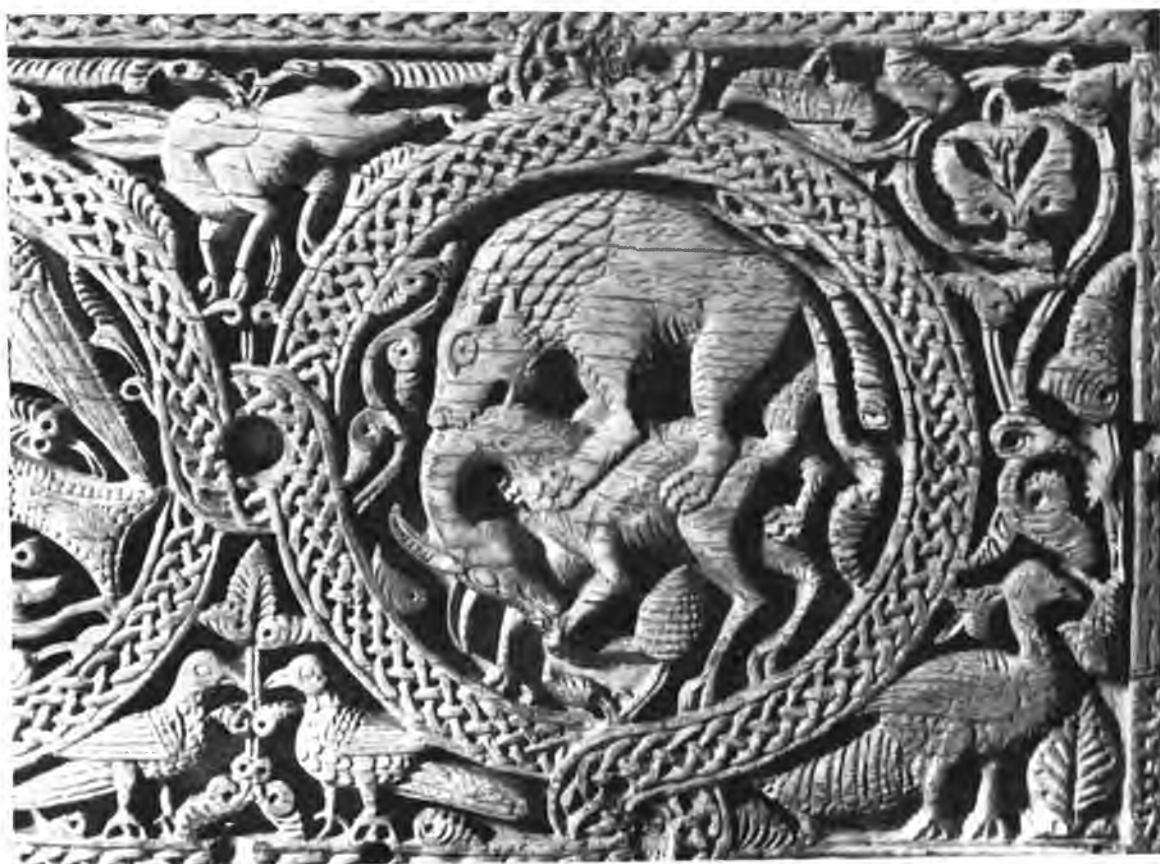
a



b



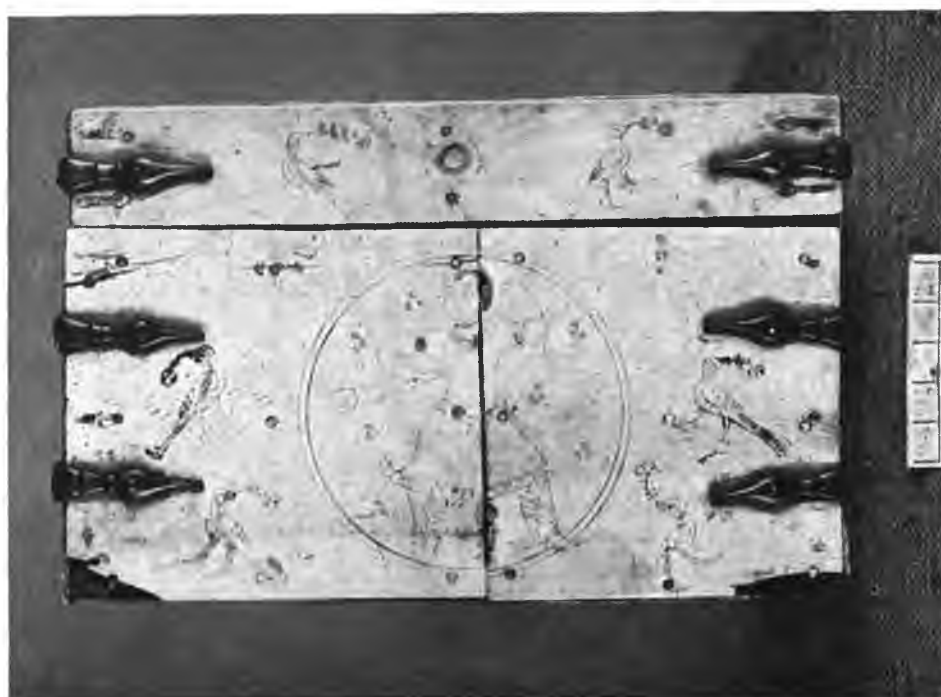
a



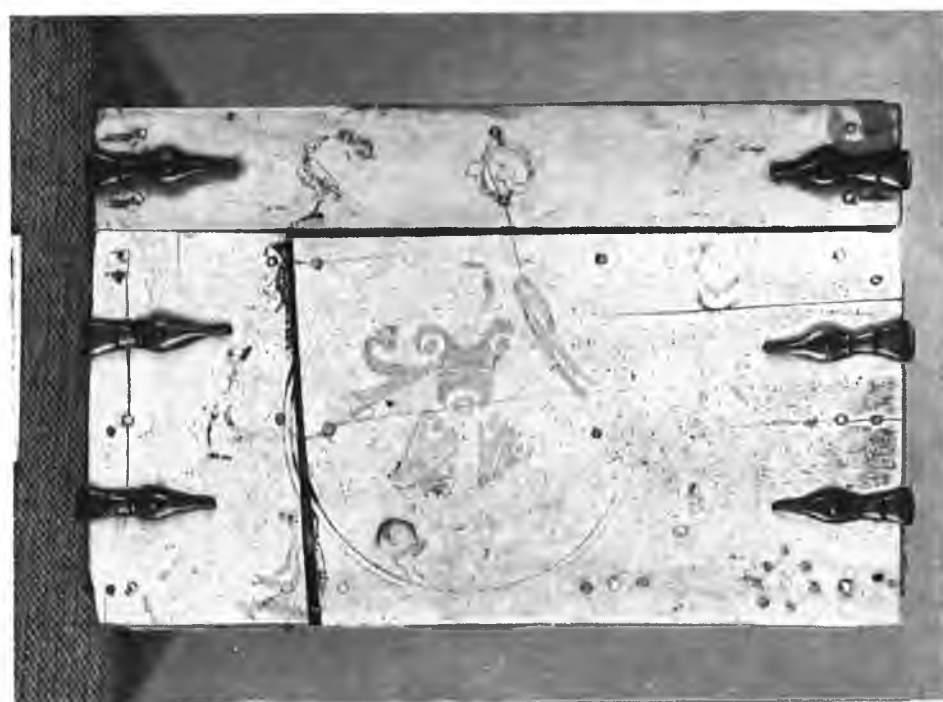
b



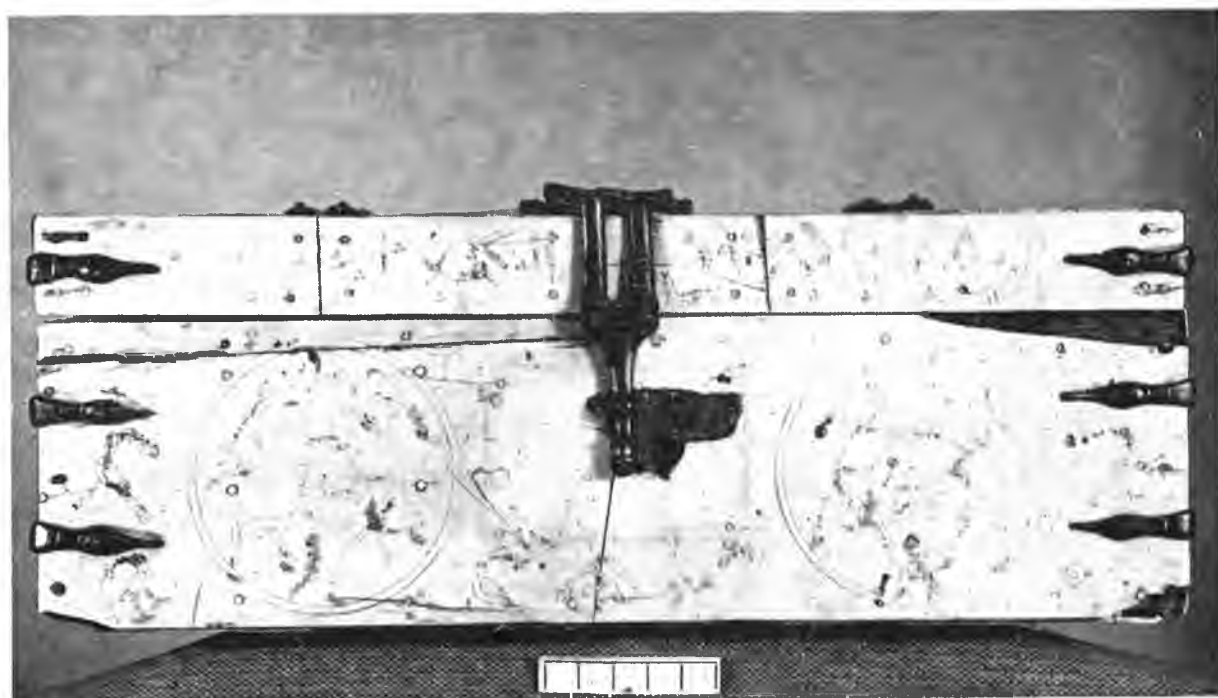
a



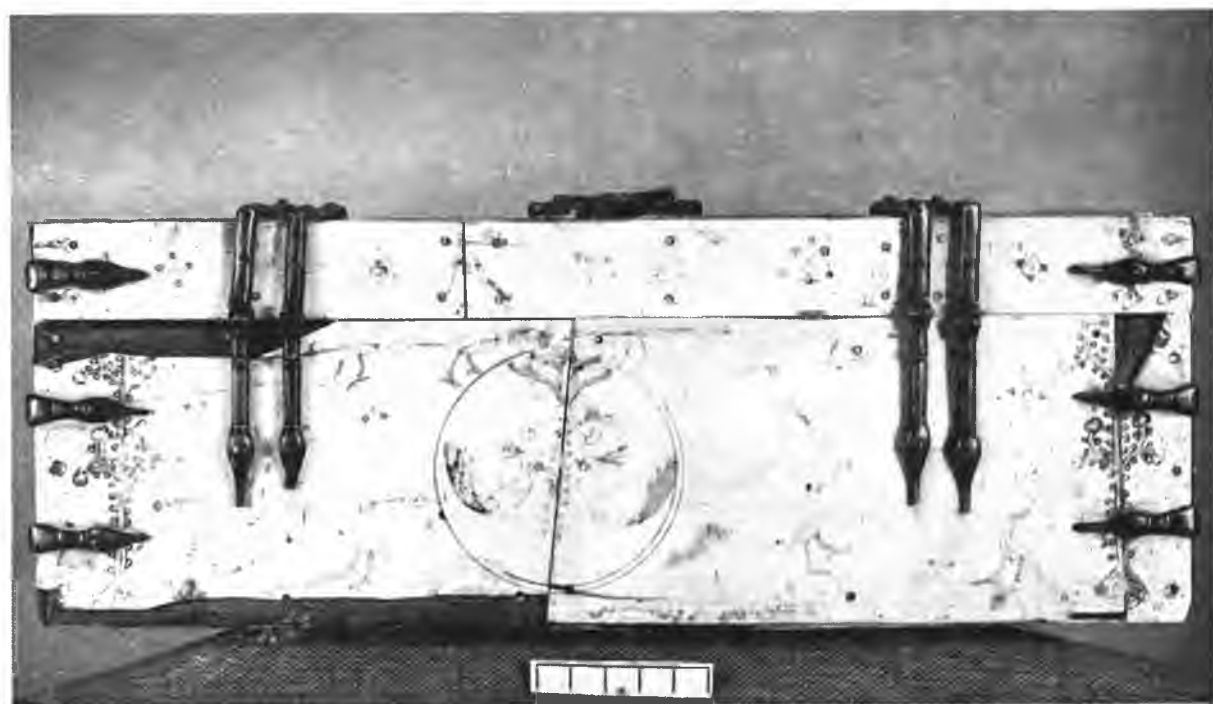
b



a

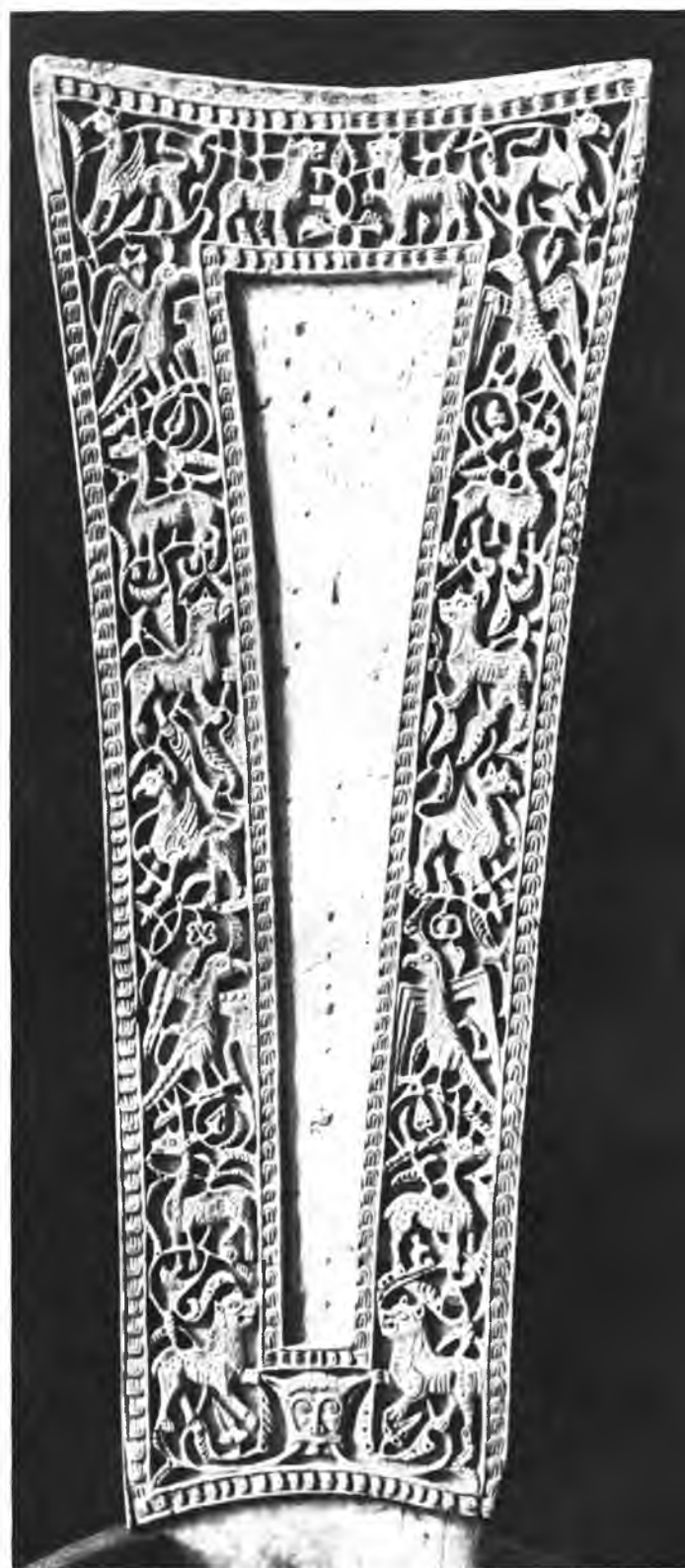


b





a



b





a



b



c



d



SIGNISPLENISSIME COC

NOSCAS. PPEFA 910.

Signispleni diuine
laus et honor
du pluri succum nati
mis acrio dicitur dū
non nē humanitatis
pragmaticis aliis
poetria cūtra it.

in sub ipso uacare sue legi.

dñō illū ppo modū dicitur dē

sermōnē summa eloqui.

Inde apocalypsin scilicet hominis

et posuitur. hūbūatē et

In uocō scilicet spm uagillicet scilicet

suorū utrum reuelat nob

In acriorē Inatē et aut lunum

pundua. et apocypsin que

scripauit una Inculpa uiliat

dicitur et ueruciat dō magis

aromat de pomet. Iniaqum

lauq libri de quū uagiat lau

describitur. **A**pocalypsin

hūp pī quē dē dī illū pulū

fue et seruitus. que opotat

fioritatio. et signū uia mātis

pūgelū suū seruo uolū hūmū

quiat monū pēbūa uerbo

dī et acrio monū hūp pī. que

cum quidā. **B**eatiss quē legia

sqi uidit uerū uerbu pōtate.

et seruina quē Inatē. scripauit

una. cū pū sūm pōtate.

et seruina quē Inatē. scripauit

una. cū pū sūm pōtate.

et seruina quē Inatē. scripauit

una. cū pū sūm pōtate.

Iohannes repān q̄ lātū quā uia
Inuēit. **E**rat uobis. a pū uō
quē et acrio. et quē uia uō
et. et uēpātū spīrītū b̄ q̄ Incon
pā au aronē et sūna et uōllū pō
quē et acrio et fidelis pōmō quē
mōtū uō. et pīncēpē q̄ uō. .

Quidē legia nōtē uia nōt.

appēcūat nōtē Inuēit nōt.

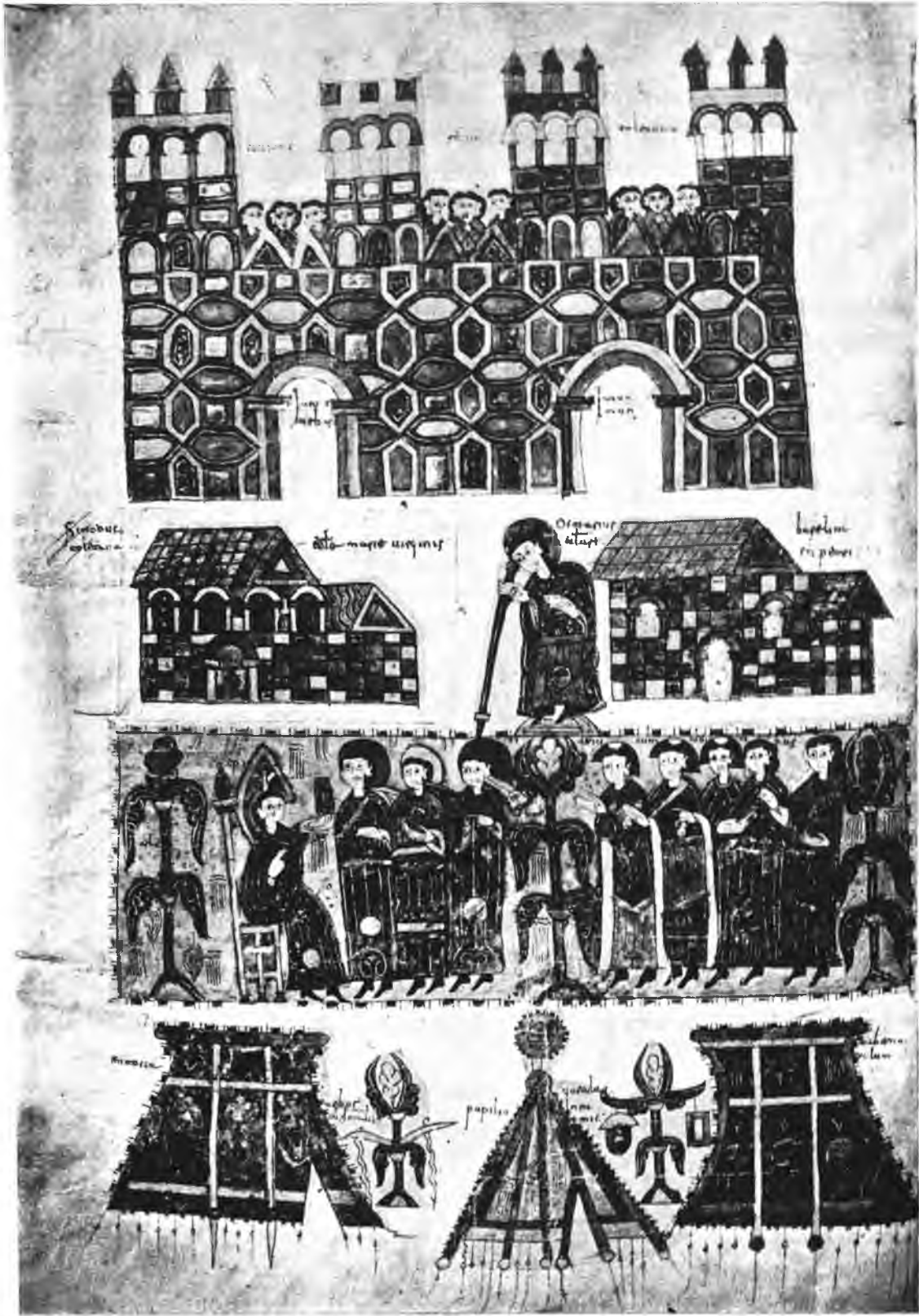
et pēcā nōtē q̄ uō sūcēdō acrio

et pū sūo lōpī q̄ Inuēit

et lōt.











b





INDICE GENERAL

	Página
Prólogo	7
Consideraciones Generales	11
Capítulo I	
Grupo de Tradición Hispánica; siglos VII - IX	37
Capítulo II	
Grupo de Influencia Carolingia	77
Capítulo III	
Grupo Musulmán y de Influencia Islámica	103
Capítulo IV	
Monumentos Asturianos	169
Capítulo V	
San Millán de la Cogolla	185
Capítulo VI	
San Juan de la Peña	215
Capítulo VII	
Restantes obras de Sancho el Mayor	235
Capítulo VIII	
Artes Decorativas	257

